

TRILOGÍA DEL AÑO DEL ESCARABAJO

LA TIERRA DE LOS MUERTOS



LIBRO TRES
ANDREW BATES

Lectulandia

El Corazón de Osiris ha sido robado; excepto uno, todos sus sectarios Eset-a han sido asesinados y su presa ha escapado.

Nicholas Sforza (una momia inmortal resurrecta mediante el poder de Osiris) ha fallado en su honorable deber hacia Ma'at. Excepto uno, todos sus compañeros cazadores han muerto, la relación con su mejor amiga está arruinada y el monstruo responsable ha desaparecido.

Thea Ghandour (una cazadora ungida por una misteriosa fuerza encarnada en unos seres conocidos como los «Mensajeros») contempla cómo su vida se desmorona a su alrededor.

Lectulandia

Andrew Bates

La tierra de los muertos

Mundo de tinieblas: Año del escarabajo - 3

ePub r1.0

Titivillus 06.12.16

Título original: *Land of the Dead*
Andrew Bates, 2001
Traducción: Cristina Rupilanchas Solares

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El dios miró a su progenie desde su prisión etérea. Al igual que él, habían languidecido en la memoria con el paso de los siglos, hasta convertirse en poco más que un mito. Durante demasiado tiempo, sufrieron la humillación de la derrota a manos de su enemigo, fueron desahuciados de su ancestral hogar y no se les permitió más que observar cómo el mundo quedaba estrangulado en el avaricioso abrazo de la corrupción.

Entonces arreció la tormenta fantasmal, sembrando de podredumbre el plano espiritual y amenazando con destruir las almas de los hijos del dios. En esta hora oscura, cuando la aniquilación rozaba las yemas de sus dedos, el dios despertó de su prolongado sueño e hizo brillar la luz de la salvación. Percibió los cambios retumbando en el inframundo, mucho antes de que sus siervos comprendieran el significado. Su miedo era abrumador, pero también lo era la esperanza que albergaban de que él los protegería. Pese a que el dios perdió a muchos de sus hijos en la tormenta, aquellos que sobrevivieron fueron ungidos con un vigor renovado que habría de ayudarlos en la lucha contra el arcano enemigo. La progenie era valerosa, pero el dios sabía que, por sí sola, sería incapaz de derrotar al rival. Su corrupción estaba demasiado extendida; cubría el mundo con un grueso manto de tinieblas. La única oportunidad de redención residía en que el dios volviera a caminar sobre la tierra como lo hiciera ya en el pasado.

Mas su cuerpo estaba perdido, había sido desmembrado por medio de unas magias negras que rivalizaban con su divinidad. Para volver a ser uno, sus chiquillos debían recomponer su forma; recuperar los pedazos escondidos en las garras de aquellos que utilizaban su carne en beneficio propio. Pese a su majestad, el dios carece del poder necesario para influir sobre su progenie o sobre aquellos que cortejan su divinidad. Debe confiar en sus hijos y aguardar el día en que vuelva a ser uno.

Entonces el mundo, y desde luego sus enemigos, conocerán el auténtico significado de la resurrección.

PRIMERA PARTE

PÉRDIDA Y REDENCIÓN

Nicholas Sforza-Ankhotep emergió del aeropuerto internacional de El Cairo, entornando los ojos frente al brillante sol del atardecer. Sus gafas apenas eran capaces de mantener a raya el sol egipcio, mientras estudiaba a la multitud que fluía a su alrededor.

El grito de Ibrahim se elevaba con dificultad sobre el tumulto de los viajeros apresurados y el tráfico bullicioso. Nicholas divisó a su leal sirviente junto a un Mercedes sedán azul y avanzó entre la marea humana; a veces esquivando, ignorando y rechazando con educación a las hordas de guías, mercaderes y conductores que ofrecían sus servicios. Tendió sus dos talegas al enjuto conductor de Limo Misr, que las tiró en el maletero sin preocuparse en absoluto de su contenido. El hombrecillo sonrió, mostrando sus dientes ennegrecidos, y le habló rápidamente en árabe, mientras cerraba el maletero de un empujón.

Antes de deslizarse en el asiento trasero, echó una última ojeada que no le reveló nada más allá del caos típico de un aeropuerto. Los comerciantes más persistentes aprovecharon la oportunidad para lanzar un último y elevado pregón. Con una sonrisa y un movimiento negativo de su cabeza, Nicholas entró y cerró la puerta. Ibrahim ocupó el asiento delantero del acompañante y se mantuvo vigilante mientras se dirigían hacia El Cairo.

Por lo general, un conductor de Limo Misr estaba más familiarizado con la ciudad que un taxista nativo. De cualquier forma, no existían garantías de que el conductor fuera a tener idea de dónde se hallaba el destino de sus pasajeros. Ibrahim, que había nacido y crecido en El Cairo, estaba acostumbrado y parloteaba con el conductor mientras le indicaba el camino a través del Shari Salah Salim.

Nicholas se sentía feliz de poder ignorar los deberes de dirección. Estaba familiarizado con la conducción agitada y agresiva de Chicago, pero aquella no era nada comparada con la de El Cairo. Conducir en las calles de El Cairo era similar a encontrarse en una película de *Mad Max*. Quince millones de personas conducían los cuadrículados coches europeos, a velocidades ridículas y sin el menor respeto por el significado de las leyes de tráfico. Los automóviles danzaban entre los carriles con despreocupación; sus conductores, con una mano en el volante y otra en la bocina. Los accidentes eran la tónica general. Los coches sin abolladuras o ralladuras eran una rareza, y era muy probable que no conservaran aquella condición prístina ni tan siquiera una semana. En cualquier caso, todos los involucrados en los atestados reían y se encogían de hombros siempre que no hubiera heridos. Nicholas se reclinó en el envejecido asiento de cuero y observó ensimismado el tráfico de la ciudad.

A pesar del vuelo de catorce horas desde Chicago, vía Munich, no se sentía agotado. Ibrahim, por el contrario, permanecía consciente gracias sólo a un par de

café turco que se había bebido poco antes de aterrizar. Nicholas bullía de energía. Encontrarse de nuevo en las Tierras de la Fe eliminaba cualquier signo de cansancio que pudiera tener. Todo lo más que podía hacer era forzarse a relajarse en el asiento trasero del Mercedes. Quería zambullirse en el exterior, beber las imágenes y sonidos de El Cairo, empaparse de la gloria que bañaba la ciudad, gozar del regreso a la tierra que lo vio renacer.

Puede que su herencia de sangre fuera casi enteramente italiana, pero su alma pertenecía a Egipto. Y no sólo en un sentido poético. Había sido gracias al poder que fluía en la región, a la fortaleza mística de las Tierras de la Fe, que estaba vivo hoy. Literalmente, Nicholas le debía su alma inmortal a esta antigua tierra.

Ni siquiera en sus más febriles imaginaciones podría haber imaginado el giro que iba a dar su vida. Hacía tiempo que había aceptado el supuesto orden de las cosas. Un italo-americano de tercera generación, miembro de una familia que formaba parte del crimen organizado desde que sus bisabuelos desembarcaran después de la Primera Guerra Mundial, lo convertía casi en un padrino estereotípico. Había hecho un esfuerzo por independizarse hacía unos años, cuando fundó S Securities, su propia empresa de seguridad. Sin embargo, todos los clientes potenciales a los que se acercaba —escogidos en parte porque no estaban vinculados con ese tipo de vida— desconfiaban de él. Ningún individuo o entidad que se preciara confiaba su seguridad a una compañía relacionada con el Sindicato. Y su familia pensó que era la tapadera perfecta para sus diversos negocios turbios. Se resistió, pero un año después contaba con una larga lista de clientes y una plantilla de diez... aprobados, todos y cada uno de ellos, por el padrino.

Nicholas había comprendido que no le quedaba otra alternativa. Se asentó en la rutina y delegó en sus empleados los asuntos más viles. Como si así pudiera legitimar su profesión. Los días vacíos se convirtieron en semanas vacías y éstas, en meses. Los años pasaron como lo hace la basura en una alcantarilla. Se sentía hueco, incompleto; un zombi trastabillando en el cementerio que era su vida.

Ahí residía la ironía: había sido un auténtico zombi el que le había conferido su inmortalidad. Maxwell Carpenter, un maniaco de película de serie B, había regresado de la tumba para asesinar a toda su familia. Medrando desde hacía sesenta años, un espíritu malévolo que albergaba rencor hacia sus abuelos, Carpenter se alzó como un muerto viviente, un demonio carente de sangre, movido únicamente por su deseo de venganza.

Nicholas sufrió el mismo destino que el resto de su familia. De alguna manera, Carpenter lo obligó a apuntarse con un arma en la cabeza y accionar el gatillo.

Y, sin embargo, tras haber desperdiciado la vida que se le había dado, Nicholas obtuvo una segunda oportunidad. El poderoso Osiris, Señor de la Vida, le envió un mensajero, Ankhotepe, para mostrarle el camino hacia la redención, el camino de Ma'at. Nicholas estaba muerto, pero podía escoger vivir de nuevo, vivir *para siempre*, uniendo su alma a Ankhotepe como uno de los inmortales... como una

momia.

Fue una elección fácil, pero sólo ahora comenzaba a comprender su verdadero alcance. Sólo ahora había empezado a asimilar lo que la inmortalidad significaba realmente.

La imponente edificación de la ciudadela colmó el parabrisas del Mercedes, mientras el coche se dirigía rumbo suroeste desde el aeropuerto. La ciudadela, conocida como Al-Qala'a por los habitantes, era una inmensa estructura que dominaba el horizonte este de El Cairo. Salah ad-Din construyó la fortaleza en el siglo XII sobre una pronunciada aguja de piedra caliza en las colinas de Muqattam, con vistas a la ciudad. Aunque fue diseñada para la defensa contra las fuerzas hostiles, ahora servía sólo como barracón militar y atracción turística. Extendiéndose hacia el oeste, desde el pie de las colinas de Muqattam hasta el vigoroso Nilo, en un revoltijo incomprensible de vecindarios atestados, se encontraba la Victoriosa, Misr... El Cairo.

Aunque misteriosa y seductora para los turistas occidentales, para el ojo crítico de Nicholas, la capital egipcia era un caos de callejuelas angostas, apiñadas en torno a los edificios, sin el menor orden ni concierto. Arcanos wakalabs y elaboradas mezquitas de ladrillo, pesadas por la carga de los siglos, resistían codo con codo junto a los apartamentos de hormigón y los cuadriculados edificios de oficinas. Con todo, El Cairo moderno había perdido toda semejanza con la antigua ciudad de Heliópolis, que había existido en aquel lugar bordeando el Nilo. Cuando el taxi se acercó a la ciudadela y descendió hacia la llanura, Nicholas pudo ver al fin la última evidencia de la que una vez fuera la gran metrópolis.

Las pirámides de Gizeh podían verse fácilmente a veinte kilómetros de distancia. Sus gigantescos perfiles se recortaban contra la puesta de sol, convirtiéndose en recuerdos inolvidables de antiguos orgullos y gentes. Nicholas se vio vencido por la emoción ante aquella visión. Ver las pirámides alzándose sobre la metrópolis moderna le hizo sentir como un heredero de sendas eras; un hombre procedente del pasado remoto y del turbulento presente.

El Mercedes giró, despertándolo de sus ensoñaciones, mientras salía de Shari Salah Salim y se desviaba al sur, hacia Shari as-Sayyida Nafisa. El área era muy diferente de los abarrotados barrios que se extendían apelotonados hacia el noroeste de la ciudad. En lugar de por los insulsos bloques de hormigón y ladrillo agolpados los unos junto a los otros, sin espacio para el aliento, condujeron pasando por diversos mausoleos y edificios bajos de piedra. Como en cualquier otro barrio de El Cairo, las gentes paseaban ocupándose de sus negocios o por placer, se sentaban en el exterior de sus sencillas casitas de arcilla y observaban el devenir de la vida o vendían sus mercancías junto a la carretera. Excepto que, a diferencia de los demás barrios de El Cairo, aquí las personas vivían y amaban, comían y dormían entre los muertos.

Estaban adentrándose en las Ciudades de los Muertos.

Entrar en las Ciudades de los Muertos hizo vibrar uno de los acordes en el arcano pentagrama del que se componía el alma de Nicholas. Los vivos rendían homenaje a los espíritus de los muertos, alimentando sus recuerdos a la vez que cuidaban de los mausoleos en los que los cuerpos yacían para el descanso. El fragmento de Nicholas que constituía el antiguo físico Ankhotepe, lloró ante la devoción que demostraban los habitantes vivos del cementerio.

Pese a que su parte más sabia procedía de aquel tiempo, la sensibilidad moderna de Nicholas le hacía ver las Ciudades de los Muertos como un escenario grotesco. Dos grandes cementerios flanqueaban la orilla de El Cairo desde el este hasta el sur (bautizados, de manera prosaica, como los cementerios del norte y del sur). Había sido la prensa occidental la responsable de acuñar el término genial de «Ciudades de los Muertos». El cementerio del sur era mucho más antiguo que el del norte, pero ambos tenían una función similar. Además de su propósito tradicional, es decir, conservar los restos de los difuntos, servían como hogar a un sinnúmero de vivos. Se habían instaurado barrios completos de familias que moraban allí desde hacía siglos, junto e incluso dentro de muchas tumbas. Los ocupas abundaban, pero la mayoría de los residentes estaban allí legalmente, custodiando y guardando las criptas ancestrales.

A pesar de que el islamismo era la religión predominante, los habitantes de las Ciudad de los Muertos eran devotos aún de muchas de las más antiguas tradiciones egipcias. Los mismos mausoleos eran un ejemplo primordial. La sobriedad musulmana obligaba a enterrar a los fallecidos de forma sencilla, en una tumba impersonal. Por contraste, las Ciudades de los Muertos eran justo eso: ciudades. Muchas de las criptas contaban con dos o incluso tres salas con patios amurallados. Los cuerpos se enterraban para su descanso bajo el patio o el suelo de una de las cámaras; un cenotafio señalaba el lugar exacto. Aquello dejaba un espacio amplio para que los vivos se asentaran y adoptaran su papel de custodios de los mausoleos en los que moraban. Las ofrendas a los muertos no eran desconocidas tampoco, y los familiares que no vivían con sus difuntos, a menudo se acercaban hasta allí para merendar entre las sepulturas. Por añadidura, los habitantes vivos disfrutaban de los servicios municipales, las oficinas de correos y comisarías de policía. Aquel era un lugar vivaracho y una de las pocas áreas que no estaban invadidas por la putrefacción del enemigo.

No siempre fue así. Hasta hacía poco, los chiquillos de Apofis infestaban el lugar. Vampiros y zombis se alimentaban de la sangre y el terror de los residentes. El entorno era el idóneo para sus hábitos; descansaban durante el día protegidos por sus leales sirvientes y se alzaban en la noche, recorriendo el cementerio en busca de sustento. Fue por causa de esta plaga que los Amenti se trasladaron a las Ciudades de

los Muertos. Las barrieron, deshaciéndose sistemáticamente de todos sus enemigos y liberando los cementerios de la corrupción.

No obstante, pese a que las Ciudades de los Muertos se vieron libres en nombre de Osiris y Ma'at, el resto de El Cairo (e incluso gran parte del Oriente Medio y Próximo), permaneció infestado de no muertos. Por lo que los Amenti pudieron averiguar, los sirvientes de Apofis se concentraban más aquí, que en cualquier otro lugar del mundo. Y fue en este lugar, a lo largo del beatífico Nilo, que dio comienzo la lucha entre Osiris y el Corruptor.

Los inmortales no deseaban otra cosa que recorrer la región y deshacerse de todos sus enemigos. No eran muchos y se enfrentaban a un rival cuyo alcance y verdadera influencia desconocían entonces. Los Amenti se conformaban con aguardar el momento preciso, reuniendo información y llevando a cabo asaltos estratégicos contra los focos de los Apepnu. Los aniquilaban poco a poco y sembraban la confusión; nadie sabía quién era el culpable de aquellos ataques. En El Cairo, las momias que habían sido nativos de Oriente Medio en vida, se mezclaban con los habitantes locales e investigaban en la ciudad todo cuanto podían sobre el número y movimientos de sus enemigos. Era una tarea arriesgada; sin duda los inmortales eran grandiosos, pero no invulnerables. Una sola bala podía acabar con un Amenti desprevenido y sus rivales contaban con herramientas mucho más poderosas que las armas. Hasta que no estudiaban detalladamente las ciudades y sus focos de decadencia, estas momias medraban con cuidado y otros inmortales rara vez se aventuraban fuera de las Ciudades de los Muertos cuando viajaban a El Cairo.

El Mercedes traqueteó hasta detenerse unos minutos después. La calle arenosa no se había diseñado para los coches, lo que hacía que transitar por ella fuera un reto. Los peatones y ciclistas farfullaban rápidas maldiciones mientras se apretaban contra las paredes para pasar. Nicholas echó un vistazo en rededor, al tiempo que Ibrahim pagaba al conductor. Como era costumbre, habían acordado un precio antes de abandonar el aeropuerto; tras añadir unas pocas piastras más como propina, Ibrahim despidió el taxi.

Nicholas de pie junto a una sepultura blanca y achaparrada, escudriñaba a la multitud. No percibió nada fuera de lo corriente. No encontró a ningún secuaz de Apofis, por el momento. Era cuestión de tiempo que el enemigo supiera que había regresado a la ciudad. Los no muertos plagaban El Cairo como las ratas un basurero. Peor aún, las criaturas habían contratado a una serie de mortales que vigilaban a Nicholas y otros de su especie. Las Ciudades de los Muertos eran relativamente seguras, pero no había nunca garantías en lo que concernía a los sicarios del Corruptor. A pesar de las precauciones que Ibrahim y él habían tomado antes de salir de Chicago, era muy posible que ya anduvieran detrás de su rastro. Los seguidores de Apofis eran furtivos y tenaces. Podían infiltrarse en los lugares más seguros y una vez que hubieran encontrado un rastro, la única forma de perderlos era matándolos. Asesinar no le preocupaba (ésa era, después de todo, la razón por la cual había

renacido), pero prefería hacerlo cuando lo deseaba. El enemigo tenía la indignante tendencia a aparecer cuando menos lo esperaba, y a Nicholas le desagradaban las complicaciones.

Asintió a Ibrahim y cogió sus talegas. Se encaminaron hacia el sur, abriéndose paso entre el tráfico de a pie y luchando contra el calor asfixiante. Pese a que era mediados de marzo, los días en El Cairo ya alcanzaban los veinticinco grados centígrados y más. La humedad también impregnaba el ambiente. El desierto abrazaba la región desde casi todos los ángulos, pero el legendario Nilo traía consigo la humedad a buena parte de la ciudad. Procedente del gélido invierno, en un primer momento Nicholas había agradecido la calidez. Sin embargo, su fisonomía del medio oeste no estaba acostumbrada a ello, y pronto empezó a sudar copiosamente. El fantasma de una brisa le ofreció un respiro. Nicholas sólo podía imaginar lo sofocante que sería el resto de la ciudad, donde los edificios se apelotonaban sobre las angostas callejuelas, sin permitir siquiera un asomo de aire fresco. Los habitantes transitaban bajo los rayos del sol con una gracilidad lacónica. Era la voluntad de Alá hacer de aquel día uno caluroso; ¿quiénes eran ellos para protestar? Pese a que él conocía a esa deidad con otro nombre, Nicholas se sentía incapaz de rebatir esa opinión.

Cuando se acercaban a la entrada del túnel —una pequeña estructura de ladrillo construida en un terreno cercano a una inmensa cripta musulmana y carente de patio — Nicholas percibió algo fuera de lugar. Paró junto a un comerciante que vendía a voz en grito sus tapices de estilo Harraniyyah. Ibrahim se detuvo unos pocos pasos más adelante. Nicholas se relajó, tratando de sintonizar sus sentidos con el entorno. Las momias poseían una clase de visión: la habilidad para discernir las emociones fuertes que bullían en el interior de los demás: alegría, temor, ira... y, en este caso, un nervioso entusiasmo. La sensación de estar siendo observadas era algo que agitaba mucho a las momias. Nicholas había sentido una emoción similar en el pasado. Uno de los lacayos del Corruptor los estaba vigilando.

Con sus ojos ocultos tras las Oakleys, Nicholas lanzó una ojeada alrededor mientras pretendía estar mirando los productos expuestos. El vendedor le señaló los artículos y los precios. Cuando Nicholas escogió, Ibrahim, en su papel de guía, se acercó para comprar el tapiz. Nicholas no podía ver a nadie, pero estaba convencido de que los estaban observando. Era frustrante; había tenido la esperanza de que pudieran llegar hasta la seguridad de la morada pasando desapercibidos. Ahora, en lugar de relajarse antes del encuentro como había planeado, tendría que tratar con un espía. Su vigilante era lo suficientemente hábil como para que Nicholas no pudiera localizarlo sin que éste se percatara de que sabía que lo estaban vigilando. Decidió proseguir el juego hasta que pudiera intercambiar los papeles. Lo más seguro era que el tipo fuera un don nadie; él estaba más interesado en saber para quién trabajaba.

Ibrahim y el comerciante acordaron un precio justo y Nicholas le tendió las tres libras egipcias, mientras el anciano caballero enrollaba el pequeño tapiz de lana. Ibrahim lo obsequió con una mirada inquisitiva, al tiempo que situaba la alfombrilla

entre las asas de su talega. Asintió y continuaron con normalidad.

Nicholas siguió a Ibrahim hasta el interior de la sencilla casucha. Era muy simple: dos pequeñas habitaciones divididas por una delgada pared de yeso y una cortina tejida. El único mobiliario lo componían unos cuantos almohadones, una colección de sartenes y envases de metal en la cocina. La otra habitación ocupaba los dos tercios restantes de la estructura y era una mezcla entre salón de estar y dormitorio. Justo cuando cruzaban el umbral, Nicholas percibió un lánguido pero inequívoco entusiasmo. El observador se sentía impaciente tras haber confirmado el destino de su presa. Y la pregunta era, ¿se quedaría un rato merodeando por los alrededores o regresaría para informar de inmediato?

La cortina se abrió en respuesta a su entrada, revelando tras ella unos afilados ojos negros y una cara alargada. Una sonrisa amplia se dibujó en su anciano rostro y sus ojos brillaron con deleite.

—¡Amenti Nicholas! ¡Ibrahim! ¡No os esperaba tan temprano! —El antiguo Eset-a habló en inglés por respeto a Ibrahim. Faruq poseía una gran fluidez en egipcio antiguo, en su lengua materna, el árabe, y en inglés.

Pese a que el recuerdo del egipcio era tan vivido como el del inglés en la mente de Nicholas, no estaba muy familiarizado con el árabe. Sabía lo suficiente como para asimilar el argumento general de una conversación, pero no para mantener una extensa. Por su parte, Ibrahim, al igual que la mayoría de los sectarios, conocía sólo frases sueltas de la lengua de los Amenti. Las conversaciones entre las momias y sus seguidores eran, a menudo, una combinación de idiomas.

Faruq trató de abrazar a Ibrahim al mismo tiempo que le ayudaba con el equipaje. Nicholas esperó divertido hasta que los dos egipcios hubieron terminado y luego rió cuando el anciano comenzó a postrarse mientras asía una de sus talegas.

—Hola Faruq —dijo, riéndose de los antiguos hábitos del viejo. Nicholas sabía que le profesaba un gran respeto, pero estaba claro que el tipo era un aficionado. Nicholas habría continuado con el protocolo, pero tenía que ocuparse primero del espía—. Siento ser un invitado descortés, pero debemos atender un asunto.

—Soy tu servidor, Amenti —la sonrisa de Faruq permaneció, pero sus ojos se encontraron con los de Nicholas con la misma intensidad que los de un halcón cazador—. Dime qué necesitas y yo te lo suministraré.

—Creo que deberías mantenerte al margen. Ibrahim, quiero que me hagas un recado.

El sectario Eset-a pareció confuso durante unos instantes, luego asintió.

—¿Una distracción, Amenti?

—Algo parecido. Te llevará unos cinco minutos. Vete al mercado más cercano y tráeme algo de fruta. Asegúrate sólo de parecer furtivo cuando te marches.

—¿Furtivo? —Ibrahim hablaba un inglés perfecto, pero su conocimiento del idioma no era enciclopédico.

—Eh, sospechoso. Pero sin exagerar.

Ibrahim asintió enérgico y se deslizó hacia el exterior. Echó una rápida ojeada alrededor y otra vez hacia la morada, antes de partir.

—Bien. Faruq, vayamos al refugio. Quiero informar a Basel y a cualquier otro que se encuentre allí.

—Lo siento pero Basel Nyambek-Senemut no podrá ayudarte en esta ocasión. Y no hay otros Amenti en el mausoleo.

—¿Cómo?

—La lucha es mucho más intensa ahora —Faruq se encogió de hombros a modo de disculpa, mientras guiaba a Nicholas hacia la habitación contigua—. Amenti Basel murió en un combate contra uno de los Apepnu; su cuerpo aguarda el regreso del ciclo de la muerte. Se están tramando planes extraños en Misr y los problemas aumentan en el este. Los demás están investigando. Pero Amenti Indihar y Lu Wen estarán de regreso esta tarde.

Normalmente, en el refugio solían reunirse un puñado de inmortales y sus ayudantes mortales para compartir información, planear, recuperarse u holgazanear. Nicholas había estado tan centrado en la catástrofe del Corazón y en el bastardo ladrón de Maxwell Carpenter, que había olvidado las dificultades por las que atravesaba El Cairo. Por ende, el conflicto entre los israelíes y palestinos amenazaba con estallar en una guerra. Las momias y sus ayudantes se encontraban sumidos en una u otra misión o, en el caso de Basel, aguardando su regreso a la vida.

La muerte de Basel Nyambek-Senemut era sólo temporal, pero los mortales que los ayudaban en la lucha no eran tan afortunados. Nicholas recordó a los sectarios Eset-a que se le habían unido en su misión en Chicago. Los Eset-a no eran un grupo numeroso, de hecho, eran la facción más reducida de los leales a Osiris. Partió con quince y regresó con uno: Ibrahim. Dolido, Nicholas reflexionó sobre la magnitud de su fracaso hacia los hombres bajo su mando, el valeroso culto Eset-a, sus compañeros Amenti y, sobre todo, hacia los dioses a quienes debía su existencia. Podía percibir la mirada decepcionada de Osiris sobre él a cada instante. En sus sueños, se encogía frente al disgusto de Ma'at. Una cosa estaba clara: respondería ante los venerables poderes llegado el momento.

Pero una cuestión más inmediata le impedía sumirse en la tragedia del pasado.

—Bien, entonces no nos quedará más remedio que cuidar de nosotros mismos.

Faruq se acercó al retrete que yacía expuesto en la esquina más alejada. Esto era común entre las casuchas de diseño rústico. Muchas zonas de las Ciudades de los Muertos contaban con electricidad y cañerías, pero un sinnúmero de los residentes tenía que procurarse una red eléctrica a base de remendones. Los edificios tan antiguos como éste tenían lavabos y retretes improvisados. Empero, los más modernos contaban con ducha e incluso baño. El retrete era viejo; la cisterna estaba empotrada en la pared por encima del urinario. Las cañerías, que iban bajo el suelo, conducían al exterior. Allí, enterradas debajo de unos treinta centímetros de arena, conectaban con un canal excavado por los residentes que se unía con las alcantarillas

principales. El sistema haría que cualquier ingeniero de caminos medianamente competente quedara horrorizado, pero cumplía con su función.

Faruq tiró de la cadena que pendía de la cisterna y mientras seguía tirando de ella hacia abajo, asió el retrete y lo atrajo hacia sí. El sonido de la cisterna acalló el gemido del hormigón al que el urinario estaba unido. El agua del fondo del retrete se vertió con un gorgoteo quejicoso, anticipando su desconexión de la red de cañerías. Faruq soltó la cadena y apartó completamente el urinario. Buscando apoyo en la cañería que emergía del tanque de agua, saltó a través del agujero hasta caer en el túnel que estaba debajo. Nicholas le tendió el equipaje, que el anciano sectario Eset-a apartó del recorrido del agua que fluía hacia abajo. Después de quitarse las gafas de sol y saltar detrás, Nicholas asió la cañería unida a la parte inferior del retrete y dispuso todo en su lugar. Le llevó algo de tiempo conectar la cañería a las demás, y cuando lo consiguió, oyó el tenue chasquido que le indicaba que la plataforma estaba encajada en la posición correcta. Escuchó el gorgoteo que emitió el agua al escapar del bloqueo de la cisterna y llenar el urinario. Mientras él se ocupaba del retrete, Faruq buscó el interruptor en la pared. Una débil bombilla roja se encendió unos metros más allá, procurándoles la luz necesaria para caminar por el túnel.

Nicholas se sentía siempre un poco ridículo entrando en el refugio de esa manera, era como ser James Bond. Por supuesto, sabía que no era un juego; los pasadizos ocultos como aquel eran vitales para mantener su refugio lo más escondido posible. El enemigo tenía ojos en todas partes y el espía era una prueba de ello. No había estado siquiera una hora en la ciudad y ya había alguien tras él. Estaba casi convencido de que había sido cuestión de suerte; la plantilla del Corruptor debía de tener a alguien vigilando la zona. Era por esa razón por la que empleaban el túnel. Caminar de forma clandestina por un pasadizo maloliente era preferible a guiar al enemigo hasta la puerta principal. Los Amenti y sus colaboradores mortales empleaban un laberinto de túneles para desplazarse a través de las Ciudades de los Muertos e incluso hasta ciertos puntos de El Cairo y más lejos, sin ser vistos.

El pasadizo, de unos cincuenta metros, conducía hasta una pesada puerta de acero con jeroglíficos inscritos. Tras ella, una serie de escalones desembocaban en otra puerta parecida. Los símbolos protectores habían sido obra de los Kher-minu, unas momias que, como Nicholas, estaban especializadas en la magia de los amuletos y las protecciones. Al estar entrelazados con la capa de acero, los símbolos tenían la capacidad de imbuir a las puertas la fuerza necesaria como para repeler el ataque de un misil antitanque. No había razón para pensar que alguna vez fueran atacados con un proyectil de ese tipo, pero era mejor prevenir que lamentar.

En el interior había una serie de salas decoradas con el estilo tradicional egipcio. Los jeroglíficos de las paredes relataban historias sobre los dioses y los Amenti, entremezcladas con otros tantos símbolos protectores como los de las puertas. La cámara central había sido construida hacía siglos para acoger el cadáver de Beyd al-Qalarayn, un general mameluco. Esto era muy inusual porque, por lo general, en los

mausoleos las sepulturas quedaban depositadas sobre la tierra. La superficie principal contaba además con un ataúd ornamental. Al parecer al-Qalarayn había estado algo paranoico y exigió en secreto que su cuerpo descansara allí donde sus enemigos no pudieran encontrarlo. Un estudioso africano, llamado Basel Nyambek, conocía la olvidada leyenda del peculiar enterramiento de al-Qalarayn y empleó el lugar como refugio después de haber renacido como Basel Nyambek-Senemut. El líder de Eset-a en la región construyó otra serie de cámaras adyacentes que se extendían por debajo de la Ciudad de los Muertos. Pese a que sus regentes eran Eset-a, el refugio acogía a todas las momias y sus ayudantes mortales. Un ingenioso trazado de los sistemas de ventilación y electricidad conectados a la red de la ciudad hacían de él no sólo un lugar en el que vivir, sino uno confortable. El mausoleo de al-Qalarayn se mantenía en buen estado; contaba con una inmensa sepultura de piedra arenisca y mármol, y un patio con arquerías que estaba cerrado al público desde hacía tiempo. Puesto que la única entrada a la tumba era a través de la media docena de túneles secretos, la intimidad estaba asegurada.

Nicholas se había cobijado aquí después de renacer en su tercera vida. Era tan agradable como el hogar de los Sforza en el lago Michigan o las habitaciones de Ankhotej en el palacio de Amenhotep III. Tendría que esperar para disfrutar de su regreso; de momento, debía procurar inclinar la balanza a su favor.

Siempre y cuando el hombre continuara espiándolos. Si era competente y, puesto que Nicholas no lo había descubierto, parecía ser que sí, el observador merodearía por los alrededores hasta comprobar si la casucha era un sitio de paso o si aparecería alguien más. Sólo cuando se hubiera asegurado de que permanecerían allí, regresaría para informar.

Faruq había escuchado la breve explicación de Nicholas mientras se apresuraban por el túnel. Una vez dentro de la cámara principal, se dirigió a otra habitación.

—Te proporcionaré algo que te ayude a mezclarte con la gente, Amenti.

Nicholas asintió al tiempo que sacaba de su talega un delgado estuche de cuero. La mayor parte de las cosas que transportaba en su equipaje habrían alarmado a los de la aduana, si no los hubiera distraído fácilmente «regalándoles» una pitillera de acero inoxidable y un reloj Bulova que había situado en la parte superior de la primera talega. Sobornar a los oficiales de la aduana era ilegal e insultante, pero una ofrenda amistosa era bien recibida y hacía que el proceso de llegada a Egipto fuera mucho más sencillo para todos.

Dentro del estuche había una colección de joyas de oro y cobre que relucían en armonía con la luz. Algunas piezas estaban talladas con el estilo tradicional egipcio, pero la mayoría seguía el sensible patrón del *Art Déco*. Todas ellas llevaban inscritos diversos jeroglíficos en la superficie, a menudo con incisiones en plata, como parte del diseño. Había tallado los amuletos él mismo, imbuyéndolos con su propio sekhem, su fuerza vital. La energía mística podría haberse vinculado a cualquier reliquia de material duradero: acero, madera, plástico e incluso cristal. No obstante,

Nicholas prefería el cálido brillo del oro y el cobre. Tampoco era necesario que el estilo simulara aquel del antiguo Egipto. Su sensibilidad estaba más cercana a lo moderno después de su resurrección, pero sentía que su arte debía honrar el pasado. Nicholas se había despojado de la mayoría antes de atravesar la aduana; no deseaba llamar la atención. El único amuleto que había llevado consigo desde el aeropuerto hasta el refugio era el Ankh-Meket, el Escarabajo de la Vida, que colgaba de su cuello. Debería haberse puesto el resto durante el viaje en taxi, pero se distrajo con la satisfacción de estar de vuelta en Egipto. No tenía sentido que se contara entre los Amenti si olvidaba precauciones tan esenciales.

Escogió tres anillos: uno diseñado como un escorpión abstracto, otro con una serie de jeroglíficos abrazando la circunferencia y un tercero en forma de uraeus, la cobra real. Después cogió dos brazaletes con jeroglíficos en relieve que representaban el símbolo de las diosas; Sekhmet y Selknet respectivamente. Por último, se colgó del cuello tres collares trillizos con el emblema de Mentu inscrito en la espalda de un escarabajo azabache. Aquello sería suficiente para ir en busca de algún Apepnu de rango medio. Desde las últimas peleas se encontraba, una vez más, en el extremo receptor de los golpes.

Nicholas buscó en su macuto un estuche aterciopelado del que extrajo dos figuritas talladas.

Al llevar consigo los diferentes amuletos, se sintió acunado en una crisálida de poder que complementaba el aura protectora de su espíritu. La inmortalidad, por sí misma, le contagiaba con una energía desenfrenada. Portando además sus amuletos protectores, se veía capaz de conquistar el mundo antes de la hora de cenar.

Mientras Nicholas se colgaba del cuello tres escarabajos brillantes, Faruq regresó con una túnica liviana y un turbante para la cabeza. Los habitantes locales llamaban a estas prendas *djellaba* y *tarbush*.

—Esto debería servir.

—Perfecto, muchas gracias.

Al vestirse con la *djellaba* y el turbante no destacaría entre la multitud. Las camisas y pantalones eran tan habituales entre los ciudadanos de El Cairo como lo eran las túnicas y el *tarbush*, pero el corte de sus prendas era demasiado occidental. Su piel había cobrado una tonalidad macilenta durante el invierno, aunque sus genes italianos le otorgaban un color lo suficientemente moreno y mediterráneo como para confundirse entre la gente. Al sentir una quemazón inesperada procedente de la cabeza, Nicholas se percató de que el *tarbush* le sería útil por otra razón; carecía de cabello que lo protegiera contra la vehemencia de los rayos solares. Maxwell Carpenter lo había secuestrado y envuelto en cinta adhesiva de pies a cabeza. Cuando consiguió liberarse, se afeitó la cabeza al cero para deshacerse del pegajoso enredo en el que se había convertido su pelo por el fuerte adhesivo. La molestia en su cabeza parecía indicar el inicio de una quemadura. Apuntó en su memoria la necesidad de comprarse una crema de protección solar y un sombrero, una vez se hubiera ocupado

de sus preocupaciones más inmediatas. Con un gesto de gratitud, se puso la *djellaba* y el *tarbush*, y continuó hacia una puerta que conducía hacia un túnel diferente.

—Amenti —inquirió Faruq—, ¿necesitas que te acompañe?

Nicholas reflexionó. Se defendía con el árabe pero no estaba familiarizado con la ciudad. A diferencia de él, Faruq era nativo de El Cairo. El anciano era mortal, mientras que Nicholas había sido bendecido por Osiris con la inmortalidad y entrenado en el místico hekau del antiguo Egipto.

—No, quédate aquí. Debería poder mezclarme bien durante algún tiempo. Y en el caso de que algo me ocurra, necesitaré que les comuniques a otros Amenti a dónde he ido. Asegúrate de que Ibrahim permanece en el lugar cuando regrese. Él es el único, aparte de mí, que sabe lo ocurrido en Chicago.

—Así lo haré, Amenti.

Nicholas se apresuró por el túnel sembrado de cables eléctricos. Emergió en medio de un racimo de palmeras de dátiles, a escasos metros de la casucha en la que había entrado unos cinco minutos antes. Al cabo de unos segundos se encontró rastreando el perímetro que rodeaba la casa. Saboreó la tenue anticipación de la sombra que parecía seguir vigilando. ¿Pero dónde? Ése era el quid de la cuestión. El barrio no estaba atestado y el hombre debía estar observando desde un lugar privilegiado. Nicholas se tomó su tiempo, recorriendo las calles tan rápido como su pensamiento. Con todo, no encontró a nadie espiando desde las esquinas o parapetándose en los edificios. Eso le hizo pensar que el individuo debía de ser uno entre las dos docenas de personas que tenía a la vista: un par de vendedores ambulantes, los vecinos atendiendo sus tareas domésticas y los clientes que consumían bebidas en la cafetería al aire libre. Ninguno de ellos parecía estar fuera de lugar, furtivo, atento o sospechoso. Tras sopesar las posibilidades durante un momento, la mejor de ellas se hizo evidente. Quien quiera que les estuviera siguiendo el rastro, debía haber estado vigilando la casucha antes de que Ibrahim y él llegaran. Sólo en la cafetería —o qahwa, como la llamaban los habitantes— podría sentarse alguien durante mucho rato sin atraer la atención.

Dio un rodeo y se aproximó a la qahwa desde la parte más alta de la calle. El lugar carecía de adornos. La estructura era de ladrillo de arcilla y apenas se diferenciaba de la casucha que ocultaba el túnel subterráneo. Un par de puertas abiertas de madera constituían una de las paredes; tras ellas, estaba la barra. Tres mesas tambaleantes formaban una fila desigual en un claro de la calle. Dos hombres que jugaban al *backgammon* se sentaban en una de ellas. Al acercarse, Nicholas se percató de que el individuo que miraba hacia él debía de ser el dueño y camarero del local. Dada la escasez de clientela, los propietarios de estos garitos solían relajarse jugando con alguno de sus clientes. El anciano con el que jugaba se sentaba mirando hacia la casucha, de tal forma que podía vigilar también a cualquiera que se aproximara a ella. *¡Viejo zorro! No te distingues de los demás cairinos a los que no se les espera en ningún lugar y que tienen todo el tiempo del mundo para llegar a él.*

Por ahí llegaba Ibrahim, llevando consigo un pequeño fardo envuelto en una bolsa de papel. Miró en rededor y entró en la casucha. Transcurridos unos segundos, el anciano gesticuló sobre el tablero de *backgammon*. Debía haber estado esperando a Ibrahim para confirmar sus sospechas antes de regresar. Nicholas se apartó hacia un lado, en caso de que el anciano se encaminara en su dirección. Escuchó el lánguido rumor de un cañón. Un minuto después, una voz árabe inundó el aire, amplificadas hasta convertirse en irritante por los altavoces que se hallaban diseminados por todo el cementerio. A pesar de que el cañón había dado ya el primer aviso, Nicholas no pudo evitar sorprenderse ante la llamada musulmana al rezo. Aprovechó la distracción para regresar al refugio.

Nicholas encontró a Faruq e Ibrahim conversando en la cámara principal. La gente rezaba sobre sus cabezas, pero ninguno de los egipcios sentía la necesidad de hacerlo. Faruq era el heredero de varias generaciones de devotos del antiguo panteón egipcio e Ibrahim había abandonado el Islam hacía años.

—¡Amenti! ¿De qué te has enterado? —preguntó Ibrahim, los ojos brillándole por el entusiasmo.

—Perdona, Ibrahim; nada que requiera que te alces en armas todavía. Encontré al hombre que nos vigilaba; sólo quería avisaros antes de seguirlo.

—¿Está ya de regreso, Amenti Nicholas?

—No, ahora mismo está rezando junto a los demás. Pero informará tan pronto como haya terminado, de forma que debo apresurarme.

Faruq estaba confuso.

—¿Es musulmán?

—No lo sé. —Nicholas negó con un gesto—. Podría ser. El enemigo no se preocupa por cosas tan insignificantes como las preferencias religiosas. Sólo tiene en cuenta que a estos idiotas los puede manipular cientos de veces antes de acabar la semana.

—Indihar y Lu Wen llegarán pronto —comentó Faruq—. ¿Qué debo decirles si no has regresado aún?

—Decidles que me estoy encargando de repartir un pedido de pateo de culos contra reembolso.

—¿Amenti? —Faruq e Ibrahim lo obsequiaron con sus mejores miradas de estupefacción.

—Eh, decidles que he ido a asestar un golpe en nombre de Ma'at.

Ma'at era la criatura ideal, la justicia personificada, la encarnación del orden cósmico. Apofis, el Corruptor, había dedicado varios siglos a extender su malvada influencia a lo largo y ancho del mundo. Ma'at exigía la recuperación de un equilibrio cósmico; una cantidad semejante de maldad y bondad. El Señor de la Vida había escuchado su llamada y ordenó a las momias que se alzarán. Nicholas Sforza-Ankhotep se encontraba entre aquellos que habían sido bendecidos con una segunda oportunidad y que debían desempeñar una tarea jamás soñada en cualquiera de sus

anteriores vidas. Al igual que sus compañeros Amenti, Nicholas era hijo de Osiris y guerrero de Ma'at. Había estado lamentándose por su reciente fracaso; pero ahora se sentía embriagado por la pasión que le brindaba la posibilidad de resarcirse. Contaba con la oportunidad de asestar un golpe a su eterno rival.

En lengua vernácula: propinarles unas cuantas patadas en el culo a unos grandísimos hijos de puta.

El rezo había acabado cuando Nicholas regresó a la qahwa. La zona recuperaba su lánguida actividad y el anciano había desaparecido.

Nicholas se aproximó por el sur y no vio al hombre, de forma que ascendió por la calle. Caminó todo lo aprisa que pudo evitando llamar la atención y vislumbró al hombre poco antes de que éste se perdiera de vista en un cruce improvisado fruto de la intersección entre las pobladas callejuelas y los mausoleos diseminados. Quizá los callejones serpenteantes ofrecieran una nota de color, pero conseguía que orientarse por ellos fuera toda una hazaña.

Nicholas era bueno siguiendo a la gente gracias a los dos últimos años de su segunda vida como propietario de S Securities. No obstante, contaba con el carisma natural de los inmortales que hacía que la gente se fijara en él, incluso cuando trataba de pasar desapercibido. Era como ser la persona más atractiva dentro de una habitación; lo que no suponía un problema siempre que uno estuviera solo, pero sí un inconveniente cuando uno trataba de fundirse con el entorno. Los viandantes lo miraban y muchos se percataron de que las ropas bajo su túnica eran de corte occidental. Para los cairinos detalles como éste, o aún más extraños, eran habituales, pero la menor de las atenciones hacía que seguir a alguien fuera más complicado. Sin mencionar el hecho de que el anciano era muy habilidoso también; la clase de hombre que se fundía con el entorno y que poseía la mirada despierta de un halcón.

Pero Nicholas tenía la magia de su lado. Uno de los anillos que llevaba aumentaba su percepción. Al estar dotado con los ojos del halcón y el oído del zorro, podía permitirse que su presa se alejara unos cuantos metros de él. Nicholas siguió el rastro hacia el norte, flanqueado por la vasta y compleja ciudadela que se erigía en el este. Pronto salieron del cementerio; Nicholas trató de recordar el trazado de esa parte de la ciudad. Percatándose de la presencia de la gran mezquita de Ibn Tulun frente a él, pensó que podría encontrarse en... eh, ¿cómo se llamaba? El problema de El Cairo era que la mayoría de aquellas callejuelas zigzagueantes cambiaban de nombre una docena de veces a lo largo de un kilómetro y medio. Ésta podría ser Shari as-Sayyida o quizá Shari al Hilmiya, o tal vez fuera Shari al-Mu'izz. ¿Quién sabía? Al cabo de diez minutos comprendió por qué los taxistas no siempre sabían dónde se encontraba el destino de sus pasajeros.

Aun permaneciendo en las mismas calles, los giros y recodos hacían que el rumbo fuera muy confuso. Después de veinte minutos, Nicholas no tenía idea de cómo llegar directamente al refugio. Tendría que conformarse con ir hacia el sur hasta toparse con la Ciudad de los Muertos y tratar de encontrarlo desde allí. El asfixiante calor tampoco ayudaba a seguirle el rastro al anciano. La djellaba blanca reflejaba algunos de los rayos más sofocantes, pero seguía sintiéndose como si lo estuvieran asando

vivo. Su yo arcano podría estar dando la bienvenida al calor, pero Nicholas era ante todo un heredero de la América moderna del medio oeste. Quizá le beneficiaría crear un amuleto que lo protegiera de las temperaturas extremas; además, aquello evitaría que se le quemara la coronilla. Apuntó en su agenda mental la necesidad de hacerlo.

Nicholas se limpió el sudor de la cara y se obligó a concentrarse. Le hubiera sido de utilidad tener una idea de hacía dónde se dirigían; en ese caso podría haber trazado un plan de aproximación y haber estado alerta ante las posibles emboscadas. Pero ésta no era su ciudad. Todo lo que sabía es que se estaban adentrando en la ciudad, siguiendo un rumbo noroeste. Los pequeños patios ajardinados y diminutas estructuras de ladrillo y piedra, tan recurrentes en las Ciudades de los Muertos, fueron reemplazados por las callejuelas abarrotadas y los edificios achaparrados de varios pisos.

Lo más sabio habría sido volver a las Ciudades de los Muertos. Encontrarse con sus compañeras momias, Indihar y Lu Wen —que regresaban con el propósito de saber cómo había ido la misión en Chicago— y transmitirles una descripción del anciano. Después de todo, el espía había descubierto la casucha pero desconocía la existencia del pasaje secreto. Los Eset-a podrían aprovechar su ventaja y tender una emboscada. O sencillamente inundar el túnel. Las momias conocían algunas artes que les permitirían bloquear el pasaje con tierra, de forma que pareciera que nunca existió un hueco.

Pero Nicholas prosiguió. Ya había pasado la totalidad de su segunda vida sin arriesgarse. Su comportamiento había sido siempre seguro y previsible. Sin embargo, ahora se veía libre de esa debilidad; su yo arcano la había reemplazado con la fortaleza que otorga la decisión. Demostraría a todos que aún era digno del don que se le había otorgado.

Con la promesa de venganza bailándole en los ojos, Nicholas Sforza-Ankhotep se adentró más aún en la ciudad.

Como ocurría en la mayor parte de El Cairo, los barrios de Darb al-Ahmar no formaban un trazado organizado y reconocible. El barrio se extendía hacia el este, siguiendo la falda de las colinas de Muqattam; la ciudadela, siempre presente, se erigía hacia el cielo. Nicholas estaba vagamente familiarizado con la zona, pues ya había visitado las diversas mezquitas diseminadas por el vecindario.

La calle por la que transitaba estaba más concurrida que aquellas de las Ciudades de los Muertos. Los transeúntes se apresuraban para completar sus tareas antes de regresar a sus hogares bajo la menguante luz del atardecer. Una carreta remolcada por un burro se abrió paso a través de la marea de paseantes calle arriba. El conductor era un rubabikya, uno de los cientos de traperos que recorrían la ciudad reciclando los desechos y volviéndolos a vender. Con una mezcla de orgullo y pesar, Ibrahim le había contado que su padre había sido uno de ellos. Ibrahim le había explicado que el

servicio de recogida de desechos del gobierno era lamentable debido a los altos costes del mantenimiento y a la creciente corrupción. El rubabikya restauraba muchas de las cosas que otros tiraban, consiguiendo así un sustento digno y evitando que la ciudad quedara enterrada bajo una montaña de basura.

Nicholas observó que el anciano se detenía junto a la carreta e intercambiaba algunas palabras con el conductor. Interesante. Sin duda un rubabikya podría ser un excelente espía, recorriendo los vecindarios de manera regular y reuniendo mucha información de los residentes a partir de sus desechos. Nicholas no se sentiría sorprendido si algunos de ellos, aún sin saberlo, trabajaran para el enemigo. Tendría que mencionarles el tema a los demás; verificar si había alguna manera de que las momias atrajeran a los traperos a su causa, si acaso no lo estaban ya.

Al intuir que se aproximaban a su destino, decidió servirse de los giros y curvas de las callejuelas, y de las alargadas sombras del crepúsculo para acercarse al anciano. Procuró mantenerse a una distancia de entre cinco y diez metros, teniendo a su presa siempre a la vista y empleando el oído tanto como podía. Descendieron primero por una calle tortuosa pasando junto a unas casas; luego tomaron una curva hacia un paseo, encajado entre sendos edificios de ladrillo y de dos pisos de altura, y rodearon una amplia wakalah; una especie de nave que había sido dividida recientemente en una serie de pequeñas tiendas y apartamentos. Nicholas aminoró el paso cuando el hombre miró en rededor antes de entrar. Dejándose arrastrar por la marea humana, Nicholas caminó junto al paseo y giró en la siguiente curva. Tras el primer vistazo advirtió que el paseo conducía hasta una arcada que delimitaba con un patio interior.

Nicholas rodeó el bloque, que estaba formado por la wakalah y otros tres edificios. Todos eran viviendas de ladrillo con una altura de dos pisos. Los tres edificios de apartamentos formaban una U, cuyo extremo abierto se encontraba en el este. De no ser por el paseo, la wakalah, que se encontraba en la zona superior de la estructura, la cerraría formando un cuadrado perfecto. Le pareció probable que aquel fuera el destino definitivo del anciano. La duda surgía, sin embargo, a la hora de decidir si el hombre se dirigía a un apartamento específico en alguno de los tres edificios o si todo el lugar se hallaba bajo la influencia del enemigo. Era mejor optar por la segunda posibilidad y, en caso necesario, reevaluar las circunstancias sobre la marcha.

Ahora que conocía la ubicación, Nicholas sabía que lo mejor sería regresar al mausoleo. El sol se ocultaría en menos de una hora y le llevaría unos treinta minutos alcanzar el sur de la Ciudad de los Muertos; algo más si se perdía. Pero no podía retirarse. ¿Y si el lugar era una tapadera como lo era la casucha que ocultaba el pasaje hacia el refugio Eset-a? Su yo sabio se preguntaba si no estaría tratando de compensar su fracaso en Chicago, pero Nicholas estaba demasiado ocupado decidiendo el mejor punto de entrada como para dedicarle la menor atención a estas dudas.

Darb al-Ahmar había prosperado en los días de Salah ad-Din. Por lo que había visto hasta ahora, el barrio había escapado a las precipitadas renovaciones urbanas tan habituales en algunos sectores de la ciudad. Observó que los edificios del vecindario se parecían mucho los unos a los otros. A diferencia de las modernas estructuras de hormigón, éstos habían sido contruidos con ladrillos de adobe hacía siglos. La arcilla seca era un aislante magnífico que conseguía mantener el interior de las viviendas a una temperatura relativamente equilibrada: fresca incluso en el verano más abrasador y cálida durante las frías noches del desierto. Cada una de estas estructuras contaba con una única puerta y, en cada piso, tres ventanucos estrechos miraban a la calle. Sobre los techos planos sobresalían las delgadas antenas de televisión, así como dos pequeñas antenas de satélite dispuestas en una esquina. El conjunto era bastante agradable, incluso lujoso para la zona. Allí donde se encontraba la wakalah parecía haber existido un cuarto edificio. La estructura residencial era más ancha pero no tan alta como los antiguos apartamentos. Una mezcolanza de edificios ruinosos se apoyaban los unos contra los otros al otro lado de la calle; unos pocos contaban con tres pisos de alto. El sol poniente arrojó sus sombras sobre la mayor parte de las viviendas. Teniendo en cuenta el ángulo descendente del sol y la conveniente oscuridad, Nicholas pensó que aquel era el mejor punto desde el que aproximarse.

Lo peliagudo sería encaramarse al techo de la wakalah. Recordando haber visto un cobertizo o almacén en uno de los laterales, se deslizó hasta el lugar y subió por el ángulo que se unía a la pared de la wakalah. El tráfico de transeúntes menguaba rápidamente con la caída de la noche, pero le resultaba complicado determinar el momento preciso de ascender sin correr el riesgo de ser visto. Al cabo de un rato nadie miraba en su dirección. Confiando en el brazaete de Selket, saltó hasta el tejado del cobertizo. Con el equilibrio de un escorpión y protegido por los auspicios de la diosa, Nicholas volvió a saltar y se encaramó al tejado de la wakalah. Nicholas se movió con cautela por las tejas de cerámica, teniendo siempre cuidado de que no cayera ninguna. Parecía que, de momento, no había nadie vigilando desde el tejado de los edificios. No le preocupaba que alguien pudiera avistarlo desde abajo. No era habitual que la gente mirara hacia arriba, especialmente en aquellas zonas donde los edificios no eran muy altos. Además, las angostas callejuelas jugaban a su favor; cualquier transeúnte que quisiera obtener una idea precisa del techado de los edificios, tendría que estirar el cuello con desmesura. Nicholas podía observar a los viandantes por encima de sus cabezas, sin temer que lo descubrieran. De hecho, su posición le ofrecía una panorámica envidiable del vecindario. Una serie de mezquitas bordeaban el flanco sureste de Darb al-Ahmar. Las reconoció por su anterior excursión, se trataba de los alminares de Ibn Tulun casi en línea recta hacia el sur, con la mezquita de Ar-Rifa'i y la del Sultán Hasan próximas al este. En el horizonte se erigía el imponente perfil de la ciudadela, sus murallas resplandeciendo como el oro bajo el sol poniente.

Pese a que no había visto vigías en los techados colindantes, tenía presente que le

podrían atacar en cualquier momento. Se movía con rapidez, deslizándose con presteza a lo largo del tejado. Al poco alcanzó el extremo desde el que se divisaba el patio central. El suelo estaba embaldosado y en cada una de las esquinas había helechos plantados en cuadros de tierra. Los edificios contaban con una única puerta que comunicaba con el patio, pero no había ninguna que diera paso a la wakalah. Asimismo, los tres edificios de apartamentos disponían de balcones de hierro forjado en el segundo piso. El anciano había dispuesto de mucho tiempo para entrar en el interior y no había movimiento en el exterior. Era imposible averiguar en cuál de las estructuras había entrado. Nicholas decidió aguardar unos minutos, por si acaso el hombre había visitado el recinto sólo con la intención de informar. Nicholas se acomodó en el lugar en el que el techo de la wakalah se unía con el lateral derecho del edificio de apartamentos.

Poco después escuchó el sonido de unas pisadas, no en el patio, sino sobre su cabeza. El ritmo comedido de un guardia aburrido. Se apretó contra la pared arcillosa que ascendía tres metros hasta el tejado de los apartamentos. No podría pasar desapercibido si el guardia miraba directamente hacia abajo, pero una ojeada casual no repararía en él. Las pisadas giraron, silenciándose a medida que el guardia se alejaba por el tejado.

Había llegado el momento de regresar. Nicholas echó una última ojeada al patio. Percibió un movimiento sobre el tejado del apartamento de la izquierda y se apresuró a ocultarse de la vista, maldiciéndose mientras lo hacía. Los movimientos bruscos eran enemigos del disfraz. Escuchó un grito desde el extremo izquierdo del tejado. Al menos no era uno de alarma. Su árabe era lo suficientemente bueno para entender que *Izquierdito* estaba llamando al guardia que acababa de hacer su ronda.

Genial, sí, ven a comprobar que no hay nadie escondiéndose aquí abajo. Nicholas frunció el ceño. Si echaba a correr ahora, seguramente lo descubrirían. Pero ¿de qué informarían? De haber visto a un individuo con túnica corriendo por el tejado. A la mierda; estaba harto de correr.

Un robusto torso egipcio se asomó por el borde del tejado, justo encima de su cabeza. Nicholas estaba preparado, la tensión de la preocupación le ayudaba a precisar dónde se encontraba exactamente el guardia. Se irguió al tiempo que agarraba con una mano la pechera de la camisa del hombre y tiró de él hasta hacerlo aterrizar boca abajo, como un pelele, cerca del borde del tejado. Cualquiera de las dudas que Nicholas pudiera tener sobre el lugar y aquel hombre se disiparon en cuanto descubrió el tatuaje en forma de serpiente, que asomó por el puño de la camisa cuando el guardia palmeó la pared en busca de apoyo.

Nicholas se encontraba frente a uno de los criados de un Seguidor de Set; los mortales como aquel a menudo demostraban su lealtad tatuándose una serpiente. La alianza que el hombre había sellado con uno de los grandes enemigos de las momias eliminó toda posibilidad de ser tratado con piedad. Nicholas se movió con la rapidez de un escorpión y cogiendo de nuevo al hombre por la pechera de la camisa, lo

golpeó con dureza en la garganta. Parejo al primer golpe, le asestó una patada en la sien.

El guardia se atragantó con lo que fuera que iba a decir y la sacudida en la cabeza lo dejó inconsciente un instante después. Nicholas mantuvo apresada la barata tela de la camisa y empujó el cuerpo espasmódico hacia el borde del tejado, luego lo dejó caer. Una nube polvorienta se elevó rodeando el cuerpo cuando éste aterrizó en la calle.

El aguzado oído de Nicholas percibió la ascensión del otro guardia tan pronto como el robusto desapareció por el borde. Se encaramó y columpió del borde que se encontraba por encima de él. Se impulsó hasta caer de espaldas y rodando en el piso superior. Poco después escuchó como Izquierdito bajaba al tejado de la estructura residencial, llamando a su compañero.

—¿Malik? ¿Malik? —La preocupación se transformó en pánico cuando el guardia descubrió a su amigo despatarrado en la calle.

Nicholas oyó como el guardia se apresuraba hasta la zona del tejado desde la que se divisaba el patio, para pedir ayuda.

Se asomó por el borde. *Bingo*. El anciano y otro, uno más joven, emergieron al estrecho haz de luz que dividía el extremo oeste del patio. Miraron hacia el guardia, protegiéndose los ojos del sol del atardecer.

—¡Malik ha caído! —les anunció Izquierdito desde arriba—. Creo que alguien...

—¡Eh! —exclamó el joven en el patio, apuntando a Nicholas que se movía completamente erguido y a la vista a lo largo del borde del tejado.

Tan pronto como lo divisaron, se dirigió hacia la trampilla que daba acceso al tejado. Se desvaneció con rapidez, pero por la conmoción pudo adivinar que todos convergerían en ese edificio. Izquierdito corrió sobre las tejas ruidosamente; sus zapatos rascaban la pared en busca de un asidero que lo ayudara a encaramarse en el tejado. Nicholas escuchó el chirrido de la puerta al abrirse y un par de pisadas apresurándose a subir por las escaleras. Demasiado rápidas para ser las del anciano, de modo que ¿dónde se encontraba? Al esforzarse, Nicholas reconoció el caminar arrastrado que ya había seguido anteriormente. Por lo visto el viejo se dirigía a la calle para comprobar el estado de Malik. De momento todo iba según lo planeado.

Estaba convencido de que le resultaría sencillo deshacerse de los guardias; era el vampiro al que custodiaban el que lo preocupaba. El sol se estaba poniendo y tendría que moverse con rapidez si pretendía mediar con la criatura antes de que se despertara. No obstante, ignorar completamente a los guardias sería una insensatez, por lo que decidió dejarles una sorpresa. Buscó en sus bolsillos y arrojó dos esculturas perrunas en lo alto del tejado, al tiempo que murmuraba una orden en egipcio. Mientras concentraba su voluntad, las figurillas comenzaron a hincharse. En cuestión de pocos segundos, adoptaron la forma de sendos mastines negros y gigantescos. Los ojos color ébano de Sherlock y Watson lo observaron con inteligencia antinatural y aguardaron sus órdenes.

La especialidad de Nicholas eran los amuletos y no las esfinges. Sabía lo suficiente para salir de un apuro, pero carecía del talento necesario para concebir unas bestias tan magníficas como éstas. Habían sido un regalo de Lu Wen-Khutenptah; las detalladas piezas de ébano se transformaban en criaturas tan rápidas y poderosas como lo eran los mastines de pura raza, pero poseían una inteligencia y astucia que superaban con creces las de un animal corriente. Como debía infundirles parte de su fuerza vital, sólo los utilizaba de manera ocasional. No había tenido la oportunidad de activarlos en Chicago, un error que no cometería aquí.

Hablando en egipcio, ordenó a Sherlock que fuera al encuentro del hombre que ascendía por las escaleras, mientras que Watson debía ocuparse de Izquierdito. Si se enfrentaban contra los mortales, los mastines tenían muchas posibilidades de salir victoriosos, pero no contra el vampiro. Sin duda eran poderosos aliados, pero su fortaleza no era mucho mayor que la de sus homólogos naturales. Ocasionarían unos cuantos quebraderos de cabeza al vampiro, pero no serían capaces de destruirlo. Era mejor que se ocupara él.

Tras impartir las órdenes, Nicholas saltó desde lo alto del tejado y cayó ruidosamente. El sonido se propagó entre las sombras del patio, despertando unas voces confusas en el tejado. Entonces las voces se transformaron en gritos, que fueron interrumpidos por gruñidos ocasionales. Nicholas sonrió y se precipitó hacia el edificio oeste.

El interior era una única y espaciosa *suite* formada por diversas habitaciones, en lugar de una serie de apartamentos individuales como había creído en un principio. Unas escaleras, situadas frente a él, conducían hacia el piso superior y a su derecha se extendía una inmensa sala de estar que contaba con un par de sofás bajos cubiertos de cojines y mesitas de café. Un antiguo escritorio descansaba junto a la pared en una de las esquinas. Las alfombras cubrían el suelo y los telares adornaban las paredes; todos ellos confeccionados en el exuberante arte arábigo. La decoración era muy hermosa, pero Nicholas estaba más interesado en descubrir dónde reposaba el vampiro. Lo más probable era que estuviera abajo; tener el ataúd a la vista era demasiado arriesgado. Su oído, agudo como el de un zorro, percibió el entrecocar de la piedra contra la piedra traspasando una cortina de cuentas que colgaba del umbral de una puerta en la pared opuesta. Atravesó la cortina y llegó a otra lujosa habitación. Su mirada se detuvo en el centro del suelo pétreo, decorado profusamente con jarapas. La esquina de una de las alfombras se deslizó a un lado cuando una de las baldosas de mármol se elevó del suelo.

La criatura que emergía desde la profundidad vio a Nicholas en el mismo momento en el que entraba en la habitación. Nicholas captó un destello en los ambarinos ojos de reptil, antes de que una pesada losa volara en su dirección.

El fragmento arcano de su alma, su ka, reaccionó como lo haría un ángel de la guarda. No cabía la posibilidad de que hubiera podido esquivar la amenaza pero, de algún modo, se inclinó hacia atrás, arqueando la espalda, mientras el mármol

sobrevolaba su rostro a escasos milímetros. La losa se estrelló contra la pared, al tiempo que Nicholas transformaba su movimiento en una voltereta. Quedó en cuclillas en el mismo instante en el que el vampiro se precipitaba desde su guarida. Los Seguidores de Set eran depredadores peligrosos, fuertes y ágiles. Poseían unos poderes magníficos que les habían sido otorgados por la vinculación con su señor no muerto. Nicholas había tenido la esperanza de abatirlo antes de que despertara de su sueño, pero al parecer era un madrugador.

La piel de la criatura se moteó y oscureció con escamas negras mientras cargaba contra él. Se movía con una naturalidad hipnótica; una de sus garras arremetió con pasmosa celeridad. Por segunda vez, Nicholas se inclinó hacia atrás, protegiendo su cuello de las oscuras uñas por poco. No era bueno que estuviera luchando a la defensiva. Especialmente porque su espalda estaba contra la puerta por la que entrarían los lacayos de la bestia en cualquier momento.

Nicholas cambió de trayectoria y agarró uno de los amuletos que pendían de su cuello. Si detonaba el escarabajo de Mentu, el vampiro sería cenizas en cuestión de segundos. El Seguidor, no obstante, igualó su velocidad de movimiento y le arrebató el amuleto arrojándolo a un lado. Su mano quedó entumecida por la violencia del impacto durante un instante y el escarabajo negro se liberó de la cadena y botó hasta la pared. Nicholas no tuvo tiempo de preocuparse por la pérdida del amuleto, mientras luchaba por esquivar un golpe mortal procedente de la garra vampírica.

La embestida se transformó en finta cuando la mano izquierda del Seguidor se precipitó hacia su cuello. Pero su espíritu estaba atento al transcurso de los acontecimientos. Un cambio casi imperceptible de su equilibrio y el vampiro desgarró la djellaba en lugar de su garganta. La criatura abrió la boca de manera impensable y unos colmillos finos como agujas brotaron de la parte superior.

Que un vampiro le hincara los dientes en el cuello era tan poco apetecible como que le desmembrara con sus garras, de modo que se retorció hasta deshacerse de la túnica. Sostuvo la manga y arrojó el resto de la djellaba sobre la cabeza del Seguidor. El vampiro gruñó y desgarró la prenda, pero no lo suficientemente deprisa como para esquivar los puñetazos castigadores de Nicholas. Adoraba aquella fortaleza vengativa e íntegra que le confería el amuleto de Sekhmet. La cabeza de la criatura se dislocó hacia atrás; parte de ella conservaba su piel de reptil, pero la otra había quedado reducida a una masa ósea de la que manaba la sangre.

Entonces, justo en el momento en el que Nicholas trataba de coger su segundo escarabajo de Mentu, el gul se desvaneció. *¡Mierda, la cosa se ha vuelto invisible!* Desencadenó el efecto del amuleto con una orden. Del escarabajo surgió una luz cegadora y un calor abrasador que incineró uno de los sofás. Maldijo; ese instante de indecisión era lo único que necesitaba el vampiro para esquivar el ataque. No obstante, el fuego debía haberlo asustado puesto que, en lugar de sentir los colmillos en su garganta, escuchó un breve gemido y vio cómo la cortina de cuentas se abría con brusquedad abriéndole el paso a una nada inmensa.

Nicholas recuperó el amuleto perdido en el suelo y persiguió a su enemigo. Le llegaban chillidos de dolor y sorpresa de la habitación contigua. Al entrar, observó al anciano quejándose tendido en el suelo. *Bueno, mala suerte. Eso te pasa por ponerte delante de un vampiro acojonado.*

Cuando se aproximaba a la puerta, escuchó un coro de gritos y ladridos tan altos como el disparo de un arma, que procedían del piso superior. Sherlock y Watson debían de haberse topado con más guardias. Corrió hacia el patio donde casi chocó contra un guardia armado con una inmensa daga curvada. Carecía de la paciencia para ocuparse de la distracción; necesitaba alcanzar al vampiro antes de que se ocultara en las tinieblas. Agarró la muñeca del hombre y la retorció, hundiéndole la daga en el pecho mientras continuaba su persecución.

Aguzó sus sentidos. Ignoró los gorgoteos entrecortados del guardia, y los ladridos y gritos que manaban del interior del edificio. Su oído se centró en captar el sonido de las pisadas. Nada. El Seguidor no había tenido el tiempo suficiente como para escapar al oído preciso de Nicholas. De modo que era probable que la criatura estuviera quieta...

La rabia era tan palpable que lo alertó a tiempo de volverse. La embestida erró el cuello pero lo golpeó en el hombro, originándole un dolor intenso. La herida quedó insensibilizada casi de inmediato, amenazando con subyugar su cuerpo a una extraña laxitud. Nicholas saltó a lo ancho del patio, girándose para encarar el área donde el Seguidor de Set podía estar escondiéndose. Detonó el escarabajo, que no hizo más que cuartear la pared. Al instante asió el último escarabajo de Mentu que pendía de su cuello y lo hizo estallar en el lado opuesto al primero.

Funcionó. El instinto del vampiro lo había llevado a evitar las llamas de la primera explosión, para caer luego en las de la segunda. La criatura parpadeó hasta cobrar visibilidad y aulló de agonía, la mitad de su cuerpo azotado por la violencia del estallido. Empero, aún le quedaban fuerzas para luchar. Al tiempo que se palmeaba las llamas, corrió hacia Nicholas, agrediéndolo con la lengua bífida. El veneno de la herida en el hombro ralentizaba sus movimientos, pero con una voltereta inspirada se apartó de la trayectoria del ataque. Se irguió de las cuclillas cuando la lengua lo embistió por segunda vez. Pese a estar centrado en esquivar el golpe, Nicholas se percató de que el anciano tambaleante se había abierto paso hasta el exterior. Llevaba consigo un extintor y corrió hacia ellos para sofocar las llamas que devoraban al vampiro.

La ira le confirió energías renovadas. Su mano buscó la lengua atacante y la apresó por detrás de la zona bífida. El no muerto chilló por la rabia y el dolor e intentó liberarla, pero Nicholas mantenía la presa con firmeza. El vampiro podía ser igual de rápido que él, pero Nicholas le ganaba en fortaleza. Aquel momento hubiera sido idóneo para hacer estallar otro escarabajo, pero al carecer de uno, improvisó. Aprovechándose de la momentánea ventaja, se limpió la frente con la mano libre e inscribió una rápida combinación de jeroglíficos en el aire. El sudor de las yemas de

sus dedos crepitó en el vacío mientras trazaba la protección. El vampiro se dio cuenta de lo que trataba de hacer e intentó salvar la distancia entre ellos, pero ya era demasiado tarde. Nicholas dibujó el último símbolo —el emblema del dios Mentu, la representación del calor destructivo del sol— y estalló un relámpago cegador. Pervivió apenas un instante, aunque fue suficiente para prender fuego a la punta de la lengua del Seguidor.

Las llamas ascendieron por la lengua, como lo harían por un reguero de pólvora. Los dorados ojos de reptil se abrieron como platos cuanto más se acercaba el fuego al rostro del vampiro. Siseando y chillando, la criatura se agitó confusa durante un segundo y luego mordió. La lengua prendida cayó al suelo, desprendiendo gotas de sangre. Pero las llamas estaban demasiado hambrientas como para quedar sofocadas. Salvaron el vacío en un intento por devorar el rostro del vampiro.

El aullido quejicoso ensordeció a Nicholas, mientras el Seguidor de Set se sumía en un frenesí agónico. El anciano trató de apuntar el chorro del extintor hacia su señor, pero éste no cesaba de moverse de un lado a otro. Una forma oscura salió del edificio de viviendas y se precipitó hacia el viejo. El hombre advirtió la presencia del mastín justo a tiempo de balancear torpemente el extintor. Sherlock se agachó para esquivar el inminente ataque y luego saltó para pulverizar la ingle del anciano entre sus implacables mandíbulas. La mitad del cuerpo se desprendió del tronco tras dos fuertes sacudidas, describió un pequeño arco y terminó contra la pared del patio. La mitad restante emitió un crujido mojado y se desplomó sobre las agrietadas baldosas. El extintor cayó con un golpe seco a su lado.

Nicholas se apresuró a coger el extintor por si el vampiro decidía sofocar las llamas. Estaba a mitad de camino cuando el cráneo de la criatura estalló en cientos de pedazos ardientes. El fuego continuaba incinerando el pecho cuando el cuerpo se tambaleó y se desmoronó. Un minuto después, todo lo que restaba del Seguidor de Set era una masa de mendrugos de carne carbonizados.

Nicholas estaba de vuelta en el mausoleo una hora después. Se relajó debajo del chorro de agua hirviendo que caía de la ducha instalada en una de las cámaras inferiores mediante un ingenioso entramado de fontanería. La mano le dolía por una torcedura insignificante y una raja informe le recorría la espalda hormigueando por causa del veneno del vampiro. Había hecho corriendo todo el trayecto desde Darb al-Ahmar para evitar toparse con más enemigos y aún sentía la presión del flato en el costado. Su espíritu languidecía por el cansancio y el gasto de energía necesario para activar las esfinges perrunas. Estaba débil por la extenuación, las heridas y por no haber ingerido alimentos en las últimas doce horas. Pero, a pesar de todo, se sentía maravillosamente.

Derrotar a uno de los chiquillos de Set no lo absolvía por el fracaso cometido en Chicago, pero el recuerdo de su victoria sobre el vampiro era un bálsamo para su alma. Había destruido uno de los nidos hostiles por sí solo. Maldita sea, habría prendido fuego a todo el lugar, si no hubiera temido que las llamas se propagaran por todo el vecindario. El desastre de Chicago le había hecho dudar de sus habilidades y de su capacidad como guerrero de Ma'at. Al destruir al Seguidor de Set y a sus lacayos había recuperado la seguridad en sí mismo. Aquello no disminuía el dolor que sentía por haber perdido a catorce hombres, pero no podía hacer otra cosa que seguir luchando para compensar la muerte de sus leales Eset-a.

Salió de la ducha y se secó, luego trotó hasta la cámara espartana que hacía las veces de habitación. Sherlock movió el rabo como saludo; parecía algo perdido sin su compañero. Watson había revertido a su forma de estatuilla tras sufrir importantes daños al toparse con la sala de recreo de los escoltas que no estaban de guardia. La figurilla estaba repleta de cortes y ralladuras, pero no era nada que no pudiera ser reparado. Los seis guardias contra los que Watson luchó, no habían sido tan afortunados. Nicholas había optado por mantener activo el encantamiento de Sherlock por el momento; suponía que los acontecimientos que estaban por llegar serían algo arriesgadas y le reconfortaba contar con la compañía del leal perro.

Tras unos instantes de revolver en su talega, escogió unos pantalones sueltos de algodón *beige* y una camisa azul del mismo material con manga larga y cuello plano. Antes de vestirse, sacó otro pequeño estuche del que cogió un rollo de puro lino con el que envolvió su brazo. Vendó primero el hombro dolorido y luego bajó hasta la muñeca herida, finalmente prendió la tela con un par de imperdibles. Gracias al encantamiento de la venda, su muñeca se curaría en pocas horas y la fea raja de su espalda no dejaría siquiera una cicatriz transcurridos unos cuantos días. Nicholas se deslizó en los pantalones, se puso la camisa y un par de náuticos. Se encontraba seleccionando un collar de escarabajo y un brazalete de Sekhmet de su reducida

colección de amuletos cuando escuchó voces al final del pasillo. Dedicándole un último vistazo a su cabeza rapada en el espejo del sencillo tocador, se creyó preparado para lo que estuviera por llegar.

Paseó hacia el final del estrecho pasillo y entró en la cámara principal seguido de Sherlock. Faruq hablaba con dos mujeres. Los ruidos que descendían por una angosta escalerilla parecían indicar que Ibrahim se encontraba en el piso superior, en la tumba. La mujer de la derecha era una asiática con el cabello cortado al rape y que vestía una camiseta pastel de manga larga y cuello caja, pantalón pirata y sandalias. Llevaba sobre el hombro una mochila raída. La otra era una egipcia alta con una blusa de manga larga, un chal, una falda larga con estampado floral y sandalias planas.

—Yo también me alegro de verte. —Comentó la egipcia en árabe al ver a Faruq. Al ver a Nicholas entrar, inclinó su cabeza. Su rostro, en forma de corazón, carente de expresión—. Nicholas Sforza-Ankhotep.

—Indihar Nabih-Hentempet. —Nicholas le dedicó una leve reverencia, repitiendo el proceso por segunda vez al ver a la mujer asiática—. Lu Wen Khutenptah.

—No te esperábamos tan pronto —dijo Indihar, hablando ahora en inglés. Nicholas no dominaba el árabe; aunque las tres momias podían charlar perfectamente en egipcio, sus ayudantes mortales tendrían problemas para entenderlas. Hablando en inglés todos podrían tomar parte en la conversación.

—Decidimos tomar un vuelo anterior por si alguien escuchaba la conferencia que mantuvimos con Faruq.

Lu Wen palmeó el costado de Sherlock a modo de bienvenida.

—¿Qué te han parecido Sherlock y Watson?

—Son geniales, gracias. Por desgracia, no he podido utilizarlos tanto como me hubiera gustado. —Decidió dejar para otra ocasión el asunto del mal estado en el que se encontraba Watson—. ¿Cómo está Xian?

El rostro de Lu Wen se iluminó de satisfacción.

—Está muy bien; gracias por tu interés. Hace poco le envié en una misión de reconocimiento, así que ahora está descansando.

Al igual que otras momias de la casta Sakhmu, Lu Wen era una maestra en el arte de las esfinges. Había creado diversas figurillas y estatuas encantadas, incluidos los mastines de Nicholas. Quizá su mayor logro había sido el pequeño dragón Xian. En su forma inerte, la criatura era una hermosísima pieza de arte esculpida a partir de un fragmento de ébano de unos veinticinco centímetros. Lu Wen sólo tenía que ordenar la transformación, imbuyendo a su creación con parte de su energía espiritual, para que Xian se convirtiera en una versión en miniatura del arcano dragón del folclore chino. Era una criatura ágil, de poco más de medio metro de longitud y puro músculo; un par de alas emplumadas le nacían en la espalda de su cuerpecillo de serpiente. Las escamas de su cuerpo y las plumas de sus alas eran de color negro, recubiertas por una capa oleosa de los colores del arco iris. Xian era tan inteligente y perspicaz como

Lu Wen y se ocupaba de diversos asuntos, desde las expediciones de reconocimiento, pasando por las tareas de vigilancia e incluso entregar mensajes.

Pese a que pertenecían a castas diferentes, Nicholas y Lu Wen compartían un temperamento creativo y podían dedicar horas enteras a discurrir sobre los pasos más delicados de sus correspondientes artes. Indihar, por su parte, era más científica y no era capaz de soportar más que unos pocos minutos de sus charlas artísticas antes de interrumpirles. Dedicando a Nicholas una mirada confusa por su evidente falta de pelo, preguntó:

—¿Es ése el nuevo estilo en América? —No era el tacto una de las mejores virtudes de Indihar.

—Es una historia muy larga; os la contaré después. —Señalando las angostas escaleras que conducían hacia el patio del mausoleo, Nicholas continuó—. Hablando de lo cual, ¿no deberíamos...?

Las dos mujeres eran las representantes de otras facciones de los Amenti y era comprensible que estuvieran ansiosas por saber cómo habían ido las cosas en Chicago. Nicholas no estaba deseoso de explicarles de qué manera había fallado todo, pero no podía estar retrasándolo eternamente.

La escalera ascendía por detrás de la muralla del Mausoleo de al-Qalarayn, a la que se accedía por un panel escondido en uno de los extremos. Los murales interiores mamelucos habían sido convertidos al estilo egipcio, incluyendo cuatro estatuas de guerreros egipcios que salvaguardaban las cuatro esquinas y adornaban el sarcófago situado en el núcleo de la habitación. El rostro en relieve de la tapa era un retrato del nuevo propietario de la tumba, Basel Nyambek-Senemut. Faruq había mencionado que el cadáver del líder de los Eset-a descansaba allí, aguardando su regreso a la vida. No existían tiempos fijos que determinaran cuánto habría de prolongarse una resurrección; para algunos sólo era cuestión de días, mientras que otros debían esperar meses. No había métodos exactos para fijar el momento de la resurrección... salvo el de morir. Y ni siquiera las momias masoquistas ansiaban descubrirlo. Hasta que el alma de Basel no hubiera reunido la suficiente fortaleza como para regresar a su carne, su cuerpo descansaría en el sarcófago. Las momias se detuvieron un instante a su paso por la cámara principal, cada una acariciando el sarcófago en honor de su camarada caído.

La siguiente habitación era una antecámara dedicada a los sacrificios a los muertos. Como el mausoleo exterior, ésta permanecía decorada en el estilo popular de los mamelucos Bahrí. Daba paso al patio del panteón; un espacio embaldosado que miraba hacia la vasta amplitud coronada de estrellas que se extendía sobre sus cabezas. Se contagiaron de la calma del aislamiento interrumpido sólo por los ruidos ocasionales producidos por los paseantes en las calles circundantes y el murmullo lejano del tráfico de vehículos que transitaba a un kilómetro de distancia.

Una muralla de piedra de tres metros de altura rodeaba el recinto. El patio contaba con una fuente seca en el centro y tres soldados mamelucos esculpidos a tamaño

natural. Unas lucecillas colgadas despreocupadamente del muro, ofrecían una iluminación tenue en la fría oscuridad egipcia. Las tres momias tomaron asiento en las sillas plegables que Ibrahim había dispuesto alrededor de una mesita baja en la que reposaba un juego de té y una bandeja de entremeses. Sherlock vagó por el perímetro y al no encontrar nada fuera de lugar, se rumbó pesadamente junto a la silla de Nicholas.

—La fuente es nueva —observó Nicholas mientras Ibrahim vertía té en cada taza. Aspiró el aroma de la suya. Por la noche, la temperatura caía lo suficiente como para dar la bienvenida a la calidez de la bebida. A pesar de la gravedad del asunto que debía tratar, se sintió mecido por la tranquilidad. No se había sentido tan relajado desde... bueno, desde que abandonó Egipto la última vez.

—Sí, la instalé hace unos meses —explicó Lu Wen.

—¿Diseño tuyo o...?

—Sí, mío. Parece auténtica, ¿verdad?

—Desde luego. —Nicholas quedaba maravillado a menudo por el talento de Lu Wen que no se limitaba a un solo estilo. Muchos inmortales, incluyéndolo a él, creaban amuletos y esfinges siguiendo la tradición egipcia. Pero Lu Wen concebía un sinnúmero de ellos en el estilo moderno asiático. Y, como demostraba la fuente de estilo mameluco, la mujer comenzaba a probar nuevos diseños—. ¿Funciona?

Lu Wen le obsequió con una sonrisa enigmática.

—Cuando es necesario.

—Podréis intercambiar vuestro conocimientos artísticos más adelante —dijo Indihar, aleteando su mano como para llamarles la atención. Ambas mujeres se distinguían por su franqueza y claridad, pero Indihar carecía de educación—. Sentimos mucha curiosidad por saber cuál es la razón de tu inesperado retorno a Egipto. Hace dos meses nos comunicaste que habías tenido éxito y, sin embargo, regresas con las manos vacías. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está el Corazón de Osiris?

El Corazón de Osiris era conocido por los egipcios como Osiris-ab-Asar. No obstante, las momias no lo nombraban ya por su antiguo nombre egipcio. Llamarlo sencillamente «el Corazón» no era de ninguna forma un subterfugio brillante, pero su verdadero nombre conllevaba demasiado poder como para ser pronunciado a la ligera. Lo mismo ocurría con el resto de los fragmentos de Osiris, que hacía siglos habían sido esparcidos por el mundo. Pues el Corazón era, de hecho, uno de los pedazos de su dios. Osiris era eterno pero su envidioso hermano Set había desmembrado su cuerpo, impidiéndolo regresar al mundo de los vivos. Sólo un poder equivalente al de Osiris podría impedir que el cuerpo se reformara, pero Set lo había logrado con suma efectividad.

Puesto que el alma del divino Osiris había sido proscrita de su cuerpo, recayó en las momias, su progenie, la labor de reunir los fragmentos diseminados. Una vez reconstituido, el dios de la Vida podría volver a caminar por el mundo como lo había hecho hacía siglos. Osiris se erigiría y lucharía contra la corrupción de Apofis

ayudado por la luz de su justicia. No obstante, la misión de las momias no era sencilla de llevar a cabo. Sus enemigos eran una legión y se aseguraban activamente de que los fragmentos del dios permanecieran perdidos. Incluso los venerables Imkhu, los Reverenciados que fueron resurrectos en los días del antiguo Egipto, debían de reunir todavía un sinnúmero de reliquias. Normalmente, los rumores que los conducían a la adquisición de los fragmentos no eran más que un error o una trampa.

Las momias compañeras de Nicholas habían asumido que éste sería el caso. Del mismo modo que él se había aliado a los Eset-a, Indihar y Lu Wen representaban a diversas facciones dentro de los Amenti. Indihar era un agente principal de los Shemsu-heru o Seguidores de Horas, en El Cairo. Lu Wen era leal al Culto de Isis, cuyas momias se distinguían por su inusitado talento en las arcanas artes místicas o hekau. Todos eran discípulos de Osiris, pero cada grupo tenía una visión particular sobre cómo cumplir acertadamente los deseos del dios. Sin embargo, los diversos grupos se mantenían informados de sus logros, al menos la mayoría de las veces. Ni siquiera los inmortales eran inmunes a las maquinaciones de la política interna.

La misión de Nicholas no era un secreto dentro de los círculos de momias y se esperaba que informara sobre sus progresos si acaso encontraba algo de provecho. Nadie contaba con que confirmaría haber encontrado el Corazón. Lo cierto es que se cubrió de gloria tras el anuncio. Es lógico que los demás grupos estuvieran interesados en un hallazgo tan significativo. Pero entonces regresó a Egipto semanas antes de lo planeado. Sus iguales suponían que viajaría directamente a Saqqara, Abidos, Edfú o alguna otra fortaleza de las momias y pondría el Corazón a buen recaudo. Al regresar a las Ciudades de los Muertos y sin el fragmento, estaba claro que algo había ido rematadamente mal.

—Tu llamada comunicándonos tu regreso, nos reveló poco —añadió Lu Wen cuando Nicholas no habló—. Comprenderás nuestra curiosidad.

Se reclinó en la silla y suspiró.

—Permitidme primero que me disculpe por haber sido tan breve al teléfono. Supuse que lo mejor era esperar hasta que pudiera hablar con alguien cara a cara.

Indihar realizó un gesto despreocupado con su mano, sus anillos lanzaron destellos bajo la luz.

—Entendemos la necesidad de tomar precauciones. Pero ahora estamos aquí y puedes hablarnos sin reservas.

—¿Recordáis el momento en el que partí hacia los Estados Unidos? Seguí uno de los rumores que decían que uno de los fragmentos de Osiris estaba en Chicago. Mi segunda vida se había desarrollado allí, de modo que pensé que podría desenvolverme con facilidad para seguir cualquier rastro. —Calló al recordar el tiempo que había transcurrido desde aquel instante, al recordar la excitación que había sentido porque una de las grandes reliquias de los antiguos egipcios pudiera estar escondida en el norte de Illinois. Los demás no habían albergado muchas esperanzas de que su viaje fuera fructífero—. Fuimos seis; yo y otros cinco Eset-a.

No había otros inmortales dispuestos a confiar en las habladurías, ¿no es cierto? Pero entendía el escepticismo. Ni siquiera yo confiaba en que el Corazón estuviera en la zona. De todos modos, no teníamos nada que perder. Y los rumores eran ciertos, el fragmento estaba escondido en el Templo de Akenatón.

Incluso ahora, siglos después de que los seguidores de Akenatón dejaran de ser una amenaza para las momias, la rabia medraba en el corazón de Nicholas. Su yo sabio, Ankhotep, había vivido en aquella oscura época de la XVIII Dinastía, cuando surgió el Culto del Disco Solar, que habría de convertirse en fiero enemigo de los inmortales. Él había sido un mortal, un físico dedicado a servir al divino faraón en la corte de Amenhotep III. Su servicio se prolongó cuando su hijo ocupó el trono, pero pronto se dio cuenta de que Amenhotep IV era completamente diferente a su padre. El nuevo faraón cambió su nombre por el de Akenatón y desdeñó a Osiris y los demás dioses a favor del usurpador Atón (o Aten, dependiendo de cómo se traduzca del egipcio antiguo). Una deidad carente de género, representada por los rayos del sol. Se declaró que Atón era el único dios verdadero, creador de la vida y gobernante del universo. Akenatón era, por tanto, su homólogo divino.

Era una idea revolucionaria en muchos aspectos. Además de causar estupefacción entre los diversos estamentos de la sociedad egipcia, desmitificaba muchas de las tradiciones culturales y religiosas. La nueva fe de Akenatón osaba desafiar el poder eterno de Osiris. Los defensores inmortales de Egipto, las momias, no podían creer que nadie, especialmente el faraón, se atreviera a poner en práctica semejante empresa. Era cierto que los sacerdotes egipcios habían catalogado a Amón-Ra como el rey de todos los dioses, pero aquello no había sido más que una maniobra política entre los templos. Ni siquiera ellos se atreverían a disputarle la inigualable divinidad a Osiris, Señor de la Vida.

El físico Ankhotep fue uno de los muchos escandalizados por la batalla que aconteció como consecuencia de la extraña conducta del faraón. Generaciones de paz y sabiduría se veían amenazadas por la creciente discordia. El conflicto era mucho más intenso entre el faraón Akenatón y las momias. Los inmortales trataron de llegar a un acuerdo porque, al fin y al cabo, el faraón y sus seguidores adoraban la luz y la vida tanto como ellos. ¿Era acaso el culto a Atón tan diferente que no podían reconciliarlo con el gran panteón? El rechazo de Akenatón parecía indicar que sí. Las momias estaban confusas, algunas sospechaban incluso que el faraón podía ser un agente de Apofis (aunque el Corruptor era una criatura de las tinieblas y no la luz que Akenatón reverenciaba). Sus pacíficos esfuerzos no les condujeron a nada y las escaramuzas comenzaron a hacerse cada vez más habituales. Ankhotep sanaba las heridas infligidas a la protección del faraón y se sentía cada vez más enfermo y preocupado por los acontecimientos que se desarrollaban a su alrededor.

Entonces llegó el día en que el faraón desafió directamente a los inmortales. Akenatón los acusó de servir a dioses falsos, por lo que serían considerados herejes por su parte y la de sus seguidores. Estas acusaciones conllevaron una poderosísima

magia que el faraón y sus sacerdotes dirigieron en contra de las momias. Algunos aspectos de las hekau que los inmortales empleaban, quedaron alterados al momento.

El país percibía la amenaza de una guerra civil religiosa, con Akenatón y su esposa Nefertiti en uno de los bandos y los inmortales en el otro. No debería haber supuesto un problema, pero el Culto del Disco Solar manipulaba poderes impensables para las momias. Pese a que los inmortales confiaban en que ganarían finalmente, lo más probable era que el conflicto destruyera el imperio. Por lo tanto, en lugar de desencadenar una guerra abierta, las momias se desvanecieron en las sombras, dejando al faraón como vencedor aparente. No deseaban ver el gran imperio fracturado por las luchas internas pero tampoco podían permitir que Akenatón desafiara a Osiris. Se tomaron algún tiempo para dirimir qué línea de actuación debían escoger. Finalmente decidieron que no tenían otra opción que ingeniárselas para matar al faraón y destruir el culto.

No fue un asunto que se tramitara a la ligera y la sentencia se llevó a cabo sólo contra Akenatón y sus más leales seguidores. Su esposa, Nefertiti, reconsideró su fidelidad al Disco Solar y se le perdonó la vida. Los inmortales se apresuraron a instaurarla en el trono para que gobernara Egipto, no obstante, descubrieron a los pocos años, que la faraona continuaba secretamente con su devoción herética. Desapareció no mucho después, junto con los últimos devotos de Atón. El rey infante Tutankamón fue el siguiente en recibir la corona. Ankhotep formaba parte del séquito que instruyó al joven faraón lo mejor que pudo durante los siguientes años. La lucha por el trono de Egipto se prorrogó con Tut, pero éste último acabó pereciendo en manos de los agentes de Set.

Como la mayoría de los ciudadanos de aquel tiempo, Ankhotep se sintió incomodado por el surgimiento de Atón-u, el Culto del Disco Solar. Le preocupaba que cualquier fuerza pudiera suplantar a Osiris y sus hermanos deificados; sin embargo, ¿cómo podría nadie desafiar la supremacía de Atón, si las mismas momias se inclinaban ante su poder? Y fue sólo cuando Ankhotep murió tratando de salvar al joven Tutankamón de morir, que supo lo que realmente habían hecho las momias. Su espíritu habitó en el Duat, el reino del Inframundo de Osiris. Allí escuchó toda la narración de labios de Sahura, una de las primeras momias, durante uno de los ciclos de muerte de la venerable criatura.

Después de la muerte del faraón Akenatón, los inmortales habían hecho cuanto habían podido para suprimir el recuerdo del culto, pero Nefertiti y los restantes discípulos prosiguieron adorando el Disco Solar. Al poco tiempo, las momias tuvieron que preocuparse de cuestiones más trascendentales porque Apofis y Set continuaban acumulando poder. Fue sólo siglos después que los místicos del Culto de Isis, una de las pocas sectas egipcias que sobrevivieron al transcurso de los años, hallaron evidencias claras de que Nefertiti había robado una reliquia cardinal para Egipto y los inmortales: el Corazón de Osiris.

Saber que el herético Atón-u poseía uno de los objetos más sagrados, encolerizó a

las momias. Pero los inmortales no contaban con muchos entre sus filas. Lo que es más, en este período no podían recurrir ya al auxilio del imperio egipcio. La gran civilización había sido conquistada por diversas culturas y había perdido el contacto con su pasado. Contando sólo con la ayuda de unos pocos leales, los inmortales hicieron lo que pudieron por rastrear el Corazón, así como otras reliquias perdidas. No sería una labor que fueran a poder desarrollar con rapidez, pero la inmortalidad les concedía infinidad de tiempo.

Cuando Osiris despertó, Ankhotep estaba entre aquellos a los que se les ordenó fundirse con un alma moderna y crear una nueva generación de inmortales. Una vez resurrecto en su tercera vida, Nicholas Sforza-Ankhotep juró no descansar hasta haber restituido a Osiris en su lugar de supremacía.

—¿Te dio problemas el Culto del Disco Solar? —inquirió Indihar, tratando de averiguar qué es lo que había ido mal.

—Ni siquiera sabían lo que tenían. Los poderosos habían caído hacía tiempo. —Nicholas evocó los acontecimientos pasados y cercanos, así como la historia antigua—. Algunos focos eran problemáticos aún, pero la célula de Chicago estaba repleta de pelotilleros jugando a los disfraces. Debo decir que el templo era impresionante; debía haberlo diseñado alguien con talento místico. Guardaban el Corazón en un sarcófago sellado en el interior. El lugar entero había sido diseñado con protecciones místicas que impedían que nadie lo descubriera. No es de extrañar que nunca lo hubiéramos hallado. Suerte que nos llegaron esos rumores. Pero las personas que lo estaban utilizando cuando yo comencé a investigar —negó con un gesto— no tenían ni idea.

Nicholas dio un sorbo a su té tibio.

—Cuando me hube asegurado de que el templo de Akenatón guardaba el Corazón, revisé el plan. El objeto irradia un poder inequívoco. Una vez que lo alejáramos del sarcófago protector, todos los sobrenaturales de la zona con un mínimo de sensibilidad, lo percibirían. De ninguna manera podría haberlo traído de vuelta con una escolta de sólo cinco mortales. Pero como los que habían quedado atrás estaban preparándose para el asalto al Mar Muerto... En fin. —Según lo poco que había oído, el asunto del Mar Muerto (un asalto contra un importante núcleo enemigo) había sido una gran empresa. Sentía curiosidad por saber cuál había sido el desenlace, pero ahora no era el momento idóneo para preguntarlo. Y su interés palidecía en comparación con la frustración y la ira que sentía por haber sido abandonado a su propia suerte. Si hubiera contado con la ayuda de una sola momia, quizá todo hubiera sido diferente.

—No tenía idea de que necesitaras tanto esa ayuda —confesó Lu Wen.

—Se lo comuniqué a Basel pero me dijo que no había nadie disponible. En lugar de ello, me envió a diez Eset-a más. Lo que viene a ser la mitad de los que operaban en Egipto en ese momento. Aún así, quince sectarios no son nada comparados con una sola momia. Lo lamento Ibrahim y Faruq, no pretendo ofenderos. —Inclinó la

cabeza hacia los dos hombres, que le respondieron asintiendo con un gesto. Suspiró, tratando de deshacerse de la rabia—. Admito que no pensé que fuera a costarme un gran trabajo; el Corazón estaba seguro allí donde se encontraba. Estaba decidido a dejarlo allí por el momento y llevar a cabo un plan sobre el que los Eset-a y yo habíamos estado meditando. La idea consistía en asentar una base segura desde la cual pudiéramos trabajar en los Estados Unidos. ¿Y qué lugar mejor que uno que ya estaba perfectamente equipado con defensas místicas? Gamal y yo habíamos conseguido infiltrarnos en el templo. Sabíamos que la plantilla que trabajaba allí no estaba dedicada a salvaguardar el edificio. Había degenerado hasta convertirse en poco más que un centro comunitario. No nos resultó complicado convencer al «sumo sacerdote» de que nos vendiera el recinto y una vez que los documentos estuvieron firmados y legalizados, limpiamos el lugar. Con la ayuda de los conocimientos informáticos de Ibrahim, organicé las cosas a través de mi vieja compañía de seguridad para evitarnos problemas con los permisos y cosas del estilo... —Se percató de que estaba saliéndose de la cuestión. No les importaba lo que había hecho para hacerse con el templo; sólo querían saber qué había sido del Corazón—. De cualquier modo, el Corazón estaba seguro en el templo de Akenatón desde la fundación del edificio en torno a los años veinte. Teniéndolo bajo nuestro control y salvaguardándolo con las medidas de seguridad más avanzadas, estábamos preparados para aguardar a que algunos Amenti viajaran hasta allí y nos ayudaran a traer de vuelta el Corazón. A pesar de ello, empecé a sentir... eh, supongo que podría decir la *urgencia* de regresar a Egipto tan pronto como me fuera posible. Gamal e Ibrahim estaban trabajando en ello cuando recibimos la visita de tres personas que decían trabajar para la prensa de Chicago.

—¿Los medios de comunicación? —Indihar estaba alterada—. ¿Acaso no... cuál es la expresión? ¿Trataste de pasar inadvertido?

—Así es —refunfuñó Nicholas—. Bien, dejadme que remonte un poco hacia atrás en el tiempo. En casa todos me daban por desaparecido, posiblemente muerto, aunque no había pruebas concluyentes al respecto. A largo plazo tenía previsto volver a contactar con mi antigua vida; cuento con algunos contactos significativos en lo que queda de mi familia y en mi empresa de seguridad. Pero para esta misión era mejor trabajar fuera del alcance del radar. De forma que no fui a mi casa, ni a los lugares que frecuentaba. Trabajé con la compañía a través del teléfono y las líneas de módem que Ibrahim elaboró para que parecieran intercambios entre países. Y una vez nos apropiamos del templo, permanecí en el lugar para supervisar los perfeccionamientos en la seguridad y proteger el Corazón.

Las mujeres asintieron con aprobación, mitigando así su rabia. Comprendían las limitaciones con las que había estado trabajando y las decisiones que había tomado. Tendría que comprobar si la comprensión seguía presente cuando les explicara de qué manera se había truncado todo.

—Lo más probable es que los empleados de mi empresa pudieran haberme

encontrado pero pensaron que estaba ocupándome de un importante asunto de vigilancia que me llevaría algún tiempo y en el que permanecería incomunicado hasta nueva orden. De cualquier forma, cobraban su sueldo cada dos semanas, así que ¿qué les iba a importar lo que yo anduviera haciendo? Los demás sólo sabían que llevaba dos meses sin aparecer por la ciudad. Pero alguien se percató de que había regresado. Descubrimos que alguien estaba vigilando el templo; incluso conseguimos algunas fotografías de él. Envié la imagen del tipo a través de la firma de seguridad y les puse a averiguar lo que pudieran sobre él. No teníamos mucho para empezar, sólo su cara, pero completamos nuestra búsqueda con los archivos del gobierno, el FBI y la INTERPOL; pensando que podríamos conseguir alguna ficha policial, identificación o algo así. Pero no obtuvimos nada. No tenía antecedentes penales y tampoco trabajaba para una de las agencias del gobierno. Luego lo comprendí —se rió sin humor—, esto os encantará... Ya sabéis cómo morí en mi segunda muerte; no podía recordar qué era aquello que me había poseído y obligado a volarme los sesos, ¿verdad? Al parecer era el mismo hombre que asaltó el templo. Aunque llamarlo «hombre» es un término inadecuado. Creo que lo más aproximado es zombi.

Indihar lo miró primero a él y luego a Ibrahim.

—Es verdad, Amenti —confirmó Ibrahim—. Un demonio sin sangre asesinó a muchos y luego huyó, tomando a Nicholas como rehén.

—Se hace llamar Maxwell Carpenter —explicó Nicholas—. Tuvo una historia con mi abuela. Sucedió hace tanto que es mejor no detenernos en ello. Baste decir que regresó de la tumba con la idea de asesinar a toda mi familia. Y parece que lo ha conseguido. —Se frotó el rostro con las manos, tratando de eludir la incómoda sensación que le provocaba aquel recuerdo—. De todas formas, no estaba muy preocupado. Estábamos seguros en el templo y creé una prisión que lo contendría si era lo suficientemente estúpido como para venir tras de mí. Entonces aparecieron estas personas que decían ser reporteros. Decían saber que yo me ocultaba en el templo. No me lo esperaba, pero no podía ignorarlo.

—Dices que decían ser reporteros, ¿acaso no lo eran?

—No, y aún no sé quiénes eran en realidad. Nos dieron nombres falsos al principio, pero uno de ellos se derrumbó de inmediato en cuanto les hice ver que no lo creía. Eran tres: una mujer a la que llamaban Thea; de aspecto exótico, árabe posiblemente, pero mestiza. Los otros dos eran hombres; un asiático llamado Romeo y Jake, un joven negro. No llegué a averiguar cuáles eran sus apellidos. Desde luego era un grupo cultural muy variopinto. No estaba seguro de si tenían algo que ver con el otro tipo, el que había estado vigilándonos. De cualquier forma, debíamos averiguar cuáles eran sus intenciones. Así que le pedí a Gamal que los dejara entrar...

—¿Qué? —El grito de Indihar culminó en un graznido desagradable.

—Los teníamos vigilados y los detectores no apreciaban la presencia de ninguna arma. Sentían curiosidad pero no percibí que fueran una amenaza. Sin embargo, antes de que pudiera averiguar quiénes eran, alguien asaltó el templo. Estábamos atentos,

pero centrados en las personas del interior. Fue un ataque directo y, bueno, nos sorprendió. Fue culpa mía porque yo estaba demasiado seguro de mí mismo. No creí que nadie fuera capaz de ser tan atrevido. Los hombres se recuperaron rápidamente y se reunieron para proteger el Corazón. Todo habría ido bien si este hombre del que os he hablado, Carpenter, no hubiera escogido ese momento para jugar su baza. Así que, mientras los «reporteros» se abrían paso a golpe de disparo hasta el Corazón, el otro me perseguía.

La desaprobación de Indihar dibujó un arco sobre sus labios.

—De modo que luchaste contra ese zombi y, entre tanto, ¿el Corazón?

—Los periodistas lo robaron. Los Eset-a que quedaban vivos después del asalto al templo los rastrearon e intentaron recuperarlo. Y lo lograron, pero... las cosas dieron un giro de lo más inesperado. Algunos no muertos que medraban en la zona, lo percibieron y se inmiscuyeron en el asunto para hacerse con él.

—Espera —le interrumpió Lu Wen confusa—, ¿por qué no estabas tú allí para rescatarlo?

—Porque Carpenter —su rostro enrojeció por la cólera— me secuestró. Fue una mezcla de mala suerte, excesiva confianza en mí mismo y subestimar al enemigo. Podéis estar seguras de que no volveré a cometer el mismo error.

Las mujeres intercambiaron una mirada.

—¿Y cómo conseguiste liberarte?

—Terminó matándome de manera accidental. Cuando hube regresado a la vida, escapé. No obstante, mientras me tenía apresado... me interrogó. Empleaba un extraño poder que me obligó a revelar algunos de nuestros secretos. No pude... era incapaz de resistirme.

Un silencio traumático reinó en el patio. Nicholas podía percibir una serie de emociones poderosas y en conflicto que emanaban de los demás como una dosis fatal de radiación.

—Le conté muy poco pero lo suficiente como para que empezara a interesarse por el Corazón de Osiris. Y fue tras él, acompañado de otras criaturas semejantes que lo apoyaban. Contaba sólo con la asistencia de Ibrahim, Saled y Duri; aún así, podríamos haberlo derrotado. Pero estábamos... Me cogieron por sorpresa. Estaba centrado en recatar el Corazón de manos de los vampiros y Carpenter nos sorprendió. Luchamos y huyó, pero... —Nicholas aspiró profundamente, el dolor que le provocaba aquel recuerdo era demasiado agudo como para que las palabras acudieran desenvueltas a sus labios—. Capturó el Corazón cuando huyó.

Esta vez el silencio era tan ensordecedor que Nicholas casi podía oír las células dividiéndose.

—¿Sabes a dónde ha ido esa criatura? ¿Sabes dónde está el Corazón ahora? —Indihar estaba furiosa.

Nicholas negó con la cabeza.

—El escarabajo brújula resultó destruido en la pelea. Pero creo estar casi seguro

de dónde podemos encontrarlo.

—¿Y bien? —inquirió Indihar—. ¿Dónde?

—Aquí. Viene hacia Egipto.

El silencio volvió a adueñarse del recinto mientras las mujeres se miraban entre sí y a Nicholas. Sabía que debían asimilar una cantidad ingente de información, y de sus emociones turbulentas comprendió que les llevaría un buen rato. Indihar no trató de ocultar su reacción; su rostro era la ventana que ponía al descubierto los sentimientos que bullían en su interior. A pesar de haber sufrido un golpe tan duro como el de la agente Shemsu-heru, Lu Wen era, salvando la tensión que rodeaba sus ojos, el retrato de la compostura. Nicholas percibió una honda preocupación emanando del alma de Faruq, pero nada comparado con lo que sentían las dos momias. Ibrahim debía haberle adelantado algunas cosas al anciano Eset-a mientras él estaba fuera.

—¿Cómo? —consiguió pronunciar Indihar. Su voz subió de volumen y tono cuando las palabras surgieron atropelladas de sus labios—. ¿Cómo pudiste permitir que este demonio sin sangre, este zombi, asesinara a catorce leales a Osiris, que uno de los nuestros le revelara los secretos de los Amenti y que robara una de nuestras reliquias más sagradas?

—¡Eh! —Interrumpió con brusquedad—. ¡No me conviertas en el único culpable! ¡Todo esto podría haberse evitado si me hubierais mandado la ayuda que os pedí!

—Te fueron enviados muchos Eset-a...

—Quienes, a pesar de ser muy capaces, ¡no tienen nada que hacer frente a uno solo de nosotros! ¡Estamos hablando de un gran descubrimiento, pero vosotros, los Shemsu-heru, estabais demasiado ocupados con aquella merendola Apepnu como para echarnos una mano! ¡Nos ignorabais, como siempre!

—Eso es excesivo —intervino Lu Wen con una voz calmada pero enérgica.

—¿De veras? Todos piensan que somos un atajo de radicales. Rara vez obtenemos apoyo de vuestra parte, incluso en los casos más sencillos. Pensé que algo de esta magnitud nos garantizaría cierta ayuda, ¡pero no!

—Sois radicales —replicó Indihar—. Vosotros los Eset-a vais metiéndoos en problemas en vuestra búsqueda de los fragmentos de Osiris sin tener en cuenta las consecuencias de vuestros actos. Debemos trabajar con precaución, escogiendo con cuidado nuestras batallas, hasta que nuestro número sea suficiente para enfrentarnos al enemigo en igualdad de condiciones.

—Excepto que al agachar la cabeza de esa manera, nunca conseguiremos ponernos al día. Nuestro objetivo principal debería ser restituir el cuerpo de Osiris. No puedo pensar en nadie que reste importancia a lo capital que es para nuestra causa. ¡Y, sin embargo, parece que somos los únicos que nos esforzamos para que ocurra!

—Cuida tus palabras, Ankhotep —gruñó Indihar.

Lu Wen rompió la tensión inclinándose para acariciar la mano sana de Nicholas.

—No resolveremos nuestras diferencias esta noche. Y no opinamos que los esfuerzos de los Eset-a carezcan de relevancia, pero vuestros métodos pueden llegar a ser más extremos que seguros.

Indihar frunció el ceño pero asintió de mala gana.

—Estoy de acuerdo. Tu gente puede ser de mucha ayuda siempre que tengan claro qué deben hacer. ¿Recuerdas lo del asalto al Mar Muerto, verdad? Participaron todas las castas; incluso los Eset-a tomaron parte pese a lo escaso de su número.

—Fue una desafortunada coincidencia —explicó Lu Wen— que nos estuviéramos movilizando cuando nos comunicaste que necesitabas ayuda... ¿Cómo íbamos a saber nosotros lo que ocurriría?

—¡Exacto! —exclamó Nicholas. Estaba preparado para lanzar nuevas acusaciones pero se hundió en su asiento. No estaba interesado en señalar a nadie. *Es que me cabrea que todos me señalen a mí como único responsable, eso es todo.* En un tono más razonable repitió—: Exacto. Nadie se esperaba esto. Los únicos que podrían haberlo sabido con antelación son los Mesektet, pero estoy convencido de que los sacerdotes celestiales estaban ocupados con lo del Mar Muerto.

Los Mesektet o Soles de Medianoche eran una facción de los inmortales especialmente capacitados en el arte egipcio de la adivinación. Los sacerdotes celestiales podían leer los augurios en el cielo y a menudo se los consultaba antes de los grandes acontecimientos.

—Sí —afirmó Lu Wen—, todos los que estábamos aquí nos centramos en el asunto del Mar Muerto. A pesar de lo significativo de tu descubrimiento, como dijiste... bueno, las demás sectas pensaron que allí estaría a salvo por el momento.

Después de un rato, Indihar agregó:

—Es cierto.

Nicholas contempló a los demás, escudriñando a Indihar con mayor fijeza.

—Bien. Sé que éste no es el momento apropiado para echarnos las culpas. Maldita sea, cometí algunos errores y nunca olvidaré a los hombres que murieron por ello. Pero no he viajado hasta aquí para que me juzguen o absuelvan. Necesito vuestra ayuda para hacer correr el rumor, para que todos estemos atentos a la llegada de Carpenter y podamos recuperar el Corazón tan rápido como nos sea posible.

Lu Wen palmeó el hombro de Nicholas, dedicándole una mirada tácita a Indihar.

—Sí, eso será lo mejor. Hay personas que supervisan las llegadas en el hajj. Podemos intentar contactar con ellos y prevenir a aquellos que se encuentren en los lugares de resurrección.

Nicholas sabía por su propia resurrección que los Amenti vigilaban varios puntos por los que se accedía a Egipto. Pequeños grupos de asistentes mortales ayudaban a una momia en la tarea de aguardar la llegada de los futuros inmortales en el hajj. El término había sido acuñado en la tradición islámica y se refería a la peregrinación que hacían los musulmanes a la Meca. Para las momias, sin embargo, hacía referencia a

los que habían muerto recientemente y se habían fundido con uno de los tem-akh, los arcanos fragmentos espirituales egipcios. Aún no eran inmortales y tampoco seres vivos. Viajaban hacia Egipto atraídos por el poder que manaba de la Tierra de Khem, moviéndose por inercia como los zombis (y, desde luego, en esos momentos eran poco más que cadáveres andantes). Los Amenti los esperaban para cuidarlos y conducirlos a uno de los lugares secretos donde ponían en práctica el Hechizo de la Vida. La ceremonia de resurrección unía las almas moderna y antigua, las vinculaba a la carne y engendraba a uno de los inmortales; el Amenti que no moría.

Comunicarse con estos grupos no era sencillo, no podían marcar un número de teléfono y ponerse en contacto con todos ellos. Para empezar, las líneas telefónicas en Egipto eran una auténtica basura; además, las momias solían refugiarse en lugares que carecían de conexiones telefónicas directas. Las noticias se transmitían de boca en boca cuando las momias y sus ayudantes mortales iban de un grupo a otro arreglando sus asuntos.

Indihar permaneció en silencio durante unos segundos, sus emociones se enfriaban y eran difíciles de discernir. Finalmente se levantó y miró hacia el frío cielo nocturno.

—Efectivamente el pasado es pasado. Debemos planear el futuro como hacemos siempre. Ankhotepe, estás en lo cierto al decir que debemos transmitir las noticias de inmediato. De hecho, creo que lo mejor sería que se lo explicaras tú mismo a los Imkhu. Deben conocer todos los detalles de lo que ha acontecido.

Los Amenti vivían guiados por la ley de Ma'at y la gracia de Osiris, pero no contaban con ninguna estructura de mando en la tierra. De ahí las riñas entre los grupos como los Eset-a, Shemsu-heru, Culto de Isis y otros. Lo más próximo a una jerarquía gobernante eran los Imkhu. Los Reverenciados eran aquellas momias que disfrutaban del don de la inmortalidad desde el período antiguo. El rango más elevado lo ocupaban Osiris y Horus, el dios viviente en el planeta. Los Shemsu-heru o Seguidores de Horus formaban el círculo interno de los leales al dios. Horus y el resto de los Imkhu habían estado reclusos durante los últimos siglos, aguardando su regreso como agentes de la justicia. El momento había llegado y los Reverenciados estaban dedicados a guiar a sus hermanos hacia la victoria contra las fuerzas de corrupción que amedrentaban el planeta.

Aquellos hermanos que estuvieran dispuestos a obedecer las órdenes de los Imkhu, claro está. Nicholas estaba entre aquellos que respetaban a los inmortales mayores, pero que opinaban que éstos habían perdido el contacto con el mundo moderno. La sabiduría y poder de los Imkhu eran vitales en la lucha por restablecer el orden cósmico, pero Nicholas creía saber mejor cómo actuar contra el enemigo en el nuevo milenio. Por ende, Horus parecía disfrutar en exceso de su papel de único dios viviente, mientras que su padre, el gran Osiris, permanecía atrapado entre los mundos del espíritu y la carne. Nicholas no dudaba de la dedicación de Horus en la batalla contra Apofis, pero no podía evitar preguntarse por qué el Hijo Vengador no estaba

más interesado en traer de vuelta a su padre. Él consideraba que si las momias deseaban derrotar al enemigo, su máxima prioridad debía ser la de restaurar al Dios de la Vida en el plano físico. Fue esta actitud la que lo situó en el grupo menos influyente, el de los Eset-a, en lugar de los Shemsu-heru.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Encontrarse con los Imkhu equivaldría a perder todo el control sobre su misión. Pero sabía que Indihar estaba en lo cierto. Necesitaban su influencia. Aún sentía la necesidad de redimirse ante las almas de los hombres caídos y frente a los ojos de Ma'at, pero lo primordial era recuperar el Corazón de Osiris. Su redención tendría que esperar.

Nicholas se despertó al amanecer del día siguiente. A pesar del largo viaje y el cambio de clima, se sentía como nuevo. Desayunó junto a Indihar, Lu Wen e Ibrahim en el patio. Todos habían madrugado y Faruq estaba haciendo los preparativos para viajar a Edfú, hogar de los Imkhu. Por lo visto, Nicholas e Ibrahim tendrían que partir pronto hacia allí. Indihar contactaría con uno de sus compañeros Shemsu-heru en la rivera del delta del Nilo, para prevenirlo de la posible llegada del Corazón. La mujer había decidido no conducir a Nicholas ante sus superiores. Lu Wen formaba parte del Culto de Isis y no tenía interés alguno en viajar a la fortaleza de los Seguidores de Horus. En lugar de ello, se encontraría con sus camaradas y transmitiría las noticias del mismo modo que Indihar. La comunicación verbal llevaba su tiempo pero no tenían otra alternativa debido a la escasa cobertura telefónica en la región.

A las mujeres les aguardaba un largo viaje, pero la distancia que tenían que cubrir Nicholas e Ibrahim era aún mayor. A vista de pájaro, Edfú estaba a más de setecientos cuarenta kilómetros al sur de El Cairo. El aeropuerto más cercano estaba en Luxor, a ciento cuarenta kilómetros río abajo de Edfú. Al llegar a Luxor estaba previsto que alquilaran un coche para recorrer el resto del trayecto por carretera. Los turistas escogían esa ruta a menudo, aunque normalmente viajaban protegidos por la seguridad de los autobuses y transportes vacacionales. Los viajeros solitarios no solían encontrarse con dificultades en la primera parte del recorrido, pero los problemas eran constantes en la zona alta de Egipto. Nicholas no estaba demasiado preocupado, aunque sus camaradas Amenti no fueran a acompañarlo. El que Indihar no fuera con él no lo incomodaba en absoluto, puesto que no era una compañera de viaje agradable. Había tenido la esperanza de pasar más tiempo con Lu Wen, pero se resignó a esperar el momento en el que el asunto del Corazón estuviera solucionado. De cuando en cuando tenía que recordarse que, siendo la criatura que era, su tiempo no era limitado.

A pesar de lo temprano de la hora, el desayuno fue más relajado que la conversación de la noche anterior. Unas horas de descanso habían bastado para calmar los ánimos y asimilar todo cuanto Nicholas les había relatado.

Percatándose de la mano de Nicholas buscando la cafetera, Indihar preguntó:

—¿Por qué vistes túnicas, Ankhotep?

La mayoría de las momias no insistía en que se las llamara con el nombre de su primera o segunda vida. Dependía más bien del temperamento y elección de aquel que se dirigía a ellas. Nicholas formaba parte de aquellos con una sensibilidad más moderna, Indihar, sin embargo, se encontraba al otro lado del espectro. Lu Wen, por su parte, estaba a medio camino entre los dos extremos.

—Fui a dar una vuelta por la ciudad ayer por la tarde.

—Faruq nos mencionó algo al respecto cuando llegamos —confirmó Indihar al tiempo que ella y Lu Wen le dedicaban una tenue mirada de preocupación—. Sabes que no es seguro, ni siquiera para nosotros. El Cairo está contaminado por la presencia del enemigo.

—Lo sé, aunque desde anoche, tenemos que preocuparnos por uno menos.

—Ah, Faruq nos comentó algo sobre... ¿patear traseros? —preguntó Lu Wen.

—¡Claro! —rió él—. Le dije que iba a tramitar un caso de pateo de traseros. Propinar unos azotes, repartir patadas en el culo, ese tipo de cosas. Ya sabéis, ¿no?

Las momias le sonrieron educadamente, recordándole que no estaba hablando con personas de su entorno profesional. Su yo moderno procedía de un contexto cultural muy diferente al de las dos mujeres. Indihar era nativa de El Cairo y Lu Wen había vivido su segunda vida en China.

—¿Y qué tal te fue?

Nicholas les explicó que se había dado cuenta de que un hombre los espiaba a él e Ibrahim, y que había decidido averiguar para quién trabajaba.

—Descubrí que se trataba de un vampiro; uno de los Seguidores de Set. Estaba protegido por algunos lacayos. No tenía pensado atacar hasta que uno de los guardias me obligó a hacerlo. Pero no volverán a molestarnos.

Indihar frunció el ceño, asintiendo con aprobación.

—Esas criaturas son cada vez más atrevidas.

Nicholas arqueó una ceja.

—¿A qué te refieres?

—El Mar Muerto —replicó Lu Wen.

—Bueno, todo lo que Ibrahim y yo sabíamos es que ibais a golpear una gran concentración enemiga cerca del Mar Muerto. Considerando que, bueno, ya sabéis... —Se encogió de hombros con la esperanza de liberarse de la tensión del encuentro de la noche pasada—. Debió ser un asunto grave.

—Lo fue. Como siempre han hecho, los sirvientes de Apofis consiguieron aflorar lo peor que yace en la sociedad mortal. —La mirada sombría de Indihar le confería una belleza fría—. El conflicto que ha vuelto a estallar entre los israelíes y palestinos, no es más que uno de sus recientes logros.

—¿Cómo? ¿La lucha continuada en Israel? ¿Me estáis diciendo que los no muertos están detrás de eso?

—Ni siquiera los agentes del Corruptor pueden atribuirse el comienzo de ese problema —aclaró Lu Wen—, pero el enemigo lo está empleando a su favor. Tanto los Apepnu como los no muertos han estado alentando los antiguos odios que existían entre israelíes y palestinos llevando a cabo ataques en el nombre de sendos bandos.

—Me resulta familiar —farfulló Nicholas.

Indihar asintió.

—Medran en cada uno de los bandos para consumir sus atrocidades. Las víctimas creen que el otro grupo ha perpetrado el ataque y la escalada de violencia no deja de

aumentar.

—Supongo que somos afortunados de que no sea aún peor —intervino Ibrahim. Se había sentido demasiado intimidado la noche anterior como para participar en una conversación entre momias. Pero con este tema estaba más familiarizado. Al haber crecido en la zona, conocía bastante bien las tensiones en el Oriente Medio—. El enemigo busca promover una guerra abierta en toda la región.

La mirada de Indihar se iluminó de orgullo.

—Desde luego. Creíamos que eso era lo que habían planeado. Nuestra emboscada fue el mayor golpe contra el enemigo desde que Osiris despertó. ¡Qué lástima que no estuvieras presente para unirme a la batalla, Ankhotept!

Nicholas sabía perfectamente por qué no había participado en aquel asunto. Había estado ocupado en Chicago tratando de recuperar elpreciado ab-Asar. Y luego perdiéndolo. No tenía sentido seguir metiendo el dedo en la llaga. Vertió un poco de nata en su café.

—¿Y qué fue lo que ocurrió?

—Uno de los Mesektet auguró que el enemigo estaba agrupándose junto al Mar Muerto; tenían la intención de crear una fuerza de un tamaño desconocido desde los días del Nuevo Reino.

—En ambas orillas —explicó Lu Wen—. Tengo entendido que no resultaba fácil detectarlos porque los Apepnu acumularon una magia muy poderosa que los ocultaba a la vista, tanto mundana como mística. Pero con la ayuda del Culto de Isis, descubrimos su ubicación.

Indihar inclinó la cabeza en señal de gratitud.

—Planeaban asaltar multitud de asentamientos a lo largo de todo el territorio. No sólo las deseadísimas tierras de Israel y Palestina, sino que pretendían extenderse por el este hasta Jordania y por el norte hacia Siria. La tropa oeste estaba formada por unos quinientos mortales y treinta Asekhsen bajo las órdenes de Hau-hra y Hemhemti.

—Dios... Basel y yo nos topamos hace tiempo con Hau-hra —Nicholas tembló al recordarlo. Ankhotept pertenecía a una tribu de momias en constante crecimiento y estaba al servicio del eterno Osiris y de la sabia Ma'at. Era un siervo del equilibrio dentro de la naturaleza. Los Apepnu, las momias Perdición, eran su antítesis. Siete esperpentos poderosos que se servían de una versión siniestra del don de Osiris para obtener la inmortalidad. El único objetivo de estas criaturas consistía en extender la corrupción por el mundo. Las momias Perdición ocupaban los rangos más elevados y poseían la mayor fortaleza entre los Apepnu, los servidores de Apofis, y su existencia era una atrocidad. Cada uno de sus cuerpos estaba retorcido de una manera horrenda; una prueba visible de la perversión que contaminaba sus almas. El encuentro que Nicholas había tenido con una de ellas había sido la experiencia más aterradora de su existencia. Fue pocas semanas después de su renacimiento como inmortal, en una excursión de un día por el Nilo que realizó junto a Basel Nyambek-Senemut.

Tropezaron con un altercado en el río, Nicholas ignoraba qué estaba ocurriendo; todo desembocó en el caos con tanta rapidez que aún se sentía incapaz de recordarlo con claridad.

No obstante, había algo que permanecía inalterado en su memoria: la imagen de aquella horrible criatura conocida como Hau-hra del Rostro Invertido. Sin duda, un nombre ridículo pero pavorosamente preciso. La cabeza pelona del Apepnu parecía estar invertida sobre el cuerpo; la cara miraba hacia su musculosa espalda en lugar de hacerlo al frente. Y, sin embargo, el cráneo de la criatura sí que miraba en la dirección correcta, pero sus rasgos habían sido... *injertados* en el lado contrario. Su parte frontal era un espacio abigarrado de carne macilenta con sombras vagas allí donde una vez hubo una frente, una nariz y una mandíbula. Parecía que el rostro de ese lado se hubiera secado y volado, dejando sólo las orejas en su lugar. La porción trasera del cráneo de Hau-hra mostraba dos ojos colgando de sendas cuencas superficiales y un bulto de carne achaparrado con dos agujeros muy abiertos que daban forma a la nariz. Una raya horizontal dividía el cráneo bajo la nariz, una raja obscena que le servía como boca. Contaba además con la sombra de una mandíbula, aparentemente impuesta en la base del cráneo y de movimiento limitado. Se asemejaba a la obra de un escultor sin talento que trabajara sin tener idea de qué clase de materiales combinaba. El resto de su cuerpo estaba suspendido en una forma más o menos convencional; los brazos y piernas en sus lugares correspondientes, con un aspecto y longitud normales. De hecho, dejando a un lado el tema de su cabeza, Hau-hra contaba con un físico envidiable, el delgado y musculoso cuerpo de un corredor de maratón. Es más, tener sus rasgos invertidos no parecía mermar en absoluto su destreza. Poseía una doble articulación en perfectas condiciones que le procuraba bastante flexibilidad y podía desplazarse con la misma sencillez hacia delante o atrás.

—Hau-hra era... bueno, sólo evocar su imagen me produce escalofríos. Nos derrotó, así que tuvimos que volver corriendo hasta aquí como comadreas — Nicholas no había conocido al Apepnu que se hacía llamar Hemhenti, pero se decía que esta momia Perdición era tan aterradora a su manera como lo era Hau-hra. Una sola de ellas ya era una amenaza severa, ¿pero dos y acompañadas de semejante ejército? Nicholas dio gracias a Ma'at de que sus compañeras momias descubrieran la conspiración a tiempo de detenerla—. Al parecer dedicaron grandes esfuerzos a la conscripción. Sólo puedo imaginarme cuan desagradable debía ser ese ejército contando con otro Apepnu y tantísimos segadores apoyándolos.

En realidad, no contaban con tantas unidades como para llamarlo un ejército, pero el grupo incluía un número significativo de saboteadores, asesinos y provocadores. Los chiquillos del Corruptor preferían extender su malicia manipulando a otros desde las sombras. Con una fuerza de ese tamaño podían causar cualquier tipo de estrago en la ya turbulenta región palestino-israelí. Cabía la posibilidad de que hubieran reunido a los grupos para una convención ya que, de otro modo, no habrían podido controlarlos a todos... o, conociendo los métodos predilectos de los lacayos de

Apofis, es probable que los hubieran hechizado con algún oscuro encantamiento. Es posible que los mortales no tuvieran idea de cuál era su auténtica función en el asunto. Lo más seguro era que se tratara de mercenarios y fanáticos que no sabían a quién servían. Nicholas pensó que los vivos debían ser palestinos o israelíes; quizá ambos, separados en dos grupos, y seducidos con promesas vacías y mentiras. Los Apepnu eran leales a una fe con mayor antigüedad que la del Islam o la judía, pero eso no los contenía a la hora de disfrazar sus auténticas creencias para conseguir sus objetivos. Cada uno de los grupos debió creer que se reunía para atentar en nombre de su gente, cuando la verdad era que se habían convertido en una mera herramienta para esparcir la oscuridad de Apofis.

Los cientos de mortales no eran tan preocupantes como la congregación de tantos Asekh-sen en un solo lugar. Las criaturas, conocidas también como segadores, eran el resultado de los esfuerzos de las momias Perdición por crear inmortales perversos tras haber perdido constancia de cómo realizar sus antiguas ceremonias. El monstruo Kharebutu vinculaba ifrits, espíritus demoníacos, a cadáveres humanos en un intento pésimo por duplicar la inmortalidad. Los Asekh-sen eran poderosas fuerzas de choque, fuertes e implacables... y capaces de volver a la vida después de haber sido exterminadas, de la misma manera que lo haría un Amenti. El que los Asekh-sen contaran sólo con cuatro resurrecciones, cada una de ellas más retorcida y esperpéntica que la anterior, no mermó en absoluto su capacidad para inspirar miedo. Nicholas comprendió por qué todos los Amenti de la región se habían movilizado para combatir la amenaza.

—Has dicho «la tropa oeste». ¿Acaso el enemigo poseía alguna más?

—Sí, una fuerza situada en la orilla este del Mar Muerto y compuesta por el mismo número de mortales, guiada por una docena de ghuls que recibían órdenes directas de un Seguidor de Set llamado Zainab Jinnah.

Nicholas miró con fijeza su tenedor cargado con una mezclanza de frutas. ¿Una segunda tropa compuesta por ghuls-vampiros? Estas criaturas estaban tan enemistadas con los inmortales como lo estaban las momias Perdición. Los más odiados eran los Seguidores de Set, chupasangres que reverenciaban al hermano asesino de Osiris. Los parientes inmortales de Nicholas debían haberse mostrado ansiosos por destruir a unos cuantos Seguidores.

—Ahora entiendo a qué te referías con lo de que son cada vez más atrevidos. Sin embargo, no conozco a ese tipo, a Zainab.

—Es... era una mujer. Es una antigua ghul con el rostro de un ángel pero con un corazón tan negro como el del mismo Set —escupió Indihar.

Lu Wen se rió.

—Bueno, ya no. Yo estaba con aquellos que combatieron contra la fuerza del este. No logramos destruirla en el ataque, pero tampoco consiguió huir ilesa. Recibió un golpe que le quemó su preciosa cara antes de escapar.

—La encontraremos antes o después, es sólo cuestión de tiempo —prometió

Indihar.

Cuestión de tiempo, sin duda. Para los inmortales Amenti sólo importaba el hecho y no la posibilidad, se centraban por tanto en el *cuándo* y no en el condicional *si*.

—Qué curioso que las momias Perdición y los Seguidores de Set trabajen al unísono —reflexionó Nicholas.

—Sí, a pesar de ser herramientas de Apofis, tienden a reñir los unos con los otros. Creemos posible que llegaran a un acuerdo. El Corruptor se henchiría de sangre si las naciones árabes e Israel se dejaran llevar por la violencia.

—Y quizá incluso llegaran hasta Europa y los Estados Unidos.

—Como dice el dicho: cuantos más, mejor. —Indihar frunció el ceño—. Los mortales son capaces de infligir tamaños horrores los unos sobre los otros que podrían conseguir el mismo objetivo por sí solos en los próximos meses. Pero los Apepnu carecen de paciencia.

Nicholas asintió.

—¿Pero qué sacarían de ello los Seguidores de Set? No creí posible que estuvieran interesados en embarcarse en una empresa tan conflictiva. Eso actuaría en detrimento de su reserva de comida, ¿no es cierto?

—No estamos seguros de eso —admitió Lu Wen—, pero pensamos que estaban de acuerdo en agitar las tierras árabes con la intención de expulsar a la criatura Talaq y aumentar así su influencia sobre la región.

—¿Quién?

—No sabemos exactamente de qué se trata —intervino Faruq, emergiendo del sótano. Pese a ser mortal, Faruq pertenecía a ese grupo de sectarios que había dedicado su vida a servir a la causa de las momias. Había estudiado los antiguos tomos y modernos rumores con la misma precisión, catalogando las fuerzas de Apofis y aguardando el día en que Osiris regresara. Incluso los Amenti más sabios envidiaban sus conocimientos. Nicholas sabía que a los demás grupos dentro de la sociedad de las momias (especialmente a los Shemsu-heru y los Hijos de Osiris) les fastidiaba de sobremanera que Faruq prestara su ayuda a los radicales Eset-a—. Si la mitad de los rumores que he oído al respecto son verdad, Talaq ha gobernado en secreto Jordania desde que se asentó la nación. No es uno de los vuestros, pero creo que tampoco es un ghul. No obstante, está asociado con los Hashashin de alguna manera, así que es posible que sea un no muerto —Faruq se encogió de hombros—. Lo único que tengo claro es que la mayor parte de las actividades que se desarrollan en la región son obra suya.

Nicholas contrastó la información con lo que ya sabía. Había oído hablar de los vampiros de la secta Hashashin, un término que había acabado derivando en «asesino». Las momias no los repudiaban con la misma intensidad que a los Seguidores de Set, pero no eran por ello menos peligrosos para ellas. Estos asesinos mercenarios no muertos, habían llegado a tener cierta influencia a lo largo y ancho del Oriente Medio. Eran ante todo más enigmáticos e insidiosos que los mismos

Seguidores y, desde luego, tan complicados de localizar y exterminar. Creyó poco probable toparse con uno de ellos o con este extraño individuo, Talaq, pero no estaba de más informarse un poco. ¿Quién sabe si lo necesitaría más adelante?

—Bien, de modo que los Apepnu andaban abriéndose paso a tiros hacia Israel, mientras que Zainab y su gente tenían la mirada puesta en las naciones árabes — razonó Nicholas—. Hasta que vosotros cargasteis contra ellos y los pulverizasteis.

—Así es. —El tono de Indihar era prosaico, pero su mirada se iluminó al recordarlo—. Con el paso de los siglos se volvieron muy autocomplacientes y estaban demasiado seguros de sus avances místicos. Surgimos de la nada, sirviéndonos de su preciada oscuridad para aproximarnos. Ellos eran más, pero nosotros somos Amenti. No pudieron contra la fortaleza de nuestro hekau.

Nicholas sentía el palpito de diversos sentimientos en su interior. No había intervenido en el asalto del Mar Muerto porque había tenido que encargarse de una misión en América; una tarea que había estado obligado a completar con un apoyo insuficiente debido al ataque en el Mar Muerto. Según lo que Indihar y Lu Wen le estaban narrando, su tropa contaba con fuerza más que suficiente y ¿acaso no habrían podido prescindir de una sola momia? Si hubiera sido así, el regreso de Nicholas hubiera sido glorioso y no una desgracia. Todo aquello formaba parte de la política. Los Eset-a eran como la oveja negra en una familia, se los mantenía marginados, se los despreciaba por el celo con el que buscaban las reliquias. Los demás grupos de momias trabajaban con los miembros Eset-a, pero nunca confiaban en ellos por completo. Y los recursos que tenían los Amenti y sus aliados, rara vez eran repartidos de forma equitativa con los Eset-a, a pesar de que lo desmintieran.

Revolcándose en su miseria como estaba, Nicholas casi pasó por alto el comentario de Indihar.

—¿Liquidasteis a uno de los Apepnu? —Aquella sí que era una buena noticia.

—Lo vi con mis propios ojos —continuó Indihar—. Hau-hra del Rostro Invertido cayó luchando con Senemut.

—¿De modo que fue así como Basel murió? ¿Aniquilando a Hau-hra?

Indihar asintió al tiempo que dirigía una mirada de soslayo hacia el interior del mausoleo.

—Luchó con valentía. Mientras recuperábamos su cuerpo, un par de segadores malditos huyeron con el cadáver de Hau-hra.

Lu Wen frunció el ceño.

—Hemhemti también escapó, oculto bajo una nube de su propio hedor.

Qué bueno saber que no soy el único que comete errores, pensó Nicholas. ¿Atacaron por sorpresa y no habían logrado capturar siquiera a una de las momias Perdición? El ser momias las convertía en inmortales, claro está, de forma que matarlas permanentemente era tan complicado en su caso como en el de un Amenti. Por ello los Amenti habían tratado de capturarlas. Al tenerlas cautivas, evitarían que anduvieran sembrando su execración hasta que logaran destruirlas.

—¿Sabe alguien cuánto tiempo le llevará a Hau-hra regresar a la vida?

—Por desgracia, Ma'at no juzga a las momias Perdición, con lo que le llevará menos tiempo que uno de los nuestros.

Ma'at era la deidad egipcia dedicada a la justicia, una entidad sin rostro que fortalecía el equilibrio de la naturaleza. La diosa de la justicia regentaba un consejo de cuarenta y dos jueces que habitaban en el mundo espiritual de las momias y que se conocía con el nombre de Duat. Dirimían qué almas inmortales merecían regresar a la vida. El alma de Basel debía haber descendido hasta allí y posiblemente se encontrara ahora frente a frente con los jueces de Ma'at. Nicholas había estado allí no hace mucho, cuando murió a manos de Maxwell Carpenter. A diferencia de Basel, él había renacido tras una breve estancia (algo menos de doce horas) en el Duat. Se daba cuenta, desde luego, de que el período había sido inusitadamente corto, teniendo en cuenta que la mayoría de las momias debían aguardar semanas e incluso meses, antes de que su alma pudiera reunir la fuerza necesaria para abrirse paso a través de la barrera que separaba el mundo espiritual del vivo y rehabilitar su cuerpo. No estaba seguro de si su rápida recuperación había sido un regalo de Ma'at. Teniendo en cuenta que Carpenter se recuperó de sus propias heridas no mucho después, Nicholas sospechaba que sí. Con independencia de sus circunstancias particulares, todas las momias, incluidas las Perdición, pasaban por algo parecido. Pese a que no se enfrentaban al juicio de Ma'at, los espíritus Apepnu tenían que congregarse suficiente energía espiritual antes de retornar a sus cuerpos. Hau-hra regresaría y pronto.

—Menuda mierda.

Lu Wen se encogió de hombros y depositó su mochila sobre el regazo.

—Los líderes escaparon, pero todos ellos estaban heridos de gravedad. Pasará algún tiempo antes de que recobren toda su fuerza.

—¿Y las tropas restantes? —Teniendo en cuenta lo que le estaban relatando, Nicholas no podía explicarse qué las hacía sentirse tan entusiasmadas sobre el asalto.

—Los aniquilamos a todos —confirmó Indihar respondiendo a la duda implícita de Nicholas—. Asimismo, nos hicimos con la mayor parte de los cadáveres de los segadores para que podamos destruirlos en cuanto renazcan.

—Quizá escaparan de la escaramuza uno o dos no muertos heridos —añadió Lu Wen—, pero ni uno más. Al resto los estacamos y destruimos en las colinas donde luchamos.

—Además, estamos casi seguros de que hemos echado por tierra sus planes. Hasta ese momento, los Apepnu no tenían idea de cuan fuertes somos. Creían que éramos sólo el puñado de inmortales que hemos sido durante siglos. Con un número demasiado escaso como para plantarles cara de forma directa. Ahora saben que se equivocaban.

—Eso me lleva a una cuestión sobre la que he estado reflexionando. ¿Acaso los Imkhu no pensaron que, digamos, era más prudente esperar a que las unidades se dispersaran y atacar a los grupos uno por uno? Es decir, ¿no habría sido más

recomendable ocultar nuestra verdadera fortaleza?

Las mujeres negaron con la cabeza.

—Mantuvimos una discusión al respecto —admitió Lu Wen—, pero no podíamos correr el riesgo de que se diseminaran. Y, de todos modos, el enemigo sigue sin saber cuántos somos. Al haberlos golpeado de una manera tan severa, confiamos en hacerles creer que somos mucho más fuertes de lo que realmente somos.

—Una demostración de fuerza restará confianza al enemigo en un futuro —sentenció Indihar—. Se sentirán inseguros si creen que los vigilamos y conocemos todos sus movimientos. Lo más probable es que muestren disensión sobre qué curso de acción tomar. Perderán la seguridad que ha sido, hasta el momento, una de sus mejores herramientas. Si sometemos sus corazones al temor, venceremos.

Nicholas asintió con desgana. Antes de su resurrección, su inclinación natural había sido la de dar pasitos de bebé; ahora podía apreciar el mérito de pasar a la acción de forma atrevida y directa. Por desgracia, al hacer las cosas de ese modo, uno tendía a pasar por alto ciertas complicaciones que luego solían pasar factura en el momento más inoportuno. El asalto en el Mar Muerto era un ejemplo excelente. Si los Amenti hubieran optado por un curso de acción más sutil es muy posible que hubieran atrapado a las momias Perdición o al vampiro Zainab. En tal caso el éxito hubiera estado asegurado.

—No quisiera ser descortés, Amenti Nicholas —interrumpió Faruq—, pero he reservado dos billetes para ti e Ibrahim en un vuelo hacia el sur. Deberéis partir de inmediato si queréis llegar a tiempo al aeropuerto.

—Pude contactar con ellos anoche, así que estarán aguardando tu llegada —prometió Indihar mientras Nicholas se despedía de los presentes. Cuando se giró incómodo hacia ella para agradecerle la molestia, ella lo acalló—. Me doy perfecta cuenta de que no existe mucha simpatía entre nosotros. No, no intentes negarlo; no eres el único con la capacidad de percibir las emociones fuertes, ¿verdad? No te deseo ningún mal y procura no mortificarte tanto por tus fracasos.

—Jesús, ¿qué es esto, un discurso contra el desaliento?

—Ya sabes a qué me refiero, Ankhoteb. A pesar del fracaso, Osiris no desfallece. ¿Y acaso no es cierto que uno pueda ganar batallas y perder la guerra? Apofis no es invulnerable y tampoco lo es Maxwell Carpenter. Sé fiel a Ma'at y despuntarás.

Nicholas estaba sin habla. Indihar no era cálida ni cariñosa; no tenía idea de qué responder a sus palabras de ánimo. Se aclaró la garganta y murmuró un tímido:

—Gracias.

Lu Wen se levantó y lo despidió con palabras de buena esperanza. Nicholas se acordó de pronto y extrajo la figurilla de Watson de su bolsillo.

—Lo rompí —se disculpó—. ¿Crees que tiene solución?

Echó una mirada con ojo crítico a la maltrecha efigie.

—No es irreparable. Me llevará algún tiempo, pero lo lograré. Claro que, si adquirieras cierta destreza esculpiendo, podrías hacerlo tú mismo.

—Lo sé, aunque no creo que disponga de la oportunidad a corto plazo.

Con una sonrisa en los labios, Lu Wen le devolvió la figurilla.

—Estoy segura de que tendrás tiempo de hacerlo. Quizá mientras estés de viaje puedas practicar arreglando los daños más superficiales.

—Buena idea, gracias.

—De nada. E Indihar tiene razón; no se nos juzga por un solo acontecimiento, sino por las acciones de toda una vida.

No pudo evitar sonreír al oír aquello. Para una momia, esa vida no tenía fin y sólo Ma'at tenía la capacidad de juzgar cuándo había llegado el momento definitivo.

Una vez acomodados en los asientos del Vuelo 133 de Egypt Air, Nicholas le propinó un codazo a Ibrahim.

—Has estado muy callado, ¿en qué estás pensando?

—No es nada Ame... eh, Nicholas.

—Ya veo. De forma que esa mirada de profunda tristeza es sólo una técnica para ligar con mujeres, ¿no?

Ibrahim frunció el ceño confundido.

—Realmente puedes llegar a ser de lo más peculiar, Nicholas.

—No cambies de tema, ahora estamos hablando de ti.

—No es nada, de verdad. Salvo que...

Nicholas lo animó a continuar con un gesto de la mano.

—Venga, que tú puedes.

Ibrahim echó un vistazo en rededor. Se encontraban en un vuelo diurno, finalizando ya la época álgida del turismo; unos pocos hombres de negocios se sentaban diseminados entre los visitantes que planeaban un día entero de excursionismo. Se inclinó hacia Nicholas y susurró:

—No entiendo por qué sigo vivo.

—¿Cómo que...? ¿Lo dices por lo que ocurrió en Chicago?

Ibrahim asintió.

—He hecho cuanto he podido por aprender las técnicas de combate, pero mi auténtico talento reside en la informática. Gamal, Omar y especialmente Duri, te serían más útiles ahora que yo. Eran guerreros experimentados.

Nicholas había estado tan centrado en su situación que no se había parado a pensar cómo podría haberle afectado todo aquello a Ibrahim. La inmortalidad no le otorgaba la capacidad de decir lo apropiado en el momento conveniente.

—No es buena idea que pienses en ello, Ibrahim. No conseguirás otra cosa que deprimirte.

Por la expresión del hombre, Nicholas dedujo que sus palabras no estaban siendo de mucha ayuda.

—Mira, lo que te ocurre es que te sientes culpable por haber sobrevivido. Estás

contento de no haber muerto, pero crees que eres un bastardo por sentir felicidad mientras que otros han perdido la vida. No hay una respuesta fácil para esto. Sólo tienes que asimilarlo y seguir adelante. Yo me sentí de la misma manera al convertirme en lo que soy. He perdido a muchos hombres buenos. Y no sólo eso, soy el último de mi familia porque un chiflado sentía tal necesidad de vengarse que no fue capaz de quedarse muerto. —Se rió y cerró los ojos—. Quizá yo no sea el mejor ejemplo.

Ibrahim se aclaró la garganta.

—¿Recuerdas cuando te he dicho que puedes llegar a ser de los más peculiar, Nicholas?

—Vale, vale; cerraré el pico.

No se tardaba mucho en llegar a Luxor en avión. Antes de las diez de aquella mañana, se encontraban ya metidos en un Volvo en dirección sur. Ibrahim conducía mientras Nicholas observaba el Nilo y meditaba sobre su futuro encuentro con los más antiguos y respetables de su raza. Nunca había estado cara a cara con un Imkhu. Los inmortales no eran muchos y tampoco un ejemplo de cohesión. Habían renacido con una misión, y pese a disfrutar de la eternidad, no tenían mucho tiempo libre para andar de visita y charlar. Después de su resurrección, Nicholas había estado ocupado asimilando su naturaleza inmortal, aprendiendo las hekau egipcias y tratando de comprender la magnitud del conflicto en el que se había visto envuelto. Éste, su primer encuentro, se llevaría a cabo en circunstancias poco favorables. Se sentía como un niño que acudiera al despacho del director. Con gran esfuerzo logró reprimir su nerviosismo.

Cruzaron el Nilo y llegaron a Edfú antes del mediodía. En la arcana ubicación prosperaba una pequeña ciudad en la que habitaban poco más de sesenta mil personas. El núcleo más moderno estaba situado en una rica pradera verde junto al Nilo y se dedicaba casi por completo al comercio de semillas, dátiles y algodón. De cualquier forma, el turismo suponía la primera fuente de ingresos o así había sido antes de que Horus el Vengador y sus Shemsu-heru regresaran a Egipto. Tomaron el control del Templo de Horus y de las excavaciones colindantes, incluyendo la antigua ciudad y la necrópolis circundante y cerraron el acceso al público en toda el área. Posiblemente debido a la combinación de los sobornos y una sutil aplicación de la magia, el gobierno egipcio anunció que el recinto quedaría cerrado para continuar con las excavaciones. La gente comenzó a extrañarse cuando se construyeron contrafuertes que pusieran freno a la inestabilidad estructural de las elevadísimas paredes pétreas del templo. Los rumores sugerían que se había hallado un importante descubrimiento y que se estudiaría muy en secreto. Y, a su manera, era cierto.

De hecho, a pesar de su antigüedad, el Templo de Horus se encontraba en unas condiciones excelentes. Situado en el desierto, justo detrás del área de influencia del

Nilo, sus paredes de piedra arenisca apenas habían sufrido los rigores de la erosión con el paso de los siglos. Las imponentes figuras de Horus talladas en las paredes conservaban casi tanta definición como cuando fueron cinceladas en la Dinastía Tolemaica, pocos siglos antes del nacimiento de Cristo. Empero la estructura no se había librado por completo del deterioro y Horus, ayudado por una plantilla de momias y mortales, reparó el daño. Aquello les supuso un gran esfuerzo, pero su atención estaba situada en el complejo que se hallaba enterrado *debajo* de ese lugar. Lo que el Vengador buscaba era algo que había existido más de mil años antes de que se erigiera el Templo de Horus y que los arqueólogos modernos sólo habían podido entrever. Horus estaba decidido a restituir la gloria a la antigua ciudad-templo; deseaba una ciudad digna del hijo de un dios.

Con las arcanas hekau a sus órdenes, las momias estaban haciendo grandes progresos. Y, para la mirada de los curiosos, no parecían más que un grupo experimentado y organizado de arqueólogos.

Un hombre hizo señas al Volvo para que se detuviera junto a un *stop* que se encontraba en la carretera que conducía al templo. El sectario Shemsu-heru vestía el mismo atuendo que los militares egipcios y, hasta donde Nicholas sabía, podía perfectamente formar parte del ejército. Cuando hubieron confirmado sus identidades, se les permitió continuar. Los guardias solitarios refugiados en sus pequeñas casetas de adobe eran la tónica general en los puntos de control diseminados en toda la región. No existían vallas o barreras visibles que mantuvieran alejados a los curiosos; pero el desierto se bastaba solo para hacer el trabajo de vigilancia. No obstante, Nicholas sabía que existían medidas de seguridad ocultas que alertarían a los Shemsu-heru de cualquier posible intrusión. Por ende, diversas patrullas daban vueltas por la zona, vestidos con las ropas del ejército egipcio y portando armas mundanas y místicas.

Mientras recorrían el último kilómetro de aquella carretera sembrada de socavones, Nicholas volvió a sentirse frustrado por las decisiones que tomaban los grupos como los Shemsu-heru. Desde luego Edfú era una fortaleza impresionante, pero ¿acaso su causa requería restaurar un templo hasta ese punto? Es cierto que se sentía emocionado al contemplar las reliquias de su primera vida en todo su esplendor, ¿pero no sería mejor destinar todos aquellos recursos a luchar contra el enemigo? Él había realizado un esfuerzo similar para erigir el Templo de Akenatón como fortaleza en América; pero sólo había conseguido que lo asaltaran, lo secuestraran y le robaran. El Templo de Horus era muchísimo más seguro pero, a pesar de todo, Nicholas opinaba que cualquier lección era valiosa. Si lograba reunir el valor, les explicaría el caso a los Imkhu.

Un repertorio de tiendas de campaña y pequeñas edificaciones de adobe cobijaban a la mayoría de los residentes. La zona del complejo de Horus que había sido restaurada, servía de hogar al Vengador, a la mayor parte de los Imkhu y a algunas de las momias más jóvenes. Aparcaron junto a un grupo de Jeeps, Land Rovers y unos

pocos Humvees, y se encaminaron hacia las cámaras rehabilitadas. Las paredes del templo se erigían a ambos lados de la entrada principal como sendas alas gigantescas. Las líneas eran rectas y carecían de fracturas. Los ladrillos habían recobrado aquel aspecto impoluto que tuvieran hace tres mil años cuando fueron tallados. Los relieves de Horus observaban con circunspección a lo largo de la pared. El sol hacía resplandecer la superficie del complejo, transformando el amarillo de los ladrillos en oro. Y el interior no era menos extraordinario. Los pilones, columnas y, en general, toda la estructura interior había sido restaurada imitando casi a la perfección los planos originales. Era una visión que robaba el aliento.

Sobre sus cabezas una docena de halcones se deslizaban sobre las corrientes termales. Nicholas sospechaba que buena parte de ellos serían una creación como Sherlock y Watson; centinelas pertinaces que salvaguardaban el territorio, estando alerta ante cualquier posible intromisión. Nicholas palmeó el bolsillo de sus pantalones donde guardaba las figurillas de los mastines. Sherlock había revertido a su forma inactiva para facilitar el viaje. Watson habría de esperar hasta que se viera preparado para reparar el daño. Una efigie que pudiera volar le sería muy útil. Poseía el talento necesario como para tallar un animal pequeño, como un pájaro, pero carecería de la astucia de los perros. Le pediría a Lu Wen que creara uno, aunque sabía que era mejor hacerlo él mismo. Tendría que mejorar en ese arte.

Una sectaria Shemsu-heru los recibió en los pasajes subterráneos que conducían a las cámaras ocupadas por los Imkhu. Se trataba de una mujer sencilla con el rostro ajado por los años. Nicholas tenía problemas para determinar su edad; posiblemente se encontraría dentro del espectro que abarcaba desde la treintena tardía hasta la medianía de los cincuenta.

—¿Nicholas Sforza-Ankhotep? —preguntó inclinando la cabeza.

—Sí, soy yo. Mi compañero es Ibrahim Rassul.

Ella lo saludó con el mismo gesto.

—Yo soy Zabeya. Venid por aquí; el maestro Mestha desea veros de inmediato.

Nicholas la invitó a que los guiara. Se quitó las Oakleys y limpió el sudor que bañaba su frente. El calor fue menguando a medida que avanzaban, pero Nicholas no cesó de sudar. Cada uno de los Imkhu era chocante a su manera, pero Mestha era único. El viejo granjero había vivido en los días del temprano reinado de Osiris. Caminaba por la Tierra de Khem mucho antes del nacimiento de Horus y había servido a Osiris con lealtad durante un período prolongadísimo. Tal era su devoción al Señor de la Vida que se ofreció a ser el primero en recibir el antiguo Hechizo de la Vida y asegurar así su efectividad. Pese a que había sido un sencillo granjero en su primera vida, Mestha era ahora uno de los más importantes Mesektet, los enaltecidos sacerdotes celestiales. Estas momias eran famosas por su habilidad para leer presagios en las estrellas y gobernar sobre el tempestuoso poder del clima. Algunos Amenti opinaban que la sabiduría de Mestha era sólo equiparable a la de los grandiosos jueces de Ma'at y que solía contactar de forma habitual con el espíritu de

Osiris. Nicholas estaba intimidado mucho antes de que Zabeya lo presentara al arrugado Imkhu.

Mestha había alcanzado ya la senectud cuando recibió el don de la resurrección. Su apariencia era la de un anciano enjuto, con la piel oscurecida y arrugada por la labor bajo el firme sol egipcio. Empero se movía con el vigor de la juventud. La honorable momia vestía una sencilla túnica, pantalones sueltos de algodón y sandalias. Apenas rozaba el metro y medio de altura pero su carisma equivalía al de un gigante. Cruzó la sala de estar dando rápidas zancadas y cogió a Nicholas por los antebrazos.

—Saludos, Nicholas Sforza-Ankhotep —saludó en egipcio—. Me complace conocerte.

—Mestha —respondió Nicholas—, es un honor estar ante ti.

La antigua momia rió, estrechó brevemente los brazos de Nicholas y restó importancia al comentario con un gesto de la mano.

—Somos iguales ante los ojos de Osiris.

Nicholas lo dudaba, pero apreció el cumplido igualmente.

—¿Puedo presentarte a Ibrahim Rassul de los Eset-a?

Mestha lo saludó con una inclinación de cabeza, mientras Ibrahim luchaba para no ceder a su exacerbado temor reverencial.

—Zabeya, tráenos por favor algo de beber.

La mujer salió de la habitación, al tiempo que Mestha le indicaba a Nicholas que tomara asiento. Se sentaron en un par de sillones bajos enfrentados y separados por una mesa de mármol pulido. Ibrahim los siguió inseguro y se quedó a unos metros del hombro izquierdo de Nicholas.

—Estoy muy impresionado por lo que habéis hecho en el lugar —aventuró Nicholas.

La alcoba en la que estaban había sido renovada, los murales de las paredes relucían por sus brillantes colores y el mobiliario, aunque nuevo, reproducía el antiguo diseño. La tecnología había sido empleada de forma sutil para proveer la estancia de mayor comodidad pero sin desvirtuar la sensación de que se encontraban en otro tiempo. Las luces eléctricas alumbraban encajadas en sencillos farolillos allí donde una vez estuvieran las antorchas. La luz que desprendían era cálida y amarillenta. Nicholas incluso descubrió el aparato de aire acondicionado detrás de un biombo de papiro; aquel no era más que un ejemplo del sistema de circulación de aire y de control de temperatura que mantenía el complejo subterráneo confortable.

—Gracias... bien, creo que la primera cuestión que debo plantearte es: ¿qué nombre prefieres? —Mestha podría formar parte del grupo de inmortales más poderosos, pero con su trato cordial y su actitud familiar estaba consiguiendo calmar rápidamente el nerviosismo de Nicholas.

—Ah, normalmente paso por Nicholas.

Mestha se palmeó las rodillas.

—Entonces así es como te llamaré. Gracias, Nicholas. Hemos trabajado mucho para restaurar el templo del Vengador. Estamos desarrollando actividades parecidas en otros lugares que nos son importantes. Aunque ninguno de ellos cuenta con los mismos avances que éste, pronto contaremos con una serie de fortalezas que rindan tributo a nuestros orígenes y nos proporcionen comodidades modernas —rió—. La electricidad aún me maravilla. ¡Imagínate! Muchísimo más útil que el fragante aceite y el fuego, ¿no te parece?

—Bueno, el fuego todavía nos es útil.

—Ah, muy cierto; muy cierto. —Mestha señaló hacia la mesa cuando Zabeya entró en la habitación cargando una bandeja con un jarro, vasos, pan y unos cuencos de pasta con lentejas y salsa picante. Dispuso la comida frente a las dos momias y dejó el tercer cuenco frente a otro de los sofás, vertió agua para todos y partió después de realizar una breve reverencia—. Ven —invitó en un árabe carente de defectos—, debes de estar hambriento después del viaje.

Nicholas no estaba seguro de quién estaba más sorprendido. Los sectarios desempeñaban un papel vital porque sólo los mortales podían elaborar el Hechizo de la Vida con total precisión. Y no surtía el mismo efecto cuando lo realizaba un sobrenatural, inclusive siendo uno de los inmortales. Sin los aliados humanos, las momias no podrían incrementar su número. Por ello, los sectarios merecían respeto. Pero eran mortales y esa condición los desterraba a un segundo plano entre los Amenti. Nicholas se había topado con algunas momias que los trataban como poco más que esclavos o que los ignoraban. La invitación de Mestha cohibió a Nicholas cuando se percató de que había olvidado por completo a su compañero Eset-a.

—Me gustaría conversar contigo sobre temas muy amplios —explicó Mestha, hablando otra vez en egipcio. Cogió el cuenco, introdujo en él la cuchara y la llenó de pasta—. Pero temo que eso habrá de quedar para otra ocasión. Por lo que Indihar-Hentemtet pudo adelantarme, traes noticias de gran importancia.

Nicholas asintió.

—En tal caso iré directo a la cuestión. —Tras beber unos sorbos de agua, relató la búsqueda en Chicago del ab-Asar, su intento de establecer el Templo de Akenatón como fortaleza de las momias, el asalto de Maxwell Carpenter y los enigmáticos periodistas, el secuestro y la tortura. Descansó entonces, los recuerdos palpitaban recientes en su memoria. Reunió el valor y prosiguió describiendo su rápida resurrección, la huida, el haber averiguado que sólo quedaban tres de sus hombres vivos y que el Corazón de Osiris estaba en manos de los vampiros, que se lo habían robado a los «reporteros». Contó el regreso de Carpenter y la pelea que tuvieron en la calle, bajo la Torre Sears. Asimismo, explicó que el Corazón había descendido hacia ellos desde las alturas. Lo había tenido al alcance de la mano pero Carpenter se le adelantó y huyó con él. Nicholas e Ibrahim habían huido antes de la llegada de la policía, dejando tras de sí un escenario esperpéntico de vehículos ardiendo y cuerpos caídos desde el rascacielos—. Registramos la ciudad cuanto pudimos después de

aquello, pero fue imposible hallar la ubicación del Corazón sin el amuleto que había creado para tales efectos. Su aura es... es como una tormenta de arena. No puedes evitar intuirlo en la distancia, pero cuanto más te acercas mayor es el poder y más difícil encontrar el núcleo exacto. De cualquier forma, percibí que se alejaba hacia el este. Cuando me di cuenta de hacía dónde se dirigía Carpenter, Ibrahim y yo subimos a un avión y vinimos aquí.

Mestha no pronunció palabra alguna mientras Nicholas habló. Sus ojos se posaron atentamente en la joven momia, al tiempo que engullía pequeños pedazos de comida y bebía agua. Nicholas vació otro vaso de agua en el subsiguiente silencio. Hablar le daba sed y más aún en aquel clima árido. Se dio cuenta de que no tenía apetito pero se obligó a comer para no parecer descortés. Por las miradas que le había echado a Ibrahim mientras relataba su historia, se percató de que el sectario Eset-a tenía unos problemas parecidos para mantener la serenidad y el apetito.

—¿Estás seguro de que lo que encontraste era el Corazón de Osiris? —inquirió Mestha.

Nicholas se sentía confuso ante aquella pregunta, pero se centró en repasar lo que sabía antes de responder.

—Tanto como puedo estarlo. No lo saqué del canope en el que estaba guardado, pero las emanaciones no daban lugar a equívocos.

Mestha asintió mientras reflexionaba.

—Al principio no estaba en ese recipiente —murmuró pensativo—, no habría cabido en él. Pero han transcurrido muchos siglos desde la traición de Set y no existe norma alguna que dicte cómo debe conservarse el Corazón.

¿Qué significaba aquello de que no habría cabido en él? El recipiente era lo bastante grande como para albergar el corazón de un mandril. Nicholas abrió la boca para preguntar, pero Mestha se le adelantó.

—Pensé que los de tu grupo creían que el Corazón es aquella piedra que está en Israel.

El comentario sorprendió a Nicholas hasta que hubo comprendido de qué estaba hablando.

—¿El Ka'bah? Sí, algunos Eset-a lo creen así. Quizá porque una parte de mí es del oeste, aquello no terminaba de convencerme. No lo sé. Es muy posible que el Ka'bah sea algún otro fragmento de Osiris pero, basándome en mi experiencia, te puedo asegurar que no se trata del Corazón.

Mestha frunció los labios y dejó que sus ojos vagaran en la distancia sopesando las opciones.

—Sin duda los acontecimientos que me has relatado son trágicos, pero no tan calamitosos como cabría esperar por la expresión de tu rostro. ¿Podrías crear otro amuleto como el primero que forjaste para rastrear el Corazón?

—Por desgracia no. Creé el primero capturando una fracción de la energía que manaba del tarro que salvaguardaba el Corazón. Sin ella, el amuleto sería poco más

que un pisa papeles. —Construir un artefacto de esas características no era complicado, pero fabricarlo para que pudiera rastrear el cuerpo de Osiris estaba muy lejos de ser un objetivo habitual en el arte hekau—. Si no fuera así, las momias podrían haber hallado los diversos fragmentos del dios hace ya tiempo.

—Desde luego es un inconveniente. —Mestha se levantó y caminó meditabundo por la habitación. Transcurrido un minuto, se detuvo y observó a Nicholas. Lo miró con tanta fijeza que la joven momia se amilanó—. Muy bien. Debo admitir que tus noticias me disgustan pero es evidente que no podrías haber controlado todo lo que ocurrió. Me aseguraré de que todo esto llegue a oídos de los demás para que podamos prepararnos para la llegada de Maxwell Carpenter. Hablaré además con mis compañeros Mesektet. Escudriñaremos el cielo en busca de cualquier signo de la trayectoria de la criatura. Los fragmentos de Osiris son realmente muy difíciles de percibir incluso empleando las hekau más poderosas, pero al menos estrecharemos el espectro de lo que buscamos.

Suspiró, su mirada se alejó de Nicholas.

—Es una pena que el maestro Horus se haya ido a China con un contingente; su poder nos sería de gran ayuda en este momento.

—¿China? ¿Qué están haciendo allí?

El porte amigable del granjero se endureció como el acero.

—Eso no es asunto tuyo.

—Te ruego me disculpes, Mestha. —Sin saber muy bien cómo recuperar el control después de aquel paso en falso, dijo—: ¿Hay algo...? ¿Qué más puedo hacer para ayudar?

—Creo que lo mejor será que regreses al norte. Te lo haremos saber si requerimos tu presencia.

Nicholas sabía reconocer un desaire cuando lo escuchaba. El viejo Mestha podría ser sorprendentemente comprensivo, pero aún era un influyente Imkhu y Nicholas seguía perteneciendo al reducido grupúsculo de radicales Eset-a. Ibrahim y él le dieron las gracias mediante una reverencia, al tiempo que se encaminaban hacia la salida. La voz de Mestha los detuvo en el umbral.

—Debo confesar que encuentro algo desconcertante el que esta criatura se atreva a venir hasta aquí, a la tierra donde somos más fuertes. ¿Qué otra cosa espera conseguir más que su propia derrota?

—Será más difícil de capturar de lo que podrías pensar, sabio Mestha —respondió Nicholas—. Cuenta con el mejor incentivo. Ser un cadáver andante no es suficiente para él. Quiere convertirse en un inmortal.

Mestha parecía haber dejado claro que lo dejarían al margen de la búsqueda del Corazón. Los Eset-a, en extremo imprudentes, habían probado de nuevo que no se podía confiar en ellos. Nicholas no estaba dispuesto a quedarse de brazos cruzados,

pero le sería difícil lograr cualquier objetivo sin contar con la ayuda de los Amenti de otras castas. Una ayuda que le habría sido complicada de conseguir en circunstancias normales. Hacer una cosa a la vez parecía la mejor opción. En primer lugar regresaría a El Cairo; no le valdría de nada quedarse a esas alturas del Nilo, en Edfú. Con un poco de suerte daría con el segundo paso a seguir una vez llegado a la ciudad.

Puesto que ya no sentía la presión del tiempo sobre sus hombros, decidió que Ibrahim y él se ahorrarían los dólares del regreso en avión. Vagó por el complejo de Edfú y encontró a una momia que había regresado conduciendo recientemente desde El Cairo y que se mostraba conforme en intercambiar sus vehículos de alquiler. Aquella tarde Nicholas e Ibrahim se subieron en el Land Rover e iniciaron el viaje de más de setecientos cuarenta kilómetros que les llevaría hacia el norte, siguiendo el curso del río Nilo. Era de suponer que habrían completado un tercio del recorrido al anochecer y que lo terminarían al día siguiente. Nicholas disponía de mucho tiempo para considerar las diversas opciones.

Puesto que Ibrahim apenas entendía el egipcio, Nicholas le relató la conversación que había mantenido con Mestha mientras conducía por la polvorienta y desecada carretera. Por la mirada pensativa de Ibrahim, Nicholas se figuró que el sectario tenía algo que decir al respecto. Esperó paciente a que Ibrahim hablara pero transcurrió una media hora larga sin que éste lo hiciera. Finalmente le preguntó:

—¿En qué estás pensando?

Ibrahim le dedicó una mirada fugaz antes de centrarla nuevamente en la carretera.

—Has dicho que le dijiste al maestro Mestha que el escarabajo brújula había sido destruido.

—Sí, Carpenter lo aplastó.

Botaron como consecuencia de una serie de agujeros en la calzada.

—¿Y no puedes crear uno nuevo?

—Necesitaría primero un poco más de la energía del Corazón —refunfuñó.

—¿Y no la podrías obtener del primero?

Nicholas suspiró ruidosamente vencido por la frustración. Había tenido en cuenta la posibilidad cuando aún estaban en Chicago, pero le pareció imposible y apenas había dispuesto del tiempo necesario para estudiarlo por el apresurado regreso a Egipto.

—No lo puedo asegurar. El amuleto estaba hecho pedazos. Pero no tiene caso porque guardé los restos en un cajón del refugio antes de dejar Chicago.

—De hecho —continuó el sectario—, lo guardé en mi equipaje. Pensé que no era recomendable abandonar algo tan valioso, incluso estando arruinado.

—Un punto a tu favor —admitió Nicholas.

Esta era la manera que Ibrahim tenía de recordarle a Nicholas que no había estado pensando con claridad en aquel momento; algo relativamente lógico después de haber perdido el Corazón. Aquello engrosaba ya la larga lista de errores que había cometido en su búsqueda del fragmento de Osiris. Pero si el escarabajo brújula estaba *aquí...*

Cabía la posibilidad de que pudiera rescatar el residuo suficiente del aura del Corazón como para forjar un amuleto nuevo. No había garantías, pero la posibilidad era mejor que sentarse a esperar que algún otro grupo se encontrara con Carpenter.

Nicholas imitó el sonido del redoble de los tambores sobre el salpicadero del coche y exclamó:

—¡Genial! Puede que hayas dado con la solución, Ibrahim.

SEGUNDA PARTE
SECRETOS Y REVELACIONES

Beckett contempló a la criatura maltrecha que se sentaba frente a él y recapacitó sobre la inmortalidad. Había pensado en el tema a menudo, analizándolo desde puntos de vista tan dispares como el filosófico o mediante una sencilla admiración. En esta ocasión lo hacía con una mezcla de metafísica y fisiología.

Si el mundo obedeciera el ciclo natural de vida y muerte, el ser al que miraba no habría podido retener en su interior la chispa de la vida. Y no se refería a la limitada concepción que de la «vida» tenían los mortales, sino a un espectro más amplio que incluía a los seres sobrenaturales; entes como los fantasmas, zombis y vampiros. Teniendo en cuenta que a tales criaturas se las consideraba no muertas, quizá el término «no vida» era el más adecuado en las presentes circunstancias.

Beckett estaba interesado en los factores que separaban la no vida del cuerpo del vampiro. El fuego y la luz del sol eran las principales causas. Una estaca atravesando el corazón paralizaba, si acaso no aniquilaba en el acto. Las consecuencias de separar la cabeza del tronco dejaban poco lugar a dudas. Si no se contaba con la posibilidad de ejecutar cualquiera de estas acciones, un ataque constante como un par de docenas de disparos de bala, atropellar a la criatura varias veces o tirarla desde una altura considerable conllevaría el mismo resultado.

En general, todos los vampiros sabían que los efectos de tales prácticas suponían una terminación definitiva de sus no vidas. No obstante, Beckett conocía casos anómalos en los que los efectos no se cumplían con la precisión acostumbrada. La cosa sentada frente a él era una de las más recientes pruebas de que para cada regla existe una excepción.

La explicación residía en la sangre y la edad. La sangre de un vampiro envejecía como los vinos más excelentes; aumentando su potencial con el paso de los siglos. La sangre determinaba todo desde la extensión de los poderes del vampiro hasta cuan complicado era destruirlo. Beckett, al que se le consideraba maduro en términos de los no muertos, disfrutaba de un poder sobrenatural significativo. Y, sin embargo, a pesar de su tremenda fortaleza, no podría haber albergado la esperanza de sobrevivir a una caída de setenta y tres pisos. A diferencia de él, Critias, primogénito del clan de vampiros Brujah, lo acababa de conseguir.

El no muerto era definitivamente un anciano; había sido Abrazado cuatrocientos años antes del nacimiento de Cristo. El hecho de que el vampiro no fuera un grumo de pedazos enrojecidos después de caer a plomo desde semejante altura era una prueba evidente del poder de la sangre. Y el que Critias hubiera recobrado la *conciencia* habiendo transcurrido sólo cinco noches, lo hacía incluso más extraordinario. La respuesta natural de un vampiro después de recibir un daño extremo era la de deslizarse hacia el letargo. Este estado de trance era mucho más

profundo que el reposo mortecino que los no muertos entendían como período de sueño. No había nada que pudiera despertar al vampiro antes de que su cuerpo hubiera terminado de restablecerse.

Beckett podía percibir que Critias estaba haciendo cuanto podía para resistirse al seductor sueño reparador. El anciano vampiro tenía que atender importantes asuntos antes de sucumbir a la inconsciencia. Y era ésta precisamente la razón por la que Beckett se encontraba sentado frente a la amoratada y quebrantada figura que descansaba en el sillón.

Critias le había pedido que acudiera a una reunión privada, presumiblemente para agradecerle que salvara su no vida después de la caída desde la Torre Sears hacía casi una semana. Empero Beckett tenía la sospecha de que aquello era sólo un pretexto. En las cinco noches que siguieron al acontecimiento, la población vampírica de Chicago había entrado en un caótico frenesí. Entre los más exaltados se encontraban los subalternos del clan Brujah y aquellos que engrosaban las filas de su gran amigo y rival Khalid al-Rashid, primogénito del clan Nosferatu. Ambos grupos habían estado peinando la ciudad en busca de tres mortales y de una reliquia de poder descomunal. Además de haber herido de manera severa a Critias, estos mortales habían destruido a un vampiro y lesionado a otro en una pelea en la Torre Sears. Aquel había pasado a ser el ataque más importante en un año en el que los supuestos «cazadores de monstruos» habían seguido la pista y aniquilado a casi una docena de no muertos en la zona.

La tan deseada reliquia había sido una incógnita para Beckett, pero había dedicado las últimas noches a investigar cuanto pudiera sobre ella para remediar ese desconocimiento. Aún así, no estaba seguro de contar con tanta información sobre el tema como Critias o Khalid. Pero eso no tenía demasiada importancia porque tenía la sospecha de que sabía más que ellos acerca de los otros dos actores del drama. De una cosa estaba seguro, había topado con una situación realmente interesante.

Critias se aclaró la garganta emitiendo un gorjeo líquido.

—Saludos, Beckett. Te agradezco que hayas venido a verme.

Aquella era la primera cosa que Critias había dicho desde que lo condujeran al estudio hacía diez minutos. El vampiro no estaba seguro de si el primogénito había estado distraído por causa de la neblina que pudiera provocarle el dolor, que hubiera estado absorto pensando en otras cuestiones o quizá lo estuviera poniendo a prueba. Lo cierto es que importaba poco; Beckett había aguardado mucho más por razones menos primordiales.

—En primer lugar, debo disculparme por mis recientes acusaciones. Mi sospecha de que los Gangrel pudierais estar conspirando con los agentes mortales para atacar a los de nuestra raza era completamente equívoca.

Beckett encubrió su estupefacción e irritación tras un correcto asentimiento. Gracias al «error» de Critias, el contingente vampírico de Chicago al completo había estado pensando que tanto él como sus compañeros Gangrel habían formado una

alianza con los cazadores de vampiros. Desde el principio Beckett había sabido que la idea era tan absurda como lo era intentar demostrar su inocencia. Tenía cosas más trascendentes que hacer que educar a un puñado de no muertos ignorantes. Sentía curiosidad por saber por qué Critias había decidido admitir su equivocación, especialmente cuando había creído tan ciegamente en la conspiración hacía apenas una semana.

—Lo he visto a través de una mirada renovada... —La broma transformó su risa en un ataque de tos; Beckett se concedió obsequiarle con una sonrisa compasiva. Los ojos de Critias habían estallado en las cuencas debido al impacto de la caída. La ruina en la que se había convertido su cara enmarcaba el refulgir cerúleo de sus ojos regenerados. Después de limpiarse una baba sanguinolenta de los labios con la mano izquierda (aparentemente el único miembro que podía mover sin que le causara un dolor atroz), el primogénito continuó—. Lo he visto a través de una mirada renovada. Me doy cuenta de que los que nos dan caza no pueden estar aliados con ninguno de los Cainitas. Están en posesión de habilidades extrañas y terroríficas con las que demuestran no necesitar ningún tipo de ayuda externa.

Beckett estaba hipnotizado con el monólogo de Critias. En espacio de pocos minutos, el vampiro antiguo admitía haber cometido dos errores y tener miedo, e incluso hablaba con sentido del humor. Quizá con la caída hubiera descubierto el significado de la humildad.

—Te lo agradezco, primogénito. Debes saber que no te guardo rencor. La vida es demasiado breve como para albergar malos sentimientos como consecuencia de estos malos entendidos.

Critias le dedicó una sonrisa torcida.

—Pero ésta no es la razón por la que te pedí que vinieras esta noche.

—¿De veras? —Beckett se sentía invadido por la curiosidad.

—Hablé con Khalid al-Rashid anoche. Me explicó que te había hablado sobre el Matusalén que duerme bajo la ciudad, una criatura con tanto poder que su despertar culminaría en la destrucción total de Chicago. Quizá te interese saber que, hasta hace unas noches, yo desconocía por completo su existencia. Pues pensé que este Matusalén había muerto en el saqueo a Cartago hace dos milenios —Critias se inclinó hacia delante para enfatizar la trascendencia de lo que estaba aún por decir—. Fue él quien me transmitió el don de la no vida. Se trata de Menelao, mi sire y creador.

Beckett percibió cómo la Bestia de su interior se revolvía con una mezcla de sorpresa, temor y confusión. Hacía escasas semanas que se había enterado de que un vampiro de inconcebible antigüedad dormía bajo las calles de Chicago; que, de hecho, lo había estado haciendo desde que la ciudad se asentó. Supo que esta criatura, Menelao, empleaba sus vastos poderes para manipular a los vivos y no muertos del área. Y él mismo hubiera sido sometido a esta servidumbre de no ser por sus increíblemente bien afinados instintos de supervivencia. Abandonó la ciudad en el mismo instante en el que se percató de la insidiosa presencia de una mente poderosa

que pugnaba por controlarlo. Regresó sólo después de haberse armado con el brazalete que lo protegía de la percepción insigne del Matusalén.

Pese a que Critias ignoraba la influencia que Menelao ejercía sobre él, lo cierto era que se había convertido en uno de sus agentes primordiales. O así lo había creído Beckett. De momento podía pensar en una razón por la que el antiguo revelara el vínculo con su sire: el primogénito Brujah había descubierto que Beckett había desenmascarado el secreto de Menelao. No sólo que la anciana criatura existía, sino dónde dormía protegida por una cuadrilla de guerreros nativos americanos que habían cuidado de él desde que cediera al sopor hacía dos siglos.

En cualquier momento, un sinnúmero de vampiros irrumpirían en la habitación y lo harían pedazos para asegurarse de que nunca comunicara el secreto a nadie. Sus manos, largamente transformadas en fieras y peludas garras, que evidenciaban su naturaleza animal, se cerraron en torno a los brazos del sillón con tanta fuerza que las uñas penetraron en el cuero. Las ventanas de su nariz se ensancharon y sus ojos carmesíes brillaron tras las gafas oscuras, al tiempo que buscaban la presencia de posibles agresores. Un instinto más básico que el de luchar o huir era lo único que impedía a Beckett lanzarse sobre la mesita y atacar a Critias. El instante pasó. No surgieron asesinos de paneles secretos. El antiguo permaneció sentado donde estaba, callado y quieto. El Gangrel pensó que podría estar incurriendo en la paranoia. Aún así, Menelao posiblemente era la criatura más poderosa con la que se había encontrado y estar dentro de su área de influencia le invitaba a adoptar una postura de atención y precaución. Una parte de sí convino en que abandonar aquella ciudad era la mejor opción, pero el porcentaje mayor de sí mismo no podía hacerlo sin haber satisfecho antes la curiosidad.

—Lo siento Critias, pero no comprendo por qué me estás contando esto.

—No tengo la intención de paralizarte por el terror antes de destruirte. —El vampiro rió y tragó antes de sucumbir a otro acceso de tos—. Por favor, relájate. No te deseo ningún mal.

El que el antiguo utilizara su conmoción como método para convencerlo de sus buenas intenciones, transformó la inquietud de Beckett en rabia. Extrajo sus garras del cuero y, limpiando los restos del material de debajo de las uñas, fulminó a Critias lanzándole una mirada por encima de las manos.

—Gracias por aclarármelo. Pero no has respondido a mi pregunta.

—Es muy simple. Como estoy seguro de que habrás sospechado, yo, y otros muchos Cainitas de esta ciudad, hemos servido como agentes de Menelao durante algún tiempo y sin saberlo. —Los nervios reconstruidos en uno de los flancos del rostro de Critias se sacudieron espasmódicos cuando éste evocó un recuerdo doloroso—. Resulté casi destruido por la caída desde la Torre Sears. Sin tu ayuda inmediata me habría enfrentado a la muerte definitiva. Pero sólo a través de la ingente cantidad de heridas que sufrí después de ese... accidente... eh, pude liberarme de la influencia de mi sire.

Qué peculiar. Aquí tenemos otra lección acerca de la edad y el poder de la sangre.

—¿Y al lograrlo es cuando te percatas del dominio que Menelao ha ejercido sobre ti todo este tiempo?

—Exacto. Ha sido así durante tanto tiempo que me extrañaría haberme dado cuenta de ello si no hubiera tenido el accidente. Especialmente porque yo lo creía muerto en la caída de Cartago. —Su rostro retorcido adoptó una expresión que bien pudiera parecerse a la melancolía—. Han transcurrido siglos y sólo ahora sé que no sucumbió.

Reinó el silencio. Después de un rato, Beckett tosió al comprobar que el primogénito se había perdido en sus recuerdos. Critias sacudió la cabeza y continuó como si nada.

—Esta manipulación explica muchas de las decisiones que tomé; por ejemplo y para empezar, revela por qué vine a parar a Chicago.

—¿O por qué te arrojaste persiguiendo una chuchería desde un rascacielos sin tener en cuentas las consecuencias?

Critias asintió.

—Eres tan perspicaz como acostumbras, Beckett. —Se sirvió de su brazo hábil para enderezarse en el asiento—. ¿Sabes qué es esa «chuchería»?

Algo en el tono que empleó el antiguo lo puso en guardia otra vez.

—Khalid dijo que se trataba de una reliquia egipcia.

—Es eso y mucho más. Ahora me doy cuenta de que Menelao quería que recuperara el canope para él. Contiene un poder excepcional. Como bien sabes, despertar del letargo deja al Cainita debilitado durante algún tiempo; la transición hacia la vigilia completa merma su poder de manera temporal. En el caso de Menelao eso implicaría que el control sobre aquellos que ha dominado menguaría y que sería vulnerable frente a un ataque de su rival, Helena, hasta haber recuperado la totalidad de su fortaleza. —La penetrante mirada de Critias se reflejó en la de Beckett—. Al canalizar la energía del canope, Menelao podría despertar con su poder al completo. Es más, su fuerza lo haría imparable, lo convertiría en el dios del mundo moderno.

Beckett aguardó un instante antes de preguntar.

—¿Y qué opinas sobre eso?

Una sonrisa se dibujó en los labios del primogénito.

—Antes de la caída habría hecho todo cuanto estuviera a mi alcance para lograr que eso sucediera. En este momento entiendo el peligro que representa su despertar. A pesar de que fue mi sire y mentor, no puedo permitir que suceda. No debe conseguir el canope.

—No creo que eso constituya un problema. Por lo que sé, la criatura que lo tiene no está bajo la influencia de Menelao.

El vampiro sabía además que la criatura había abandonado Chicago, pero prefirió guardarse el detalle hasta haber obtenido una cantidad equivalente de información. O

quizá ni siquiera lo compartiera, todo dependía de la actitud que adoptasen los restantes figurantes del drama.

—Ésa es la razón por la que nos hemos reunido hoy; entiendes qué es lo que está en juego. No puedo confiar siquiera en mis tenientes más próximos porque ellos también se encuentran bajo la influencia de Menelao. Tú eres el único que...

—Espera, ¿cómo estás tan seguro de que no estoy siendo manipulado por él?

—El dolor de mis heridas mantiene mi mente despierta. Percibo las cosas con una claridad desconocida desde hace tiempo. Siento que Menelao sabe que he sufrido una lesión importante, pero aún no ha descubierto que me he liberado de su control. Puedo intuir el peso de su influencia en mi entorno. Distingo que, al igual que en mi caso, su aura fluye a tu alrededor pero no en tu interior. Sólo en ti puedo confiar para que recuperes la reliquia y la mantengas a salvo de la ambición de Menelao. —Critias señaló su cuerpo encogido—. Lo haría yo mismo, pero...

—¿Y qué hay de Khalid? Fue él quien me informó de todo esto. Él y unos pocos de sus subalternos están libres del control de Menelao y ya están buscando el tarro egipcio. ¿Por qué no permitir que se encargue él?

El primogénito entornó los ojos.

—Porque, a pesar de lo que te haya asegurado, Khalid ha pasado a ser uno de los agentes de Menelao, tal y como yo lo fui en su día.

Beckett cogió el El hacia el cementerio Graceland de Chicago en un estado de abstracción. Hacía un mes había estado ocupándose de su investigación sobre el origen de los vampiros. Ahora se encontraba sumido en un conflicto que involucraba a diversos clanes, antiguos no muertos, reliquias poderosísimas, cazadores de monstruos mortales, los muertos andantes y las momias. En comparación, sus estudios sobre los Cainitas parecían bastante prosaicos.

Estaba sorprendido por el cariz que había adoptado el encuentro con Critias. Se erigía como un interesante contrapunto a la charla que había mantenido con Khalid al-Rashid después de la batalla en la Torre Sears hacía cinco noches. El primogénito Nosferatu había intentado recuperar la reliquia egipcia después de que ésta cayera desde el piso septuagésimo tercero, mientras Beckett rescataba a Critias que, a su vez, se había arrojado por la ventana en pos del canope. Khalid admitió no haber tenido éxito cuando Beckett y él se encontraron unas noches después. La reliquia había desaparecido. Para un auténtico maestro en el arte de reunir información, aquel fracaso debía de haber sido un duro varapalo.

Compadeciéndose de Khalid, decidió no compartir con nadie lo que sabía acerca de la reliquia. No era sabio divulgar más información de la necesaria y las cosas se estaban complicando de tal manera que Beckett quería saber cuanto pudiera del tarro y de todos los involucrados, antes de dar otro paso.

La noche de la batalla, Beckett alcanzó el punto de impacto bajo la Torre Sears

antes que Khalid. Se percató inmediatamente de que la reliquia había desaparecido. Alguien la había recogido en la zona en la que había caído a pocos pasos del grumo caótico en el que se había convertido el cuerpo de Critias y había huido con ella. Era frustrante pero inevitable preguntarse quién se la había llevado. Beckett sólo conocía a una persona que pudiera haber alcanzado el aparcamiento donde el tarro había aterrizado, antes de que él llegase; esto es, exceptuando a Critias, que no estaba en disposición de hacer otra cosa que sangrar. Esa persona no podría haber sido un vampiro porque todos ellos estaban en la Torre Sears. Tampoco uno de los cazadores. Todos, salvo dos de ellos, estaban muertos y uno de los restantes había arrojado el canope por la ventana.

Khalid pensó que podría haber sido la enigmática momia, es decir, el guardián del tarro. Pero Beckett sabía que no era así porque se había topado con ella justo después de tomar tierra en su forma de murciélago sobre el aparcamiento. La momia poseía la apariencia de un ser humano corriente, pero su esencia era... diferente. Del mismo modo, la momia pudo verlo por lo que realmente era y se encontraron en el instante en que Beckett pugnaba por recuperar su forma humana. Pero la momia estaba más interesada en recuperar su reliquia que en tratar con un vampiro. El inmortal había caminado a su alrededor con las manos en alto y había corrido hacia el extremo opuesto del aparcamiento con su asistente siguiéndolo de cerca. Por el vocerío que la momia intercambió con su lacayo mientras abandonaban el recinto, parecía que alguien llamado Carpenter había huido con el canope unos pocos segundos antes.

Las noches siguientes, Beckett realizó numerosas llamadas telefónicas y visitó algunas páginas de Internet poco conocidas, investigando en fuentes mundanas y místicas para descubrir todo lo que pudiera sobre reliquias egipcias y sobre los heréticos seguidores del faraón Akenatón. Leyó un sinnúmero de rumores, conjeturas y mitos hasta llegar finalmente a la descripción de una leyenda que versaba sobre un robo acaecido poco después de la muerte del faraón. Las historias que leyó discurrían en torno a diversas posibilidades, entre las que contaban que el faraón fue asesinado, se suicidó o que sufrió algún tipo de enfermedad; pero todas ellas convenían en que los sacerdotes descubrieron que una preciada reliquia había sido robada del palacio. El ab-Asar, el Corazón de Osiris. Beckett siguió otras pautas de investigación para asegurarse de que su corazónada contaba con una base verídica y, después de algún tiempo resolvió que ya contaba con la suficiente información como para vincular el objeto robado con aquello que se llevaron del canope fracturado. Sumando las alusiones de Khalid al-Rashid a un «corazón» y la participación de las momias, estaba ya en condiciones de elaborar una hipótesis. Las fuentes no se ponían de acuerdo a la hora de determinar si se trataba realmente del fragmento de un dios egipcio muerto. Beckett, por su parte, tenía que encontrar aún evidencias de que existieran realmente los dioses y no sólo un atajo de aspirantes al trono. Con independencia de estas discusiones, todos parecían estar convencidos de que el Corazón era bastante poderoso. Pero qué hacía en Chicago era un enigma.

Asimismo, había recabado alguna información concerniente a la momia. Khalid le había informado de que los mortales habían atacado el Templo de Akenatón (donde la momia salvaguardaba la reliquia) en el centro de la ciudad y que habían robado el Corazón ante las mismísimas narices del inmortal. Horas más tarde, Beckett confirmó que la momia y un hombre llamado Nicholas Sforza eran la misma persona. Sforza era un tipo curioso. Existían lazos que lo vinculaban con la mafia, se había desvanecido en circunstancias misteriosas hacía un año, después de que todos los miembros de su familia hubieran muerto en accidentes fatales, asaltos o suicidios y no se le había vuelto a ver desde entonces. Al menos no hasta una fría noche de marzo en la planta superior de un aparcamiento próximo a la Torre Sears.

Eso lo conducía hasta Carpenter, el ladrón, de quien no sabía nada. Lo cual no era del todo sorprendente pues la única evidencia de su existencia procedía de lo que había podido escuchar de la conversación entre Sforza y su ayudante. En lugar de continuar perdiendo el tiempo con búsquedas inútiles, la noche previa a su encuentro con Khalid, Beckett regresó al aparcamiento. No le haría falta transformarse en lobo para seguir el rastro de la reliquia; su nariz humana era lo suficientemente sensible como para captar el inusual aroma. No estaba seguro de si podría llegar a olvidar aquel olor único y penetrante. Sin ninguna duda pertenecía al tiempo de los faraones. Siguió el rastro hacia el suroeste durante unos kilómetros hasta alcanzar los límites del Mercado de Carne. El vello se le erizó al aproximarse a lo que parecía un almacén abandonado; no sabía nada del tal Carpenter, pero la momia Sforza había hablado de él sumamente turbado. No le aclaró quién o qué era. Beckett se preguntó si era uno de los cazadores que, a diferencia de los demás, había conseguido eludir que lo capturasen. En tal caso era probable que estuviera involucrado en el ataque al Templo de Akenatón y con el primer robo de la reliquia. Si era así, podría tener que mediar con algo más que un hombre corriente si conseguía llegar hasta el Corazón. Sin mencionar el hecho de que estos cazadores contaban con ciertas habilidades muy eficaces contra los no muertos.

Beckett no tenía ninguna intención de terminar con una estaca clavada en el pecho. Pero su curiosidad le impedía huir presa del pánico. Después de todo, él solo había rastreado al gran Menelao hasta su guarida secreta y escapado de allí ileso. Y comparados con un Matusalén, ¿qué representaban un puñado de «cazadores de monstruos»?

Menelao permaneció vivo en su recuerdo mientras se acercaba al almacén. Estaba protegido del control del antiguo gracias al brazalete encantado que llevaba consigo. Era más que probable que el Matusalén supiera ya de su existencia; sus agentes estarían persiguiéndolo mediante unos métodos más convencionales. Podría estar protegido contra el escrutinio místico, pero dos de los guardianes nativos de Menelao lo habían visto a cara descubierta: el guardia al que había herido mientras investigaba en el escondrijo y William Decorah. Este último había sido un topo al servicio del amigo Gangrel de Beckett, Augustus Klein, y retenido cautivo por parte

de Critias. Le había proporcionado la suficiente cantidad de sangre de no muerto para curar sus heridas, escapar y reunirse con sus compañeros indios, pero Beckett no contaba con que ese acto le otorgara un privilegio especial. Sonrió. Ésa no era más que otra razón para zanjar los asuntos tan rápido como pudiera y marchar de la ciudad.

Beckett emergió de su ensimismamiento al percibir el olor del Corazón escapando del almacén. Teniéndolo en cuenta, pensó que no tendría problemas para entrar. Antes de continuar siguiendo el rastro, decidió echar un vistazo dentro de la estructura. Cuanto más averiguara sobre su presa, tanto mejor. Mientras trataba de forzar la cerradura, advirtió el delgado destello del cable de seguridad en el cristal de la ventana. Durante unos instantes se preguntó qué debía hacer y finalmente decidió proseguir. Dispondría de unos cinco minutos para inspeccionar el lugar antes de que la patrulla de vigilancia llegara, eso era más que suficiente para hacerse una idea general. Y, de cualquier forma, en esa etapa del juego se sentía ya como un toro en una tienda de porcelana china. Guardó sus ganzúas, golpeó uno de los cristales con el codo, corrió la cerradura de la puerta y entró. El lugar, que se encontraba vacío, estaba compuesto por dos pisos espaciosos con un par de puertas de garaje en la zona principal y una oficina construida en la esquina superior izquierda. El olor acre del Corazón impregnaba completamente el lugar. Pero, al igual que el rastro que lo había conducido hasta ese local, contaba ya con unas cuantas noches de antigüedad. Con una rápida ojeada al piso superior confirmó que el almacén estaba desierto. Al comprobar la espartana oficina, captó una tenue pista de un segundo olor. Le resultaba complicado diferenciarlo del penetrante hedor que la reliquia había dejado tras de sí, pero finalmente consiguió seguirlo hasta un traje ensangrentado y hecho jirones que se encontraba oculto en uno de los cajones inferiores de la mesa. Después de olerlo con atención, una imagen surcó su mente.

Sostuvo frente a sí las ropas del individuo con el que se había dado de bruces en un callejón hacía unas pocas semanas. Beckett había estado siguiendo a los cazadores en aquel momento y se encontró con un hombre vestido de negro; un ser que hedía a muerte vieja y al frío de la tumba. No se trataba de la sutil esencia de un vampiro, sino del pútrido olor de los muertos sin descanso. Carpenter era un cadáver andante, un zombi. Un zombi que lo había obligado mentalmente a huir a toda prisa. Un zombi que se había atrevido a imponer su voluntad sobre Beckett. Un zombi que estaba escapando con el Corazón de Osiris.

Beckett se había estado preguntando qué estaría haciendo el zombi con los cazadores aquella noche. Le parecía muy posible que la reliquia de la momia fuera el vínculo. Quizá Carpenter sabía que los mortales tenían planeado asaltar el Templo de Akenatón y merodeó por la periferia hasta que pudo encontrar el momento idóneo para robar el Corazón. Tenía la sospecha de que había mucho más en esa historia, pero aún tenía que averiguar qué. Le resultaba francamente frustrante que el cadáver andante no hubiera escogido permanecer en la ciudad para responder a sus preguntas.

Una vez que se aseguró de a quién o mejor dicho, *qué* era lo que estaba persiguiendo, optó por seguir el rastro. Guiaba directamente hacia el sureste. La proliferación de los astilleros pronto le ofrecieron la clave de hacia dónde se había dirigido Carpenter, no obstante, Beckett rastreó el olor hasta el embarcadero donde avistó la popa de un inmenso navío de carga que acababa de zarpar.

Un guardia de seguridad, inseguro de qué podía estar haciendo Beckett allí, se acercó. Su físico delgado y musculoso, y sus ropas gastadas parecían indicar que se trataba de un trabajador, posiblemente un marinero del puerto o uno en busca de empleo. El vampiro, por su radiante cabello ébano y sus gafas de cristal oscuro, contrastaba como un niño bonito en los barrios bajos. Siguió una breve conversación en la que cada uno de ellos trató de averiguar cuanto pudo sobre las intenciones del otro. Empero, Beckett era el más diestro de los dos porque contaba con unos cuantos siglos de experiencia. Averiguó lo que quería saber sin ofrecerle al guardia ninguna pista de quién era o qué estaba haciendo allí.

El vigilante, cuya etiqueta en la solapa rezaba WALPERT, le confirmó que los barcos de mercancías atracaban en ese muelle constantemente, descargando grandes cargamentos y partiendo con nuevos productos.

—Ah, sí... Un carguero llamado *Meroe Atlantic* levó anclas de ese amarre hace unos cuantos días. Suele seguir una ruta regular, ¿sabes? A estas alturas debe encontrarse en el Canal de San Lorenzo.

—¿Sabes hacia dónde se dirigía? —inquirió Beckett, aun teniendo una sospecha firme.

El hombretón se encogió de hombros, al tiempo que realizaba un perezoso bucle con el dedo.

—Cada compañía sigue una ruta diferente; viajan hasta otro país, cambian de carga y regresan. Creo que los buques de Meroe Global navegan hasta uno o dos países árabes.

—¿Incluyendo Egipto?

Otro encogimiento de hombros.

—Sí, puede que sí.

—¿La embarcación viaja desde aquí hasta allí sin escalas intermedias?

—No, todos atracan en los distintos puertos que encuentran por la ruta. Llevan parte de la carga desde aquí hasta Nueva York, a Norfolk o Charleston; luego continúan hacia España, Italia o dónde sea, rodean Turquía o lo que tú has dicho, Egipto y regresan tomando un rumbo contrario.

Otros puertos implicaban escalas; si además sumaba la necesidad de transferir la mercancía, eso significaba que a un barco le llevaría algún tiempo ir desde Chicago hasta la desembocadura del río Nilo.

—¿Has dicho que las rutas eran regulares? ¿Cuánto le lleva al *Meroe Atlantic* completar el circuito?

Walpert se rascó la barbilla mientras lo meditaba.

—Joder tío, la verdad es que de ese barco en particular no tengo ni idea, pero todos los de mercancías suelen tardar más o menos lo mismo. ¿Desde aquí hasta allí y vuelta? Unos dos meses aproximados.

Beckett asintió. Lo que significaba un mes, posiblemente menos, en cubrir uno de los trayectos. Eso le daba tiempo más que suficiente para averiguar algunas cosas en la ciudad. Le dio las gracias al guardia y comenzó a alejarse del muelle, mientras reflexionaba sobre los posibles cursos de acción que debía tomar.

—Escucha —vociferó el vigilante a su espalda—, si estás buscando trabajo puedes pasarte por la mañana. Las oficinas están justo allí.

—Quizá lo haga.

—Eh, tío... ¿Te importa si te pregunto por qué llevas gafas de sol en plena noche?

—No, en absoluto —respondió Beckett despidiéndose de él con una mano.

Beckett fue devuelto al presente como consecuencia de un súbito frenazo del tren elevado en el que viajaba. Una ojeada a la plataforma exterior le informó de que aún quedaban dos estaciones antes de llegar al cementerio.

Se sorprendió de lo ensimismado que había estado recordando los acontecimientos de la semana pasada. Odiaba admitirlo pero lo cierto era que no podía dejar de pensar en Carpenter. Se había enfrentado a príncipes y antiguos; había sido testigo de horrores que habrían aterrorizado al más depravado de los vampiros. Lo que no podía asumir era que un patético cadáver andante se hubiera atrevido a imponerse con un simple truco mental. Éste estaba siendo uno de los traumas más humillantes que había tenido que asimilar.

Y las sorpresas aún no habían cesado. También estaba Critias con su reciente confesión honesta. El que aparentemente había sido una de las marionetas de Menelao, el primogénito Brujah, decía haberse liberado del control de su sire al sufrir un accidente que por muy poco no lo enfrentó a la muerte definitiva. Critias le había comentado que su compañero primogénito y rival, Khalid al-Rashid, no estaba exento de la manipulación del Matusalén. No hacía falta ser brillante para darse cuenta de que ambos estaban tratando de influenciarlo con la esperanza de que recuperara el Corazón de Osiris para uno de ellos. Y, por supuesto, ambos habían procurado hacerle creer que su única intención era mantener la reliquia fuera del alcance de Menelao. Al menos en eso estaban todos de acuerdo. Pero Beckett no tenía intención de entregarle el objeto ni a Critias ni a Khalid. Era muy probable que el primero no estuviera sujeto a ningún control, pero eso no lo convertía en un guardián aceptable del poder que evidentemente poseía el Corazón. Y no tenía forma de averiguar si Khalid estaba o no al servicio de un semidiós durmiente. Teniendo en cuenta todos los factores, Beckett creyó conveniente alejar la reliquia de cualquier control dominante. La mejor opción parecía ser la de guardarla en algún lugar seguro donde

nadie pudiera encontrarla.

Rastrearía el objeto pero no por las mismas razones por las que sus compañeros lo querían. No estaba interesado en obtener un poder o prestigio mayor; prefería dejar tales objetivos a otros de su raza. Su pasión era la sabiduría. Pese a que el Corazón de Osiris le intrigaba sobremanera, era más bien de una forma intelectual, no como una herramienta con la que conseguir la omnipotencia.

El problema estribaba en que, a pesar de que sabía que el zombi estaba de camino a Egipto y que llevaba la reliquia consigo, no conocía el destino exacto ni el motivo por el que se dirigía allí. Beckett le habría preguntado a Nicholas Sforza, pero la momia también había abandonado la ciudad recientemente para ir allí, aunque en avión, no en carguero. Consideró interrogar a los cazadores; aún conservaba el recuerdo del aroma de la mujer y no le sería difícil encontrarla, pero su instinto le decía que ellos no tenían idea de lo que estaba ocurriendo. Y, por ende, habían demostrado en más de una ocasión ser dignos rivales de un vampiro. Optó por no tener que descubrir si preferían hablar o luchar contra él.

La esperanza pues residía en consultar a la única vampira Gangrel que conocía en la región, y que además era quien lo había arrastrado a este disparate: la antigua vampira Inyanga.

Beckett desmontó en Sheridan y se encaminó hacia el cementerio de Graceland. Deseó que Inyanga estuviera aún por allí. Solía vagar por el medio oeste y las grandes planicies durante semanas. Normalmente no se sentía incómodo por tener que suspender su búsqueda una semana o dos; el tiempo no era un bien valioso para una criatura como él. Sin embargo, los acontecimientos que rodeaban al Corazón de Osiris eran cada vez más rápidos y significativos, y sabía que debía actuar con premura si no quería quedarse atrás.

Al parecer Inyanga había percibido también la importancia del momento. El vampiro la encontró aguardando junto a la tumba de Mies van der Rohe, en el mismo punto donde se habían reunido cuando llegó a Chicago hacía unas semanas.

—Madre Inyanga —saludó, con una inclinación de cabeza.

La bruja dio un paso hacia delante con una economía de movimiento semejante a la de otros antiguos no muertos.

—Has estado ocupado estas últimas semanas. ¿Qué información me traes?

Beckett no se sintió amilanado por lo abrupto de su conducta. Inyanga se distinguía por su franqueza. Aún así, no estaba seguro de si podía percibir algo más en su tono. Tal vez la reciente conversación sobre Menelao lo había vuelto paranoico. Se acercó y paseó junto a la arrugada Gangrel, mientras trataba de poner orden en sus recuerdos. Beckett había viajado hasta Chicago para entrevistarse con Inyanga y averiguar cosas del pasado de la mujer que pudieran ayudarlo en su estudio sobre los no muertos. Antes de compartir dicha información, ella le pidió que averiguara quién

estaba cazando a los Cainitas. Ese tipo de intercambios eran recurrentes entre los vampiros y como se había sentido interesado por el éxito de los mortales cazadores, Beckett consideró que el trato era justo.

El investigarlos a ellos lo condujo hasta el Corazón de Osiris y los enigmas colaterales que involucraban a Carpenter, el zombi, a la momia Nicholas Sforza y al Matusalén Menelao. El asesinato de los Vástagos se convirtió rápidamente en una nota a pie de página en una historia de mayor envergadura. En ese instante, Beckett estaba ocupado tratando de darle algún sentido al extraño melodrama que se desarrollaba en la ciudad. Como resultado de ello, no había progresado mucho en la tarea que Inyanga le había encomendado. No había descubierto de qué manera obtenían los mortales esos poderes que eran devastadores para los Cainitas. Tampoco había podido averiguar cómo sabían tanto de los hábitos, fortalezas y debilidades de los no muertos. Tenía la sospecha de que obtener las respuestas no le resultaría sencillo y que requeriría un tiempo y una diligencia mucho mayores de las que había dedicado hasta el momento.

Empero él no se encontraba allí para ofrecer un informe final, sino para pedirle a Inyanga que lo ayudara a rastrear el Corazón de Osiris. Se rumoreaba que era capaz de hablar con los espíritus; Beckett había pensado que sería una gran idea contactar con la sombra de uno de los ayudantes de Sforza. Sabía que la momia había contado con una plantilla generosa en la ciudad, que muchos de ellos habían perecido en el ataque al Templo de Akenatón y que otros tantos habían caído en el asalto a la guarida de los cazadores poco después.

Al relatar los acontecimientos que habían acaecido en las últimas semanas, Beckett volvió a apreciar que había algo más tras la conducta de curiosidad comedida que había mostrado Inyanga en su último encuentro. Resultaba complicado dilucidar los pensamientos de un vampiro de su edad; al igual que sus compañeros primogénitos, Critias y Khalid, Inyanga había vivido los suficientes años como para dominar severamente sus emociones. Y se percató de que era precisamente eso lo que lo incomodaba. No debería poder advertir su impaciencia y tampoco el hambre que manaba de ella.

Una desagradable sospecha oprimió sus intestinos atrofiados. Dejó de hablar en el mismo instante en que los diversos pensamientos surcaron su mente como corrientes eléctricas. ¿Acaso estaba Menelao manipulándola también a ella? Había tenido en cuenta la posibilidad hacía unas noches, pero pensó que por su costumbre de alejarse de Chicago durante largos períodos de tiempo y la seguridad que tenía de que algo extraño estaba ocurriendo en la ciudad, todo parecía indicar que ella estaba libre de cualquier manipulación. No obstante, seguía volviendo a la Ciudad del Viento y lo había urgido a llevar a cabo una investigación que lo había conducido directamente al Corazón de Osiris. ¿Podría aquello constituir una prueba de la influencia de Menelao?

El poder necesario para controlar a tres Cainitas antiguos, por no mencionar a una

veintena de criaturas menores, tenía que ser inigualable. Beckett se sintió sobrecogido por una oleada de terror mientras se preguntaba de qué manera podía protegerlo el brazalete contra la dominación del Matusalén.

Cohibido por la penetrante mirada de la anciana, el vampiro se dio cuenta de que no podía asegurar que ella o cualquiera de los demás primogénitos de Chicago no estuvieran bajo la influencia de Menelao.

Hasta el momento le había hablado sobre la acusación que Crinas había formulado sobre que los Gangrel podían estar aliados con el ganado y del análisis que había hecho en el lugar donde Augustus Klein había afrontado la muerte definitiva. Retomó la historia explicando que había seguido el rastro de los cazadores desde allí hasta un edificio de viviendas que había sido devorado por las llamas. Siempre que los rastreaba hasta una ubicación, el lugar de marras había sufrido un asalto donde habían muerto algunos cazadores.

—Por fin, hace unas noches, supe que Critias había capturado a los dos restantes. Los tenía retenidos en su oficina en la Torre Sears, de donde trataron de escapar. Quizá te sorprenda saber que hirieron gravemente a Critias y destruyeron a Graham, un miembro de su equipo, antes de darse a la fuga.

Beckett omitió haber descubierto la guarida de Menelao o lo que sabía acerca del Corazón de Osiris. Técnicamente, ninguno de esos detalles tenía que ver con la tarea que Inyanga le había encomendado.

—¿Sabes por qué los capturó Critias en lugar de aniquilarlos sin más?

—Sospecho que, al igual que tú, estaba interesado en conocer sus secretos. — Dudó un momento sobre si debía o no mencionar algo referente al Corazón. No sentía remordimiento alguno si eso lo beneficiaba. Pero a Inyanga no le sería difícil saber de la existencia de la reliquia por otros medios, si acaso no lo sabía ya. De cualquier forma, no sentiría benevolencia hacia Beckett si pensaba que omitía su mención de manera deliberada. Vigilándola mediante su increíble visión periférica, añadió—: Al parecer encontró una reliquia en su poder, algo que llamaron el Corazón de Osiris.

Inyanga entornó los ojos, lo que para ella era ser sumamente expresiva.

—Oí hablar de él hace mucho tiempo... ¿Qué ha sucedido con él? ¿Todavía está en manos de Critias?

—No, se perdió cuando el ganado huyó. Es muy posible que lo tengan ellos otra vez.

Si de alguna manera consiguieron embarcar en el carguero en el que Carpenter subió y si lograron arrebatárselo, meditó Beckett. Era poco probable que hubiera ocurrido, pero no imposible.

—¿Qué piensas hacer ahora?

Aún no había conseguido dilucidar qué pretendía Inyanga, de forma que su respuesta continuó siendo vaga.

—Creo que los mortales que aún siguen vivos pueden haber abandonado la ciudad. Estoy convencido de que tendrán una interesantísima historia que relatarme si

logro encontrarlos.

Inyanga afirmó con un gesto que de tan rápido, apenas fue perceptible.

—Aguardaré impaciente nuevos informes.

Beckett entendió el comentario como una despedida y se transformó en lobo. Galopó con rumbo al molino abandonado que le servía de refugio en la ciudad de Chicago. Cuando hubo recorrido un kilómetro y medio, cambió de opinión y se dirigió hacia el sur. Dos horas más tarde embarcó en un vuelo nocturno con destino a Nueva York. El avión tomaría tierra a las cuatro y media de la madrugada en el aeropuerto de La Guardia y él se encontraría a salvo bajo tierra media hora después. Contaba con un margen de error en caso de retraso, pero seguía sintiéndose incómodo en un avión estando tan cercano el amanecer.

Había sentido la imperiosa necesidad de alejarse de Chicago inmediatamente. Era como estar en el centro rodeado por una serie de fuerzas convergentes pero sin tener la menor una idea de dónde procedían. Lo único de lo que estaba seguro era de que Menelao debía permanecer sumido en su sopor; que el Corazón de Osiris viajaba hacia Egipto; y que sólo podía confiar en sí mismo para asegurarse de que el Matusalén no lograra posar sus manos sobre la reliquia, convirtiéndose así en un dios sobre la tierra.

Hacía tiempo que Thea Ghandour sabía que era inútil pellizcarse para averiguar si uno estaba soñando. Opinaba también que la expresión era bastante absurda. *Pellízcame porque debo de estar soñando*. ¡Oh, vamos! Desde luego, a ella no le funcionaba. Nunca había tenido problemas para dilucidar qué era sueño y qué realidad; de hecho, cuando soñaba, a menudo lograba que las cosas acontecieran tal y como ella lo deseaba.

Bueno, así había sido hasta hacía un año. Después de tropezarse con los horrores sobrenaturales, Thea se sentía ansiosa por probar cualquier cosa que demostrara que lo que estaba viviendo no era producto más que de una larguísima pesadilla. Tras pellizcarse repetidamente, decidió que había estado en lo cierto desde el principio. Los pellizcos no le procuraban más que dolor y eso no la hacía sentirse mejor.

Teniendo en cuenta la expresión confusa de Margie Woleski, Thea se figuró que su amiga se encontraba estancada aún en la etapa de «prueba cualquier cosa para demostrar que lo que sucede no es real». Si hubiera podido ahorrarle a Margie el descubrir lo que se ocultaba tras la máscara del mundo, lo habría hecho. Pero ahora que el daño estaba hecho, Thea pensó que lo mejor sería ayudarla a asimilarlo. Eso era lo que ella había estado tratando de hacer durante los últimos días, pero Margie no parecía estar dispuesta a intentarlo. Era relativamente consciente; miraba cuando la hablaban, comía cuando se le ponía un plato delante, se aseaba cuando se la metía en la ducha y el agua caía sobre su cuerpo. Pero se había quedado sin habla y, por lo general, el tiempo que estaba despierta lo pasaba ensimismada. Se quedaba absorta mirando a la pared o por la ventana.

Thea se estaba volviendo loca de la preocupación. Margie era casi un vegetal. Necesitaba ayuda.

—No te lo discuto, Thea —dijo Jake Washington, mirándola por encima de su portátil—, pero no podemos llevarla a ningún sitio. No por aquí y, desde luego, no ahora.

—Tan sólo es una espectadora inocente, Jake —respondió conmovida—. *Nosotros* somos los jodidos cazadores de monstruos, es a *nosotros* a quienes buscan.

—Sabes que eso no es así. Con toda seguridad los podridos estarán tan atentos por si Margie aparece como lo puedan estar por nosotros. La secuestraron para hacernos hablar; ¿qué te hace pensar que no lo intentarían de nuevo? ¿Te has olvidado de que ella fue su rehén? ¿De que estuvo sentada en primera fila viéndolos en acción? ¿Crees que van a olvidarlo?

Thea se pellizcó el puente de la nariz, mientras trataba de retener las lágrimas. Jake tenía razón; sabía que tenía razón. Se lo repitió a sí misma. Se sentía culpable y herida por ver a Margie en un estado tan lamentable.

—Pero no podemos quedarnos de brazos cruzados. Y no sólo por Margie. Llevamos cuatro días escondidos en la casa del amigo de Lupe. ¡Están hartos de tenernos aquí, me voy a volver loca, Margie no se está recuperando y tú te pasas el día pegado a ese puto ordenador!

Jake suspiró.

—He estado hablando con otras personas de hunter-net. Intentando que nos ayuden en esta situación; que nos ayuden a nosotros y a Margie.

—¿Y? —Refunfuñó Thea—. ¿Qué has conseguido después de todo este tiempo?

—No tanto como esperaba —admitió Jake, lanzándole al Compaq una mirada de reproche—. Los chicos estaban interesados en saber qué ocurrió con los vampiros, sobre por qué nos retuvieron como rehenes en la Torre Sears en lugar de matarnos, el que utilizaran a Margie para ejercer presión y averiguar quiénes éramos, cosas del estilo...

—¿Les has dicho también que parecían tenernos tanto miedo como nosotros a ellos?

—Sí, eso les encantó. Aunque saber que estamos empezando a asustar a los monstruos es un consuelo mínimo comparado con haber perdido al resto de la brigada Van Helsing.

Thea sintió como si otros cuarenta y cinco kilos se sumaran a la carga de culpa que amenazaba con aplastarla.

—Volviendo a eso, ¿has encontrado algo nuevo sobre el Templo de Akenatón, aquellos egipcios o Nicholas Sforza?

—Nada aparte de lo que ya sabíamos. En el templo se desarrollaba algún culto oscuro, es de suponer que los egipcios que nos atacaron pertenezcan a él. Pero aún no he averiguado qué tiene que ver Sforza en todo ello.

—Durante el asalto mencionaron algo del Corazón que arrojé desde la Torre Sears. Y también querían saber dónde... ¿Qué cojones era?

—Amenti. Como «amén», ¿no?

—Sí, Jake, eres muy perspicaz. —Le dedicó una sonrisa, la primera desde hacía muchos días—. He tenido mucho en lo que pensar estos días, de modo que ¿qué hay sobre eso?

—Mucha información inútil pero interesante. La gente dice A-M-É-N al final de sus oraciones, ¿no es cierto? Pero también es una de las muchas formas de escribir el nombre de un dios egipcio. ¿Sabes algo de Amón-Ra? Algunos piensan que la costumbre deriva de su nombre. Creo que es más conocido con la «O» o la «U», pero eso es lo de menos.

—Parece que todo está relacionado de alguna forma con los egipcios. —Thea había estado meditando una idea. No obstante, a simple vista parecía demasiado descabellada como para ser real. Optó por darla a conocer con cautela; quizá así pudiera conseguir que fuera Jake quien la expresara en voz alta primero—. ¿Recuerdas que Sforza llevaba joyería egipcia cuando lo conocimos en el templo?

Jake asintió lentamente.

—Y dijiste que se había dibujado símbolos extraños sobre el pecho cuando Romeo le disparó.

Thea sintió el acoso del vértigo al recordar a Romeo, su pérdida era aún muy reciente. Se acordó del hijo de la grandísima puta que le había segado la vida; que, de hecho, había originado toda la pesadilla.

—Carpenter. ¿Recuerdas cuando secuestró a ese tío? ¿Te acuerdas del sarcófago hecho pedazos en la oficina de Sforza? No parece casualidad, ¿verdad?

Después de observarse durante unos segundos, Thea se sorprendió echándose a reír. Una sonrisa confusa se dibujó en los labios de Jake.

—¿Qué? —preguntó, riéndose entre dientes.

—¡Estás pensando en lo mismo que yo! —lo acusó ella. Su carcajada rozaba la histeria, pero le hacía sentir mucho mejor. Había necesitado largamente una liberación, algo que aliviara la tensión que la tenía acogotada desde hacía muchísimo tiempo. Suspiró y señaló a Jake con su dedo índice—. Estás pensando «momia» pero no te atreves a decirlo porque suena demasiado ridículo.

La sonrisa del muchacho se ensanchó.

—Bueno, quizá no porque resulte *ridículo*. Simplemente no lo sé, ¿entiendes? Quiero decir, miras en hunter-net y ¿alguna vez has leído algo acerca de una momia? Y piensa en ello, momia es sólo otra palabra para zombi, ¿no es así? Un cuerpo muerto que se levanta de la tumba, ¿verdad?

—Uhm —resopló Thea, sus labios prietos en actitud pensativa. No estaba realizando ninguna acción física, pero aquella discusión constituía una actividad. Lo cierto era que había añorado intensamente la sensación de *estar haciendo algo*—. Las momias regresan, ¿no es así?

—Eso es lo que hacen en las viejas películas. Pero, teniendo en cuenta lo que he descubierto hasta ahora, dudo que sean muy diferentes de tus típicos ocultos.

—No son *mis* ocultos.

—Ya sabes a qué me refiero. Ocultos como Carpenter —aclaró Jake. La sonrisa se esfumó de sus labios. Maxwell Carpenter seguiría siendo un recuerdo doloroso para ambos durante mucho tiempo—. Romeo nunca nos comentó lo que había visto en Sforza, ¿verdad? Si el tío era, bueno, si acaso era un *tío*. En lugar de un podrido o algo por el estilo.

En el rostro de Thea nació una mueca de dolor. Negó con un gesto.

—No... no tuvo la oportunidad.

—Había algo en él que lo diferenciaba, como si fuera un hechicero... Bueno, desde luego, eso sí que suena ridículo. Pero no estoy seguro. Si la conexión egipcia es correcta, y considerando todas las pruebas yo diría que sí lo es, tiene más sentido que Sforza sea un podrido. —Jake hablaba con lentitud, tratando de obtener una respuesta lógica a partir de un discurso confuso e inconexo—. Piensa en los acontecimientos que rodearon su desaparición; eso también cuadra. Desapareció en circunstancias

sumamente extrañas. ¿Quizá porque murió? Carpenter estaba dando caza a toda su familia; tal vez llegó también hasta él. Excepto que Sforza regresa para vengarse, de la misma manera en que lo hizo Carpenter. Y sí alguien sabe de qué es capaz un zombi, ése es Maxwell Carpenter. De tal forma que, en lugar de ocuparse él mismo y mediar con otro no muerto en el elegantísimo escondite que éste ha construido y que además está protegido con defensas místicas, nos convence para que le sirvamos como carne de cañón.

—Supongo que eso tiene sentido. —Aún así, Thea era incapaz de reconciliar todo lo acaecido—. Pero eso nos deja ciertas incógnitas. Sigo dándole vueltas al asunto egipcio. Sforza es italiano. Italo-americano. O eso parece. Si se levantó de la tumba como tus zombis habituales, ¿qué tiene él que ver con templos, sectarios asesinos y reliquias egipcias extremadamente poderosas?

—Ya, yo tampoco entiendo ese cruce de culturas. Y ese Corazón que los sectarios y los vampiros buscaban con tanto ahínco... —se encogió de hombros—. ¿No dijiste que irradiaba algún tipo de energía?

—Hizo algo con mi percepción. Cuando luché contra el vampiro, sabía con seguridad cuáles iban a ser sus cinco pasos siguientes. Era como si mi sexto sentido hubiera alcanzado su culminación.

—Joder, eso podría ser cualquier cosa.

—¿Cómo? ¿Acaso oímos hablar de reliquias misteriosas todos los días?

—Últimamente, sí. Quise decir que no hay forma de averiguar qué es ese «corazón».

Thea sonrió.

—Parece que tendremos que hacer más averiguaciones sobre el tema de las momias.

—Y supongo que por el «tendremos» entiendes que «tendré» que hacerlo yo.

—Eh, tú eres el que tiene el ordenador. Los juguetitos los dejé en mi apartamento.

Se acordó de que el portátil era el último de los cacharros que le quedaban, aparte de los aparatos puramente lúdicos como el reproductor de DVD y el equipo de música. Había perdido el teléfono móvil, la agenda electrónica y el reloj de buceo por las peleas contra los no muertos en el último mes. Y, por lo que sabía, los vampiros habían saqueado su hogar y se habían agenciado lo que quedaba. Ignoraba en qué estado había quedado el apartamento. Salvo por el desplazamiento que habían hecho desde el estudio de Jake hasta su actual escondrijo después de su huida de la Torre Sears, no habían salido a la calle desde hacía varios días.

El refugio estaba bien. Se encontraba situado en un sótano amueblado de la casa de Howard Casey, en los suburbios de Oak Lawn. Casey era veterinario y formaba parte del laxo entramado de cazadores, amigos de Guadalupe Droin, que trabajaban en la zona sur de Chicago. Los cazadores del sur no eran un grupo tan unido como lo había sido el del norte, el equipo de Thea. Lupe y Howard eran dos en una docena que cubría un área hacia el oeste hasta Aurora y por el sur hasta Gary, Indiana. No es

que la «zona norte» y la «zona sur» indicaran la presencia de una frontera firme; hacían referencia a los lugares donde los cazadores habitaban. La calle Madison dividía la ciudad de Chicago horizontalmente, creando un punto de referencia desde el que partían las patrullas. Empero, los dos grupos de cazadores no lo entendían como una frontera formal; si la caza los conducía hasta Oak Lawn o hasta la Universidad de Chicago, Thea no le traspasaría el trabajo a Lupe. Podría contactar con alguno de los cazadores de la zona sur para que los ayudara, pero no existía razón alguna por la que quisieran arrebatarse la tarea. Había monstruos para todos.

Ésa había sido la costumbre antes de que la mayor parte de la brigada Van Helsing pereciera.

Estando entre la espada y la pared, Thea y Jake recurrieron al auxilio de los cazadores de la zona sur. La estancia en la casa del veterinario era una solución temporal; habían acudido allí para reagruparse y decidir qué harían después. Y la situación, ya de por sí tensa, iba volviéndose cada vez más complicada porque Thea y Lupe no simpatizaban, y Casey no hacía otra cosa que provocarla. Por ende, al hombre le correspondía tener a sus hijos ese fin de semana. Tendrían que encontrar otro sitio en el que quedarse a partir del viernes, esto es, al día siguiente.

Había transcurrido una semana desde que fueran atacados por sectarios egipcios y retenidos como cautivos por vampiros. Menos de cuatro semanas desde que se encontraran por primera vez con Maxwell Carpenter y engañados para caer en su trampa. Hacía un mes Romeo, Parker, Cari, Lilly, Dean y el amante de éste, Wayne, habían estado vivos. Hacía un mes, la mejor amiga de Thea, estudiaba tranquilamente su posgraduado. Hacía un mes su vida tenía todavía algún sentido. Con esfuerzo logró vencer la melancolía que le contagiaban sus recuerdos del pasado. *¿Acaso voy a ganar algo si me hundo en la miseria? Céntrate en el futuro.*

—No creí que fuera a resultar tan complicado hallar algo de interés, Jake. Por lo que me has comentado, ya has hecho algunas averiguaciones.

—Bueno... No tantas como crees. He estado estudiando cosas que ya sabía, información general sobre los podridos. Los últimos días los he dedicado exclusivamente a analizar lo del Templo de Akenatón y los vampiros, asuntos de ese estilo... hablando de lo cual —Jake atravesó a Thea con una mirada—, he estado meditando acerca de una cosa.

—¿Sobre una sólo?

—Ja ja. No, sobre el templo y, bueno, y tu madre.

Thea se sobresaltó sorprendida. Había estado tan preocupada en escapar de los insólitos sectarios, luchando contra los vampiros y cuidando de Margie que había olvidado por completo la extraña reacción que su madre había tenido cuando le mencionó el tema del Templo de Akenatón.

—Muy bien, adelante, pregunta.

—¿Dijiste que se había puesto como una fiera cuando le hablaste acerca del lugar, no es así?

—Sí. Disimuló rápidamente, pero su reacción fue inequívoca. Había algo allí que la desagradaba mucho. —Thea dejó que su mirada vagara por la habitación, mientras trataba de evocar la conversación que había mantenido con Newa Ghandour—. Parecía estar aterrorizada de que yo visitara el templo, pero no quiso decirme por qué.

—¿Y no crees que ella preveía lo que podría ocurrir?

—¿Qué? ¿Quieres decir que tuvo algo parecido a una visión? —Sonrió divertida—. De ninguna manera. Mi madre no es una psíquica. Por lo que sé, soy la única de la familia que lo es.

Jake jugó reflexivo con la tapa de su portátil.

—No, no me refería a eso. Estaba pensando que quizá ella supiera quién o qué había allí.

—¿Quieres decir que tal vez sepa qué es una momia? ¿O lo que sea que estuviera en el canope? ¿Ese Corazón que todos estaban desesperados por conseguir?

—Sí, algo así.

Thea se irguió en el asiento, su mirada empapada de determinación.

—¿Sabes qué? Creo que ya va siendo hora de que lo averigüemos.

Thea quería que Jake la acompañara. Era una buena periodista, independiente, y contaba con el potencial necesario para convertirse en una gran profesional de la comunicación. Con tiempo y experiencia, dedicación y perseverancia, y si ningún podrido acababa con ella, lograría forjarse un nombre. No obstante, cuando tenía que enfrentarse con su madre, revertía a una conducta infantil. A pesar de sus diferencias y sus actos de rebeldía a lo largo de los años, le profesaba un gran respeto (y miedo) a su madre. Incluso estando enojada con ella, Thea no estaba segura de poder reunir el valor para formularle preguntas directas y secas.

Contar con la presencia de Jake la ayudaría a ser más decidida, ceñirse a las preguntas y no perder de vista las reacciones. Pese a que se sentía incómodo por conducirse hacia una situación que podría terminar convirtiéndose en una disputa familiar, Jake prometió apoyarla.

—¿Qué hacemos con Margie?

—Creo que deberíamos llevarla con nosotros —respondió ella.

Jake la miró por encima de sus gafas.

—¿Estás segura de que es una buena idea?

—Tenemos que vigilarla de cerca, ¿no? Ayudarla a mejorarse, asegurarnos de que no se mete en problemas. —Thea se sentó junto a su amigo en el viejo sillón que miraba hacia la mesa de fútbolín.

—En eso tienes razón, ¿pero no se inquietará tu madre cuando la vea en este estado?

—Ellas se llevan muy bien —explicó Thea abrazando a Margie con un solo brazo. Ésta le devolvió tímidamente el apretón y recostó la cabeza sobre el hombro de

Thea, todavía con la mirada perdida en algún lugar de la habitación—. Quizá ayude a Margie a recuperarse. Tengo la sensación de que lo está intentando; pero parece que está demasiado asustada como para dar los últimos pasos. —Calló la esperanza que tenía de que si su madre *sabía* algo pero se negaba a hablar de ello, el estado de Margie conseguiría que lo hiciera. Con las lágrimas agolpándose en los ojos, miró a Jake—. Tenemos que hacer todo lo que podamos para ayudarla.

—Sí, bien. Aún tenemos que encontrar un sitio en el que podamos quedarnos a partir de mañana.

La mujer asintió.

—Creo que lo mejor sería que reserváramos una habitación de hotel para el fin de semana. Fácil y anónimo. Serán escasas las probabilidades de que alguien nos asalte allí.

Jake no parecía complacido con la idea. Los hoteles costaban dinero y Thea estaba en bancarrota. Jake había obtenido una buena indemnización en el accidente que había sufrido hacía un par de años, pero había vivido de esa cantidad durante cierto tiempo y comenzaba a estar falto de liquidez.

—Aun así, deberíamos preocuparnos por encontrar un lugar a largo plazo. Mi idea era ayudar a otros grupos de cazadores. Y no estoy haciendo mucho de eso aquí. —El chico suspiró ruidosamente y río sin alegría—. Pero no me iré antes de haberlo dejado todo en su sitio.

—Dudo que algo vuelva a estar en su sitio alguna vez, Jake.

—Ya sabes a qué me refiero. Hacerlo lo mejor que podamos. No obstante, nos llevará mucho más que un fin de semana y no podemos estar cambiando de sitio de manera indefinida.

—Cierto. Somos listos; se nos ocurrirá algo.

Dejaron el tema por el momento. Aquella tarde, Howard Casey, de quien Thea consideraba que estaba disfrutando de su segunda etapa de soltería como demostraba su abultada colección de mesas de juego y carísimos aparatos de entretenimiento dispuestos en el sótano, regresó a casa con comida china. Lupe Droin se dejó caer por allí para compartir la agradable y atípica cena de los cazadores. La comida era un insípido derivado americano de las recetas asiáticas, pero la semejanza era más que suficiente para que Thea evocara dolorosos recuerdos de Romeo Theng. Apenas probó un bocado del kung pao que volcó en su plato. Por lo menos Margie parecía estar disfrutándolo; emergió brevemente de su estado comatoso para rescatar una empanadilla china situada en un plato en el centro de la mesa. Su actitud despreocupada elevó los ánimos de Thea, que opinaba que su amiga debía estar conmocionada pero no en un estado permanente de fuga. La ayuda profesional la ayudaría a recuperarse con celeridad, pero Thea no quería correr el riesgo de llamar la atención de los no muertos. Con toda seguridad los podridos estarían esperando algo así. Tendría que conformarse con mantener la esperanza de que su actual curso de acción la ayudara a reponerse sin secuelas.

Durante la comida, Jake informó a Lupe y Howard sobre sus planes. El veterinario, aliviado por tener la casa para sí otra vez, se animó perceptiblemente. Thea castigó su alegría con algunos comentarios maliciosos. Se suponía que el hombre estaba comprometido con la caza tal y como lo estaban los demás, pero se incomodaba más por los ocupas que por los monstruos que habían exterminado a media docena de cazadores y que habían dejado a su amiga en un estado emocional lamentable. *Que le jodan, pensó. Si está más interesado en estafar a las mujeres solteras que traen a sus mascotas para desparasitarlas, no lo quiero cubriéndome las espaldas.*

Lupe pensó que su plan era razonable pero parecía escéptica al pensar que el resultado pudiera ser positivo.

—Tú misma dijiste que no estabas segura de si las impresiones que tenías del templo eran recuerdos o una serie de *déjà vu* —comentó Lupe a Thea antes de llenarse la boca con cerdo agridulce.

—¿Y cómo explicas la reacción de mi madre? —Thea trató de no dejarse provocar porque estaba convencida de que *eso* era precisamente lo que Lupe trataba de conseguir. Sin embargo, respondió. Guadalupe sabía bien cómo forzar una discusión.

—Quizá sólo se preocupe por ti. —La mujer se encogió de hombros—. No todo tiene un significado oculto, ¿sabes?

—Eso ya lo sé, Lupe. —Después de contar hasta cinco (porque carecía de la paciencia necesaria para llegar hasta diez), Thea continuó—. Mira, tú no conoces a mi madre. Ella es muy reservada y siempre lo controla todo. Nunca habla de sus sentimientos, ni de su pasado. Su reacción fue desmedida. Tiene que haber algo.

—Eh, ya sabemos que podría ser una falsa alarma. —Jake volvió a asumir el puesto de diplomático—. Pero no lo sabremos hasta que lo hayamos comprobado.

Thea no podía evitar sentir que los gestos afirmativos de sus compañeros no eran más que la intención de zanjar una cuestión y no la manifestación de un acuerdo.

Thea pensó que no sería muy arriesgado ir a su apartamento durante el día. No había razones para pensar que los malos estuvieran apostados allí seis días después de la pelea en la Torre Sears. Ninguna razón salvo que los muy bastardos habían demostrado ser sibilinos y pacientes. Parecía inevitable que los no muertos tuvieran a alguien vigilando el lugar durante el día, algo como un «Renfield» al servicio de los vampiros. La mujer tenía la esperanza de que quien quiera que fuera estuviera aburrido y no demasiado atento después de una semana de vigilancia infructuosa.

Los demás pensaron que no merecía la pena correr riesgos para coger una muda de ropa y los artículos de aseo para ella y Margie. Pero Thea opinaba que lo más sabio era recuperar su ordenador y las armas que habían escondido después del asalto al Templo de Akenatón (si acaso algo de eso estaba aún allí). Teniendo en cuenta que

había archivado información importante en el portátil y que las armas siempre eran de gran ayuda en la cacería, el resto terminó por claudicar.

A la mañana siguiente, el buen doctor de mascotas les deseó buena suerte con un tono que malamente ocultaba el alivio que sentía porque abandonaran finalmente su guarida. El sentimiento era mutuo para Thea. Lupe se subió al taxi, mientras Jake se acomodaba en el asiento del copiloto (desde donde podría disparar con precisión en caso de problemas) y Thea se deslizaba con Margie en la parte de detrás. La Interestatal 50 dio paso a Cicero Avenue y de allí, en línea recta, alcanzaron North Avenue. Giraron a la derecha desde donde Thea guió a Lupe hasta su edificio en Wicker Park. Transitaban a velocidad de crucero entre el tráfico de mediodía. La tensión aumentaba a medida que se aproximaban al bloque de viviendas. Para ella era frustrante que, pese a todos los esfuerzos que había realizado para mantener su residencia en secreto, los enemigos hubieran podido encontrarla. Gracias a Margie; aunque Thea no la culpaba de ello. Su amiga había estado bajo la influencia del vampiro, la habían hipnotizado para que cumpliera con sus deseos. Al menos la consolaba saber que Jake y ella habían acelerado el fin del bastardo obligándolo a realizar el salto del ángel desde la Torre Sears.

Margie se animó al reconocer Wicker Park. Deambular por lugares familiares parecía estar haciéndola bien. Thea consideró la idea de llevarla dentro consigo, pero no podía asegurar si se encontrarían o no con problemas y no estaba por la labor de poner a su mejor amiga en peligro otra vez. En lugar de ello, Lupe acercó el vehículo hasta el bordillo donde Thea y Jake se bajaron como clientes normales. El taxi arrancó y se alejó. Margie sentada aún en el asiento trasero, estaba confusa. El plan era que disponían de cinco minutos para entrar, coger lo que fuera y salir. Si tenían problemas, Jake contactaría con el taxi a través de un barato *walkie-talkie* que Lupe le había dado. El espectro de frecuencia sólo cubría un kilómetro y medio, de modo que la mujer tendría que estar aparcada a unos dos bloques de distancia, aguardando con el *walkie-talkie* gemelo encendido.

La mañana, aunque fría, prometía la pronta llegada de la primavera. Habiendo crecido en el Medio Oeste, Thea sabía que aquella promesa era tan efímera como la de un yonqui que jura desengancharse de la droga. Podrían esperar aún otra gran tormenta de nieve, posiblemente unos días después de que hubiera dado comienzo la estación primaveral. De cualquier forma, aquel era un hermoso día y Thea se bañó en la luz del sol y la brisa fresca. Analizó la zona, tratando de traspasar incluso el plástico opaco que cubría las ventanas de la mansión incendiada al otro lado de la calle. Después de concentrar su sexto sentido en busca de cualquier signo de riesgo, no detectó nada fuera de lo corriente.

Se aventuraron al interior, Thea iba en cabeza. Las escaleras estaban despejadas, pero a nadie se le ocurriría estar apostado en el recibidor. Tras un asentimiento de Jake indicando que estaba preparado, Thea abrió la puerta del apartamento y se deslizó dentro. No estaba segura de qué era lo que esperaba encontrar; quizá una

cuadrilla de matones, un vampiro capaz de resistir la luz del sol o incluso una nota en la que estuviera escrita la palabra: «¡buuu!»). Lo que les aguardaba no era peligroso, pero sí sorprendente.

El lugar estaba hecho un desastre. Los muebles de la sala de estar estaban cubiertos por los intestinos plumíferos de una docena de almohadas. La televisión miraba a Thea tumbada en el suelo; una acusada grieta dividía la pantalla de un extremo al otro. El vídeo y el reproductor de DVD no habían corrido mejor suerte, el soporte metálico estaba pelado como la piel de un plátano y el interior no era más que una ensalada de cables y circuitos rotos. El estéreo yacía en el suelo junto al mostrador de la cocina convertido en un revoltijo plano de metal y plástico. Los cuadros habían sido arrancados de las paredes con sus marcos hechos pedazos y los fragmentos de cristal, diseminados por doquier, se asemejaban a un confeti letal. Las plantas yacían desmembradas fuera de sus tiestos, la tierra esparcida alrededor.

La cocina no estaba mucho mejor. La nevera había sido extirpada de su hueco en la pared y reposaba de lado en el pasillo que conducía a las habitaciones. Los quemadores estaban diseminados por el suelo. El microondas, el horno, la cafetera y demás aparatos se habían transformado en una pila de basura irreconocible descompuesta sobre los mostradores de la cocina. Un sinnúmero de agujeros decoraban tétricos las paredes, exponiendo el yeso y el metal, y ofreciendo una panorámica del armario que se encontraba junto a la cocina. El pasillo presagiaba más de lo mismo; unas cuantas fotografías esparcidas por el suelo y más agujeros en las paredes.

Considerando la gravedad de los daños, el saqueo del apartamento tendría que haber sido extremadamente ruidoso. Estaba sorprendida de que nadie hubiera llamado a la policía y de que no hubieran envuelto el lugar en cinta amarilla. Pero claro, era más que probable que los podridos tuvieran a la policía metida en el bolsillo y se hubieran asegurado de que no irrumpirían allí. Era difícil aventurar cuándo había acontecido, pero Thea tenía la sospecha de que había sido cuando ese cabronazo de Graham había secuestrado a Margie. Se abrió camino hacia el pasillo a través de los escombros, dejando sitio a Jake para que entrara en la habitación.

—¿Por qué no coges las cosas de Margie? —dijo, señalando la primera puerta después del baño—. Con un poco de suerte no habrán hecho jirones toda nuestra ropa. Asegúrate de que sean prendas cómodas, algunos jerséis, zapatos y un abrigo.

El chico asintió.

—¿Tenía una maleta?

—Debería tenerla; comprueba el armario del pasillo, si no ves ninguna en su habitación. —Thea siguió por el pasillo, rodeando los fragmentos de cristal y los pedazos de yeso—. Yo me encargaré de recoger algunas cosas en mi habitación.

Thea sintió un estremecimiento cuando se disponía a abrir la puerta entornada de su habitación. Detuvo la mano a escasos milímetros de la madera. Se concentró en la sensación. Pese a ser ligeramente diferente a la percepción que precedía a sus

enfrentamientos con los monstruos, entrevió sus posibilidades. La parte más sencilla era la de reconocer que el peligro acechaba en la habitación; lo complicado estaba en decidir cuál sería el mejor curso de acción. *¿Qué era? ¿Una bomba? ¿Una persona? Sí, eso parece. Hay alguien detrás de la puerta.* Y tenía que haberlos oído hablar, así que no podría sorprenderlo. La sensación de peligro se hizo entonces más intensa, *¡qué viene!*, y de pronto Thea sabía qué era lo que debía hacer.

Se apartó a un lado y asió una manta caída en el suelo del pasillo. La puerta de la habitación se abrió de par en par en ese instante. La mujer sacudió la alfombra, lanzando los escombros de cristal y yeso como proyectiles hacia el individuo. La basura no lo dañaría, pero el hombre que había dado un paso al frente, se encogió en un acto reflexivo, perjurando y tratando de protegerse los ojos con una mano. Thea arrojó la manta después y, mientras el sujeto la apartaba para despejar su campo de visión, ella giró hacia el extremo contrario del angosto pasillo. Se agachó para asestarle una patada en el esternón. La fuerza de la agresión lo envió volando por encima de la cama hasta estrellarlo contra el suelo.

Thea se precipitó hacia delante, al tiempo que el hombre luchaba por ponerse de rodillas, boqueando falto de aliento y elevando una ametralladora con un gran silenciador adosado. Ella alcanzó la cama en dos zancadas, irguiéndose frente al él de forma que no tuviera oportunidad de apuntar. Arremetió con el puño izquierdo y golpeó la cara del hombre con todo el peso de su cuerpo. Esperaba sentir la calidez del tatuaje de su mano, pero no hubo más que un fuerte porrazo. Aquello probaba que se trataba de un mortal corriente puesto que sus tatuajes desprendían brillantes haces de luz y calor cuando entraban en contacto con lo sobrenatural. Este descubrimiento la hizo vacilar durante unos instantes; no quería matarlo si podía evitarlo. Él aprovechó ese momento de duda para mover rápidamente hacia arriba la mano que portaba el arma; no para disparar, sino para coger a Thea por la parte trasera de la rodilla y hacerla caer.

Cayó sobre la cama y luchó por incorporarse mientras el hombre se abalanzaba sobre ella. El hombre apesó con fuerza uno de los lados de la cabeza de Thea, presionando el pulgar dolorosamente sobre la garganta y capturó la mano que encañonaba la metralleta. Ella se revolvió, pero la fortaleza del individuo era enorme. Trató de hacerle perder el equilibrio, pero estaba enterrada en el blando colchón, sus miembros aprehendidos entre las pesadas arrugas de la colcha.

—Chica lista —dijo él, mirándola con los ojos entornados a pocos milímetros de distancia—. Has conseguido que se me meta cristal en los ojos. Ahora...

—¡Eh! —aulló Jake desde el umbral, apuntando con la Sig Sauer 9mm automática que Lupe le había dejado.

El hombre reaccionó con rapidez, asiendo la ametralladora y apuntándola hacia el origen del sonido. Con la culata a escasos centímetros de sus ojos, Thea vio que se trataba de una HyK MP-5. Reconoció el gesto de Jake por lo que significaba y tensando los músculos, elevó sus caderas y hombros para desnivelar al sujeto. La

mano izquierda la sostenía con tanta firmeza que no la dejaba respirar. Fogonazos fluctuantes emergieron de la metralleta cuando accionó el gatillo, los casquillos que caían sobre su frente y pelo la quemaban. Ignoró el dolor tanto como pudo y levantó la rodilla para empotrarla contra los cojones del tipo. Él se sacudió y aterrizó con el estómago sobre la cara de ella. Enterrada bajo un gamberro de más de cien kilos, Thea escuchó su quejicosa agonía como un murmullo distante. Rebelándose contra la laxitud del colchón y la falta de aire, volvió a balancear sus piernas hacia delante, que emitieron un crujido a la altura de sus caderas, y dando una torpe voltereta, quedó sentada sobre la espalda del grandullón. Moviéndose hacia atrás como un cangrejo, situó las rodillas sobre los hombros del individuo y se sentó sobre la nuca para que no levantara la cabeza.

Pese a todo, le costaba mantener el equilibrio sobre el cuerpo del hombretón, mientras éste luchaba por liberarse. Era demasiado fuerte para poderlo controlar, de forma que lanzó unos cuantos ataques severos contra sus riñones. Los primeros dos debieron conseguir sus objetivos, si acaso los gemidos estrangulados podían ser una señal de ello, pero Thea continuaba atacándolo para estar segura.

Jake se acercó a ella, la hizo bajar y la tranquilizó. Ella se dio cuenta de que estaba resollando, tenía problemas para respirar. *Me siento como si el muy hijo de puta me hubiera hundido la garganta*, pensó. Se masajeó la garganta que poco a poco recuperó el ritmo de respiración normal. Le dolía al tragar, pero sobreviviría.

Entre tanto, Jake lo había desarmado y sentado sobre el colchón con las piernas estiradas formando una uve, e inclinado hacia delante sujetándose las pantorrillas. Thea se rió por la postura, luego jadeó cuando la carcajada sacudió dolorosamente su garganta. Jake se encogió de hombros avergonzado.

—Supongo que sentando así no podrá intentar nada.

Tomó la MP-5 que Jake le tendió y con la mano sondeó el costado de su cadera. La herida de bala que había sufrido hacía una semana le dolía aún, pero parecía que la pelea no la había agravado. *Súmalo a la larga lista de padecimientos y dolores*.

—¿Crees que...? ¡Oh, mierda, cómo duele! —Su voz era tan áspera como el papel de lija. Continuó con un tono más suave—. ¿Crees que alguien habrá oído los disparos?

—No hay forma de saberlo. Incluso con el silenciador el ruido ha sido importante, pero éste parece ser un edificio antiguo y robusto. —Jake acarició la línea de agujeros de bala en la pared que aislaba el cuarto de Thea del de Margie—. Te llevará algo de tiempo repararlo, pero al menos no tenemos que preocuparnos por balas perdidas que puedan dañar a otras personas. Hemos tenido bastante suerte, pero creo que no deberíamos tentar al destino.

—Tienes razón. Ojalá tuviéramos tiempo de interrogar a este tío, pero lo mejor será que salgamos de aquí cuanto antes. Cojamos lo que podamos y vayámonos ya de aquí.

Independientemente de qué rabia había alimentado la destrucción en la sala de

estar, el desastre parecía haber menguado en su habitación, de forma que sólo tenía que preocuparse por cosas menores como que los cajones estaban abiertos y todas sus prendas yacían diseminadas por el suelo como si un ciclón hubiera arremetido en el lugar. Lo cierto es que no era muy diferente a su estado habitual.

Cogió la mochila del armario y metió dentro algo de ropa. De la caja que tenía apoyada sobre la repisa rescató las escasas fotografías que tenía de su madre y de ella, un paquete de cartas de amor de su primer novio y la tarjeta American Express «para emergencias» que su madre le había regalado hacía unos años. Después de guardar aceleradamente las cosas en un bolsillo lateral, apoyó la talega contra la puerta.

—Jake, reúne las cosas de Margie; tienes un minuto. Yo me ocuparé de este tío.

El muchacho se apresuró por el pasillo. Thea se aproximó a los pies de la cama con la ametralladora apuntando directamente hacia el pecho del hombre. A pesar del evidente dolor que sufría por los golpes que había recibido en los riñones (a lo que no ayudaba la postura en la que ahora estaba sentado), el sujeto estaba alerta, vigilándola tan bien como podía.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Él sonrió y negó con un gesto de su cabeza, pero respondió.

—Earl.

—Muy bien, Earl. ¿Dónde está mi portátil y la bolsa de armas que tenía guardada aquí?

—¿Tú qué crees?

Thea asintió, figurándose dónde podían estar.

—Vale. Mira, estarás bien siempre y cuando no nos persigas. No quiero matarte, pero lo haré si me veo obligada. ¿Lo has entendido? —Earl la miró sin pronunciar palabra. *Un chico duro, está bien*—. Earl, quiero que te inclines tanto como puedas y que pongas las muñecas entre los pies —El hombretón tuvo que bajar la cabeza para conseguirlo, de forma que Thea pudo liberarse de sus miradas inescrutables—. ¡Jake! ¿Cómo lo llevas?

Jake regresó medio minuto después tratando de meter el último jersey en una maleta Samsonite.

—Dispara si se mueve —ordenó Thea.

Guardó la MP-5 en la complicada pistolera de cinchas situada en su mochila y desabrochó una de las correas de un bolsillo lateral. Se acercó a Earl con cautela. Pese a que su postura era en exceso incómoda para lanzar un ataque, siempre había la posibilidad de que se incorporara y la volviera a apresar. Contaba con hacerle creer que Jake dispararía. Thea enganchó uno de los extremos en el duro somier de hierro, rodeó con la correa las muñecas del hombre formando un tenso ocho y tiró con *fuerza* del otro extremo para abrocharlo bajo la cama en el lateral contrario. Earl conseguiría liberarse con algo de esfuerzo, pero ellos tendrían tiempo suficiente para batirse en retirada.

No obstante, antes de marcharse, Thea quería algunas respuestas. Jake y ella ignoraban demasiadas cosas y eso la hacía sentirse incómoda.

—Mira, Earl, como podrás ver no tenemos nada contra ti, así que ayúdanos un poco y saldrás con bien de esto.

—No chica, no pienso decirte nada —respondió él, con la voz amortiguada por tener la cara metida entre las rodillas.

—¿No? Y, sin embargo, estabas aquí para llevarnos de regreso y que nos dieran el golpe de gracia. ¿No crees que te conviene ayudarnos un poco?

—Ja, ja. Muy diplomática. —Jake aprovechó la pausa para exhortar la retirada—. Muy bien, princesa, te diré algo. Ya no tiene importancia lo que sepáis. Se os considera demasiado peligrosos como para dejaros con vida.

Un estremecimiento recorrió la columna vertebral de Thea.

—¿A quién te refieres?

—¿Cómo que quién? Todos los imbéciles como vosotros. Tú y tu compañero, la muñequita rubia; y todos cuantos queden vivos.

Thea lo miró boquiabierta. Podía soportar que anduvieran tras su pista y la de Jake, pero no podía imaginar que también quisieran darle caza a Margie. No *quería* creerlo. Pero tenía sentido. Su amiga era una testigo. En otras circunstancias podrían haberse olvidado de ella porque quién iba a creer una historia sobre vampiros en la Torre Sears. Cuando menos era descabellado. No obstante, estaba vinculada a los cazadores y estaba claro que los podridos querían vengarse. La vida de su mejor amiga estaba arruinada y todo por su culpa. A menos que... era una posibilidad remota, pero tenía que intentarlo. Conteniendo el aliento, Thea permitió que la ira la embargara.

—¿Sabes cuántos de nosotros quedamos? ¡Sólo dos! No hay «muñequita rubia», ya no. Tu colega chupasangre Graham asesinó a mi mejor amiga, ¡maldito bastardo! —Se abalanzó sobre él, golpeándolo con los puños en el costado y en el rostro—. ¡No le hizo nunca nada a nadie y la liquidasteis!

—¡Thea! —aulló Jake, apresando sus rápidos brazos—. ¡Déjalo ya! Tenemos que irnos *ya*.

—Sí, corred —rió Earl, lamiéndose unas gotas de sangre—. Gracias por ponerme al día, preciosa. Me aseguraré de que todos lo sepan.

Thea permitió que Jake la tranquilizara.

—¿Quieres más información? Diles a tus jefes que ella ha sido la última. Si fuera tú empezaría a buscar otro trabajo, Earl. Tus jefes van a desaparecer del mapa dentro de muy poco.

Las carcajadas del grandullón, alegres pese a encontrarse en tan mala postura, los siguió por el apartamento y las escaleras.

Jake habló al *walkie-talkie* mientras escapaban. El taxi se aproximó veloz cuando

llegaban a las escaleras de entrada al edificio. Thea y él no perdieron tiempo y tiraron el equipaje en el suelo del asiento trasero antes de entrar a toda prisa.

—¿Cómo ha ido? —indagó Lupe, mientras conducía hacia el oeste por North Avenue.

—Los podridos tenían a un tío de guardia que nos estaba esperando en la habitación de Thea.

—¿Qué ha ocurrido?

—Su arma se disparó cuando tratábamos de controlarlo —respondió Thea, mirando confusa la MP-5 durante unos pocos segundos hasta que hubo averiguado cómo se quitaba el silenciador. Accionó el enganche y desabrochó el pasador, luego guardó las piezas desmontadas en su mochila—. Lo dejamos maniatado. —Una mirada penetrante evidenció la opinión de Lupe al respecto—. ¿Qué, acaso lo habrías matado? Quizá trabaje para los no muertos, pero sigue siendo un ser humano.

—Relájate, hermana —tranquilizó Lupe, tomando un desvío hacia la derecha—. Simplemente me hubiera gustado que pudierais haberle sacado alguna información.

—A mí también —admitió Jake. Thea tuvo la sospecha de que sus razones para interrogar a un siervo de los no muertos eran ligeramente diferentes a las de la pragmática Guadalupe Droin—. De todos modos, sabemos lo suficiente como para estar seguros de que los podridos ya no sienten el menor deseo de *hablar* con nosotros.

Lupe asintió y se concentró en conducir el coche a través de un recorrido diseñado para no dejar rastro alguno y llevarlos hacia el condominio de Newa Ghandour en Gold Coast por el norte. Tras echarle un vistazo al inmenso pistolón que le habían dado, Jake guardó la Sig Sauer en el bolsillo de su chaqueta y miró por la ventana perdido en sus pensamientos.

—¿Qué era eso sobre Margie? —preguntó, después de unos minutos—. ¿Un intento por despistarlos?

—Exactamente. —Palmeó a su compañero en la espalda y explicó a Lupe—: También la querían a ella. Fue testigo de todo cuanto aconteció. Si la matan no tendrán que preocuparse de lo que pueda contar o a quién.

No había tenido que esforzarse mucho para mostrar rabia hacia Earl. El trauma que había sufrido Margie la contagiaba con pensamientos de violencia que nunca pensó que podría tener. Pese a lo convincente que pudiera parecer, no había forma de saber si el tipo y sus jefes lo creerían. Pero tenía que intentarlo. Al menos hacía algo por Margie.

Veinte minutos después llegaron a la casa de la señora Ghandour. El condominio formaba parte de una hilera de casas con vistas al hermoso Paseo de Lakeshore y el Lago Michigan. Se aproximaban al mediodía del viernes. Thea sabía que su madre estaría haciendo lo que fuera que hicieran los directores de *marketing* durante las siguientes ocho horas. Newa rondaba la medianía de los sesenta pero seguía estando sometida a un estricto horario de entre cincuenta y sesenta horas semanales en una

compañía farmacéutica llamada Panflex. Jake se había estado sintiendo incómodo por presentarse tan temprano y, para colmo, sin haber avisado. Pero como no habían buscado todavía otro lugar en el que quedarse, Thea pensó que lo mejor era ir directamente en vez de ir a un hotel, alquilar una habitación y volver allí. Quería tener tiempo de sobra para concienciarse de lo que pretendía conseguir. No tendrían mayores problemas para coger un taxi más tarde.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta sin complicaciones, pero sufrió un instante de pánico al no recordar la clave de la alarma. Sentó a Margie en un sofá, mientras Jake cerraba la procesión llevando las maletas. Lupe se despidió de ellos para continuar con su ruta y les deseó buena suerte.

Pasaron la tarde en torno al portátil de Jake reuniendo información. Thea cuidó de Margie. Su amiga había mejorado un poco. Había visitado el condominio a menudo en el pasado y era evidente que el ambiente familiar la tranquilizaba. Thea tuvo la sospecha de que el mejor lugar para su recuperación sería la casa de sus padres, pero llevarla allí en ese estado implicaría tener que responder a una serie de preguntas muy espinosas. Unas preguntas cuyas respuestas difícilmente harían sentir mejor a nadie.

La mujer pensó que se sentiría igualmente incómoda cuando se enfrentara a su madre en un par de horas.

Thea debía reconocer que su madre tenía mérito. Volver a casa para encontrarse con una hija que hacía tiempo se había emancipado, junto a su mejor amiga sentada en un estado de fuga y un chico negro recién salido de la adolescencia y a quien no había visto en la vida, era una sorpresa comprensible.

Pero Newa Ghandour no era una mujer que perdiera fácilmente la compostura (exceptuando aquel arranque que había tenido con respecto al Templo de Akenatón). Cuando entró en el condo aquella tarde, se detuvo al ver a Thea y Margie sentadas en el sofá viendo la televisión y a Jake trabajando con el portátil en la mesa del comedor. Después de asimilar la inesperada escena, Newa preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Hola mamá. Yo también me alegro de verte. —Thea rodeó el sofá y se reclinó contra el respaldo, imitando la tranquilidad de su madre. Le hizo una señal a Jake para que se acercara y continuó—. Mamá, éste es Jake Washington; Jake, ésta es mi madre, Newa Ghandour.

El chico sonrió y saludó entre dientes, inseguro de cómo debía saludar a una mujer cuya casa había invadido. Por su parte, Margie estaba tan absorta con *Atrapa a un ladrón* que no se había percatado siquiera de la llegada de Newa.

A pesar de que su belleza había menguado con el paso de los años, Newa Ghandour era todavía una mujer muy atractiva. Su rostro cobijaba las arrugas de la edad y la determinación, pero retenía el lustroso color caramelo de la piel y el radiante cabello azabache de su juventud. Newa correspondió a Jake con un correcto:

—Me alegro de conocerte. —Se centró en Thea—. Tienes el cuello magullado, ¿te encuentras bien?

—Estoy bien, pero tenemos que hablar de algunas cosas.

Su madre se quedó pensativa un instante antes de afirmar con un gesto de la cabeza.

—Prepararé la cena.

Jake miró a Thea sorprendido por la extraña rectitud que existía entre ella y su madre. Encogiéndose de hombros y sonriendo, le indicó que no era muy diferente del trato habitual.

Dejaron a Newa sola en la cocina. Incluso en circunstancias normales, la madre de Thea prefería estar sola cuando preparaba las comidas. Cocinar era su gran afición y tener a alguien merodeando por allí, sesgaba su inspiración. Por contraste, Thea era una inútil en la cocina.

Jake guardó el portátil y se reunió con las mujeres en la sala de estar. Thea dividía su atención entre la televisión y Margie. La esperanza batía sus alas de mariposa en su estómago. En las pocas horas que habían estado en el condo, Margie se había relajado casi por completo. Estaba echa un ovillo en el sofá, como solía hacer siempre que veía una película, sus pies apoyados contra el muslo de Thea y riéndose de las anécdotas divertidas. Exceptuando el hecho de que no hablaba (Margie solía obsequiar a su amiga con alguna crítica de lo que estaba viendo, sobre los actores, las escenas, hasta lo que el guionista podía haber estado pensando cuando escribió uno de los diálogos), cualquiera podría haber supuesto que volvía a ser ella misma.

Al escuchar la algarabía de los platos, Thea se levantó como accionada por un resorte y puso la mesa en el comedor. Jake hizo amago de ayudar, pero ella rechazó la oferta y le pidió que permaneciera donde estaba. Pocos minutos después, Newa Ghandour entró en la sala con una cacerola repleta de comida. Aquella noche cenarían sobras. Se percató de cómo Thea guiaba a Margie hasta la mesa, pero no dijo nada. La silenciosa conformidad de Margie era otro de los misterios cuya respuesta ignoraba.

El mutismo protagonizó la mayor parte de la cena. Para Thea y su madre era una costumbre dejar las conversaciones importantes para después de la comida. Cada una de ellas estaba absorta en sus pensamientos, de forma que todos los intentos por mantener una charla murieron rápidamente. Jake era un extraño en una tierra extraña y además no era una persona que se diferenciara por su extroversión, de modo que prefirió no hablar más que para felicitar a la madre por la calidad del alimento. Margie parecía estar lo suficientemente contenta con su ración y continuó callada.

El silencio se prolongó hasta pasada la sobremesa. Thea estaba preparada para comenzar cuando su madre tomó la iniciativa. Empezando por su izquierda, con Jake, Newa Ghandour pasó la mirada sobre Margie hasta culminar el recorrido en su hija.

—Muy bien, Thea. Sospecho que estás aquí por algo referente a esas noticias que he visto sobre que alguien ha atacado el Templo de Akenatón.

Thea se dio cuenta de que no podía estar sorprendida. Había estado preguntando a su madre por el templo y, al día siguiente, había sobrevenido la masacre. Newa Ghandour no era estúpida. Era lógico que pensara que existía una conexión. Thea se preguntó por qué no estaba atónita de que su madre pudiera permanecer tranquila mientras formulaba una pregunta de semejante trascendencia.

—Tu sospecha es acertada, mamá. Pero quizá no de la forma que crees. —Thea se detuvo a meditar. Si su madre pensaba que estaba involucrada en un grupo que cometía actos de violencia, entonces obviamente sería como ella creía. Su tarea estribaba en obtener tantas respuestas como fuera posible sin revelar el espectro completo de la locura en la que Jake y ella estaban sumidos. Después de varias horas de conversación, todo lo narrado parecía demencial. Thea trató de darle un giro a la conversación para preguntarle a su madre sobre el templo, antes de que ésta se percatara de las incongruencias de su historia—. Mira, Jake y yo hemos estado investigando un asunto durante cierto tiempo, a un grupo; supongo que podríamos referirnos a ellos como una sociedad secreta que...

—El Culto del Disco Solar —intervino Newa.

La interrupción cortó el ritmo de su conversación, Thea, sorprendida, miró directamente hacia su madre.

Newa Ghandour estudió su taza de café y luego elevó la cabeza. Sus ojos revelaban un gran abatimiento.

—Tenía la esperanza de mantenerte al margen de todo esto, pero comprendo que es inútil. Uno de los Aton-u te ha encontrado e informado sobre tu pasado, ¿no es eso?

Thea había hablado de una «sociedad secreta» para omitir el hecho de que se trataban de no muertos. Teniendo en cuenta que su madre les estaba hablando de todo cuanto habían querido saber, pensó que lo mejor era no corregir la equivocación.

—Aton-u. Eso no es árabe.

—No, es egipcio. Aton-u, los Hijos de Atón. El Culto del Disco Solar. Se creó hace mucho, en el tiempo de las dinastías egipcias. Sus miembros adoraban a un dios herético y fueron perseguidos por ello. Sobrevivieron en escondrijos subterráneos durante años. Incluso aunque los dioses egipcios reconocidos pasaron a ser mitos, el culto a Atón perduró. Al cabo de cierto tiempo, el culto emergió de su clandestinidad y sus integrantes se reunieron como algo parecido a una secta de masones libres. Pero, en secreto, la cábala continuó rindiendo homenaje a Atón.

—Muy bien... ¿Y cómo demonios sabes todo eso?

Newa abrió la boca para responder, pero se detuvo con el ceño fruncido.

—Deberías saberlo, porque si no ¿a qué venía toda esa violencia contra el templo?

—No fuimos nosotros —afirmó Thea, casi con sinceridad—. Como te he explicado antes, hemos estado siguiendo una pista. Estábamos en medio cuando todo se fue a la mierda. Lo cierto es mamá, que no tengo la menor idea de qué pintas tú en

todo esto.

Newa Ghandour se perdió absorta en su café. En medio minuto, la única actividad de la sala acontecía en los pensamientos que se manifestaban en los gestos inconscientes en el rostro de la mujer y en los movimientos nerviosos de Jake sentado en su silla. Finalmente, suspirando con sonoridad palpable, Newa levantó la mirada angustiada hacia su hija y dijo:

—Yo formaba parte del culto.

No faltaba más de una semana para primavera, pero el invierno aún mantenía su fuerza. Beckett estaba ya en movimiento antes de que el sol se ocultara definitivamente tras el horizonte. Los colores asalmonados y violetas teñían el cielo del oeste cuando emergió de la tierra que le había ofrecido cobijo detrás de los cobertizos de mantenimiento en La Guardia. Se sentía descansado y con una tenacidad renovada para perseguir sus propósitos. La persistente paranoia le hacía pensar que esa sensación se debía a haber escapado de la influencia dominante de Menelao. Dudaba que fuera por haber pasado un día yaciendo en la tierra empapada de smog, hollín y gasolina de los miles de aviones que volaban hacia y desde el aeropuerto.

Caminó hasta una parada de taxis y, habiéndole echado una ojeada a un mapa de la zona, pidió al conductor que lo llevara hasta las oficinas en Nueva York de Navieros Meroe Global en Red Hook. Beckett ya había viajado alguna vez en transatlánticos. Los no muertos reservaban un pasaje de carga en aviones y barcos para recorrer grandes distancias. Los dos últimos viajes que había hecho como pasajero en un avión, habían sido casos de necesidad más que de preferencia. Se sentía incómodo estando atrapado en un asiento a semejante altura, desprotegido ante cualquier posible exposición a la luz solar. Cuando descansaba en un cajón de embalaje, no importaba si el transporte sufría algún retraso o un cambio de rumbo que evitaba que los pasajeros desembarcaran antes de que el sol saliera. No estaba muy familiarizado con el Canal de San Lorenzo, pero sí con la navegación. Según sus cálculos, un enorme barco de mercancías tardaría entre tres y cinco noches para cubrir la distancia entre Chicago y Nueva York. El *Meroe Atlantic* llegaría al puerto de Nueva York en las próximas veinticuatro horas, si acaso no lo había hecho ya. Si hubiera llegado el día anterior, tendría que permanecer en el puerto igualmente para transferir la carga. En cualquier caso, Carpenter el zombi estaba cerca con el Corazón de Osiris en su poder.

Los muelles se extendían varios kilómetros a lo largo de la costa de Nueva York y Nueva Jersey. Captar el aroma del Corazón entre tanta basura sería cuando menos complicado y le llevaría un tiempo que no tenía. Así que, contando con el nombre de la compañía y del buque en el que viajaba su presa, lo haría de la forma más sencilla. Le había resultado fácil averiguar el número de Meroe Global y la dirección la había obtenido de la voz automática del contestador que respondía fuera del horario de oficina. Lo difícil venía ahora. Tendría que colarse en las oficinas e indagar hasta conseguir la ruta del *Meroe Atlantic* y su amarre. No le habrían asignado uno si no hubiera llegado a puerto, pero ese detalle no le costaría consultarlo más adelante.

Eran pasadas las cinco cuando se aproximó a las oficinas de Meroe Global. El

lugar estaba abierto todavía, así que tendría que esperar unas horas si quería entrar sin sufrir ninguna interferencia. La sensación de que el tiempo era valioso lo acosaba y, de todos modos, no tenía idea de dónde guardarían tales archivos. De forma que bajó del coche, caminó hasta allí y le preguntó a un oficinista si podía ayudarle.

El hombre tenía el mismo aspecto que los trabajadores de los muelles, pero los veinte kilos sobrantes de su barriga parecían indicar que había estado trabajando detrás de una mesa durante años. Una barata placa situada encima de la mesa revelaba que su nombre era WALTER ZACKOWICZ. A Beckett le hacía gracia el hábito moderno que tenían los mortales de etiquetarse de forma tan llamativa. Por alguna razón, y pese a que sus nombres estaban siempre a la vista, rara vez le pedían que diera el suyo a cambio. Mejor, Beckett prefería el anonimato.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó Zackowicz.

El oficinista lo miró con mirada cansada, el entrecejo arrugado por una mezcla de curiosidad e irritación. Curioso sin duda por las gafas de sol de Beckett y su pálida complexión, irritado por tener que mediar en otro asunto antes de marcharse. El vampiro sabía que, en su imaginación, el hombre se encontraba ya dándole bocados a una hamburguesa acompañada de aros de cebolla y regada de cerveza con güisqui. Dada la distracción del tipo, no le sería complicado averiguar lo que quería.

—Estoy buscando uno de vuestros barcos —respondió Beckett.

—¿Por qué? —Walter Zackowicz parecía ser un hombre de pocas palabras.

—Un colega trabaja en él —improvisó, adoptando el tono breve y agresivo común en la costa este. Se sentó despreocupadamente en una silla de plástico que había junto a la mesa y señaló hacia los muelles—. Recordé que debía estar a punto de llegar a la ciudad. Supuse que podríamos reunirnos para empaparnos el gaznate.

—No me jodas, tío —habló el hombre después de un momento. Su rostro mostraba una sospecha explícita—. Nadie entra aquí de repente buscando a un «viejo amigo» que trabaja en una de nuestras bañeras. —Antes de que Beckett pudiera decir algo para refutar y tranquilizar a Zackowicz, éste continuó—: ¿Qué? ¿De modo que el tío te debe pasta, no?

Beckett no pudo evitar echarse a reír.

—Ahí me has pillado.

—Ya veo. No voy a decirte dónde está para que lo hosties y que luego no pueda terminar su trabajo.

—No estoy buscando problemas —aclaró Beckett, encogiéndose de hombros. Extrajo un arrugado billete de veinte de su chaqueta de piel de oveja y lo dejó sobre la mesa—. No quiero joderos el trabajo; sólo recuperar lo que me debe.

Zackowicz miró el billete y apretó sus carnosos labios, rápidamente golpeó la mesa con sus manos y arrastró su silla hasta un ordenador que había tras él. El dinero desapareció en el proceso.

—¿Cómo se llama el tío?

—Sólo sé que le llaman Joey —dijo Beckett—. Estoy teniendo algunos

problemas para dar con él, ¿sabes? Pero sé que viaja en el *Meroe Atlantic* que viene desde Chicago.

Escuchó un gruñido y el golpeteo sobre las teclas.

—Ahm, sí. Llegó hace unas seis horas. —Zackowicz impulsó su silla rodando hasta la mesa y garabateó el amarre en un papel. Lo deslizó con las puntas de los dedos hacia Beckett, pasando por el lugar donde había estado el billete de veinte hacía sólo un momento—. Sé que tienes cuentas que saldar, pero nosotros también. ¿Lo coges?

El vampiro asintió sin hacer amago de coger el papel hasta que el mortal se aseguró de haber dejado claro su punto de vista y apartó la mano. Guardándose la dirección en el bolsillo sin haberla mirado antes, Beckett le dio las gracias a Zackowicz.

—Eh, compañero, un consejo —comenzó el hombre cuando el vampiro se acercaba a la puerta de salida—: llevar gafas de sol por la noche no te hace parecer más interesante. De hecho, pareces un maricón.

—Gracias por la recomendación —respondió Beckett sonriente. Se preguntó qué diría Walter Zackowicz si supiera lo que ocultaban los oscuros cristales de sus gafas.

Beckett corrió a gran velocidad. Pese a la concurrencia que transitaba por los muelles, y lo tardío de la hora, la mayoría de los trabajadores estaban tan ocupados en sus faenas que no advirtieron su presencia. Podría haber despertado algunos comentarios por moverse a semejante velocidad, pero los mortales sabían cómo darle una respuesta racional a casi cualquier cosa. No tenía de qué preocuparse.

Pasó junto a varios buques gigantescos, cuya marinería hormigueaba alrededor como lo harían las moscas sobre la piel de un elefante. Cada pocos metros había un amarre vacío, aguardando la llegada de otro gran mercante y de su carga. La frenética actividad moría cuanto más se ceñía la noche, pero la faena nunca cesaba por completo en un puerto tan atestado como ése.

Seis horas. El Corazón estaba aquí, a no más de un kilómetro y medio de distancia. Transcurriría algo más de un día antes de que el *Meroe Atlantic* levantara anclas del puerto de Nueva York. Probablemente el zombi estuviera escondido en alguna bodega abandonada del barco, a la espera de que éste continuara su travesía. Beckett podría entrar, encargarse de Carpenter, hacerse con la reliquia y estar fuera en unos treinta minutos. Contaba con tiempo de sobra. Pero el instinto le decía que debía moverse con rapidez, que era esencial conseguir sus objetivos con la mayor prontitud.

Moviéndose a tal velocidad, Beckett comenzó a sentir hambre. Había estado ocupado con una cosa u otra y no se había alimentado desde hacía unas cuantas noches. A pesar de que no necesitaba ingerir sangre antes de una semana, prefería alimentarse cada pocos días. Seguir una dieta regular le aseguraba no caer en un estado de vulnerabilidad. Aún así, estaba seguro de poder encararse con Carpenter.

Los zombis podían ser rivales formidables en lo que a fuerza bruta se refería, pero carecían del conjunto de poderes que diferenciaba a los vampiros de otros seres sobrenaturales. Un Cainita como Beckett poseía un número de aptitudes en las que podía confiar plenamente. El zombi había demostrado tener una inquietante facilidad para la dominación mental, pero Beckett podría contrarrestar el poder si evitaba el contacto visual. En cualquier caso, se hubiera sentido más seguro de sí, si la sangre fresca fluyera por sus venas.

Ya no podía hacer nada para remediarlo. A unos doce metros se erigía la inmensa estructura metálica del casco, indistinguible de las demás salvo por el nombre que despuntaba sobre la popa. El *Meroe Atlantic*. Los contenedores de mercancía sobresalían de la cubierta unos seis metros. Los trabajadores desfilaban por el puente, proyectando sus sombras contra las luces del interior. Aquella era la única actividad que Beckett pudo distinguir en el barco. El traslado de mercancía no debía comenzar hasta el día siguiente. Eso le otorgaría el tiempo necesario para registrar el buque y encontrar el Corazón.

Cuando se aproximaba a la pasarela, percibió el inconfundible aroma del objeto. No flotaba hacia él desde el barco, sino que se perdía en la oscuridad de los muelles. El olor contaba ya con un par de horas de antigüedad.

El vampiro siguió el rastro al momento; cada zancada lo acercaba un poco más a su presa. Mientras corría, se preguntaba qué estaría haciendo Carpenter fuera del tanque. ¿Quizá haciendo turismo antes de que el barco partiera? ¿O acaso ya no estaba siguiendo a un zombi? El olor del Corazón era tan intenso que eclipsaba cualquier otro. Supuso que no era descabellado el que otra persona tuviera en su poder la reliquia. Khalid le había explicado que el aura del Corazón poseía una resonancia que los seres sobrenaturales con un mínimo de sensibilidad se veían incapaces de ignorar. Beckett no era uno de ellos, pero sabía que existía un sinnúmero en la Gran Manzana. Las cosas se complicarían si una fuerza local había percibido la reliquia y la quería para sí. Desde luego, sería un gran problema.

Hipotetizar no le llevaría a ninguna parte. Lo mejor sería esperar a ver dónde conducía el rastro y actuar en consecuencia una vez supiera a qué se enfrentaba.

El olor impregnaba el aire en una trayectoria paralela a los muelles durante un kilómetro. Beckett se desplazaba con más cautela ahora, lo que equivaldría a una carrera rápida para un mortal, pero, aún así, pasó de largo cuando el aroma cambió de rumbo inesperadamente. Se giró y regresó para seguir la esencia a lo largo de uno de los embarcaderos. Se apresuró confuso. El muelle estaba vacío, así que ¿de dónde procedía el rastro?

Entonces advirtió el movimiento ondulante de las aguas... Formaban una estela. Echó a correr a una velocidad inconcebible, alcanzando el final del muelle en un abrir y cerrar de ojos. Sin otro barco que entorpeciera su perspectiva, Beckett avistó, a unos cien metros, un inmenso buque de mercancías. En la popa, el nombre del barco rezaba: *North Llorca*. Navegaba hacia el canal que desembocaba en mar abierto. Un

gruñido escapó de sus labios. Se precipitó a toda velocidad a lo largo del embarcadero y, a continuación, bajó por el amarre paralelo. Obligándose a alcanzar un ritmo límite, Beckett ascendió por una pasarela y saltó hasta alcanzar la cima del contenedor más cercano. Un puñado de marineros de cubierta vio una forma borrosa pasando como un rayo sobre los techados de los tanques de mercancía hacia la proa. La sombra desapareció rápidamente por uno de los costados del barco.

El salto fue tremendo, pero cubrió la mitad de la distancia que lo separaba del huidizo *North Llorca*. Habría terminado en las gélidas aguas del puerto de Nueva York, si no hubiera sido porque mientras caía, deseó que su cuerpo se transformara. Y lo hizo. En pocos segundos, Beckett era un murciélago que aleteaba hacia la embarcación. Estaba arriesgando sobremanera al llevar a cabo hazañas sobrenaturales a la vista de los mortales. Había escuchado una serie de gritos de sorpresa y confusión mientras saltaba de un contenedor a otro, pero confió en que su rápido tránsito y la oscuridad que cegaba el puerto ocultaran sus esfuerzos sobrehumanos.

En el canal, el *North Llorca* navegaba con parsimonia. Avanzaba a la misma velocidad que un hombre corriendo. El salto había reducido la velocidad de Beckett, pero no tardó mucho en sobrevolar la gigantesca cubierta del carguero repleta por unas cuatro o cinco filas de contenedores de un tamaño aproximadamente semejante al de un remolque. Supuso que la marinería se encontraría en el puente que se alzaba en la mitad de la cubierta, pero su sonar natural no advirtió movimiento alguno. Y tenía sentido; el cargamento estaba muy junto y había sido afianzado con fuerza, lo que no dejaba mucho espacio libre para maniobrar. No era probable que la tripulación se aventurara fuera del área central, especialmente en una noche tan fría como aquella. Batió sus alas hasta acercarse a la cubierta de popa, hacia un punto donde los contenedores formaban una columna de escasa altura. Recuperó su apariencia humana, posándose sobre el tanque sin emitir ningún sonido.

—Vaya, ése es un truco cojonudo —admitió una voz glacial.

Beckett se giró hacia la resonancia de una pistola amartillándose y vio a un hombre emergiendo de las sombras de una columna contigua de contenedores. Su aspecto era el de un marinero mercante del pasado, vestido con sus botas de trabajo, un mono, un jersey de cuello cisne, guantes, una chaqueta marinera de color azul oscuro y un gorro de lana. El vampiro reconoció el rostro estrecho, cabello negro, labios burlones y la mirada llameante por la sabiduría que desprende la muerte.

—Carpenter.

Las cejas del zombi se arquearon por la sorpresa.

—Parece ser que mi reputación me precede. ¿Y tú quién eres?

—Puedes llamarme Beckett —respondió, ignorando la automática que estaba siendo apuntada casualmente hacia su cabeza—. Supuse que estarías escondido en algún lugar del barco.

—No había estado nunca en Nueva York —contestó Carpenter, mirando sobre su hombro sin llegar a quitarle el ojo de encima a Beckett—, pensé en echar un vistazo

al horizonte.

El perfil inconfundible de Manhattan se erigía detrás de Carpenter; un millón de luces relucían en la noche. El zombi debía haber estado junto a uno de los contenedores para pasar inadvertido a su sonar. Aquel era un error que un vampiro neonato cometería, esto es, no asegurarse bien antes de cambiar de forma. En lugar de regañarse, Beckett canalizó su enojo para idear un plan de desquite.

—Creo que sé por qué te has dejado caer por aquí —comenzó Carpenter—. Sospecho que no tiene nada que ver con mantener una conversación desenfadada conmigo. Permíteme que nos ahorre a los dos unos cuantos problemas. No vas a obtener lo que viniste a buscar, así que ¿por qué no regresas al agujero de donde hayas salido antes de que te sacuda el trasero?

Beckett evitó mirarlo directamente, de forma que no podía saber si la cosa había intentado dominarlo con su sugestión. Mientras mantuvieran una conversación trataría de averiguar si los razonamientos y la persuasión servían de algo.

—No sé qué planeas hacer con el Corazón, pero debes saber que no tendrás éxito. Es un faro para todo ser sobrenatural. Realmente no puedes creer que lograrás tenerlo durante mucho más tiempo.

—¿Qué puedo decir? Me siento afortunado.

El razonamiento y la persuasión no parecían servir de mucha ayuda. Beckett no vio otra salida que la violencia. Y Carpenter estaba de acuerdo puesto que disparó el arma en cuanto el vampiro se movió. La bala le seccionó un pedazo de hombro, al tiempo que se tiraba hacia un lado. Ignorando la quemazón de la herida, Beckett saltó a la cima de un contenedor y se ocultó fuera de la vista del zombi. La pistola era poco más que un estorbo, pero no le apetecía que le disparasen. Se movió en círculo, saltando fácilmente de un tanque al siguiente, con la esperanza de poder atacar desde un ángulo oblicuo.

Si las pisadas rápidas eran una pista, Carpenter no se sentía inclinado a ser un objetivo fijo. El aroma del Corazón inundaba el aire, haciendo imposible predecir con exactitud dónde se encontraba el enemigo. Rastreándolo por el sonido, Beckett corrió hacia delante. Un rayo de luz arponeó la oscuridad y lo sobresaltó. No se trataba de la luz del sol y tampoco de fuego, pero su instinto le urgía a evitarlo. Ligero como el pensamiento, rodó por el lateral del contenedor justo cuando el foco del puente barría el espacio donde había estado. El vampiro estaba sorprendido de que los débiles oídos mortales hubieran podido advertir el sonido del disparo sobre las ensordecedoras vibraciones de los motores del barco. Supuso que Carpenter también evitaría ser visto porque a las tripulaciones no les agradaba tener polizones a bordo. Utilizó la ventaja del foco para deslizarse rápidamente rodeando los tanques y sorprender al zombi por la dirección opuesta. Por el camino se concentró en cicatrizar la carne herida de su hombro.

El foco volvió a bañar de luz la cubierta, luego se apagó a punto de alcanzar a Beckett que se encontraba en el lateral que miraba hacia el puerto. Esperó hasta haber

escuchado una pisada o cualquier otro indicador que le ofreciera una pista del paradero de Carpenter. Podrían continuar con esta persecución durante horas, pero el vampiro quería recuperar el Corazón antes de que el barco se abriera paso al mar. Una idea relampagueó en su mente. Cediendo a un trance momentáneo, envió una llamada urgente y esperó.

Transcurrieron unos pocos minutos. Aprovechó el tiempo para guardar sus gafas de sol y guantes en la chaqueta, quitarse las botas y dejarlas a un lado. Sus pies tenían sendas garras tan afiladas como las de sus manos. Escasos segundos después escuchó un grito de sorpresa atenuado por el zumbido de los motores del *North Llorca*. Beckett se precipitó como una bala, siguiendo a la voz que pronto empezó a maldecir. Al saltar sobre el último contenedor de una fila en estribor, Beckett se percató de que no podía haber pedido una oportunidad mejor. El zombi estaba a dos metros de distancia, dándole la espalda, dando patadas y manotazos a un puñado de animalillos que chillaban y piaban.

El vampiro no pudo evitar emitir un gruñido triunfal cuando brincó hacia delante, con las garras haciendo jirones y engalanando la espalda de Carpenter con una fea equis. El zombi bramó de dolor y se tambaleó. Beckett volvió a la carga antes de que el muerto pudiera darse la vuelta, pegándole patadas para hacerlo caer al suelo y desgarrando su carne con las cuatro garras. Carpenter intentó disparar pero el vampiro golpeó el arma con tal fuerza que describió un rápido arco brillante hacia la costa, antes de caer con un ruido seco en el puerto. Convirtió sus prendas en confeti y la fría carne muerta en rebanadas. Beckett continuó su carnicería hasta que hubo alcanzado la masa ósea. Un mortal habría muerto un millar de veces; el vampiro tenía la seguridad de que ni siquiera un zombi podría haber soportado semejante trato. Pero Carpenter aún se resistía, sus implacables brazos buscando la ocasión de asestar un golpe certero.

Entrevió una luz tenue y algo relampagueó ante sus ojos. Tuvo la impresión de que la noche se iluminaba y, de pronto, una pavorosa agonía gélida prorrumpió en su pecho y brazo izquierdo. Beckett rugió por la sorpresa y el dolor, echándose hacia atrás para comprobar que su brazo había sido hendido por un arma tan afilada que había cortado hasta el hueso; que le había cercenado *incluso* el hueso. La piel estaba desgarrada, los tendones y músculo hechos pedazos. Trató de compeler a la herida a que cerrase, pero no se trataba de una lesión producida por un arma mundana. Algo preternatural lo había atacado; Beckett no podía hacer cicatrizar su carne mediante su voluntad. La Bestia se adueñó de él, venciendo el dolor gracias a la imperiosa necesidad de destruir la cosa que lo había herido.

El vampiro se precipitó otra vez hacia Carpenter, manteniendo el brazo izquierdo pegado al cuerpo. El zombi aprovechó la desventaja de su contrincante y se movió a la izquierda, obligándolo a girarse y proteger su costado herido. A pesar de las severas lesiones que había sufrido, el zombi se movía con una destreza precisa. Beckett volvió a percibir el extraño fulgor y apenas tuvo tiempo de esquivarlo. El

arma seccionó un pedazo del contenedor metálico sobre el que luchaban, emitiendo un estruendo y haciendo saltar las chispas. El devastador ataque era en realidad una artimaña; la mano izquierda de Carpenter se lanzó con rapidez hacia delante y apresó a Beckett.

Con una fuerza que igualaba la del vampiro, el zombi lo cogió del cuello y del costado, y lo sostuvo sobre su cabeza. Los pies de Beckett lo patearon e hicieron jirones la piel y el hueso del rostro de Carpenter. Poco después, sintió estar volando por el aire y cayendo en el canal. El impacto de las glaciales aguas restableció su cordura. Manteniendo su brazo herido cercano al cuerpo, se esforzó por llegar a la superficie. Se mantuvo a flote lo mejor que pudo y trató de avistar el perfil del *North Llorca*. El zombi lo había dejado estupefacto por su fortaleza y lo que fuera que había utilizado para herirle con tanta gravedad. ¿Pero podría haber sobrevivido a la carnicería que Beckett había devengado?

El vampiro obtuvo su respuesta cuando advirtió que una forma tambaleante se esforzaba por ponerse en pie sobre la última fila de contenedores y se despedía triunfal con un gesto del dedo corazón.

Su cuerpo clamaba por la necesidad de ingerir sangre, mientras se arrastraba a través de las gélidas aguas hasta la orilla. Se alimentó de un par de trabajadores del puerto que deambulaban por allí, pero ni siquiera con toda la sangre de los dos adultos pudo hacer cicatrizar la severa herida que el zombi le había infligido. Era tiempo lo que necesitaba. Tiempo y descanso.

Ensangrentado y feroz, con su brazo y pecho ardiendo con la terrible frialdad de la herida, Beckett amontonó los cadáveres en el maletero del estropeado Lincoln Continental al que se dirigían, se subió y lo condujo fuera del puerto. Escogió ir hacia el norte. Había construido una cabaña hacía un siglo, no muy lejos del embalse de Stillwater. Empapado en sangre, con las garras de sus pies y manos a la vista, sus ojos carmesíes brillando, Beckett intentó evitar pasar por zonas pobladas a lo largo del trayecto. Condujo por carreteras secundarias hasta desviarse por una que llevaba tiempo abandonada. Después de arrastrar los cadáveres de los trabajadores hacia el interior del follaje para que los carroñeros los devorasen, desertó del Continental, teniendo cuidado de no dejar ningún rastro tras él. La cabaña estaba a unos veinte kilómetros de distancia, construida sobre un afloramiento de piedra, alejada de cualquier carretera y accesible sólo por caminos de tierra. Allí estaría a salvo, podría descansar y decidir qué...

Su mente enmudeció. ¿A salvo de qué? Se percató de que sentía, quizá no peligro, pero sí inquietud. No era algo que pudiera explicar, era una leve incomodidad; pero Beckett había sobrevivido tanto tiempo porque no había despreciado siquiera las más tenues intuiciones.

Su cabaña podría esperar un poco; primero tenía que hacer una llamada. Fue a la

ciudad de Big Moose y contactó con su agente, Manfred von Reis del banco Witz-Kohn en Ginebra. Beckett le había ordenado hacía unas semanas que buscara uno de esos teléfonos por satélite para poder contactar más fácilmente con las personas, incluso estando lejos de la civilización. El agente pensó que el nuevo Motorola 9505-Iridium era el que más se acercaba a los detalles que Beckett le había dado; compatible con servicios de voz, radiolocalización de personas y transmisión de datos a lo largo de casi todo el globo terráqueo. El vampiro le pidió que le enviara uno, junto con media docena de baterías adicionales y un par de cargadores a su buzón de correos en la cercana ciudad de Carthage. El banquero suizo estaba acostumbrado a peticiones mucho más inusuales por parte de sus clientes y le aseguró que llevaría a cabo el envío con suma diligencia.

Beckett se encaminó a la cabaña, donde vendó la herida utilizando la gasa del viejo botiquín que guardaba para los raros casos en que sufría alguna lesión que su sangre no podía curar. Los siguientes días y noches los pasó en una neblina interminable de padecimiento. El sol le obligaba a mecerse en el sueño, pero el dolor evitaba que descasara por completo.

Despertó al anochecer, los bordes de la herida hirviéndole con una penetrante insensibilidad. En su forma de lobo cazó con mayor precisión; incluso contando sólo con tres patas hábiles, pudo derribar a varios ciervos y otros animales con los que alimentarse. Se dio un atracón de sangre, redirigiendo la sustancia hacia la herida con la esperanza de que la abundancia consiguiera cicatrizarla. Pero no surtió el efecto deseado, sin importar cuánto bebiera, Beckett se percató de que no podía hacer nada por acelerar el ritmo de curación.

La tercera noche se resignó al hecho de que le llevaría semanas, meses incluso, recuperarse completamente. La lesión ya no le dolía de forma tan intensa y se sentía lo bastante despejado como para ir a Carthage y recoger su paquete. La ciudad estaba a unos sesenta kilómetros de la cabaña; había alquilado un inmenso buzón de correos hacía unos años para las ocasiones en las que los envíos fueran grandes. El edificio central de correos estaba cerrado, pero el ala que conducía a los buzones estaba siempre abierta. Llegó a Carthage en su forma de lobo en pocas horas, pero regresar a la cabaña le llevó mucho más. El paquete que extrajo del buzón era demasiado abultado como para evolucionar con él cuando cambiaba de apariencia. De modo que tuvo que transportarlo como humano. Beckett no era un experto sobre la metafísica que explicaba estas transformaciones; ignoraba por qué sus ropas y pertenencias más pequeñas permanecían en él cuando adoptaba sus formas bestiales e incluso cuando se transformaba en niebla, mientras que los más grandes no. Le bastaba con saber que no cambiaban de forma con él. Así que se apresuró por la nieve hasta alcanzar la cabaña, llegando a ella poco antes del amanecer.

La noche siguiente estudió el manual del Motorola. El manejo del aparato no era muy diferente del de otros teléfonos móviles. Disponía de una entrada desde la cual podía conectar a un ordenador para transmitir a través de la red. Beckett elogió a von

Reis por la elección. El teléfono, un par de baterías extra y un cargador de enchufe le cabrían sin problemas en la chaqueta de cuero que vestía desde que su abrigo de piel de oveja quedara destrozado tras la pelea con el zombi. Una vez sintió que controlaba con cierta eficacia las funciones del teléfono por satélite, realizó su primera llamada.

La línea conectó con sencillez; estaba lo suficientemente cerca de la civilización como para que el Motorola se sirviera de una de las conexiones regulares. Una voz femenina, ronca y risueña respondió al tercer timbre.

—Buenas tardes, Nola. Soy Beckett.

—La segunda llamada en tan poco tiempo —indicó Nola Spier, con un tono de voz cálido y entrañable. Ella era mortal, una hechicera de gran sabiduría, a quien Beckett había conocido en Los Ángeles durante la Gran Depresión. Nola era uno de los contactos en los que más confiaba—, ¿a qué debo el placer?

—Te llamo por el brazalete que me diste.

—Hum, qué interesante tono de voz. ¿Ha fallado?

—No lo creo. —Beckett miró el brazalete de plata adornado con piedras opalescentes que colgaba de su muñeca izquierda—. Siento curiosidad por saber qué podría penetrar en el aura que proyecta.

—Yo diría que algo realmente poderoso. Querías que creara algo que te mantuviera oculto frente a un radar psíquico. Ese brazalete debería poder lograrlo, por lo menos durante otro mes. Debería ser eficaz contra la mayoría de las habilidades extra sensoriales.

—¿De qué espectro estamos hablando?

—Lo cierto es que no existe una medición estándar para ello —admitió Nola—. Querías algo potente, de forma que lo diseñé para evadir el radar de todo cuanto yo conozco. Pero eso no significa que no exista algo ahí fuera que pueda ver a través de él. Si lo hay, debe tener un poder inconcebible.

Beckett asintió para sí. Nola Spier había amasado una experiencia mística significativa a lo largo de los años y no era propensa a la exageración. Confió en su sabiduría.

—Gracias, Nola.

—No hay problema. —Después de un momento, continuó—: Tengo la sensación de que ocurre algo. Quizá te pueda ayudar si, bueno...

Para seres como ellos, el conocimiento era poder e incluso los vínculos más afianzados podían romperse por circunstancias desconocidas. Todos sabían y aceptaban que lo que se divulgaba era lo estrictamente necesario. Pero Beckett había pasado los últimos días enfrentándose a una lucha interna, tratando de encontrar cierta objetividad con la esperanza de saber qué estaba haciendo y por qué. Tenía que admitir que esa perspectiva parecía estar muy lejana. Tal vez lo mejor fuera relajarse un poco y confiar en otra persona. Confiar teniendo siempre muy presente la intuición, claro está. Nola Spier era lo más próximo a una amiga que una criatura como él podía tener y su ser más oculto sentía que podía confiar en ella; que tenía que

hacerlo si quería controlar el desorden en el que se había convertido su no vida. Tendría que arriesgarse. Tomando aliento, Beckett le explicó el descubrimiento que había hecho de una fuerza poderosísima bajo las calles de una gran metrópolis y de la arcana reliquia que ésta entidad buscaba para despertar de su sueño. Trató de narrar su historia en el ámbito de las generalidades, evitando nombrar a los involucrados o siquiera confirmar que estaba hablando de los no muertos. Era más que posible que Nola lo supiera, pero tales detalles eran circunstanciales.

Escuchó el nítido silencio de la conexión digital mientras Nola Spier digería la historia. Finalmente, dijo:

—A menos que mis suposiciones sean equívocas, esta afirmación parece ser la más acertada: te estás preguntando si el gigante durmiente te tiene dominado a pesar de las precauciones que has tomado.

—O intentando hacerlo.

—Es muy complicado, Beckett. Ambos sabemos que deslizarse así en la mente de alguien, de una forma tan sutil y dominante, lleva mucho tiempo y esfuerzo. Mi respuesta inicial es que, con la ayuda del brazalete, estarás bien. Pero... bueno, normalmente tienes las ideas muy claras y el haberte involucrado en una persecución para recuperar esa reliquia. ¿El Corazón? Hay algo en ello que no me convence...

—No es mi estilo...

—Sí, es una acción irreflexiva.

Beckett recordó a Critias y su imprudente salto desde la Torre Sears en pos del Corazón de Osiris.

—Así que, ¿cuál es tu conclusión?

Nola Spier suspiró sonoramente en el micrófono.

—Quizá me hayas contagiado la paranoia, de forma que tal vez estoy exagerando la gravedad del asunto, pero... Vale, mira. ¿Has dicho que la reliquia se está *alejando* del lugar donde yace la criatura? ¿Hacia el lugar de la que es oriunda?

—Sí.

—Bueno, en mi opinión eso es lo correcto, ¿no crees? ¿Realmente existe alguna razón por la que debas seguir inmiscuyéndote en el problema?

—Pero existe la posibilidad...

—Sí, siempre cabe la posibilidad. Desde que te conozco, Beckett, has trazado tu propio camino, sin estar supeditado nunca a nadie. Supongo que si tienes la duda de no estar haciendo lo mejor para ti... —Su voz se perdió en otro suspiro—. Estoy aventurando mis conclusiones sin estar segura de si es o no lo que creo y lo cierto es que existe una forma más sencilla de determinar si sigues rigiendo tu propio destino.

—¿Y es?

Nola rió entre dientes.

—Deja de correr detrás de ese Corazón.

Beckett sonrió y le dio las gracias a Nola por la ayuda. Dejó a un lado el Motorola y miró el brazalete plateado, meditando sobre influencias arcanas y la libertad de

movimientos.

Los misterios lo intrigaban, pero no había permitido que ninguno lo sedujera. Recientemente se había visto envuelto en las maquinaciones de los antiguos no muertos y en sus insidiosos esfuerzos para recuperar una reliquia de increíble poder; sin mencionar el problema de los cazadores de lo sobrenatural, el fortísimo zombi y una de las desconocidas momias inmortales. Tenía la seguridad de que seguía siendo el único dueño de su voluntad. Y, sin embargo, aquí estaba, lesionado por una herida que podría haberlo destruido y todo por un objeto que nada tenía que ver con sus investigaciones o con la misión que había acordado desempeñar para Inyanga. El Corazón de Osiris navegaba por el Atlántico, dirigiéndose hacia una tierra habitada por un sinnúmero de criaturas más antiguas y enérgicas que él. Quién sabía en qué manos estaría el Corazón cuando él se hubiera recuperado por completo. Era más que probable que fuera una fuerza que no tuviera ningún interés en permitir que Menelao la obtuviera para sí.

Beckett, aturdido, negó con un gesto. Tal vez nunca supiera si estaba libre de la influencia del Matusalén, pero se conocía lo suficientemente bien. Otros competirían por el control del Corazón de Osiris. Entre tanto, él tejería su propio futuro.

—Mi marido —inició Newa Ghandour—, tu padre, me atrajo hacia el Culto del Disco Solar cuando no era más que una jovencita. Si no hubiera sido por ti, es muy probable que siguiera formando parte de él.

—¿Por mí? ¿Qué? ¿Por qué? —Thea estaba teniendo problemas para asimilar lo que su madre estaba explicando y tenía la sospecha de que aquello no era más que la punta del iceberg.

—Yo era una mujer joven y muy confusa cuando conocí a tu padre. Él era un hombre atractivo, misterioso y cosmopolita. Me vi atraída a él y también hacia la vida que llevaba. Al principio, los Aton-u no eran más que una diversión, un aspecto oscuro y seductor de nuestra cultura pasada. Pero pronto empezó a tener una gran importancia en mi vida. Al poco, olvidé las consignas del Islam a favor de la herejía de Akenatón. No hubo nada terriblemente siniestro en aquella época. De hecho, la palabra más acertada sería «patética». Creímos ser testigos de secretos arcanos, pero tengo la sospecha de que todas esas visiones fueron producto de las drogas que nos procuraba el sumo sacerdote. Esto continuó durante... la verdad es que no lo sé. Y, de repente, me quedé embarazada —A medida que hablaba, su cuerpo había ido encogiéndose por la vergüenza. Golpeteaba rítmicamente con las uñas sobre la cerámica china de la taza. No obstante, cuando habló de su embarazo, recobró la energía. Newa miró a su hija con ojos brillantes bañados por la tristeza—. Cuando tú naciste... ¡Mi hija, una nueva vida en mis manos! Me di cuenta de que no eran más que un puñado de idiotas jugando a ser misteriosos. Y yo no era mucho mejor que ellos. Un hombre encantador y carismático me había seducido y apartado de mi fe en Alá; me había separado de la cordura para que formara parte de su locura.

Thea percibió la mirada intensa de Jake; una rápida ojeada reveló que tenía el ceño fruncido y los ojos atentos mientras asimilaba la información. En el otro extremo de la mesa, Margie jugaba con la taza de cerámica china. Parecía estar aburriéndose.

—Hay algo que no entiendo. ¿Fue mi padre el que te metió en esto? ¿Y qué sentido tiene que un soldado americano esté relacionado con un culto egipcio?

Newa negó con un gesto.

—También te mentí en eso. Tu padre era cairino, como yo. Lo abandoné allí cuando te saqué de Egipto.

—¡¿Cómo?! —Thea estaba cerca de perder el control. En cinco minutos había descubierto que todo su pasado era mentira—. ¿Qué me *sacaste* de Egipto? Yo nací *aquí*. Ese templo está en el centro de la ciudad. ¿De qué demonios me estás hablando?

Una vez más, los ojos tristes la contemplaron.

—No supe que había un templo del culto en Chicago hasta varios años después de que nos asentáramos aquí. Al que pertenecía tu padre estaba en Egipto. Y tú... tú naciste allí.

—¿Qué... qué demonios?! —Thea aspiró profundamente, mientras trataba de no perder la compostura—. ¿Qué es lo que me estás diciendo? ¿Qué todo en lo que yo he creído era una jodida *mentira*? ¿Qué...?

—¡Sé más respetuosa! —El tono conmocionado, iracundo y avergonzado de Newa habría hecho sentir incómodo hasta a un santo. Su puño se estrelló contra la mesa con tal fuerza que las tazas saltaron, vertiendo café tibio en sus pequeños platitos. Newa Ghandour no era proclive a las demostraciones de fuerza, lo que hacía que su reacción fuera aún más inesperada—. ¡¿Cómo te atreves a venir a mi casa y hablarme de esa manera?! —

Madre e hija se pusieron a vociferarse. Más de veinte años de agravios ocultos se expresaron a voz en grito en un instante. Una voz fuerte y angustiada se elevó sobre la cacofonía.

—¡Parad! ¡Parad ya!

Thea se giró para ver cómo Margie se levantaba de su silla con tanta violencia que la volcó. Temblaba como un potro recién nacido, las lágrimas surcando sus rollizas mejillas.

—¡Ya está bien! —gritó—. ¡Dejadlo ya!

Salió de la habitación antes de que alguno pudiera responder. Jake se levantó un minuto después.

—Voy a ver qué tal está —dijo.

Pese a seguir preocupada por su bienestar, Thea estaba encantada por la explosión de Margie. Aquellas eran las primeras palabras que su amiga había mencionado desde hacía semanas. Por vez primera, Margie parecía volver a ser ella misma. Aún estaba traumatizada, pero su mente había dejado de vagar a la deriva.

En la tregua que siguió, Newa Ghandour habló en un tono más calmado.

—No estoy diciendo que esté completamente segura de haber escogido bien. Entiendo que estés furiosa, Thea, pero eso no te da derecho a emplear ese lenguaje.

Thea asintió. Quería ver a Margie y asegurarse de que su mente no regresaba a donde quiera que hubiera estado los últimos días. Pero tendría que esperar; todavía tenía que descubrir algunos secretos siniestros. Jake tendría que arreglárselas solo con Margie. Contaba con una buenísima habilidad para consolar a los demás y probablemente se sentiría aliviado de no tener que presenciar los altercados entre ella y su madre. Teniendo más cuidado con lo que decía, Thea inquirió:

—Es que no lo entiendo. ¿Por qué me has mentado? ¿Qué sentido tenía que me dijeras que mi padre era un militar?

—Conocí a un soldado después de huir del templo contigo. Nos sentimos atraídos el uno por el otro y vinimos juntos a América. Aquí nos casamos. —El dolor asomó de nuevo por el rostro de Newa—. Pero cambió. Se volvió agresivo y no estaba por la

labor de tolerar que alguien nos impusiera su voluntad.

—Mamá, te prometo... Y yo creía que tenía un gusto pésimo para los hombres. ¿Primero te enamoras de un chiflado sectario y luego de uno que te maltrata? ¿Cómo pudiste ser tan obtusa?

La mirada de Newa se iluminó por el enojo, pero no reprendió a su hija.

—Tu padre era peligrosamente carismático y yo era muy impresionable en aquel tiempo. El soldado... era diferente. Al principio no era así.

—Supongo que por eso nunca me dijiste su nombre. Aunque, en realidad, debería decir *sus* nombres —musitó Thea al evocar sus recuerdos. Había algo en el titubeo de su madre que la hacía sospechar. Debía existir una razón concreta por la que Newa decidió contarle que su padre era un soldado americano—. Fue un embarazo, ¿verdad? Te quedaste embarazada de él y por eso os casasteis. Pero algo le sucedió al bebé y eso cambió vuestra relación. ¿No es así?

—Eres una periodista perspicaz, Thea. —Newa se frotó la nuca—. Sí, tuve un bebé, otra niña, después de que nos mudáramos a los Estados Unidos. Fue un embarazo complicado y ella nació prematura. No pudo sobrevivir y eso lo hundió... Ésa es la razón por la que lo abandoné.

—No recuerdo nada de eso.

—Tenías poco más de un año; catorce meses. Y yo... no fui capaz de hablarte de ello cuando creciste.

Una incógnita reverberó en su mente.

—Espera; ¿cómo es posible que tenga un certificado de nacimiento americano, si nací en Egipto?

La agonía pesaba sobre Newa con mayor intensidad.

—Tú... Yo utilicé...

El terrible descubrimiento sobrecogió a Thea.

—¿Utilizaste el certificado de nacimiento de tu otra hija? ¿He tenido el certificado de mi hermana muerta todo este tiempo! ¿Me has contado *alguna* verdad?

Thea no aguardó una respuesta y salió corriendo del comedor.

Encontró a Jake en la puerta del cuarto de baño del segundo piso.

—Margie está dentro llorando —le informó—. Hemos estado hablando un rato pero no me deja entrar.

—¿Qué tal está?

—Bastante traumatizada, lo que no es de extrañar si tenemos en cuenta todo lo que ha sucedido. Pero no creo que... bueno, ya sabes...

Thea asintió. Margie no era de las que tenían en cuenta la posibilidad de suicidarse. Llamó a la puerta.

—¿Margie? Soy Thea, ¿puedo entrar?

Un murmullo lagrimoso emergió del otro lado.

—Si estás intentando mandarme a la mierda, no puedo oírte, cariño —dijo Thea—. Abre la puerta para que al menos puedas gritarme en la cara, ¿eh?

Después de unos segundos, escucharon el sonido de un cerrojo descorriéndose y la puerta se abrió una rendija.

—Yo me encargaré —susurró Thea a Jake, antes de entrar.

El servicio constaba de un lavabo, un sanitario y una ducha con mamparas de cristal deslustrado. Margie estaba sentada encima de la tapa del retrete, con medio rollo de papel higiénico, que usaba para limpiarse la cara, entre las manos. Percatándose de que su amiga se encogía protegiéndose de la puerta abierta, Thea la cerró y se sentó en el suelo. Su postura era similar a la de un indio, con las piernas cruzadas y la espalda contra las mamparas de la ducha. Sonrió a Margie disculpándose.

—Siento toda esta locura, Margie. No tienes idea de *cuánto* lo lamento. Ha sido todo por mi culpa.

—Sí, lo ha sido —corroboró ella, bufando sarcástica mientras se sonaba la nariz—. Me siento como si estuviera atrapada en una película y es muy desagradable.

Thea asintió. También ella se sentía así a menudo.

—¿Cómo te encuentras? Me has tenido aterrada.

—¡Genial! Porque, gracias a ti, yo también he estado aterrorizada y cabreada. Estoy todo lo bien que puedo teniendo en cuenta que esto es una pesadilla. —Margie la miró con ojos enrojecidos—. Sencillamente no lo entiendo, Thea. No entiendo de qué va todo esto. ¿Por qué yo? ¿Por qué tú? ¿Por qué ha sucedido esto? ¿Y ahora tu madre? ¿Acaso tiene todo que ver con tu familia?

—Ojalá pudiera decírtelo, cielo. Yo sé tan poco como tú. —Thea cogió las manos de Margie entre las suyas y la miró con seriedad—. No tengo idea de qué va todo esto. La única cosa que sé es por qué han ido a por ti y la respuesta es: porque querían llegar hasta mí.

—Pues qué suerte tengo.

Thea estrechó sus manos.

—Lo sé y lo siento. Hice todo lo que pude para protegerte.

Margie retiró las manos y se sonó la nariz.

—Pareces tu madre.

Eso le otorgó a Thea una idea de cómo se sentía Margie hacia ella en ese momento y de cómo podría estar sintiéndose su madre. Tenían que asimilar mucho, quizá demasiado para mantener su relación intacta. Thea se sentía terriblemente mal de que su amiga hubiera sido capturada por los vampiros, pero sabía que hizo todo lo que pudo para mantenerla al margen. Y si le hubiera contado la verdad, Margie habría pensado que Thea había perdido la cabeza. Sólo al convertirse en un testigo de la realidad, podría comprender la indiscutible importancia de todo aquello. *Sí, y mira a dónde nos ha conducido.*

—Tienes razón, cariño. La he fastidiado. No sé qué puedo hacer para solventar las

cosas, pero haré lo que me pidas.

—¿Puedes darle marcha atrás al tiempo? ¿No? Entonces déjame sola durante un rato, ¿vale?

Thea no se sentía con ánimos para volver a hablar con su madre, así que se metió en su antigua habitación. Newa Ghandour la había convertido en una segunda habitación para invitados después de que ella se hubiera emancipado hacía unos años. Aparte de las conocidas dimensiones de la habitación, el lugar carecía de cualquier detalle familiar. Teniendo en cuenta que sus cosas ya no eran más que un montón de basura destrozada, Thea tendría que acostumbrarse a la frialdad de lo desconocido.

La situación era completamente desastrosa; ya no cabía la esperanza de que algo fuera a ser normal. Y eso no era lo peor. Thea estaba acostumbrada a que su vida se saliera de lo corriente; y las presentes circunstancias podían contemplarse como el extremo más radical del espectro. Tumbada en la cama a oscuras, oyendo el sonido del tráfico lejano en Lakeshore Drive, se dio cuenta de que lo que más la incomodaba era no saber qué podía pasar a continuación.

Ella no era el tipo de persona a la que le agradaba ceñirse a los planes más detallados. Aún así, durante la mayor parte de su vida había estado bastante segura de sí, sabiendo casi inconscientemente el próximo paso a seguir. Los poderes que había desarrollado en la cacería eran el cénit de esta confianza. A pesar de todo, había disfrutado de la capacidad de mirar de forma objetiva su vida y planear los próximos movimientos. Así había sido hasta ahora.

Muchas de las personas cercanas a ella estaban muriendo y otras siendo manipuladas por fuerzas más allá de su control. Su pasado era una mentira y su madre una desconocida. No había nada a lo que pudiera agarrarse, nada que le sirviera como un ancla, ninguna posición ventajosa desde la que pudiera darle un sentido a lo demás.

Se dejó llevar por sus pensamientos durante un tiempo indefinido. Después de un rato, se quedó medio dormida. Una voz suave la despertó.

—¿Thea? ¿Estás aquí?

—Humm, hola Jake, ¿qué ocurre?

—Estaba empezando a preguntarme qué te había ocurrido. —Una silueta, proyectada por el refulgir distante de las farolas de la calle, tanteó su camino hacia la silla situada junto a la mesa del escritorio—. Debes de haberte quedado dormida.

—Sí, eso parece. ¿Qué hora es? —El reloj alarma estaba dispuesto de tal manera que lo único que ella podía ver desde su ubicación era una serie de líneas verticales rojas.

—Poco más de las once.

Thea se incorporó sobresaltada.

—¿Tan tarde? Deberíamos irnos, tenemos que encontrar un sitio en el que

escondernos.

—De hecho, ésa es una de las razones por las que he venido a hablar contigo. — Jake parecía estar nervioso, pero era difícil de asegurar en aquella oscuridad—. Tu madre me ha dicho que podemos quedarnos si queremos.

—¿Cómo? Espera un momento. —Thea se deslizó por uno de los laterales de la cama y tanteó hasta encontrar el interruptor de la lámpara. La luz cálida alumbró a Jake que parecía estar levemente avergonzado.

—Después de estar sentados durante un rato, sintiéndonos bastante incómodos, empezamos a hablar. Pensé que lo mejor era darle algún tipo de explicación sobre lo que está pasando. Y, además, quería entender lo que nos había estado relatando antes. En fin, cuando hubimos acabado, nos ofreció pasar aquí la noche.

Thea le miró con tosquedad.

—¿De qué habéis hablado exactamente?

—¡Eh! No pagues tu enojo conmigo. Sólo estaba tratando de conocer mejor a tu familia. Mira, ella sabe que sus mentiras han ido en detrimento de vuestra relación.

El dolor penetró en su alma como lava atravesando una brecha en la tierra.

—¿Acaso entiendes lo que *hizo*, Jake? Quiero decir...

—Sí, me hago a la idea. Tu madre se vio atraída hacia algún tipo de culto, pero se percató de su error cuando dio a luz a su hija. Así que hizo las maletas y se largó, enamorándose del primer tío con el que se cruzó y que pensó podría protegerla. Quedó prendada de forma emocional. Viajan a América; es una buena oportunidad para que ella y su hija comiencen una nueva vida. Entonces se queda embarazada por segunda vez, pero en ésta ocasión la pequeña no sobrevive y su marido se transforma en un cerdo de cuidado. De forma que, si no puede confiar en que otra persona la proteja a ella y a su hija, lo hará ella misma. Abandona al tipo y se lleva a la niña. Vuelve a empezar, tratando de dejar el pasado atrás y decide inventarse una historia para mantener apartada a su hija de los errores que ella había cometido. —Calló, encogiéndose de hombros ante la mirada atenta de Thea—. ¿Debería haberte contado la verdad? No lo sé; quizá sí. Por lo menos, en algún momento. ¿Entiendo yo por qué no lo hizo? Desde luego. No la estoy excusando por lo que hizo, Thea. Sólo trato de situar lo acontecido en su debido contexto.

La mujer se restregó los ojos y trató de ponerse en el lugar de su madre sin demasiado éxito.

—Es una locura sin sentido.

—Casi como cazar monstruos, ¿eh? Creo que tiene mucho valor el que narrara su historia delante de unos extraños. Tal vez me arriesgo a que me cortes la cabeza, pero me atrevería a decir que tu madre te quiere. —Jake se santiguó—. ¡Jesús, deja de mirarme con esa cara!

Thea bufó.

—No esperes que vaya a perdonarla de buenas a primeras; aún tiene muchas respuestas que darme.

—Eso es algo que tenéis que solventar vosotras —señaló Jake, encogiéndose otra vez de hombros—. Escucha, ya sé que hablar de esto no es lo que más te apetece en este momento, pero deberíamos repasar algunas cosas que podrían ayudarte a decidir sobre la conveniencia de quedarnos aquí. En mi opinión, creo que sería lo mejor para ti y para Margie.

—Muy bien, ¿cuáles? —inquirió ella, suspirando.

—Parece que todo lo que vivió tu madre fue producto de la mala suerte y unos equívocos bastante absurdos. Después de hablar con ella un rato, no me dijo nada que me hiciera pensar que había tenido contacto con algo sobrenatural. Creo que los sectarios a los que conocía en El Cairo eran una panda de charlatanes. La hice creer que nuestra experiencia con el templo en Chicago era algo parecido. No estoy seguro de si me creyó cuando le dije que no sabíamos nada de la pelea, pero estoy casi convencido de que sí lo ha hecho cuando le he comentado que no teníamos nada que ver. Me ha explicado que creía la versión que se ha difundido en los medios de comunicación, es decir, que el ataque fue racista y a favor de la supremacía de los blancos. Y yo no he dicho nada que pudiera rebatir esa afirmación.

—Lo que viene a ser tu manera diplomática de decirme que mamá no es algún tipo de espía de los podridos y que no nos traicionará a las primeras de cambio.

Jake murmuró una afirmación aturdido.

Thea se tumbó a lo ancho de la cama, tratando de poner en orden sus pensamientos.

—Bien, entonces creo que podremos quedarnos aquí. Por lo menos esta noche.

—He hablado con Margie también. Ya ha salido del baño; parece estar bien. Bueno, mejor. En un estado similar a cuando la conocí en el hospital hace unas semanas, ya sabes, cuando estuviste ingresada. —Sus labios se apretaron formando una línea delgada—. Aún está conmocionada por lo ocurrido, pero dudo que vuelva a recaer en el estado de fuga. A pesar de todos los gritos y los conflictos, creo que le está haciendo bien estar aquí.

Rodando hasta quedarse de costado, Thea apoyó la cabeza en la mano para mirar a Jake. El movimiento tensó su abdomen y despertó la molestia de su herida. No era exactamente doloroso, sino tirante. Al parecer estaba cicatrizando sin problemas.

—Tenemos que hablar con ella, asegurarnos de que está bien y averiguar qué vio.

—Traté de averiguar lo que le ocurrió cuando... bueno, cuando la tenían retenida.

—¿Y?

Jake comprimió sus labios y exhaló.

—Lo que me ha contado es muy vago. Como si hubiera estado drogada o soñando. Sabía que estaba en peligro y recuerda que la estuvimos protegiendo. Pero nada que nos pueda ayudar.

—Si no está peor de lo que me cuentas, eso ya es más que suficiente —dijo Thea con una sonrisa fugaz en la boca—. ¿Crees que no recuerda apenas nada porque los vampiros la dominaron mentalmente?

—Puede que se trate de un mecanismo de defensa suyo. Ya sabes, una forma de combatir el trauma.

—Bueno, como no quiero que se sienta mal, prefiero no obligarla a que nos cuente los detalles. Lo que menos necesita Margie es que la metamos más en esto.

Jake parecía estar en desacuerdo. Desechó sus pensamientos con un gesto de la mano.

—Sí, te entiendo. Me gustaría saber si recuerda o podría recordar algo que nos fuera de ayuda, pero quién sabe lo que podría ocurrir si la presionamos con eso.

—Bien. ¿Entonces crees que el bueno de Earl se tragó la historia de que Margie está muerta?

—Lo creo muy posible. Fuiste bastante convincente. —Cuando Thea continuó mirándolo expectante, Jake se echó a reír—. Supongo que te estarás preguntando si creo que eso nos ayudará, ¿no es así?

—Su suposición es acertada, caballero.

Jake adoptó una actitud pensativa.

—Basándome en lo que he visto de los hábitos de los podridos en estos últimos años, casi podría asegurar que sí. El conflicto principal lo tienen con nosotros; ella quedó atrapada en medio. No creo que se molesten en comprobar la veracidad de la historia puesto que aún tienen que darnos caza a nosotros. El que la sedujo podría haberlo hecho, pero fue destruido.

—Que le jodan, se lo merecía.

—Quizá el problema sea Margie. Quiero decir, ¿será ella capaz de volver a la normalidad?

Thea también había estado preocupada por ello, de hecho, pese a las increíbles revelaciones de su madre, no había podido dejar de pensar en eso.

—¿Y?

—No lo sé —dijo, encogiéndose de hombros—. La pregunta es, además de si será capaz de recuperarse por completo, si habrá alguien esperando a que ella regrese.

—Sí, menuda mierda. Tiene que haber algo que podamos hacer. No se merece que su vida quede destruida por esto.

—Estoy de acuerdo. Comprobaré la hunter-net para ver si alguien contribuye con algo de información útil. La otra posibilidad es que demos caza a la vampira que huyó, ¿cómo se llamaba? ¿Silvia? A ella y a todos los miembros de su grupo, cabala o como se hagan llamar sus compañeros.

—Me parece bien. Maldita zorra.

Una de las comisuras de los labios de Jake, se ensanchó dibujando una media sonrisa.

—¿Sabes una cosa, Thea? Dices un montón de tacos.

Río sorprendida.

—¿De veras? Sí, supongo que sí. Probablemente podríamos sumar esa costumbre a las otras muchas que he desarrollado para rebelarme contra mi madre a lo largo de

los años.

—No es tan grave; me he empezado a dar cuenta ahora que pasamos más tiempo juntos.

—Ya, bueno, pero no creo que deje de hacerlo sólo porque lo hayas sacado a colación, mojigato.

Thea pasó la noche inquieta. No logró conciliar el sueño más que unos pocos minutos cada vez. El contenido de la conversación con su madre había sido completamente inesperado. Por ende, era muy posible que, por sus andanzas, la vida de Margie hubiera quedado arruinada.

Se tambaleó hasta la cocina pasadas las diez. Encontró allí a Margie y a Jake conversando y degustando un cuenco de copos de avena, zumo y café.

—Buenos días —dijo, sin saludar a alguien en particular. Jake murmuró una contestación, mientras que Margie bebía su zumo de naranja.

—Tu madre se fue a comprar hace un rato —explicó Jake—. Creo que no se sentía muy cómoda con nosotros por aquí esta mañana.

—Sí, ya lo suponía —corroboró Thea, preparándose un cuenco de cereales y un café—. Ésa es la razón por la que no he bajado hasta ahora. He esperado hasta oír la puerta del garaje abriéndose.

Cogió su desayuno y lo dejó sobre la mesa de la cocina, tomando asiento al otro extremo de Margie, con Jake a su izquierda. Thea había decidido que la única manera de recuperar su amistad con ella tendría que ser hablando lo más franca y honestamente posible. *No encontraré un momento mejor que éste*. Sin preámbulos, dijo:

—Margie, quiero disculparme por todo lo que has tenido que sufrir. Merecías saber la verdad desde el principio, sin importar cuan absurda pudiera parecer. Entiendo que decir «lo siento» no es una compensación suficiente para lo ocurrido. Para ser honesta, la verdad es que dudo que exista algo que yo pueda decir y que te resarza. Pero, a partir de este momento, voy a dedicarme a hacer todo lo posible por devolverte tu antigua vida.

Thea tembló por el esfuerzo de mirarla directamente a los ojos, mientras hablaba con voz calma y razonable. No contaba con la fuerza de voluntad necesaria para quedarse quieta sentada y esperar una respuesta de su amiga, de forma que llenó la cuchara de cereal, se la metió en la boca y regó el alimento con un buen sorbo de café. Cuando volvió a mirarla, Margie estaba sentada en la misma posición, con el vaso de zumo a medio camino entre la mesa y sus labios. Thea intuyó a Jake mirando alternativamente de la una a la otra.

Después de lo que pareció una eternidad, Margie se movió, bebió un sorbo y se aclaró la garganta.

—He estado reflexionando desde... desde aquella noche. No recuerdo todo lo que

sucedió, pero tampoco puedo negar lo que ha ocurrido. Jake me ha estado ayudando a recordar algunos detalles... No es que el entenderlo lo haga más verosímil. Supongo que ya sé lo suficiente como para no querer tener nada que ver con ello. Pero no pienso sentarme y lamentarme. Tienes razón al decir que disculparte no hará que esto desaparezca. Aún estoy muy cabreada contigo, pero no puedo echarle la culpa de todo.

Thea la miró sonriendo y se inclinó sobre su café hasta tener un control aceptable de sus emociones. No estaban siquiera cerca de la normalidad, pero esto ya era un comienzo. El saber que Margie quería arreglar las cosas, no sólo el caos que habían contagiado los no muertos a su vida, sino también su amistad, hizo que Thea respirara aliviada. Margie era la que más próxima estaba a ella y perder su amistad la destruiría.

—Una cosa menos.

—¿De qué estás hablando?

—Estaba pensando. Si te encuentras mejor y no quieres arrancarme la cabeza, Margie, quizá fuera mejor que buscáramos un nuevo escondite donde planear nuestro próximo movimiento.

—Oh, dios mío —respondió Margie—, yo no puedo hacer... lo que hacéis vosotros. Sólo aspiro a la normalidad.

—Ya lo sé, Margie —confirmó Thea, mientras Jake asentía—. Puedes creer que nosotros también. Pero no estoy diciendo que vayas a tener que huir por todo el país como *El Fugitivo*. Sólo digo que este lugar no es ni remotamente acogedor después de los proyectiles que lanzó anoche mi madre. Sólo puedo imaginar lo incómodo que debe resultaros a vosotros dos.

—Espera —interrumpió Jake cuando Margie se disponía a hablar—, no es que éste sea mi refugio ideal, pero ¿no preferirías quedarte aquí y tratar de arreglar la situación con tu madre?

Thea suspiró.

—No estoy segura. Bueno, sí, tal vez, bueno, probablemente, pero no en este momento. Están ocurriendo demasiadas cosas. Tratar de solucionar la relación con mi madre sería proverbialmente como la gota que colma el vaso. Además, ya he jodido la vida de Margie y no quisiera hacerlo con la de mi madre también.

Asintieron a su decisión. En el silencio que siguió, Thea terminó su cuenco de cereales y su café. Cuando volvió a sentarse, Margie preguntó:

—¿Hay alguna razón por la que no pueda regresar a casa? No me refiero al apartamento, por lo menos no ahora, sino al hogar de mis padres. Y a la universidad. Necesito volver a trabajar en mis experimentos.

Thea miró a Jake, que se encogió de hombros.

—Me preguntó antes y creo que estaría bien. Basándome en lo que me ha contado y en la ruina en la que ha quedado vuestro apartamento, yo diría que Graham destrozó todo porque estaba cabreado contigo. No parece que estuvieran

registrándolo para encontrar algo concreto. La cartera y objetos personales de Margie estaban todavía en su habitación, así que dudo que sepan dónde viven sus padres o que sea una estudiante graduada. Y si creen que está muerta, bueno...

—Sí, eso tiene sentido. Podríamos llevarte a casa de tus padres, en lugar de arrastrarte con nosotros. —Thea sonrió arrepentida—. Supongo que me pone nerviosa no tenerte a la vista. Quiero estar segura de que estarás protegida.

—No soy ninguna niña, Thea; creo que podré cuidar de mí misma.

—No estoy diciendo que no puedas hacerlo. Ésta es una situación diferente. Los problemas saltarán sobre ti sin mediar palabra.

Antes de que Margie pudiera contestar, Jake intervino:

—Eso nos lleva a otro punto, Thea, sobre ti y tu vida aquí.

—¿Te refieres a si seré capaz de brindarle algo de normalidad a mi situación? —Restregó la yema del dedo índice contra un arañazo en la mesa—. Bueno, nuestras caras no han salido en todos los telediarios, de forma que podría intentar regresar a la rutina diaria. Pero la verdad es que mi vida, por lo menos en Chicago, no tiene ningún sentido. Los podridos me quieren muerta. Lo que tiene mucho sentido, teniendo en cuenta que destruimos a esos dos vampiros, Critias y Graham, y herimos a Sylvia; quizá incluso acabáramos con ella, aunque no creo que tengamos esa suerte. No me agrada la idea de marcharme, pero quedándome sólo conseguiré poner en peligro la vida de los que amo.

—Sí, eso es lo que yo pensaba.

—¿Qué es lo que vais a hacer? —Margie apretujó los labios en un gesto de disconformidad—. ¿Vais a huir?

Jake removió con la cuchara las migas reblandecidas de cereal de su cuenco.

—Lo que haremos será atraer a los podridos, los vampiros, y asegurarnos de que *saben* que vamos a huir. No van a parar hasta cogernos. Tendremos que atraerlos fuera de sus guaridas y conseguir que algunos amigos nos ayuden a prepararles una emboscada.

—Además, así se concentrarán en capturarnos a nosotros y tú estarás a salvo, Margie. —Advirtiendo la expresión en el rostro de su amiga, Thea añadió—: Nunca dije que el plan fuera perfecto, cielo. No tenemos otra elección ahora mismo. Jake y yo tendremos que tomar la iniciativa porque si no, nos convertiremos en dianas fáciles.

—Supongo que tienes razón. —Margie negó con un gesto de la cabeza—. Toda esta situación es una locura.

—Tienes razón.

Thea quería dejar un mensaje y que salieran todos de allí antes de que su madre regresara. Sabía que Newa se había ido a hacer unas compras para brindarle esa oportunidad. Pero no; ambas habían estado eludiendo encontrarse cara a cara y

decirse la verdad durante demasiado tiempo. Tenían mucho que resolver y eso les llevaría bastante más de una tarde, pero su madre merecía que se despidiera de ella en persona.

Hicieron las maletas con sus escasas pertenencias y pasaron la siguiente media hora viendo los canales de televisión en busca de cualquier noticia sobre la Torre Sears o cualquiera de ellos. El ataque a la Torre Sears fue comentado brevemente en la CNN; no se conocían nuevos informes, las autoridades tenían la sospecha de que los asaltantes pertenecían al crimen organizado y no al terrorismo, y nada más. Al parecer, nadie había oído los disparos en su apartamento y presumiblemente Earl había sido lo bastante hábil como para liberarse y marchar sin alertar a los vecinos. Después de repasar otra vez los telediarios de todas las cadenas, Jake sugirió que se pusieran en marcha.

—No pretendo restarle importancia a lo que tienes que tratar con tu madre, pero no podemos perder todo el día esperándola aquí.

Thea asintió.

—Tienes razón. Quizá nos siente bien algo más de tiempo para reflexionar. Me aseguraré de hacerle una visita antes de que nos vayamos de la ciudad.

Jake acababa de terminar de hablar con Lupe Droin para que viniera a recogerlos, cuando la puerta del garaje retumbó, anticipando el regreso de Newa Ghandour. La madre de Thea entró en la casa cargada con una bolsa de fruta fresca y verdura, y otra con productos diversos. Saludó con un gesto de la cabeza mientras se encaminaba a la cocina, donde se encargó de guardar los alimentos. Jake y Margie no necesitaron ningún aviso para subir al piso superior a recoger sus pertenencias. Cogiendo aliento, Thea entró en la cocina.

—Hemos llamado a un taxi, mamá. Nos marcharemos en unos minutos.

Newa Ghandour se acercó al enorme fregadero de acero inoxidable, donde empezó a lavar y cortar apio.

—Muy bien —dijo con un tono suave—, ¿adonde iréis?

—Tal vez sea mejor que no lo sepas. —Esperó a que su madre la mirara—. ¿Mamá? Mira, tenemos que irnos, pero quería hablar contigo sobre, bueno... de todo.

—Me parece que para eso necesitaremos algo más de unos minutos, Thea.

—¿Qué? ¿Ahora me vienes con chistes? ¡Mamá, esto es importante!

Newa dejó el apio sobre el mostrador y se inclinó sobre el borde del fregadero un instante. Finalmente, cerró el grifo del agua y dio media vuelta. Newa estaba sonrojada, sus ojos húmedos e hinchados. Su voz permaneció tranquila al decir:

—Sí, tiene todo el aspecto de ser importante. Apenas sé algo de lo que ocurre, pero supongo que no tengo derecho a preguntar.

—¿Por lo que me contaste anoche? Quizá. Pero debo decirte que creo poder entender por qué no quisiste hablarme sobre ello. —Thea rió sin alegría—. No estoy muy segura de si no es evidente en qué estoy involucrada ahora mismo, pero preferiría que te mantuvieras al margen. Al menos hasta que la situación se estabilice.

Tú y yo somos prácticamente unas extrañas. Hay muchas cosas de las que debemos hablar para cambiar eso, y quisiera que pudiera ser en este instante. Pero...

—Ahora no es un buen momento.

—No, no lo es. Me pondré en contacto contigo pronto, y podremos intentar ponernos al día. O, al menos, ponernos de acuerdo para saber qué vamos a olvidar de lo que alguna vez sucedió. —Eso las hizo sonreír ligeramente a las dos—. Hasta entonces, necesito que me hagas un favor.

Newa Ghandour inclinó la cabeza un poco.

—¿Y qué favor es ése?

—Te pido por favor que no le digas a nadie que Margie estuvo aquí. Que la última vez que la viste fue la noche que me fuiste a recoger al hospital hace unas semanas.

—Ésa es una petición extraña, Thea. —Su rostro casi urgía una explicación.

Thea frunció el ceño.

—¿Recuerdas haber dicho que no me contaste todo aquello sobre Akenatón y mi padre porque creíste que así podrías protegerme? Esto es casi lo mismo, salvo que yo tengo la seguridad de que al hacerlo, protegeré a Margie y quizá también a ti. Pero esto es todo lo que te voy a contar por ahora.

Newa la miró impasible y luego asintió. Se aproximó a la tabla de cortar donde había dejado su cartera. Mientras revolvía en su interior, dijo:

—Si eso es lo que tengo que hacer para salvaguardar nuestra relación familiar, lo haré. A cambio tengo que pedirte un favor. Toma esto.

Thea abrió el sobre y rió atónita.

—¡Dios! Mamá... ¿Cuánto dinero hay aquí?

—Dos mil dólares. Pasé por el banco esta mañana. Nunca has sido muy diestra con las finanzas; quizá lo necesites allí donde vayas.

Thea balbució durante unos instantes, pero no pudo negar que el dinero le vendría muy bien.

—No sé qué decir... Salvo, ¿cuál es ese favor?

—Me alejé de mi familia presa de la vergüenza y la confusión. Pensé que había caído en desgracia. Sentí que no podría regresar nunca. No cometas ese error. Recuerda que siempre serás bienvenida, Thea.

Dos breves bocinazos llegaron a sus oídos desde la calle.

No es fácil determinar cuál de las dos estaba más sorprendida cuando Thea abrazó repentinamente a su madre.

—Así lo haré, mamá. Te quiero.

Thea salió corriendo de la cocina sin poder retener las lágrimas que se agolpaban en las cuencas de sus ojos. Las palabras de su madre la despidieron en aquella fría tarde de marzo:

—Que Dios sea contigo, hija mía.

Thea se sentía culpable. O, en su defecto, egoísta. Su mejor amiga estaba a salvo en casa de sus padres y había prometido pasar inadvertida durante las siguientes semanas. Pero Jake aún estaba con ella; un muchacho que apenas había salido de la adolescencia y a quien sólo conocía desde hacía un año. El chico se había unido a la brigada Van Helsing para ayudarlos a conocer más detalles de lo que cazaban. Pero el equipo había sido destruido y no parecía haber una sola razón por la que él tuviera que permanecer a su lado. Salvo quizá la lealtad que sentía hacia Thea y que, posiblemente, fuera un argumento más que suficiente como para que lo mataran. Y allí estaba, sentado ante la mesa en una habitación del Best Western motel, discutiendo con ella lo que podían hacer y comprobando sus opciones en hunter-net. Parecía no albergar la menor duda de si quedarse con ella en esa situación tan amarga. Mencionárselo no mitigaría su sentimiento de culpabilidad y conseguiría avergonzarlo a él, de forma que se guardó sus pensamientos para sí y se concentró en el plan que tenían entre manos.

Estaban de acuerdo en que la mejor opción era coger el Amtrack y salir de la ciudad. Desembarcarían en otra ciudad y tratarían de perder (aunque no de forma exhaustiva) a quien quiera que los estuviera siguiendo, comprarían dos billetes con dos horas de salida diferentes y escogerían una en el último momento. Luego, en su destino, abandonarían otra vez el tren, dejarían tras de sí un rastro que pudiera seguir incluso un ciego, hasta que llegaran al lugar que hubieran acordado anteriormente con los cazadores locales. En ese momento, harían todo lo que estuviera en su mano para despistar a sus perseguidores y se retirarían al refugio de los cazadores. Esto debería despertar el interés de los podridos lo suficiente como para que no se molestaran en asegurarse de si un testigo casual estaba o no muerto. O así lo esperaban. Thea hubiera querido que su sexto sentido pudiera determinar los riesgos exactos de su plan, pero éste era demasiado abstracto. Confiaba en recibir algunas epifanías cuando ya estuvieran en marcha.

La dificultad principal estaba en decidir a qué ciudad debían viajar y encontrar a otros cazadores que los ayudaran con tan poco tiempo para prepararse. Pese a que contaban con una red global de comunicaciones gracias a hunter-net, la mayoría de los cazadores eran sumamente celosos a la hora de revelar su identidad y sólo lo hacían en el caso de que no existiera ninguna duda. Se sabía que los monstruos habían enviado a sus lacayos a atraer a los cazadores. Estos Renfields se hacían pasar por cazadores, y aunque no eran buenos en el arte de la representación, la amenaza que encarnaban era una realidad.

Thea era afortunada por tener a Jake a su lado. Era relativamente nueva en el círculo de cazadores y su presencia en hunter-net era muy escasa. Bajo el pseudónimo de «Ratóndebiblioteca55», Jake estaba entre los primeros y más respetados usuarios de la red. La cuestión estaba ahora en decidir quién o, mejor dicho, dónde se sentirían más cómodos trabajando con otras personas. El chico se decantó finalmente por Baltimore.

—Está bien, pero espero que no tardemos demasiado en poner las cosas en funcionamiento —gruñó Thea—. Ha pasado una semana desde lo de la Torre Sears y los malvados deben de estar furiosos por no haber podido capturarnos todavía. Especialmente después de haber perdido a uno de sus matones. Apuesto a que no contamos con más de un día antes de que empiecen a mirar debajo de todas las piedras y que rastreen la ciudad de un extremo al otro para encontrarnos. Si es que no lo están haciendo ya.

—¿Qué te hace pensar eso? —Se preguntó Jake—. ¿Tu sentido arácnido?

—No, es lo que yo haría si estuviera hasta las narices de buscar a un par de granos en el culo y contara con unos cuantos recursos para atajar el problema. —El muchacho sonrió, pero Thea sabía que la sonrisa carecía de alegría. Imaginó que estaría tan cansado como lo estaba ella—. Muy bien. Ya es suficiente para mí; voy a reventar. Si los monstruos llaman a la puerta, estarás solo.

—Vale. —Jake tamborileó sus uñas sobre el costado del Compaq—. Sólo me queda por enviar un bonito mensaje críptico a la lista. Luego caeré como un tronco sobre el catre.

Habían optado por alquilar una habitación doble. Thea veía a Jake como al hermano pequeño que nunca tuvo, y aunque tenía la sospecha de que él estaba ligeramente enamorado de ella, sabía que nunca sería lo bastante torpe como para intentar algo. Cualquier tensión sexual posible moría bajo la amenaza que representaba lo sobrenatural. Alquilar habitaciones individuales era pedir a gritos que viniera un no muerto a aniquilarlos uno a uno. Thea se detuvo antes de llegar al baño; un recuerdo que había intentado suprimir de su memoria, pugnaba por emerger a la superficie. Desde que habían empezado a hablar de otros cazadores, había tenido visiones de un cuerpo con los miembros dislocados en ángulos imposibles. El recuerdo era ahora más intenso y, en lugar de ver el baño del motel, tenía la sensación de estar frente a la oscura recámara de un templo y que un hombre, embutido en un traje sanguinolento de color azabache, yacía frente a ella, su vida siéndole arrebatada con una premura inconcebible. Thea no estaba segura de cuánto había estado allí de pie antes de regresar al presente. Parpadeando para deshacerse de las lágrimas, se alejó del baño.

—¿Qué hay de Carpenter?

Jake se sacudió como si le hubieran grabado al fuego una marca de ganadería en el colon. Lanzó una mirada con los ojos como platos por encima de su hombro y exclamó con brusquedad:

—¡Jesús, Thea! ¡Me has dado un susto de muerte!

Thea se acercó y reclinó sobre el borde de la mesa.

—¿Y bien?

—¿Te refieres a por qué no hemos ido tras él durante este tiempo? —preguntó Jake, frotándose los brazos en un intento de quemar el subidón de adrenalina.

—Eso es. Y ahora estamos planeando abandonar la ciudad, sin haber hecho nada

por encontrarlo.

—Estaba preguntándome cuándo sacarías eso a colación.

—¿Sí? ¿Y cómo es que *tú* no lo has hecho?

Jake la sonrió sin humor.

—Porque no me apetece suicidarme. —Thea ya estaba a punto de responder, cuando Jake la contuvo—. Escúchame. Ir detrás de Carpenter ahora no sería parte de la caza; sería por venganza. Trataríamos de acabar con él por lo que les hizo a Romeo y Lilly... y, por tanto, a Parker y Dean. Maldita sea, quizá incluso estuviera detrás de las muertes de Carl y Wayne, como pensaba Parker.

—¿Qué hay de malo en una pequeña venganza? No olvides que ese hijo de puta mató a dios sabe cuántos miembros de la familia Sforza. Y éstos son sólo los casos que *sabemos* con seguridad.

—Si hay alguien encabezando mi lista de «se lo merece», ése es Maxwell Carpenter. —Empujó la silla hacia atrás y cruzó los brazos como si estuviera a punto de iniciar una conferencia—. Tú me conoces, Thea. Creo que hay algo que merece la pena salvar en cada una de las cosas a las que nos enfrentamos. Destruirlas puede ser necesario, pero sólo cuando no tenemos más remedio. Pero dejemos eso a un lado por el momento. Pese a todas las cosas horribles que ha hecho Maxwell Carpenter, no creo que sus motivos fueran perversos. Posiblemente no sean muy diferentes de la razón por la que tú quieres cortarlo en pedacitos.

—Oh. ¿No estarás comparándonos a los dos?

—Sí, así es. Ya lo sabes, Thea. Es más sencillo dejarse llevar por el dolor y la rabia que intentar encontrarle una explicación a lo que está ocurriendo. Carpenter es así porque tuvo una vida muy difícil y una muerte horrible. Todos esos años estando muerto lo han convertido en un ser retorcido. Fija te en lo que sientes y multiplícalo por un millón y quizá así comprendas en qué punto está él. Soy perfectamente consciente de por qué debe ser destruido, no por ser un monstruo, sino para que deje ya de sufrir.

—Venga, Jake —suplicó Thea—. Estoy de acuerdo en que no todas esas criaturas son malas hasta la médula, pero *algunas* sí. La maldad existe y su nombre es Maxwell Carpenter. Tal vez empezara siendo un pobre mafioso traicionado, pero ha estado comiendo mantequilla de cacahuete y bocadillos de malvado el doble de tiempo de lo que nosotros llevamos vivos. Hemos visto de primera mano que todo cuanto toca está corrupto de alguna manera. El resto de nuestro equipo está muerto, mi vida está arruinada y, posiblemente, también la de Margie. ¡Y ni siquiera iba a por nosotros! Sólo éramos herramientas para alcanzar un fin. ¡Haz el favor de quitarte ese velo rosa de los ojos y míralo bien! No hay un solo milímetro de ese bastardo que merezca ser salvado.

Thea no había querido arremeter contra Jake. Pero esas presunciones optimistas del tipo de «el vaso está siempre medio lleno», iban a conseguir matarlo algún día.

—Está bien, Thea; vale. —Se frotó la cara y mostró algo más de compostura que

ella—. He tratado esta cuestión otras veces con algunas personas. No es nada nuevo y tampoco resolveremos el asunto gritándonos el uno al otro. De cualquier forma, esto está fuera del meollo. ¿Quieres saber por qué no mencioné la posibilidad de ir tras él? Porque debe estar escondido en alguna parte de Chicago. Aquí mismo, en una ciudad atestada de vampiros a los que les encantaría ponemos las manos encima. No podemos seguir cazando como si nada hubiera ocurrido. Estamos en desventaja. Lo inteligente es retirarse y reagruparse. Vivir para poder seguir luchando, ¿no crees?

—Siempre que puedas convivir contigo mismo en el proceso, Jake —respondió con brusquedad, mientras se encaminaba hacia el baño.

Cerró la puerta de un portazo, ahogando cualquier posible contestación que él hubiera dado. Thea dejó correr el agua caliente, poniéndola al máximo y se desvistió con una serie de movimientos rudos y furibundos. Quemándose la piel bajo el agua intentó, sin éxito, dejar su mente en blanco; relajarse.

Thea tenía que reconocer que los conocimientos de Jake la habían salvado de morir en manos de algunos chupasangres. Pero no importaba qué argumentos diera éste sobre Carpenter, ella sabía la verdad. Maxwell era un monstruo en el sentido más estricto de la palabra. Una entidad corrupta que había despedazado su vida desde la raíz. Y todavía estaba ahí fuera, haciendo dios sabía qué.

Los motores diesel estaban reduciendo la velocidad. No mucho, mas el sonido era inconfundible. Carpenter había estado escuchando el zumbido constante de los motores lo suficiente como para darse cuenta de las variaciones más insignificantes. Detuvo la cacería de ratas, dudando de si debía subir a la cubierta y hacerse una idea de la tierra a la que se aproximaban. Quizá lo mejor fuera quedarse donde estaba. Si en la llegada a Nueva York se siguió la pauta general, el barco tardaría horas en acercarse lo bastante al puerto. Además, éste era el momento en el que la tripulación estaba más activa, haciendo los preparativos para atracar en tierra. Ya estaban lo suficientemente nerviosos por la travesía, sin que además él apareciera por la cubierta empleando su terror mental.

Tenían razones para estar asustados. La reyerta que había pugnado a la salida del puerto de Nueva York había dejado las más extrañas evidencias: salpicaduras de sangre, jirones de tela, ratas muertas, una barandilla quebrada, etc., pero nada con lo que hacerse una idea de qué había causado ese desastre. La tripulación se había negado a bajar a los contenedores hasta la mañana siguiente. Se habían contentado con barrer el área con el haz de luz, detectando pequeños bultos negros en varios de los tanques más apartados. Al parecer, ninguno de ellos sentía tanta curiosidad como para aventurarse sobre las cimas de los contenedores y comprobar personalmente de qué se trataba. Cuando vieron la sangre, ya habían transcurrido doce horas desde que partieran de Nueva York. Teniendo en cuenta que no encontraron ningún cuerpo (al menos no uno humano; aunque sí muchas ratas muertas...), la tripulación decidió ignorar lo funesto de las pruebas y ceñirse a sus planes de navegación. Las personas eran grandes expertas en idear explicaciones racionales para los más inusitados acontecimientos. Carpenter lo había vivido a menudo. Lo más probable es que el capitán hubiera reunido a toda la tripulación y, una vez convencido de que no faltaba nadie, prosiguiera con sus tareas de manera habitual. Un rápido manguerazo y soldadura del contenedor dañado, y no quedó nada que pudiera hacer sentir incómodos a los marineros; exceptuando el remiendo metálico.

Salvo que «ojos que no ven, corazón que no siente» no siempre es eficaz cuando se refiere a la tripulación de un barco; hay poco que hacer en una travesía tan larga, además de hablar. Carpenter imaginaba que el misterio que había dejado tras él en la cubierta de popa, se había convertido en el tema de conversación más recurrente. La tripulación tenía la sospecha de que en el *North Llorca* no todo estaba bien, pero nadie se atrevía a registrar el barco de arriba abajo por si había un asesino o algo mucho peor a bordo. Y a Carpenter no le importaba. Necesitaba un lugar silencioso donde poder recuperarse y no estaba en disposición de moverse si algún miembro de la tripulación, extremadamente curioso, decidía registrar el barco.

Puesto que carecían de cualquier causa tangible que explicara el enigma y, para ser honestos, tampoco contaban con el interés necesario para hallar la solución, la tripulación culpó de todo a las ratas. Carpenter sabía que los cadáveres de las ratas era algo que debía al maldito vampiro, aunque explicarlo no ayudaría a la marinería a dormir mejor. El detalle fundamental es que la tripulación había limitado sus movimientos a las zonas comunes del puente central y la sala de motores, porque tenían la esperanza de no encontrarse de pronto con las ratas rabiosas que correteaban por el barco y que, sin duda, atacarían a cualquiera que se cruzara en su camino. Y esto le traía sin cuidado. No le convenía que alguien se tropezara con él y no sólo porque fuera un polizón. Nunca ganaría un concurso de belleza con el aspecto que tenía ahora. Su segundo mono y jersey de lana cubrían la mayoría de las heridas, pero la piel de su rostro estaba sembrada por una serie de feos surcos y desgarrones provocados por las acometidas del vampiro.

El vampiro, que se hacía llamar Beckett, realmente había conseguido hacer de él un esperpento picasiano. Tenía que reconocer que se trataba de un hijo de puta muy expeditivo. Si no hubiera sido por su fiel martillo, Carpenter habría muerto definitivamente en las horas que siguieron a la pelea. Había obtenido la fuerza del martillo, arrastrándose fuera del foco de luz justo a tiempo de no delatar su presencia. No dejó un rastro de sangre definido, principalmente porque no había con qué dejar ese rastro. La pelea había drenado los fluidos que aún quedaban en la cáscara que habitaba. Y deslizarse bajo la cubierta, a una esquina de la embarcación donde poder recuperarse, había drenado las escasas energías que le restaban.

Carpenter dedicó la travesía transatlántica a concentrarse y conseguir que todos sus miembros recobraran su ritmo normal. Sólo ahora, después de varios días curándose, sin saber exactamente cuánto tiempo había transcurrido porque había estado escondido en las bodegas, sintió renovada su fortaleza. El daño había sido reparado, pero el resultado no era hermoso. Su torso, brazos y muslos formaban un patrón esperpéntico de cicatrices horribles. Agradeció no tener un espejo en el que mirarse; las cicatrices de su rostro debían de resultar intimidantes. La fealdad de las heridas, combinado con la cantidad de horas transcurridas en esas bodegas húmedas y malsanas, habían sido tan severas para su mente como lo habían sido las lesiones para su cuerpo. Carpenter no deseaba otra cosa que estar bajo la ducha durante una semana, ponerse una camisa limpia y planchada, un traje sastre, una corbata de seda y zapatos de vestir. Lo tenía todo guardado en la bolsa para trajes, pero se obligó a esperar a haber desembarcado antes de cambiarse.

No estaba seguro de cuánto más podría aguantar así. Se aferraba a esta parodia de vida sólo gracias a la fuerza de su voluntad. Aunque ésta era formidable, el concentrarse tan intensamente durante tanto tiempo, estaba comenzando a pasarle factura. La tortura que suponía la esperanza de regresar de nuevo a la vida, vivir para siempre, hacía que la situación fuera aún más difícil. Y aunque no llegara a enloquecer con la idea, no tenía garantías de que el cuerpo en el que ahora habitaba,

fuera a perdurar lo suficiente. Le había servido bien desde que lo poseyera unos años atrás. A pesar de que su aspecto fuera grotesco, sus miembros volvían a funcionar de manera adecuada. ¿Pero cuántos golpes más podría soportar su cuerpo?

¿En el último mes cuánto le habían disparado? ¿Varias docenas de veces? Había tenido, además, una estaca clavada en el pecho (aunque el habérsela clavado él mismo, le impedía quejarse). Perder dos dedos de la mano izquierda había sido como padecer un mal dolor en el culo. Pero aún peor había sido esa bala mágica que le seccionó los intestinos. Y, para rematar, ahora había sido apaleado por un vampiro.

Había conseguido que su cuerpo cicatrizara las lesiones mundanas, pero las últimas heridas estaban convirtiéndose en un problema grave. Nicholas Sforza había hecho algo con esa bala con la que le disparó. Le dolió mientras entraba y salía, evitando por poco la columna y negándose a sanar completamente. Ahora ocurría lo mismo con las heridas causadas por las garras de Beckett. Maldijo a los vampiros por millonésima vez desde que entrara en las bodegas. En esta ocasión, ideó una rima que se centraba exclusivamente en los maliciosos chupasangres que podían transformarse en murciélagos y convocar a hordas de ratas. Y a sus garras. Había inventado un amplio surtido de insultos para esas enormes garras que podían convertir a un individuo en una simple hamburguesa.

Si no hubiera sido por el extraño fragmento de... lo que fuera... que había robado de aquel garaje, Carpenter todavía sería un bulto de carne destrozada, músculos triturados y órganos expuestos.

Todos lo llamaban el Corazón. Supuso que podría tratarse de un corazón. Cuando lo cogió por primera vez, tenía el aspecto de un tomate viejo, seco y mohoso. Mirándolo ahora bajo la luz, se parecía a un pedazo de piedra. No sabía de qué material estaba fabricado, y tampoco le importaba; le bastaba con saber qué era capaz de hacer. Carpenter estaba vivo gracias a él. Hablando metafóricamente, claro.

Las lesiones que había sufrido eran demasiado graves para que el martillo lo anclara al mundo de los vivos. Graves en exceso como para que el oscuro poder de la navaja pudiera retener su espíritu. Había estado lo suficientemente débil como para sucumbir a los cantos de sirena de la navaja, prefiriendo ser un esclavo de la sed homicida del arma, antes que padecer el interminable infierno de convertirse en un alma carente de cuerpo. *Cueste lo que cueste* era su nuevo mantra. No importaba lo que tuviera que hacer para convertirse en un inmortal. No habría nada que lo detuviera.

Mas el martillo y la navaja le habían fallado. Apoyándose en su adorado martillo, había podido conferir a sus músculos muertos la energía necesaria para arrastrarse hasta un escondrijo después de la pelea, pero poco más. El poder de la navaja sólo había podido sanar las lesiones menos graves. Entonces, mientras yacía preso del dolor en la oscura bodega, la inspiración acudió a su mente. El objeto que llevaba consigo, al que todos llamaban Corazón, vibraba con una fuerza de vida muy superior a cualquier otra cosa que hubiera conocido. Lo había percibido primero en el Templo

de Akenatón, donde descansaba protegido por Nicholas Sforza. Luego, cuando interrogó al matón, supo que el Corazón estaba vinculado de alguna manera a la inmortalidad de Sforza. De forma que no había dudado cuando tuvo la oportunidad de cogerlo y echar a correr.

Su estado era una prueba evidente de su falta de planificación. Aquí estaba, navegando en un maldito carguero que atravesaba el océano Atlántico, con unos cientos de dólares, unas mudas de ropa y tres reliquias sobrenaturales. Y lo que era peor, no tenía ni idea de qué hacer una vez llegado a Egipto. Sforza le había contado que lo habían sometido a una ceremonia allí, un proceso que tenía que ver con el Corazón y que lo había transformado en inmortal. Muy bien. Carpenter tenía el Corazón y pronto estaría en Egipto. ¿Y luego qué?

No tenía sentido lamentarse. La única alternativa era volver a capturar a Nicholas Sforza y sonsacarle más información; y, después de lo que le había costado llegar a Egipto sería una tremenda estupidez embarcarse de nuevo rumbo a Estados Unidos. Además, ahora que el idiota sabía que Carpenter iba tras él, seguramente estuviera preparado. Pese a que odiaba tener que admitirlo, no estaba seguro de haber podido derrotar a Nicholas Sforza. Por lo tanto, teniendo en cuenta la situación, creía haber escogido la mejor solución. Había optado por la retirada cuando todos esperarían que contraatacara. Era un tipo listo; ya se le ocurriría algo.

Aunque no lo suficientemente inteligente como para imaginarse que un vampiro lo atacaría en Nueva York. No creía posible toparse con alguien que supiera algo del Corazón y menos aún cuando estaba de camino al océano. No le pareció que Beckett tuviera trato con Sforza, pero lo que realmente le importaba es que no había sido muy amigable con él. Debería haber abandonado el barco y tomado un rumbo alternativo cuando se deshizo del hijo de puta. Pero lo cierto era que Carpenter no estaba en situación de hacer otra cosa que recoger sus intestinos y buscar un refugio.

El zombi le deseó todos los males posibles. No era tan ingenuo como para creer que con una sola puñalada podría destruir a Beckett. La navaja era un arma peligrosa, pero el vampiro había demostrado ser un tipo duro. Ni siquiera se planteaba que hubiera podido ahogarse. Sin embargo, tenía la esperanza de que el tío quedara tan jodido como para que no lograra mantenerse a flote el tiempo necesario para alcanzar la orilla. Imaginaba al vampiro abriéndose camino con dificultad entre la mierda que yacía en el fondo del puerto de Nueva York. ¿Cuánto tiempo le llevaría? Lo suficiente. El tío raro de los ojos rojos estaría muy cabreado cuando consiguiera llegar a tierra, eso seguro. A menos que algo lo atacara mientras estuviera allí. Había oído historias de los cocodrilos gigantes que habitaban en la red de alcantarillado de la ciudad y, posiblemente, existieran otras cosas mucho peores allí debajo. Carpenter había sido testigo de un millar de sorpresas en sus años como fantasma y no le extrañaría que en el río Hudson moraran algunas cosas que pudieran aterrorizar al vampiro.

Ya estaba bien de preocuparse de ese pedazo de mierda. Carpenter decidió echar

un vistazo arriba porque recordar el pasado le estaba poniendo de mal humor.

Se deslizó por el espacio estrecho que se abría entre la columna de contenedores y la bodega, moviéndose con la misma naturalidad que había tenido antes del accidente. Volvió a maravillarse de su recuperación gracias al Corazón. No le había resultado sencillo canalizar el poder de la reliquia. Estaba acostumbrado a trabajar con la energía de la muerte. Eso era lo que lo mantenía con vida y explicaba la razón por la que caía tan fácilmente bajo el hechizo de la navaja. El Corazón, en cambio, estaba en el extremo opuesto del espectro. Pero, después de concentrarse en él durante algunas horas, por fin había logrado percibir el ritmo latiente de su aura. Mediante su instinto había averiguado la forma de «sintonizar» con ese latido. Corría el riesgo de verse desbordado por el poder puro de la reliquia. Un poder que irradiaba con una fuerza mucho mayor que la de Carpenter. Azotado y sacudido por la corriente de energía, Carpenter descubrió que no podría enfrentarse a ese poder por un tiempo prolongado. Con suma dificultad, pudo finalmente reducir el flujo a un goteo. Lo suficiente como para recuperar la energía con que poder curar su cuerpo malherido.

Pese a que el Corazón había restablecido el funcionamiento de sus miembros, no había reparado su aspecto físico. Y tampoco sus malogrados sentidos. Al parecer su visión turbia y su escasa audición se debían a la posesión espiritual y no a la debilidad del cuerpo en el que moraba. Teniendo en cuenta su situación, era un precio pequeño a pagar y, de todos modos, su visión de fantasma era una buena sustituta. Por ende, se sentía más satisfecho al percibir que el Corazón latía con mayor fuerza a medida que se aproximaban a Egipto. Quizá él no supiera hacia dónde dirigirse, pero tal vez el Corazón pudiera servirle como algún tipo de brújula mágica.

Además, gracias a la influencia de la reliquia, se sentía más calmado y despierto de lo que había estado últimamente. Se percató de que el aura del objeto estaba imbuyéndole con la fortaleza necesaria para resistirse a la corrupción de la navaja. Había caído en una servidumbre cuando casi perdió contacto con el cuerpo que poseía. Desde entonces, el arma había intentado dominarlo por completo. A pesar de lo complicado que era resistirse al canto de sirena, Carpenter se daba cuenta de que ya sólo podía sentir una fracción del poder de la navaja. El arma era caos con forma, una manifestación del Inframundo del que había huido. Poseía un vínculo directo con el mundo espiritual, del que absorbía una vasta y turbulenta energía que luego vertía en el mundo de los vivos. No estaba seguro de qué era lo que el arma quería de su cuerpo, pero no estaba dispuesto a permitir que lo dominara. No estaba interesado en que lo poseyera una herramienta de afeitado sobrenatural. Cuando menos sería humillante.

Envalentonado por la energía con la que le dotaba el Corazón, Carpenter trató de deshacerse de la navaja. Le había servido de gran ayuda, pero ya tenía suficientes problemas como para cargar con ella. Pero descubrió que no podía soportar la idea de viajar sin ella. De pie en la cubierta, en mitad de la noche, creyó haberla cogido de su

bolsillo, describir un amplio arco con su brazo y lanzarla al mar. Y mientras lo hacía, Carpenter se dio cuenta de que su mano estaba vacía. No había sacado la navaja de su bolsillo. Sabía que podría sacarla en caso de tener que utilizarla, pero que ni siquiera podría encontrarla si su intención era deshacerse de ella. Estaba demasiado vinculada a él, podía percibir sus intenciones y protegerse. Estaban igualados. La navaja había perdido la ventaja de su control sobre él, pero él no podía liberarse de ella. Decidió tomárselo con filosofía: pese a lo corruptora y malvada que podía llegar a ser la navaja, lo cierto es que era un arma increíblemente útil.

Una vez que se sintió satisfecho con la nueva relación entre la navaja y él, Carpenter vagó por las bodegas del *North Llorca*. Rastreó a todas las ratas para castigarlas por haberse puesto del lado del vampiro. Sólo un puñado sobrevivió cuando los motores cambiaron de ritmo, anunciando su próxima llegada. Las ratas restantes podían darse con un canto en los dientes.

La manera más conveniente para salir era por uno de los huecos de las escaleras en la torre central, donde se encontraban el puente y los camarotes de la tripulación. La popa y la proa contaban también con escalerillas de acceso. Emergió debajo de una columna de contenedores. Vio la impresionante estela que el carguero dejaba tras de sí, pero no mucho del litoral al que se acercaban. Escaló hasta la cima de la columna y caminó hasta encontrar una ubicación desde la que pudiera tener una buena panorámica sin ser avistado por alguien que estuviera en el puente. Era media tarde, el sol descendía a su derecha proyectando su sofocante calidez sobre el Mediterráneo. Hacía tanto calor que incluso sus huesos largamente cadavéricos, lo sentían. Satisfecho por la inusitada sensación, miró en rededor. Un prolongadísimo litoral se extendía frente a sus ojos. Divisó una densa concentración de edificios y torres un poco más adelante. Port Said.

Había escogido embarcar en el *North Llorca* porque su ruta parecía ser la más rápida y directa hacia Egipto. Por lo que había averiguado en el puerto de Nueva York, la mayoría de los barcos con este mismo destino hacía escala en Portugal, España o Italia antes de llegar a Egipto. El destino del *North Llorca* era Port Said vía Italia, lo que le ahorraría casi dos semanas de travesía que habría tenido que sobrellevar si hubiera permanecido a bordo del *Meroe Atlantic*. Cuando atracaron en el puerto marítimo de Gioia Tauro, en la costa oeste de Italia, tenía planeado embarcar en otro carguero para ahorrar tiempo. Pero ninguno partía antes que el *North Llorca*. Aguardó los dos días de escala evitando a la tripulación, que andaba atareada intercambiando los contenedores de cargamento, y persiguiendo a las ratas. Aquel divertimento no podía compararse a un buen espectáculo, pero le ayudaba a matar el tiempo.

Esperaba ser atacado en cualquier instante. El vampiro Beckett sabía qué barco había utilizado para partir desde Nueva York. Y teniendo en cuenta la dura pugna que habían mantenido, Carpenter suponía que algunos de los compañeros del chupasangre estarían allí esperando la llegada del carguero. El que fuera de día no importaría

demasiado; los vampiros contaban con una plantilla desmesurada de mortales trabajando para ellos y a menudo conseguían con el número lo que no tenían de poder individual. Mierda, quizá Beckett no hubiera quedado tan jodido después de su primera escaramuza e incluso decidiera unirse a la emboscada. Sin embargo, lo único interesante que aconteció el primer día fue el haberse topado con un miembro de la tripulación; problema que resolvió rápidamente imponiendo su voluntad sobre la del hombre y forzándolo a olvidar el breve encuentro. Después Carpenter empezó a preguntarse si había probabilidades reales de que sufriera un ataque por parte de los vampiros. El *North Llorca* tardó once días en atravesar el Atlántico, tiempo más que suficiente para que Beckett hubiera reunido a una comitiva en Gioia Tauro. A menos que... si Beckett contaba con esa influencia, ¿por qué no hacerlo en Nueva York? Tras meditarlo durante un rato, Carpenter decidió que el vampiro debía haber estado trabajando solo. Tenía que haber otros no muertos por aquí a los que Beckett pudiera recurrir pero, por alguna razón, no sucedió nada. Quizá quisiera ocuparse él mismo. De forma que ¿había obviado Beckett el puerto de Gioia Tauro porque estaba encargándose del asunto él solo o tal vez aguardaba a recuperarse por completo? Ambas posibilidades tenían sentido.

Si el *North Llorca* arribaba en Egipto durante el día, Carpenter tendría que salir del barco a toda prisa. Beckett tendría que atraparlo en el desierto o donde fuera que terminara. Cuando el barco entró en el puerto, se percató de su error. Los vampiros avariciosos eran el menor de sus problemas. El principal era Nicholas Sforza y sus compañeros. Seguramente Sforza no tendría idea de en qué barco viajaba, pero el matón y cualquier otra momia tendrían la capacidad de rastrear el Corazón siguiendo sus emanaciones. Lo más probable es que quisieran recuperarlo. Y Carpenter se encaminaba directo a la boca del lobo.

Sabía que contaba con una posibilidad entre cientos de miles de millones de que no hubiera alguien en tierra esperando para patearle el trasero y llevarse el Corazón. Podría haberse lanzado al agua y sudar tinta para llegar a la orilla, pero el barco navegaba hacia el centro del puerto. No tenía forma de comprobar que no había vigías observando la embarcación por si hubiera algo inusitado en ella. Lo que lo convertía en una diana fácil antes de llegar a tierra. Y lo que era más importante, estaba harto de engorrinarse y no tenía el menor interés en descubrir qué había bajo las aguas. De forma que no le quedaba otro remedio que permanecer a bordo y tratar de escabullirse sin ser visto una vez en el puerto. Estaba seguro de que no resultaría sencillo. De hecho, estaba convencido de que tendría que pelear para abrirse camino. Y no tenía ni puñetera idea de a dónde ir después. Joder, no tenía ni un momento de descanso.

Cuando has visto un puerto, los has visto todos. Éste era más soleado y cálido que el de Chicago, Nueva York o incluso Gioia Tauro, pero Carpenter no veía otras

diferencias. Buques gigantescos descansaban en cada flanco, los muelles bullían de trabajadores y máquinas elevadoras, las grúas llevaban y traían los contenedores entre los barcos y la orilla. Desde luego, Port Said era un lugar concurrido. Carpenter pensó que tenía muchas posibilidades de deslizarse entre el bullicio sin ser avistado por una momia preocupada sólo por la venganza y el latrocinio.

El *North Llorca*, guiado por los remolcadores, se aproximó a un amarre. Carpenter aprovechó el momento para moverse entre las columnas de contenedores de babor hacia las de estribor y echar una buena ojeada a los muelles cercanos. Regresó a la bodega y recogió su maleta. En ella llevaba dos trajes de verano, uno de algodón de color azul marino y otro de lino color crema, ambos de doble botonadura y apropiados para el clima egipcio. Asimismo, llevaba consigo el dinero que había podido retirar antes de huir de Chicago (apenas unos diez de los grandes), la última de sus automáticas y cien balas del calibre 45. La maleta estaba fabricada en cuero y la cremallera unía la parte superior con la inferior, con una correa a mitad de camino entre los dos extremos. Pasó la correa por la cabeza y se la acomodó sobre el pecho, dejando que la bolsa cubriera su espalda. Le daría empujones al moverse, pero no era nada que no pudiera soportar.

Extrajo la Colt de la maleta y la deslizó en el interior de la pistolera izquierda que llevaba pegada al cuerpo. Había guardado el martillo en la pistolera derecha al haber perdido esa arma en la pelea contra Beckett. La navaja descansaba en un bolsillo trasero de su mono. Se cambiaría sus prendas de marino mercante tan pronto como estuviera en tierra. El Corazón lo llevaba atado en torno a la cintura en un improvisado paquete fabricado a partir de vendas elásticas que había robado del botiquín de primeros auxilios del barco. A pesar de lo que había hecho y prometía hacer por él, el Corazón lo aterraba. No quería tocarlo, ni siquiera tenerlo cerca. Pero era demasiado importante como para guardarlo en su maleta o en un bolsillo, donde pudiera caerse o ser robado. De forma que, atado a su cuerpo, su carne muerta crepitaba repugnada con cada latido fantasmal de la reliquia palpitante.

Mientras se encaminaba hacia la cubierta, escuchó un tenue sonido metálico y sintió las vibraciones del *North Llorca* amarrando de costado en el muelle. Pasarían unos minutos hasta que engancharan la pasarela y quizá media hora o más antes de terminar con los asuntos de la aduana y comenzar a descargar los contenedores. Carpenter no estaba seguro de querer esperar, pero desembarcar ahora atraería sobre él una atención innecesaria. Lo mejor sería que partiera una vez diera comienzo el desembarco del cargamento, cuando nadie estuviera prestando atención a quién iba o venía. Mató el tiempo exterminando a las ratas; después de una hora, creyó que ya era el momento de abandonar el barco. Cuando se hubo acercado a las escaleras que conducían hacia la pasarela, afinó el oído tanto como pudo. Por las voces y el movimiento del piso superior, sospechó que alguien iba a salir. Les dio un minuto y ascendió con rapidez por los escalones y giró hacia la pasarela.

Su cronometraje había estado algo falto de precisión.

Justo detrás de la escotilla principal, el capitán del *North Llorca* se embolsaba un fajo de billetes al tiempo que se despedía de un pequeño grupo. A la cabeza iba un hombre negro gigantesco, musculoso en los hombros y la cintura, con los miembros del mismo grosor que tres troncos unidos, un inmenso cabezón, dos ojos azabaches brillando sobre una narizota achatada y un par de labios gruesos. El hombre vestía una túnica holgada, pantalones y sandalias, y una bandolera colgada cruzándole el pecho. Tres egipcios, dos hombres y una mujer, se arremolinaban en torno a él; parecían enanos caminando junto al gigante. No había forma de que Carpenter pudiera evitar que lo vieran, de forma que se preparó para abrirse camino a empujones por el grupo.

Era evidente que el capitán estaba sorprendido de verlo allí de pie, pero los visitantes parecían haberlo estado *esperando*. El bueno de Simbad dio un paso al frente, dibujando una sonrisa en su feo rostro y con sus fibrosos brazos abiertos en un gesto de bienvenida. Unas palabras incomprensibles emergieron de sus labios, hablaba en un idioma extranjero, algo que le recordaba al misterioso aullido que Nicholas Sforza había emitido cuando Carpenter lo mantenía cautivo. Echó otro vistazo al hombretón negro y se percató de que el muy cabrón poseía la misma aura vibrante que Sforza. *¡Una puta momia ha estado esperando a que llegara!*

No lograba entender por qué Simbad estaba siendo tan amistoso, pero la calidez no se prolongó demasiado. Al mismo tiempo que la momia y su séquito se acercaban, la sonrisa se desvaneció del rostro del primero. Más palabras surgieron en aquel idioma insólito, esta vez teñidas con un carácter de interpelación, y una mirada confusa y preocupada constriñendo sus oscuros rasgos. Uno de los egipcios habló rápidamente en inglés al capitán, que parecía estar desconcertado e irritado, mientras que los otros dos miraban alternativamente a su líder y a Carpenter con creciente confusión.

Simbad le estaba ladrando algo ahora y se figuró que no contaba ya con demasiado tiempo para idear un plan de emergencia. No se sentía muy cómodo con la posibilidad de pasar junto a la momia y el resto porque sabía que alguien lo atraparía, de forma que se giró y subió las escaleras con precipitación. Ascendió hasta el puente, donde se encontró con un grupo de marineros sorprendidos.

—¿Quién cojones eres tú? —interrogó el tipo de la izquierda, su rostro cobijando una amenaza explícita.

—¿Hay alguna forma de salir del barco además de la pasarela?

—¿Qué? Oye tío...

Carpenter no tenía tiempo. Sacó su pistola.

—No, oye tú. Es una pregunta muy sencilla: ¿hay alguna otra forma de salir del barco además de por la pasarela de abajo?

Los hombres recularon asustados. Tan contrito como beligerante había estado un minuto antes, el marinero respondió:

—Eh, no; no a menos que saltes por una de las barandillas.

Buena idea. Pero no al agua; estaba decidido a no descubrir qué mierda habría debajo. El puente estaba situado casi en la mitad de la extensión total del *North Llorca* y se prolongaba completamente hacia los extremos del mismo. Precipitándose hacia estribor, vio que por ese lado tendría que dar un salto de unos quince metros sobre el agua para llegar al inmenso carguero que se encontraba junto al barco. Observó que el carguero estaba fondeado y que la cubierta era más alta que la del *North Llorca*. No obstante, el barco en el que estaba contaba con varias columnas de contenedores que le servirían para coger carrerilla y disminuir la distancia entre ambas embarcaciones. Los miembros de la tripulación aprovecharon la distracción de Carpenter y escaparon por las escaleras. Unos segundos después escuchó unos gritos desde el piso inferior; Simbad estaba subiendo las escaleras. La momia emergió en el puente un segundo más tarde, extrayendo algo de uno de los bolsillos de su bandolera. Fuera lo que fuera, no sería bueno. Carpenter corrió disparando con la pistola, justo cuando el grandullón se aproximaba hacia él. Un líquido con el color y la consistencia del aceite de cocina salpicó abriéndose en un arco frente a él. Hubo un resplandor crepitante cuando la sustancia entró en contacto con una de las balas, pero las otras dos esquivaron el arco por su rapidez. Una perforó el metal en el extremo contrario del puente, la segunda hirió a Simbad en el costado, haciéndolo trastabillar por la fuerza del impacto.

El aceite aún colgaba del aire entre ellos, cayendo al suelo a cámara lenta. No quería entrar en contacto con nada que pudiera desintegrar una bala. Antes de que la momia se recuperara, Carpenter corrió hacia el parabrisas principal y lo atravesó, aterrizando seis metros más abajo sobre uno de los contenedores de duro metal. Se levantó un segundo después y se precipitó hacia el costado del barco que lindaba con el puerto. Oyó un grito y su instinto le advirtió para que se pusiera a cubierto, de modo que se tiró hacia un lado. Hubo un tremendo relámpago cuando estalló una supernova. Carpenter olfateó sus cabellos y prendas chamuscados, pero no estaba herido. Al levantarse, observó que el contenedor sobre el que había corrido, estaba blanco, hirviendo y fundido.

¿Qué cojones está utilizando este tío? Carpenter corrió para no estar a tiro. Continuó saltando entre las columnas de contenedores hasta que llegó al lateral donde estaba el puerto; quedándose sobre el embarcadero. Simbad, que había saltado a la cubierta detrás de él, lo seguía por encima de los contenedores. No corría, más bien parecía que estuviera *botando*. Como una rana o un canguro. *Joder, desde luego las momias son espeluznantes.*

Carpenter miró hacia abajo cuando escuchó gritos a lo largo del embarcadero. Una multitud reducida se había congregado para intentar ver, sin éxito, lo que acontecía en el *North Llorca*. Reconoció a dos de los jinetes de camello que habían estado acompañando a Simbad, ambos abriéndose camino entre la gente hacia la dársena. Entre tanto, su compañero momia se aproximaba a él con rapidez, al tiempo que registraba su bandolera en busca de otra sorpresita. Carpenter se precipitó a toda

prisa a lo ancho del barco. Simbad no era un completo idiota. A la vez que trataba de igualar la rapidez del zombi, lanzó una ampolla de cristal. No le sacaba la suficiente ventaja al zombi y la ampolla se estrelló unos pocos metros detrás. Otro relámpago y una onda expansiva de calor que hizo tambalear a Carpenter.

—¡Me cago en todo! —maldijo.

Corriendo a toda prisa, saltó desde estribor. Los contenedores apilados le concedieron tres metros de altura, lanzó una exclamación de emoción cuando vio que no tendría problemas para alcanzar la cubierta del carguero. Cayó sobre ella rodando pesadamente hasta la barandilla del extremo contrario. Al aterrizar se rompió el brazo izquierdo por dos sitios y unas cuantas costillas. La columna también estaba dañada. Concentrando su voluntad para sanar las lesiones menores, Carpenter se esforzó para ponerse en pie. Simbad se había apartado de la barandilla del *North Llorca* y hablaba gesticulando con otra persona. Probablemente con alguno de sus amigos morenitos.

No era problema suyo. Lo que tenía que hacer era bajarse del carguero y salir del vecindario antes de que aparecieran otras momias. *La pasarela debería estar en este costado, ¿no es así?* Se apresuró a buscarla, chocando y haciendo perder pie a un par de trabajadores que habían subido a la cubierta para averiguar qué estaba ocurriendo. Al llegar a la pasarela, sus oídos (largamente muertos) escucharon un grito y un golpe sordo. Cuando miró hacia arriba, vio que Simbad había saltado también desde el barco contiguo. *Qué hijo de puta, ¿es que no se da nunca por vencido?*

Pensó que si lo golpeaba repetidamente tendría alguna posibilidad de librarse de él. No tenía forma de saber si habría de enfrentarse con otros como él; sus pequeños amigos egipcios podrían haber ido a buscar ayuda. El grandullón aterrizó mejor de lo que Carpenter había hecho, rodó de manera controlada y terminó en una postura de ataque. Gruñó algo mientras registraba uno de los bolsillos de su bandolera. El zombi sacó la Colt y realizó una serie de disparos cuando la momia tenía la mano atrapada en los bolsillos. La primera bala impactó en la mano de Simbad y rompió la ampolla que sostenía, el resto agujereó la bandolera. No todas las balas impactaron en los bolsillos del saco, y los resultados fueron espectaculares.

El líquido había rociado la mano y cuerpo de la momia, derritiendo sus prendas, carne y hueso en un abrir y cerrar de ojos. El bolsillo siguiente liberó una nubécula de humo añil que se disipó tan rápido como había surgido. Diversos líquidos burbujeaban en otros bolsillos, pero la insólita lava era sin duda la más sorprendente, fundiendo el cuerpo de Simbad como una meada haría derretirse la nieve. Con un aullido terrible y estrangulado, la momia arrancó la bandolera de su cuerpo y la arrojó lejos de sí. Las heridas de bala, el líquido y los contenidos de las demás ampollas transformaron al hombre en un ser chamuscado y mutilado. Se desplomó sobre la cubierta, gorgoteó y murió.

Lo que no afectaría a Carpenter, si no fuera porque la bandolera no había terminado de escupir su daño. El fluido crepitante se abrió camino por la tela y alcanzó los objetos del interior. Un arco iris de explosiones se sucedió entonces,

despidiendo a Carpenter por el costado de la pasarela. Voló por el aire y se estrelló contra el costado de otro carguero amarrado en el muelle adyacente. El golpe fue tremendo e hirió su columna vertebral y una de sus piernas. Cayó en el estrecho espacio entre el amarre y el barco. La lesión, como la mayoría de las que sufría, representaba poco más que un dolor tenue. Se concentró en sanar las heridas, al tiempo que se hundía en el cálido Mediterráneo. Un relámpago brillante alumbró las aguas sobre su cabeza, seguido por un estallido ensordecedor, y Dios descendió de los cielos para golpearlo en el pecho.

La conmoción lo arrastró hacia los gruesos sedimentos del fondo del puerto, desde donde sólo podía adivinar la tormenta de fuego que se desarrollaba en la superficie. Siguió una segunda explosión tremenda, que lo empujó más hacia el fondo. Los dos estallidos le habían golpeado con tanta fuerza que tuvieron que transcurrir unos cuantos minutos antes de que pudiera pensar coherentemente. Cuando lo logró, luchó por deshacerse del abrazo de la porquería, mientras canalizaba su voluntad para enmendar todo el daño que había sufrido.

Había liberado uno de sus brazos del viscoso fondo del mar, cuando un movimiento captó su atención. El infierno aún latía con fuerza en la superficie, pero ahora una forma oscura descendía por las aguas. *¿Es que no voy a poder descansar ni un instante?*, pensó Carpenter a la vez que el vapuleado carguero se hundía sobre él.

TERCERA PARTE

MUERTE Y ETERNIDAD

—Thea, quizá quieras echarle una ojeada a esto. —Jake estaba sentado frente a la desvencijada mesa de la sala de estar en el apartamento de Baltimore que habitaban desde hacía una semana. Lo mejor que la patrulla de cazadores de monstruos había podido conseguirles—. Es un mensaje de un tipo de El Cairo; ha ocurrido algo interesante en las últimas horas.

—Con que en Egipto, ¿eh? ¿Tiene algo que ver con el Templo de Akenatón?

Thea dejó a un lado los fragmentos desarmados de la MP-5 que había sustraído a Earl, la marioneta de los vampiros. Ella era del tipo de personas que prefieren calzarse lo menos posible y que normalmente se quitan los zapatos tan pronto como llegan a casa. Mas el lugar que sus contactos en Baltimore habían buscado era frío, contaba sólo con un par de estufas y estaba expuesto a las corrientes, así que se acercó a Jake calzada con sus botas de senderismo. Ella y el muchacho se pasaban prácticamente todo el día y la noche enfundados en sus chaquetas y botas. El gélido apartamento le recordaba aquel improvisado refugio que la brigada Van Helsing había tenido en el almacén de Chicago; un lugar que no quería recordar y no sólo porque hubiera sido el escenario donde murieron los dos últimos miembros de su equipo.

—No, pero creo que es algo que querrás ver. —Giró el Compaq para que ella pudiera leer la pantalla mejor.

Los cazadores estaban distribuidos por todo el planeta, pero aquellos que vivían en las naciones más pobres tenían menos facilidad para acceder a hunter-net. El caso era que Egipto se distinguía por poseer una pésima red telefónica; de hecho, lograr contactar con un número de teléfono local con el que uno quisiera hablar era un excelente motivo para celebrar una gran fiesta. Encontrar una línea telefónica que pudiera integrar una conexión a Internet era una hazaña digna del mejor de los héroes. La conexión por cable o DSL no era más que un sueño salvo para los millonarios o influyentes. A pesar de ello, un cazador que se hacía llamar «Fatwa 243» había conseguido conectarse a hunter-net con relativa regularidad. Había estado revelando en la página los descubrimientos que él y otros habían averiguado en sus cacerías.

—Mmmm, «una serie de extraños acontecimientos»... bla, bla. Debo decir que escribe muy bien en inglés. «Un compañero kiswah encontró»... ¿Qué es un kiswah? Espera, no me lo digas; quizá recuerde el árabe suficiente como para poder traducirlo... ah. Debe ser «cazador», ¿no?

—Eso es.

—Soy una fuente de sabiduría. Muy bien, ¿y qué ha pasado con este kiswah? Déjame ver... —El siguiente párrafo relatava una sorprendente colección de sucesos,

pero nada que despertara la atención de su sentido arácnido—. No sé, Jake. Podría ser cualquier clase de extraña mierda, ¿pero qué importa? Vemos cosas de este tipo a menudo en hunter-net.

Jake sonrió sin alegría.

—Sí, es cierto. Pero he investigado un poco antes de mostrártelo, para poder situar los acontecimientos en su debido contexto.

—Mira, aprecio el misterio tanto como cualquier chica, pero a veces puedes resultar bastante irritante.

—Espera un momento. Déjame que te lo explique. —Señaló un sitio de la pantalla con el puntero del ratón de su portátil—. Tenemos un par de cargueros de petróleo que han explotado en Port Said. He comprobado algunas de las noticias que se han emitido por la red; la cifra de muertos asciende a ochenta y seis, con otras doscientas personas heridas, y entre cincuenta y sesenta desaparecidos. Es trágico pero aparentemente no tiene nada que ver con nosotros, ¿verdad? Luego, por la noche, cerca del puerto, tenemos a un policía muerto que había tratado de evitar el secuestro de un turista americano. Los testigos estaban demasiado lejos para afirmar con exactitud qué sucedió, pero encontraron la bolsa de viaje de la presunta víctima del secuestro en el lugar en el que había sido asesinado el policía —Jake acarició el dispositivo del ratón con el pulgar. El cursor abrió una ventana del diario en línea *London Times*, que desplegó una noticia acerca de la explosión en el puerto: CONFLAGRACIÓN EN PORT SAID. La breve entradilla rezaba lo siguiente: AGENTE DECAPITADO DURANTE UN PRESUNTO SECUESTRO—. Ahora viene lo interesante...

—¿Un policía decapitado no es ya lo suficientemente interesante?

—No comparado con esto. La etiqueta de la maleta está a nombre de un tal David Kuhn, profesor de Económicas en la Universidad Noroeste, justo al norte de Chicago.

Una alarma atenuada resonó en la mente de Thea.

—Bien, el que tenga que ver con Chicago es algo sugerente, ¿pero qué tiene eso de importante?

—En circunstancias normales me habría preguntado lo mismo, pero en la presente situación, con todo lo ocurrido en Egipto, pensé que debía investigar un poco. —Sonrió con una combinación de alegría e inquietud—. Te vas a quedar de una pieza cuando veas esto.

Movió el cursor hacia otra ventana, abriéndola y revelando la imagen de un rostro grabado a fuego en la memoria de Thea. Una serie de escalofríos recorrieron su columna vertebral mientras miraba la pantalla del portátil.

—Carpenter.

—En realidad es David Kuhn —corrigió Jake. Movió el ratón hacia abajo para mostrarle el resto del artículo del diario *Chicago Sun-Times*: CIUDADANO DE EVANSTON DESAPARECE EN UNA CACERÍA—. Esto es de hace unos años. Parafrasearé. El buen profesor era un cazador habituado a la caza de venados.

Disfrutaba de la caza con arco y rifle en Wisconsin y, por lo que dice el artículo, era bastante bueno en ello. Pero un buen día no regresó.

—Ése es el jodido Maxwell Carpenter —sentenció Thea, incapaz de apartar la mirada de la imagen—. Dios Santo. Pero... ¿Qué? ¿Poseyó a Kuhn?

—Sí. Eso explicaría por qué Carpenter no se parece ni por asomo a la fotografía que le tomaron en los años treinta.

—¿Y por qué este tío? ¿Qué tiene él que ver con Carpenter?

—Bueno, te diré lo que creo —empezó Jake—. Hemos visto historias sobre posesiones en hunter-net, pero nada de lo que he leído indica que un fantasma pudiera seguir habitando un cuerpo durante tanto tiempo. Carpenter mantiene un fuerte dominio sobre este cuerpo y sabemos de primera mano que no está vivo. Creo que Kuhn fue el cadáver más conveniente con el que Carpenter se tropezó.

—Así que... Jesús. El tal Kuhn debió de sufrir algún tipo de accidente en esa cacería de venados, ¿no? Y el fantasma de Carpenter debió de meterse dentro del cuerpo del pobre hombre.

—Tiene sentido que sea así. Debió averiguar dónde vivía Kuhn por su carné de conducir o algo así, y condujo de regreso desde los bosques de Wisconsin hasta el lugar donde vivía. Robó lo que necesitaba, incluida la bolsa de los trajes, e inició su rutina vengativa.

—Hijo de... bien; vale. Esto no es tan extraño, de ninguna forma lo es. —Thea se restregó las manos por el rostro—. Creo que podemos estar seguros de que no es una coincidencia que el equipaje de un hombre desaparecido hace dos años, que además es exactamente igual a Carpenter, aparezca en Egipto un par de semanas después de que nuestro zombi preferido se fugue de un templo egipcio con un rehén, ¿no es verdad? Así que, ¿qué demonios está haciendo allí?

—¿Quieres decir a parte de hacer explotar la mitad de Port Said? Es una buena pregunta.

Thea se acercó a su mochila y rebuscó en los diversos bolsillos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Jake, girándose en la silla para observarla.

—Compré esta mochila para el viaje que hice por Europa hace unos años. Con refuerzo interior, diseño ergonómico y demás pijadas. Si la memoria no me falla debería tener... ¡aja! —Agarró un pequeño libro con tapas azules y lo agitó triunfante—. Querido Jake, ¿estás preparado para un viajecito?

No le costó mucho convencer al muchacho para que embarcara. Habían estado huyendo durante algún tiempo, pero carecían de un plan para salir de Chicago y deshacerse de los podridos que les estuvieran siguiendo la pista. Estaban agotados, cansados de reaccionar, hartos de sentir que unas fuerzas más allá de su control los manipulaban. Carpenter no era la única razón por la que habían tomado esa decisión, pero él había influido en los recientes acontecimientos más que ningún otro

monstruo. El zombi era una cuenta pendiente.

Desconocían los motivos por los que Carpenter y posiblemente su rehén, Nicholas Sforza, embarcarían en un carguero con destino a Egipto. La razón tenía que ser buena, sin duda. La clave era Nicholas Sforza; su súbito interés en los templos y la joyería egipcia. Jake no había averiguado nada importante sobre las momias, así que la hipótesis con la que trabajaban era que Sforza debía ser un muerto andante no muy diferente de Carpenter. No era inconcebible que se tratara de un ser vivo, pero les parecía más probable que perteneciera a alguna raza sobrenatural. Basándose en esas presunciones, se figuraron que habría en Egipto algo que atrajera a los no muertos, quizá algo que les otorgara mayor poder, una existencia más prolongada o tal vez un club realmente *chic*. ¿Quién demonios lo podía saber?

En la situación en la que estaban, no perderían nada comprobándolo ellos mismos. Desde luego, subirse en un avión que cruzara el Atlántico sería algo que los vampiros que andaban tras su pista no podrían estar esperando, lo que les daría una libertad con la que no contaban desde hacía tiempo.

Juntaron su dinero para comprar los billetes. Un vuelo de última hora costaba la ingente suma de tres mil dólares. Thea tenía la American Express, pero no quería hacer uso de ella salvo en caso de emergencia. Y, por ende, no querían correr el riesgo de que los podridos tuvieran algún contacto en las compañías de tarjetas de crédito. En lugar de ello empleó el dinero que su madre le había dado. Jake pagó también en efectivo. Lo hubiera podido cargar a su nombre porque, por lo que sabían, los podridos desconocían su identidad. Guardaba su carné de conducir y el pasaporte en sus maletas, nunca llevaba una identificación durante las cacerías y sólo había revelado su nombre cuando estuvieron en la Torre Sears.

Como carecían de cosas tan útiles como pasaportes falsos, tuvieron que viajar empleando sus nombres verdaderos. Cabía la posibilidad de que los vampiros comprobaran las listas de pasajeros de diversas aerolíneas, pero eso les supondría un esfuerzo mayor que vigilar los movimientos de la tarjeta de crédito de un solo ciudadano. Thea suponía que para cuando averiguaran su paradero, ellos ya estarían fuera del país. Por si acaso, reservaron sus billetes por separado. No quería que Jake estuviera en un peligro mayor de lo que estaba sentándose a su lado en el vuelo. Los monstruos quizá sospecharan que viajaría con ella, pero sin un apellido con el que identificarlo, no sabrían en qué asiento y posiblemente eso lo mantuviera a salvo.

Jake le escribió un rápido *e-mail* a Fatwa 243 anunciándole su llegada. Le contó los detalles necesarios para transmitir la urgencia de su viaje, pero decidió guardarse la información más importante para cuando pudieran reunirse. Envío otro mensaje a los cazadores de Baltimore para avisarlos de que se marcharían en unos cuantos días. Lo mejor era que todos supieran sólo lo básico. Se apresuraron a comprar prendas de verano en Mondawmin Malí y luego se dirigieron al aeropuerto Internacional de Baltimore-Washington.

El primer tramo del viaje lo realizaron a bordo de un vuelo de conexión Delta

hasta Nueva York, donde subieron en el vuelo 120 que habría de llevarlos directamente a El Cairo. La inmensa aeronave abandonó el aeropuerto JFK poco después de la puesta de sol y tomó rumbo este hacia el corazón de la noche. El asiento de Thea estaba junto al pasillo, mientras que Jake estaba sentado en la fila opuesta y más adelante. Pese a estar exhausta por haber estado alerta a todas horas durante el último mes, encontraba muy difícil el relajarse. Su mente insistía que estaba segura; después de todo, estaba a bordo de un avión. Un grandioso MD11 sobrevolando el Atlántico. Después de una hora y tras ingerir un par de cócteles, consiguió sumirse en el sopor.

No estaba segura de cuánto había dormido cuando se despertó sobresaltada. Thea se levantó de su asiento y escudriñó a los pasajeros sentados en la cabina. Nadie estaba despierto y el silencio reinante era sumamente inquietante. No podía recordar en qué lugar estaba sentado Jake, de forma que caminó por el pasillo hasta encontrarse frente a la cortina que separaba la primera clase de la turista. Con una sensación de alarma aún mayor, Thea apartó la cortina y cruzó el umbral. Había seis filas de asientos de felpa y cuero, la salida principal y la cabina de los pilotos. No vio a Jake y tampoco a las azafatas, sólo a una docena de pasajeros dormidos. Algo se movió a su espalda. Se giró. Vio aliviada que se trataba de un puñado —no, una docena o quizá más— de personas en la clase turista, levantándose de sus asientos y caminando por el pasillo. La sonrieron cuando se percataron de su presencia y se encauzaron hacia su posición. Al observar la palidez de su tez y sus ojos hundidos, Thea se dio cuenta de que no se trataban de personas corrientes. Miró hacia la persona sentada junto a ella en un asiento de felpa de primera clase y vio un cadáver mohoso, la carne colgando laxa de los huesos y calavera, como lo harían los pegotes mojados de papel en una pared de azulejos. La cosa se estremeció y arremetió contra ella. Thea saltó hacia atrás hasta chocar con la puerta de la cabina de la tripulación. El cadáver estaba sujeto a su asiento por el cinturón de seguridad, pero continuaba intentando alcanzarla hambriento. Tras él, docenas, una veintena o incluso el resto de los pasajeros del avión, se levantaban ya de sus asientos. Gruñidos y el esperpéntico sonido de los pies arrastrados, así como el retumbar de las fuertes pisadas, se encaminaban hacia ella. El terror se adueñó de su mente. Golpeó con fiereza la puerta de la cabina, canalizando la fuerza del pánico para hacer saltar el cerrojo que obstaculizaba el paso hacia el interior. Entró como un huracán en la cabina, donde la brillante luz del amanecer se vertía dentro a través del parabrisas y comenzó a narrar entre jadeos el horror que asolaba el resto del avión.

La silla del piloto giró, descubriendo a una figura vestida de negro, con un rostro descarnado en el que ardían un par de ojos con una luminiscencia infernal.

—Disculpe, señorita —inició Maxwell Carpenter—, pero está prohibido que los pasajeros entren en la cabina.

El copiloto se volvió también y Thea vio a Samuel Zheng (Romeo), vestido con un uniforme de piloto manchado de sangre, las cuencas de sus ojos vacías y manando

de ellas gusanos que rodaban por sus mejillas como lágrimas obscenas.

—¡Thea! —exclamó Romeo—. Carpenter me ha estado enseñando los trucos del oficio, ¿qué te parece?

Thea despertó gritando, atrayendo a un escuadrón de auxiliares de vuelo que corrieron hacia ella y casi provocándole un ataque de corazón a la pareja de ancianos que estaba sentada a su lado.

Thea se disculpó por las molestias que pudiera haberles ocasionado a los demás pasajeros, pero no pudo evitar que la jefa de azafatas la sermoneara duramente en un tono lo bastante alto como para que la oyera la mitad del avión. Le llevó algún tiempo, pero consiguió convencerla de que no volvería a montar un escándalo semejante. La pareja de ancianos no estaba entusiasmada por tenerla sentada a su lado, de forma que la condujeron a un asiento vacío lo más alejado de cualquiera de las salidas. Pasó junto a Jake en el cambio de asiento y le sonrió avergonzada, negando con un gesto rápido de la cabeza. Poco después, lo siguió hasta la cola que se había formado en la puerta de los servicios y le narró susurrando la pesadilla que había tenido.

—Vaya hombre —dijo, con los ojos abiertos como platos detrás de sus gafas con fina montura metálica—, ¡debe de haber sido horrible! ¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Tanto como puedo estarlo. Quiero decir, he tenido pesadillas a menudo pero ésa... brrrr. —Se estremeció exageradamente—. Era muy real, ¿sabes?

Jake miró en rededor y susurró:

—Crees que era como...

—¿Algún tipo de visión? No. Canalicé mi intuición cuando logré sobreponerme al susto. No he sentido malas vibraciones; salvo... —Se inclinó hacia él, mirando atentamente hacia la cola del avión.

—¿Qué?

—Yo no me comería el pollo.

El cazador egipcio Fatwa 243, que se había presentado como Rafiq, aunque prefería mantener en el anonimato su apellido hasta que se reunieran, les había facilitado la dirección de un hotel decente y barato en Midan el-Tahrir, un barrio de tiendas y mercadillos en la zona centro de El Cairo. Thea había visitado el país durante sus años de universidad, éste había sido el último destino en su viaje por Europa y el Mediterráneo. Recordaba lo bulliciosa y concurrida que era la ciudad. Era un alivio no tener que decidir en qué hotel quedarse después de bajar del avión tras tantas horas de vuelo. Cogieron un taxi desde el aeropuerto; el sol de medio día proclamado en los cielos, sin otra intención que la de bañar con su tórrida calidez la tierra durante unas

horas. Una vez acostumbrados a la rutina local, podrían plantearse la posibilidad de perder un día entero haciendo cola para conseguir el visado. Para entonces, esperaban haber conocido a Rafiq y que éste les sirviera como guía para encontrar a Carpenter.

Desorientados e impactados por la diferencia cultural, Thea y Jake se sentaban aturridos mientras el taxi descendía hacia el caos automovilístico que distinguía el centro de El Cairo. Después de un viaje aterrador, salieron tambaleándose del taxi vapuleado y se sumergieron en una muchedumbre equivalente al desbarajuste por el que acababan de ser conducidos. Una vez allí, Thea recordó que Midan el-Tahrir era literalmente el centro neurálgico de la ciudad. La plaza era gigantesca, no menos de seis arterias comerciales convergían allí. Además de atracciones turísticas como el Museo Egipcio y el desagüe burocrático que representaba el Mugamaa (el lugar al que tendrían que dirigirse para obtener su visado), que se erigían en un primer plano, un torrente de embajadas extranjeras, una universidad y una serie de edificio gubernamentales estaban a un tiro de piedra. Incluso a las horas más calurosas del día, miles de personas transitaban por el barrio, formando maremotos de humanidad que chocaban los unos contra los otros y proseguían su andadura a donde sólo Alá sabía. Y las calles estaban igualmente atestadas de vehículos circulando a toda velocidad en un desorden incomprensible de normas de tráfico improvisadas en un momento y olvidadas al instante siguiente. El lugar era una locura.

Tras varios minutos de caminar sin saber hacía dónde dirigirse y de preguntar a los viandantes, lograron ubicar la dirección que Rafiq les había proporcionado. Casa Ismailia era un edificio en ruinas; parecía estar a punto de desplomarse. Thea estaba tan cansada del vuelo que no sentía especial interés por el preocupante estado de la estructura. Siempre y cuando tuviera una ducha y una cama, sería perfecto. Tuvieron que subir hasta el octavo piso y, en lugar de llegar hasta él por las escaleras, se introdujeron con cierta dificultad en el diminuto ascensor. Era un cubículo estrecho de rejilla de hierro, con una fina capa de madera contrachapada a modo de suelo que los separaba de una caída terrible. Pese a que sólo eran dos y que llevaban una maleta cada uno, apenas tenían espacio para respirar. El aparato crujió cuando se puso en marcha, ascendiendo trabajosamente cada centímetro. Tras unos inquietantes traqueteos, el ascensor se detuvo en seco a mitad de camino entre los pisos cuarto y quinto. Por lo visto ocurría con cierta frecuencia, pues la persona que ascendía por las escaleras y que los ayudó a salir no parecía sorprendida en absoluto. Finalmente, llegados al octavo piso, entraron en su habitación doble que les había costado sólo treinta y cinco libras egipcias, es decir, unos once dólares americanos. La habitación era angosta, con espacio escaso para las dos camas estrechas, una sola mesita de noche y un recoveco junto a la puerta del tamaño de una postal. El baño compartido no estaba muy lejos. La habitación y el baño estaban tan limpios como el edificio decrepito. Thea dejó caer su bolsa sobre el suelo a los pies de una de las camas y se desplomó sobre el colchón, sin la energía necesaria para descalzarse. Estaba ya profundamente dormida antes de que Jake hubiera cerrado la puerta.

A pesar del cansancio del viaje, Thea y Jake despertaron unas pocas horas después. El sol se había puesto ya y la pequeña habitación había recuperado una fresca bienvenida. Se ducharon y cambiaron de ropa, y luego bajaron a la calle a buscar una qahwa a pocas manzanas del núcleo de maidan donde les sirvieron un café excelente, pan y queso blanco. Durante su cena ligera, discurren acerca de las diferencias en el Oriente Medio, intercambiando detalles que Thea recordaba de su viaje anterior y de la guía que Jake había comprado en el aeropuerto de Baltimore. Lomas útil que habían aprendido hasta ahora era qué vestimenta era la más apropiada; ninguno de ellos vestía pantalones cortos, y además Thea estaba acostumbrada ya a no llevar prendas que acentuaran su figura. Apenas recordaba el árabe, pero sí lo suficiente como para facilitar su trato con los ciudadanos locales y Jake era muy hábil a la hora de convertir las libras egipcias en dólares americanos. De cualquier forma, siempre que fueran educados y no atacaran a supuestos monstruos en público, todo iría bien.

Cuando Thea se inclinaba hacia delante para coger un trozo de queso con su mano izquierda, Jake le preguntó:

—Thea, siempre he querido preguntártelo, ¿de dónde sacaste el diseño de tus tatuajes?

—¿Eh? Los diseñé yo. Cogí algunos símbolos de los cazadores y jeroglíficos elementales y los combiné hasta crear diversos patrones. —Miró el reverso de su mano izquierda, girándola hasta que los últimos rayos solares irradian sobre el dibujo con claridad—. En los últimos meses han empezado a... reaccionar, supongo que ésa es la palabra más adecuada, ante lo sobrenatural. Pero todo ha resultado ser tan caótico que no he tenido tiempo de reparar en ello.

—Sí, pero ¿por qué te los hiciste tatuar?

—No lo sé. Siempre he querido hacerme tatuajes, pero mi madre me lo prohibió. Y no lograba encontrar algo que realmente quisiera tatuarme. Pero después de unirme a la cacería, bueno; estos dibujos brotaron en mi mente y pensé, ¿por qué no?

—¿No conocías la práctica beduina de los tatuajes con herma? —Jake sonrió cuando ella lo miró confusa—. Estuve releendo algunos mensajes antiguos de Rafiq en los que mencionaba algo al respecto. Era similar a tu caso. Hablaba sobre una sheika, así la llamó, se trataba de una mujer sabia que decoraba su cuerpo con diseños detallados que le servían para canalizar sus increíbles poderes.

Thea miró el reverso de su mano izquierda, luego se levantó la blusa para estudiar el tatuaje que llevaba impreso sobre el estómago.

—Vaya, ¿en serio? Me parece que tiene mucho sentido. Aunque nunca había oído hablar de ello.

—No es un gran misterio, teniendo en cuenta lo que estamos acostumbrados a vivir. Pero es algo que merecería la pena comprobar cuando hayamos zanjado toda esta locura, ¿no te parece?

—Sí, cuando quiera que sea eso. —Thea se inclinó, su voz era un susurro—.

Hablando de lo cual, éste es el único momento de descanso que vamos a tener. Mañana iremos a por los visados y luego nos reuniremos con el tal Rafiq.

—Me sorprende que no los necesitáramos para venir —confesó Jake, con un tono de voz más suave ahora que se disponían a hablar sobre la cacería.

—Yo también lo pensé en mi primer viaje. Puedes pedir el visado con antelación, pero supongo que no tienen problemas a la hora de esperar a que llegues al país. Ese inmenso y horroroso edificio donde nos bajamos del taxi, ése es el Mugamaa. Sospecho que todas las áreas del gobierno egipcio están apelotonadas allí dentro. Allí es donde tendremos que ir mañana para conseguir los documentos. —Thea recordó de su viaje anterior que conseguir el visado era algo que les llevaría todo el día. Había pasado muchas horas en el feísimo Mugamaa antes de salir, hambrienta y sedienta, con su visado de turista. Pasar por ello otra vez con Jake sería como recordar un prolongado y doloroso déjá vu.

Jake mordisqueó un poco de pan.

—Y luego nos dirigiremos a Port Said.

—Supongo que sí. Aunque estoy casi segura de que Carpenter ya no estará allí. Ha pasado, ¿cuánto? Un día desde que esos cargueros explotaron.

Thea compartió un momento de silencio mientras meditaban que, hacía unas pocas horas, habían estado a miles de kilómetros, congelándose en un apartamento en Baltimore, Maryland. Sabía que se enfrentaban a algo grande y que el tiempo no corría a su favor.

Jake confuso, negó con un gesto de la cabeza.

—No sé de qué otra forma podríamos seguir su rastro. Supongo que si esperamos, acabará haciendo volar otra cosa por los aires.

Thea frunció los labios en actitud de reflexión.

—Así que, ¿tienes idea de qué ocurrió exactamente en ese secuestro que el periódico mencionaba?

—No. Cuando escribí a Rafiq contándole los detalles básicos por los que habíamos decidido venir aquí, le pedí que averiguara algo más. Pero aún no sé de él. ¿Por qué has pensado en eso?

—No estoy segura. Lo del policía muerto parece tener que ver con Carpenter, ¿pero el secuestro? Lo único que se me ocurre es que aún mantenga cautivo a Nicholas Sforza, ¿quizá los encontró alguno de los amigos de Sforza?

—¿Momias? —aventuró Jake.

—No resulta tan ridículo cuando estamos sentados a un tiro de piedra de las pirámides, ¿eh? Recuerda que aún no sabemos qué pintaba Sforza en ese templo.

—Sí, eso es verdad. Estoy ansioso por que nos encontremos con Rafiq. Todavía tengo que hallar alguna pista de que realmente existen las momias, alguna diferente de las que uno lee en los relatos y las leyendas. Espero que sepa algo al respecto.

—¿No ha estado conectándose durante bastante tiempo a hunter-net? ¿Y no te extrañaría que no hubiera mencionado algo sobre las momias si supiera que existen?

—Ése es un buen punto —señaló Jake, arrebujiándose en su silla—. Pero la verdad es que no lo sé. He estado meditando sobre Carpenter. ¿Sabes lo que dicen de los zombis en hunter-net? Todos aseguran que son fuertes, no obstante, rara vez o más bien casi nunca, son astutos y menos aún inteligentes. Dos particularidades que Maxwell Carpenter sí tiene.

Thea asintió.

—Sí, él por sí solo es una raza a parte.

—Ésa es una buenísima forma de explicarlo. Quizá los seres como Carpenter, los no muertos a los que llamamos los «ocultos», ¿sean un ejemplo de momias? Ya sabes, son poderosos, inteligentes, imparables...

—Sí, tal vez —Thea negó con la cabeza—. Pero la verdad es que no lo sé. Cuanto más pienso en ello, más segura estoy que las momias existen. Cosas que son realmente inmortales. Que viven para siempre; es una idea bastante atractiva, ¿sabes?

—¿Adónde quieres llegar?

—Bueno, Carpenter es muy poderoso, eso es cierto, pero no está vivo, ¿verdad? ¿Y si malinterpretamos su intención? Me has comentado que los zombis perseguían un único objetivo...

—Y no suelen ser muy sutiles a la hora de conseguirlo.

—Eso es. La historia es que siempre hemos pensado que el objetivo de Carpenter era vengarse de toda la familia Sforza. Y le hemos visto realizar unas maniobras bastante arriesgadas para dar con Nicholas. Pero si lo único que quería era saldar una cuenta pendiente con los Sforza, ¿qué demonios está haciendo aquí? Independientemente de sus motivos, Carpenter ha empleado la astucia y ha sido todo lo disimulado que podría ser. Acuérdate de cómo nos engañó para que entráramos en el Templo de Akenatón. Combinó algunas verdades con ciertas mentiras, y nos estudió a cada uno para saber qué teclas nos harían reaccionar e incluso después de que creyéramos haber descubierto lo que pretendía, hicimos lo que él esperaba de nosotros.

—¿Y?

—Bueno... ¿y si Carpenter hubiera estado persiguiendo a Nicholas Sforza para conseguir que éste le diera algún tipo de elixir que lo convirtiera en inmortal? Traerlo de vuelta a la vida de forma permanente como, a falta de una palabra mejor, una momia.

—¿Elixir?

—Lo que sea. ¿Quién sabe si todo esto no se remontará hasta... cómo se llamaba? ¿Annabelle Sforza? Es posible que ése fuera el motivo real de su riña. Bueno, quizá no; parece algo inverosímil. —Con las hipótesis persiguiéndose las unas a las otras en su mente, Thea tardó en darse cuenta de que Jake la miraba con una media sonrisa dibujada en los labios—. ¿Qué?

—¿No te estás saliendo por la tangente?

—¿Por qué? Si otorgamos credibilidad al hecho de que puedan existir las

momias, algunos de los enigmas a los que nos enfrentamos, cobran sentido.

—Y nosotros sin Brendan Fraser —murmuró Jake.

—Muy gracioso.

Thea y Jake comenzaron a aplatanarse cuando el subidón de la cafeína empezó a desvanecerse. El cansancio del vuelo los golpeó de nuevo, por lo que regresaron a Casa Ismailia. Llegados a la habitación, cayeron como troncos en sus camas.

Sus cuerpos no estaban aún completamente recuperados a la mañana siguiente, pero no se sentían tan exhaustos como el día anterior. Luchando por emerger de su letargo, arreglaron su cuarto y se prepararon para la ardua misión de conseguir sus visados. Al salir del hotel, comprobaron que Maidan el-Tahrir bullía con el tráfico de los viandantes y los vehículos. Thea y Jake conocían al dedillo los centros urbanos de las grandes ciudades americanas, pero ésta era una experiencia desconocida para ellos. Lo único que tenían que hacer era cruzar de un extremo al otro de la plaza. El problema estribaba en buscar la mejor forma de llegar hasta el Mugamaa sin dejarse llevar por la afluencia de la muchedumbre o ser atropellado accidentalmente por uno de las decenas de coches que circulaban a toda prisa por el maidan.

Concentrada como estaba en la labor de cruce, Thea no se percató al principio de que un hombre los miraba a pocos metros. Dudó que se tratase de un pervertido; los hombres egipcios muy rara vez se detenían a comerse con la mirada a una mujer y además su blusa campesina, pantalones cargo de cintura baja y botas de senderismo eran una vestimenta lo suficientemente apropiada. *El tipo debe estar esperando a que alguien lo contrate como guía turístico*, pensó, girándose para despedirlo. Se quedó boquiabierto. Su cabello estaba muchísimo más corto y la tez más bronceada, pero lo reconoció de inmediato.

—¡Sforza! —Su voz un jadeo sofocado.

—Nicholas, por favor —respondió él, cruzando los brazos sobre el pecho y sonriéndoles de una manera imprecisa—. Hola Thea, hola Jake. Bienvenidos a Egipto.

Después de que Ibrahim le explicara que había decidido traer a Egipto los restos del escarabajo brújula, Nicholas comenzó a meditar sobre qué hacer con ellos. Cuando llegaron a El Cairo, se dirigió hacia el taller que Basel Nyambek-Senemut había construido en el mausoleo de al-Qalarayn y empezó a trabajar en la fabricación de un nuevo amuleto rastreador.

Nicholas sentía la presión del tiempo como una carga física. Cuanto más tiempo estuviera perdido el Corazón de Osiris en el mundo, mayor era la posibilidad de que aconteciera un gran desastre. No había forma de que Carpenter se sirviera del poder de la reliquia para resurgir convertido en momia. El Corazón no tenía nada que ver con ese secreto tan bien guardado, el Hechizo de la Vida. Y de la misma manera que Maxwell Carpenter no podría hacer uso del Corazón para transformarse en un ser inmortal, había muy pocas posibilidades de que encontrara a alguien que quisiera ayudarlo en la ceremonia de resurrección.

No, el gran temor de Nicholas era que el Corazón cayera en manos mucho más peligrosas que las de un zombi. Los Seguidores de Set o las momias Perdición suponían una amenaza mayor; llevarían a cabo los actos más terribles con el único fin de poseer el ab-Asar. Siendo un conducto para entrar en contacto con Osiris, el Corazón ofrecía un poder inestimable a todos aquellos que supieran cómo utilizarlo correctamente. La energía podría utilizarse para fines depravados. Es más, algunos Amenti creían posible que el Corazón, o cualquiera de los fragmentos diseminados de Osiris, pudieran emplearse para dañar a ese mismo dios. El eterno Osiris no podía ser destruido, pero no era inconcebible que los enemigos pudieran inflingirle una agonía descomunal si llegaran a capturar el Corazón.

La ironía no dejaba de ser sorprendente; que el más extraordinario entre los inmortales no fuera capaz de reunir los fragmentos de su cuerpo y revivir, algo que sí podían conseguir los neonatos inmortales. No obstante, debido a la precisa maldición lanzada por Set, Osiris no podía influir sobre su forma física. El dios permaneció siendo un ser espiritual, vinculado sólo al mundo de los vivos por sus miembros diseminados en la tierra. Y, sin embargo, la limitación que hacía al dios vulnerable ante la amenaza Apepnu, otorgaba a Nicholas la clave para recuperar el Corazón. La energía que manaba del ab-Asar tenía su fuente en el Señor de la Vida. Si conseguía hacer funcionar el nuevo escarabajo brújula, podría rastrear esa energía y encontrar el Corazón.

Dedicó una semana entera a trabajar en el escarabajo brújula, deteniéndose sólo para engullir comidas rápidas y dormir unas horas en un diván. Ibrahim y Faruq se alternaron para llevarle alimento y bebida, y arrastrarlo a una cama plegable cuando había pasado demasiadas horas sentado afanando. Mientras Nicholas andaba atareado

en el taller de Basel, los dos sectarios se encargaron de averiguar si alguien sabía algo acerca de Maxwell Carpenter o del Corazón de Osiris. Cada Eset-a estaba especializado en un campo, Ibrahim poseía un extraordinario talento informático y Faruq unos envidiables contactos en la calle. Cuando era pequeño, Ibrahim había acompañado a su padre a sus distintos trabajos. Su padre había sido un electricista al servicio del Gobierno, y fue entonces cuando entró en contacto por primera vez con un ordenador. Fue amor a primera vista. Antes de unirse a la causa de Ma'at, Ibrahim había tenido una carrera prometedora como especialista en informática al servicio del Gobierno egipcio. A la vez que él estaba alerta sobre lo que ocurría en el ciberespacio, Faruq movió los hilos de sus contactos callejeros. El anciano Eset-a era lo que los cairinos llamaban ibn al-balad o «hijo de la ciudad». El apelativo se refería a un hombre que encarnaba las cualidades más respetadas entre los habitantes de El Cairo, una mezcla de afabilidad e inteligencia poco común entre los campesinos y ciertamente ajenas a los incontables extranjeros que atestaban la ciudad cada año. En otras palabras, Faruq conocía a ciertas personas que lo admiraban hasta un punto que rivalizaba con el talento informático de Ibrahim. Asimismo, Nicholas estaba en contacto con otras momias a través de Lu Wen-Khutenpah, vinculada al Culto de Isis, el grupo que más involucrado estaba en el desarrollo de las ceremonias de resurrección que engendraba a los nuevos inmortales. No eran las vías de acción más eficaces, pero hasta que Nicholas tuviera un nuevo escarabajo brújula en funcionamiento, ésa era la mejor forma de trabajar.

Nicholas se apartó de la mesa de trabajo y maldijo frustrado. Había hecho algunas de sus mejores piezas del arte meket (creación de amuletos) la semana pasada. Pero, pese a sus esfuerzos, todo había sido en vano. Creó un nuevo escarabajo brújula, mas había demostrado ser inútil. Estaba a punto de completar su segundo intento; en un día poco más o menos, lo tendría terminado. Temía que no quedara el suficiente residuo, después de las dos primeras creaciones, para que el tercero surtiera efecto. No le quedaba otra alternativa que hacer funcionar éste último escarabajo.

Echó un vistazo al primer recambio, desechado junto a los retales quebrados del original sobre una mesa de metal viejo. Su mirada vagó abarcando la totalidad del taller. Era una de las cámaras más grandes en el complejo subterráneo bajo el cementerio sur de El Cairo. Basel Nyambek-Senemut era habilidoso en diversas ramas de la magia egipcia y había pasado mucho tiempo trabajando en el taller para crear amuletos, efigies, alquimia y demás utensilios mágicos. Así, todos los inmortales visitantes podían emplear la cámara para sus creaciones. En el centro de la misma estaban dispuestas sendas mesas de trabajo la una frente a la otra; en tres de las cuatro paredes había estanterías y, junto a ellas, otras mesas. En la cuarta pared se abría el umbral de la puerta y colgaba una pizarra decorada con notas esquemáticas. Utensilios modernos y arcanos se encontraban diseminados encima de varias mesas y

asomando por los cajones a medio cerrar. La mesa sobre la que Nicholas estaba trabajando contaba con una lupa iluminada engarzada en un brazo giratorio y un maletín metálico entreabierto, y al alcance de la mano, mostraba diversas herramientas de joyería. Trozos de cobre, cable de plata y otras minucias de metales nobles formaban un montoncito de desechos en una de las esquinas. Yacía frente a él, en una esterilla de goma, un lustroso brazalete con un estilizado escarabajo de oro y jade montado sobre una de las curvas de la joya. Era precioso, pero aún no funcionaba. Y si seguía con la mirada perdida, tampoco conseguiría terminarlo. Nicholas suspiró y se inclinó todavía más sobre sus codos, mirando a través de la lupa y estudiando, una vez más, el escarabajo.

Oyó a Ibrahim correr por el pasillo llamándolo por su nombre. Apartó la mirada de la lupa y arqueó una ceja al mismo tiempo que el sectario entraba entusiasmado en el taller.

—¿Qué has averiguado Ibrahim, algo sobre el Corazón?

—No Amenti, pero son buenas noticias. —Ibrahim se mostraba tan circunspecto como siempre, pero la exaltación asomaba en sus ojos—. Hemos estado controlando todas las listas de pasajeros de los vuelos y barcos con destino a Egipto. Además de haber estado alerta en caso de que surgiera el nombre de Carpenter, también hemos estado atentos por si venían esos reporteros que entraron en el templo. Y creo que por fin tenemos algo.

Nicholas tan sólo sabía el primer nombre de los «periodistas» que lo habían visitado en el Templo de Akenatón: Jake y Thea. La información con la que los sectarios contaban era escasa, pero estaban desesperados y obligados a comprobar hasta los detalles más insignificantes. Ibrahim había tropezado con unas cuantas coincidencias comprobando las listas de pasajeros y las peticiones para obtener el visado. Con la ayuda de Faruq había comprobado que ninguno de ellos se correspondía con las personas que estaban buscando. Nicholas les había recomendado que siguieran indagando, aunque todos daban por sentado que la búsqueda se prolongaría más. Probablemente Carpenter anduviera intentando entrar en el país. Y, para colmo, los nombres de los «reporteros» no eran inusuales en sus respectivas culturas; por lo que si venían, no sería nada fácil encontrarlos. Ibrahim no era muy proclive al optimismo, de forma que debía estar bastante convencido de esta nueva pista.

—Oigámoslo.

—En uno de los vuelos de aerolíneas Delta hay una pasajera llamada Thea Ghandour y dos Jakes: un Jacob Pellitier y Jake Washington.

—Sabes que sólo necesitamos a uno.

Ibrahim estaba demasiado absorto en su relato de los hechos como para advertir el tono cómico en las palabras de Nicholas.

—Puede que ninguno de ellos sea el Jake que estamos buscando, pero ésta es la primera vez que coincide que, en el mismo vuelo, viaje una Thea y un Jake.

—No puedo esperar para comprobarlo —admitió Nicholas—, ¿cuándo tiene prevista la llegada?

—Se espera que aterrice dentro de una hora. Faruq y yo iremos al aeropuerto para asegurarnos de que coinciden con la descripción que nos diste de ellos. Si así fuera, ¿quieres que los traigamos aquí? Faruq tiene un amigo que podría prestarle un taxi.

—No, seamos cautos. Haced lo que podáis para que ellos suban en vuestro taxi, pero llevadlos a donde deseen ir. —Nicholas se preguntó si Carpenter viajaría en el mismo vuelo bajo un alias. *No; él no es tan previsible*—. Cabe la posibilidad de que vengan aquí para encontrarse con Carpenter. Cuando sepamos dónde piensan quedarse, podremos vigilarlos y averiguar qué están tramando. Luego podríamos interrogarlos o seguirlos hasta que nos conduzcan a Carpenter. Lo que sea más conveniente.

Ibrahim asintió y se encaminó hacia la puerta.

—Tengo un buen presentimiento, Nicholas.

—Espero que tengas razón. Por lo menos tendríamos algo con que empezar —respondió la momia, frunciendo los labios cuando volvió a centrarse en el amuleto.

Nicholas dejó a un lado las fotografías sobre la mesa de trabajo. No podía dejar de sonreír.

—¡Una labor fantástica, Ibrahim! ¿Y Faruq los está siguiendo ahora?

El sectario afirmó con un gesto.

—Nos separamos cuando yo decidí volver aquí, ¿entonces los reconoces?

—Oh, desde luego que sí. —Nicholas señaló una imagen de Thea Ghandour y Jake Washington de pie en una acera de Maidan el-Tahrir, con sus maletas en la mano y la confusión de las largas horas de vuelo impresa en sus rostros. Ibrahim había estado fuera cuando se produjo el ataque en el Templo de Akenatón, de forma que había tenido que conformarse con la descripción que Nicholas le había dado. Explicó a la momia que había dudado que fueran ellos cuando los vio emerger del vuelo Delta, pero decidió no correr riesgos innecesarios. Había logrado introducirlos en el taxi prestado y llevarlos hasta Casa Ismailia. Allí había sacado algunas fotografías con una cámara desechable y se había apresurado a llevarlas a revelar en un laboratorio de una hora—. Un trabajo increíble, Ibrahim. En todo; comprobando las listas de pasajeros, sacando las fotografías... Todo.

—¿Y ahora qué? —Ibrahim estaba entusiasmado gracias a los halagos. Las dudas sobre su valía, que lo habían atormentado una semana antes, no eran ya más que un recuerdo lejano. Al igual que Nicholas, estaba preparado para vengarse por la pérdida de sus compañeros y del Corazón.

—Supongo que estarán exhaustos después de un viaje tan prolongado, de forma que contamos con algo de tiempo. Tú y Faruq seguidles la pista. A ver si podéis averiguar si tienen planeado encontrarse con alguien, si van a alquilar un coche...

Cosas del estilo. Si crees que podrás hacerlo sin que ellos se den cuenta, registra sus pertenencias cuando salgan del hotel. Entre tanto, yo seguiré trabajando con este maldito escarabajo brújula.

Ibrahim miró el amuleto. Su entusiasmo se atenuó levemente.

—¿Aún no has logrado hacerlo funcionar?

—¡He estado trabajando en ello noche y día, y *nada!* —se lamentó—. Estructuralmente es válido. Puedo percibir el encantamiento, pero se queda ahí quieto. No parece indicar que reciba algo.

—Lo mismo ocurrió con el primero —señaló Ibrahim.

Nicholas miró furibundo al primer recambio. Al igual que el que yacía en la mesa frente a él, ese brazalete era un maravilloso ejemplo de elegancia y había sido diseñado para rastrear la resonancia mística del Corazón, a partir del residuo imbuido en su creación. O así era en teoría. Ninguno parecía tener la mínima intención de ponerse en funcionamiento.

Ojalá no hubiera intentado despistar a Carpenter, pensó. Si no hubiera tratado de resistirse tan enérgicamente a la orden mental del zombi, podría haberle aclarado que el Hechizo de Vida debía ser ejecutado por una persona viva sobre un cadáver preparado. El Corazón no tenía nada que ver en el proceso. Pero, al tratar de salvaguardar los secretos de su raza, Nicholas le había dado a entender, de manera inadvertida, que el Corazón era la clave para la resurrección. Así que ahora, el muy idiota, se dirigía hacia aquí con el ab-Asar en su bolsillo y sin tener la menor idea de qué hacer con él. ¿Y quién sabía cuántos de los secuaces del enemigo podrían percibirlo? Estaba convencido de que los atraería como las abejas al polen. La energía del aura del Corazón hacía difícil averiguar su ubicación exacta, pero si una muchedumbre lo seguía, sería sólo cuestión de tiempo que alguien tropezara con él.

Sólo el maldito brazalete podría ubicarlo en el lugar exacto. Pero había intentado recomponerlo dos veces y ya no le quedaba el residuo suficiente del primero como para forjar otro. Tantos días malgastados cuando podría haber... Nicholas parpadeó, una vocecilla de alarma resonó en su cabeza.

—Ibrahim, ¿has hecho algo con el primer recambio?

—No, Nicholas.

—¿No has estado moviéndolo por la mesa de forma que dejara tras de sí pequeñas marcas?

El Eset-a miró confundido hacia el costado de la mesa. El complejo bajo el mausoleo de al-Qalarayn contaba con una ventilación bastante aceptable. A pesar de ello, debido a la naturaleza del clima desértico y a la piedra empleada en la construcción, era imposible mantener a raya el polvo y la arena. Nicholas mantenía su espacio de trabajo limpio, pero no toda la habitación. La mesa contigua tenía una fina capa de polvo que mostraba un par de líneas finas que se alejaban unos siete centímetros de la marca que señalaba el lugar donde primeramente había reposado el escarabajo brújula. El amuleto había sido diseñado como un brazalete en forma de U;

el extremo abierto se deslizaba rodeando la muñeca y el lustroso escarabajo quedaba en la parte superior, rotando, como lo haría una brújula, para ubicar la posición del Corazón. Los dos extremos de la U se correspondían con el par de líneas impresas en el polvo amarillento de la mesa.

Nicholas agarró el recambio, se lo puso en la muñeca y rió.

—¡Está respondiendo, Ibrahim! La conexión es débil, pero puedo sentirla. — Escudriñó el amuleto y se percató de que el escarabajo brújula era bastante más débil que el original que había fabricado. Sabía que no funcionaría con la misma fuerza, pero parecía incluso más endeble de lo que había esperado—. El primero que creé podría haber rastreado el Corazón por medio mundo. Es difícil saber a qué distancia se encuentra con éste, pero si tuviera que adivinar diría que está a más de novecientos kilómetros de aquí.

—¿Sabes dónde?

—Maldita sea. Está aquí, no muy lejos. En algún lugar del bajo Egipto. —Miró las marcas que había sobre la mesa—. Lo puedes ver en las marcas que ha dejado en el polvo. Debe haber entrado por... déjame ver, el norte está por ahí... por el norte o noreste. ¿Y ves cómo se ha desplazado en una curva sutil hacia el este? Según mi percepción, yo diría que se encuentra en algún lugar del este. No obstante, sigo sin poder establecer la distancia exacta.

Ibrahim frunció el ceño pensativo, luego abrió la boca para exclamar:

—¡Port Said!

—¿A qué te refieres?

—Ayer ocurrió un accidente en Port Said. Estallaron un par de cargueros y murió mucha gente. Salió en las noticias.

—Sí, Port Said está al noreste de El Cairo... así que las marcas de la mesa... Todo parece indicar que la brújula funciona correctamente. De forma que Carpenter debió de llegar por mar y algo ocurrió en el desembarco. Y ahora se dirige hacia el este, ¿y por dónde? ¿Quizá por el Canal de Suez? ¿Por tierra? ¿Tal vez hacia el desierto del este? —Una terrible comprensión lo asaltó entonces—. Oh, mierda. ¿Recuerdas cuando regresamos de Edfú? Lu Wen nos dijo que algunos miembros del Culto de Isis iban de camino hacia Port Said para recoger a alguien que venía de hajj.

Ibrahim empalideció.

—Se marcharon antes de que Lu Wen pudiera contactar con ellos, Nicholas.

La momia maldijo. Mientras ellos habían ido a hablar con Mestha, Lu Wen había estado viajando por los diversos asentamientos que el Culto de Isis tenía al norte del país. Puesto que los templos escondidos y los mausoleos subterráneos no contaban normalmente con línea telefónica (el refugio de los Eset-a era una excepción a la regla), Lu Wen había optado por ir en persona a los diferentes lugares de resurrección. Había regresado a las Ciudades de los Muertos pocos días después de Nicholas, y les había relatado que el grupo encargado de una ubicación clandestina en Saqqara había augurado una nueva llegada. Los sectarios que permanecían en el lugar

le comunicaron a Lu Wen que ya habían enviado una comitiva para recibirlos. No habían caído en que éste pudiera ser un caso especial, pero el problema era dolorosamente claro para Nicholas ahora. Los nuevos y viejos espíritus que se entrelazaban para convertirse en Amenti, estaban atrapados dentro de la carne muerta del cadáver reciente hasta que alguien pudiera ejecutar el Hechizo y volverlo a la vida. En otras palabras, los fantasmas que poseían el cuerpo, lo reanimaban lo suficiente como para que el cadáver pudiera llegar hasta Egipto. Lo que no distaba mucho de la situación actual de Maxwell Carpenter.

—Será hijo de... Si el Culto de Isis malinterpretó sus visiones, podrían haber confundido a Carpenter por una momia en hajj. Es muy posible que se hayan encontrado con él.

—¿Pero cómo no han sentido la presencia del Corazón?

—Los mortales no pueden, pero aunque una momia sí sea capaz de percibir el aura, no tiene por qué saber de qué se trata. Y una vez que estuviera dentro del perímetro del aura, no tendría idea de dónde proceden las emanaciones. Podría quedarse frente a él, pero hasta que no lo tocara, no sabría que estaba ahí. —Percatándose de la mirada abatida de Ibrahim, Nicholas añadió—: ¿Ahora entiendes por qué quiero que esta maldita brújula funcione?

El sectario asintió.

—Pero... si ese fuera el caso, habríamos sabido algo, ¿no crees?

—Bueno, mencionaste algo sobre la explosión de unos cargueros, ¿no? —Nicholas sonrió sin alegría. No tenía dudas de que aquella destrucción había sido la consecuencia del encuentro de Carpenter con las momias—. Necesito hablar urgentemente con Lu Wen.

Intentó contactar con ella mediante el teléfono móvil y se sintió agradablemente sorprendido cuando consiguió hablar con ella. No tardó mucho en secundar sus sospechas.

—¿Tú qué crees? ¿Sabes algo del paradero del grupo?

—Aún no. He estado investigando la Esfinge. —Lu Wen era una de los miembros de un pequeño grupo que tenía la sospecha de que la Esfinge era algún tipo de efigie; una construcción encantada como los mastines que ella le había dado a Nicholas. De cuando en cuando la estudiaba, formulándole una nueva serie de preguntas, con la esperanza de averiguar sus propósitos—. Ésta es la primera noticia que tengo sobre el desastre en Port Said. Entonces, ¿ocurrió ayer?

—Sí. Es posible que sea sólo fruto de la coincidencia, pero lo dudo.

—Yo tampoco lo creo. Pero no quisiera dar por sentado que nuestra gente murió en la catástrofe. Quizá el grupo encontró a alguien de hajj y ahora hayan regresado a Sanakht Nebka. —Saqqara yacía en una meseta al sur de El Cairo y era el hogar de la famosa pirámide escalonada de Zoser. Había servido durante más de tres mil años como necrópolis de los muertos de la antigua capital egipcia, Menfis. Guiados por los recuerdos de los Imkhu, el Culto de Isis redescubrió otra pirámide escalonada,

largamente enterrada en la arena, y dedicada al faraón Sanakht Nebka en las cercanías. Al estar construida en una de las ubicaciones con mayor canalización de poder espiritual, era uno de los lugares de resurrección principales. Hubo una pausa, luego Lu Wen sugirió—: Tal vez Carpenter resultara destruido en el accidente. Quizá sea otra fuerza la que tenga el Corazón en sus manos ahora.

Nicholas echó una ojeada al escarabajo brújula.

—No creeré que Carpenter está muerto hasta que vea su cuerpo reducido a cenizas. Y si aún está vivo, puedes estar segura de que llevará el Corazón consigo.

—Iré inmediatamente a Saqqara para averiguar si el grupo ha regresado. Si no es así, quizá los que permanecieron allí puedan contarme algo nuevo.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Tú debes localizar el Corazón, ahora que puedes percibir su ubicación.

Tenía razón, claro. Sería una tragedia si habían perdido a algún miembro en la conflagración de Port Said pero a veces ocurría. Los guerreros morían en las batallas. Él debía centrarse en recuperar el Corazón de Osiris.

—Muy bien. Tengo que terminar de atar algunos cabos sueltos, así que... podrás encontrarme aquí hasta mañana por la mañana.

—De acuerdo, que tengas buena suerte.

Nicholas colgó y se giró hacia Ibrahim, que estaba de pie y meditabundo.

—¿Entiendes cuáles son las prioridades?

Ibrahim afirmó con un gesto de la cabeza.

—No iremos tras el Corazón todavía, ¿verdad?

—Eso quisiera yo, pero creo que lo más conveniente es que averigüemos primero qué función desempeñan los «reporteros» en este asunto. No quiero tener que preocuparme de que vayan a patearnos el trasero cuando estemos a punto de capturar a Carpenter.

—Siento no haber podido oír más. —Se disculpó Faruq aquella tarde—. Cuando comenzaron a hablar entre susurros, ¡tendría que haberme sentado a su mesa para escuchar lo que decían!

Nicholas sonrió. Sin duda, Faruq estaba exagerando. Había seguido a Thea Ghandour y a Jake Washington hasta un café y los había escuchado a escondidas desde la mesa de al lado. No había podido oír todo lo que habían hablado, pero por lo que oyó, Nicholas dedujo que no estaban asociados a Carpenter. De hecho, parecía exactamente lo contrario. Lo que sabían acerca del Corazón seguía siendo una incógnita. Saber que compartían un enemigo era bueno, ¿pero y si deseaban apropiarse del ab-Asar? Aquella podría llegar a convertirse en una complicación para la que no tenían tiempo.

—Así que persiguen a Carpenter. La cuestión es: ¿quieren asesinarlo para hacerse con el control del Corazón o su intención es otra?

—No lo sé, Nicholas. No los oí hablar sobre el Corazón, pero eso no quiere decir que no lo hicieran.

—¿Y estás seguro de que dijeron algo sobre conseguir sus visados? —Gracias a los contactos que Ibrahim tenía dentro de la burocracia, Nicholas no había tenido que malgastar su tiempo con esas cuestiones, pero había oído los horrores que otros contaban sobre esos procesos interminables—. Bien. De acuerdo, nos ceñiremos al plan. Preparemos todo ahora. Mañana por la mañana los recogeremos para hablar con ellos. Una vez sepamos cuáles son sus intenciones, iremos tras el Corazón.

—¿No prefieres que los capturemos ahora, mientras duermen?

—Demasiado arriesgado. ¿En qué piso están? ¿En el octavo? Muchas cosas podrían ir mal mientras tratamos de bajarlos hasta el coche. Lo mejor será sorprenderlos en la calle, amparándonos en la muchedumbre. Dudo que intenten algo teniendo a un millar de viandantes alrededor. —Se encogió de hombros—. Además estoy harto y exhausto después de haber pasado una semana metido en ese maldito taller. Me gustaría poder dormir tranquilamente una noche, para variar.

Habían sobornado a los recepcionistas de Casa Ismailia, tanto a los del turno de mañana como a los de la noche, y prometieron llamarles para informar sobre cualquier movimiento que hicieran los «periodistas». Ahora que las cosas empezaban a enderezarse, Nicholas pudo descansar y relajarse por primera vez desde hacía mucho tiempo. Despertó al alba sintiéndose renovado e hizo una rápida tabla de ejercicios en el patio del mausoleo. Cuando regresó abajo para darse una ducha y desayunar, Faruq le comentó que habían telefoneado desde el hotel para informar. El recepcionista había visto al chico joven, Jake, dirigirse hacia el baño colectivo. Estaban despiertos y preparándose; había llegado la hora de que Nicholas y su gente se pusieran en marcha también.

Quince minutos más tarde estaban sentados en el taxi prestado, un Audi desvencijado, de camino al centro de El Cairo. El tráfico era una locura, pero Faruq se desenvolvía con gran destreza. Lograron llegar a Midan el-Tahrir con sólo un par de nuevos rasponazos en la carrocería. Nicholas e Ibrahim bajaron del automóvil en una esquina, y se situaron en los extremos del hotel. Faruq aparcó el coche un poco más arriba, en la acera. Los demás coches transitaban a gran velocidad rodeándolo a escasos milímetros y haciendo sonar el claxon. Entre tanto, los viandantes lo maldecían alegremente mientras trataban de deslizarse entre el Audi y el ruinoso edificio.

Nicholas aguardaba impaciente. Había advertido por la mañana que el escarabajo brújula apuntaba casi directamente hacia el sur. La tarde anterior había estado orientado hacia el este, y le preocupaba que Carpenter pudiera estar desplazándose a tanta velocidad. Había estado tentado de olvidarse de estos «reporteros» e ir en busca del Corazón antes de que éste estuviera fuera de su alcance. Mas no era el momento de apresurarse. *Decidido y valiente es bueno*, se recordó. *Imprudente e impulsivo no lo es*. Tratar con Thea Ghandour y Jake Washington no le llevaría más de una hora.

Le resultaría sencillo seguir el rastro del Corazón después. No obstante, sus argumentos no le facilitaban la espera. Por suerte, apenas tuvieron que aguardar unos minutos antes de que un hombre y una mujer emergieran del edificio. Su atención estaba centrada en la estructura gubernamental Mugamaa, que se erigía al otro lado de la plaza.

Nicholas los reconoció al instante. Jake Washington era un muchacho negro, delgado, con poco más de veinte años, que vestía una camiseta de anime, con vaqueros y deportivas Nike. Thea Ghandour debía rondar la medianía de los veinte, y vestía una blusa, pantalones cargo y botas de senderismo. Nicholas recordaba de su primer encuentro en el Templo de Akenatón que era atractiva, pero el súbito ataque había extirpado cualquier resquicio de aprecio que pudiera haber sentido hacia ella. Se tomó un momento para estudiar la figura curvilínea y atlética, no del todo disimulada bajo las prendas holgadas. Su piel morena bañada por un matiz dorado y el cabello, una masa de gruesos rizos aún húmedos tras la ducha. Ella se giró ligeramente, lo que le ofreció una espléndida panorámica de sus rasgos árabes y evocando otros de un antepasado africano. Sus brillantes ojos verdes coronados por gruesas pestañas y los labios carnosos... Nicholas se dio cuenta de que la observaba con fijeza.

Un poco avergonzado, gesticuló hacia el otro extremo del edificio, advirtiéndole a Ibrahim de que estuviera preparado. Caminó hacia ellos. La mujer lo vio y se giró por completo. La sorpresa se adueñó de sus rasgos.

—¡Sforza!

—Nicholas, por favor. —Pensó que decirles su nombre completo sería una distracción innecesaria. Lo mejor era mantener un trato desenfadado—. Hola Thea, hola Jake. Bienvenidos a Egipto. —Percibió la estupefacción emanando de ellos como lo haría el calor de una estufa. Ibrahim y él aprovecharon su estupor para conducirlos hasta el Audi—. Estoy convencido de que éste no es el momento indicado para hacer una escena, ¿no estáis de acuerdo? —continuó mientras ellos bufaban protestas—. Subámonos todos en el coche y vayamos a algún lugar en el que podamos charlar.

Se sometieron con relativa facilidad, aunque Nicholas podía intuir el caos de sus emociones; una mezcla de sorpresa, miedo, preocupación y rabia que latía bajo su aparente calma. El muchacho, Jake, miró inquisitivamente hacia Thea. Al principio no dijo nada, sólo dedicó a Nicholas una mirada ambigua y penetrante.

—Creo que estaremos bien —dijo, como hablando para sí—. Eh, sí; todo en orden, Jake. Venga, vamos.

Nicholas se percató de quién llevaba la voz cantante. Condujo al muchacho hacia el asiento del copiloto y sentó a Thea en el asiento de atrás entre Ibrahim y él. Faruq giró con brusquedad, sumergiendo el taxi en el tráfico, haciendo sonar el claxon y confiando en que alguien se apartara para dejarles espacio. Transitar por las calles era demasiado escalofriante como para iniciar una conversación, de forma que estuvieron

en silencio hasta haberse adentrado en el cementerio del sur.

Nicholas era muy consciente del tacto del muslo de Thea contra el suyo en el apretado asiento trasero. Siendo uno de los Amenti, sus sentidos inmortales se deleitaban con cualquier sensación. Al parecer su cuerpo le estaba recordando que hacía mucho tiempo que no se daba el gusto de mantener un contacto físico con otra persona. Pero, estando sumido en un período de crisis como aquel, no era el mejor momento para pensar en ello, especialmente cuando el objeto de su deseo era una enemiga potencial. *Controla tus hormonas, idiota.*

—¿Os importa si pregunto adonde nos estáis llevando?

Nicholas se sintió agradecido por la distracción que supondría mantener una conversación.

—Ahora mismo estamos en lo que los occidentales llamamos las Ciudades de los Muertos. Para nosotros es más seguro estar aquí que en la ciudad de El Cairo. En cualquier caso, el lugar se compone de dos grandes cementerios; uno al sur y el otro al este. Sin embargo, no es un cementerio común. Un sinnúmero de personas habita aquí.

Sus pasajeros miraron interesados en rededor, pero la visita turística finalizó con prontitud.

—Es la hora, Nicholas —advirtió Faruq, mientras conducía el vehículo por una callejuela flanqueada por filas de tumbas sucias.

—Bien. —Nicholas señaló los sacos de tela que Ibrahim tenía en las manos—. Ponéelos en la cabeza. Sé que parece siniestro, pero tenemos que salvaguardar algunos secretos. Mientras sigáis colaborando, podréis salir de aquí sanos y salvos.

Thea Ghandour volvió a dedicarle esa mirada intimidante, pero cogió uno de los sacos.

—Está bien, Jake. Haz lo que dicen.

—Si tú lo dices —respondió el chico negro, mascullando algo entre dientes cuando metió el saco por la cabeza.

Faruq los condujo por la laberíntica callejuela y dio un par de vueltas hasta llegar a la entrada secreta oculta por un racimo de datileras. Ibrahim, en cabeza, guió a Jake y a Thea por las escaleras. Descendían con la pausada seguridad de los ciegos. Nicholas los siguió cuando hubo enviado a Faruq a Casa Ismailia. Dependiendo de cómo fueran las cosas en la próxima hora, Thea y Jake se los unirían a la búsqueda de Carpenter o terminarían siendo residentes permanentes del cementerio. En cualquier caso, ésta era la mejor oportunidad para recoger sus cosas en el hotel. Después de deambular incómodamente por el túnel hasta las cámaras subterráneas, Ibrahim los llevó hacia el exterior, atravesando la tumba, desembocando en el patio abierto. Las paredes eran lo suficientemente altas como para que sus huéspedes no pudieran hacerse a la idea de dónde estaban por los edificios que los rodeaban. Y, en el caso de que algo fuera mal, tampoco conocían la distribución del complejo subterráneo. Ibrahim les quitó los sacos y los invitó a sentarse en las sillas. Los asientos habían

sido dispuestos en la sombra del mausoleo; lo que los cobijaría del sol en ascensión. Thea y Jake se sentaron dándole la espalda al mausoleo, entre tanto, Nicholas se acomodó en la silla opuesta. No estaba armado, aunque la cantidad de amuletos y encantamientos con los que contaba en el presente instante hacía innecesario el uso de armas corrientes. Ibrahim, con su habitual apariencia tranquila, tenía colgado del hombro un rifle de asalto Kalashnikov. La fuente mameluca que Lu Wen había diseñado se erigía detrás de Nicholas. Las fibrosas y fieras esculturas otorgaban a la escena un matiz aún más grave.

Jake miró alrededor con franco interés, Thea, por su parte, echó una rápida ojeada antes de concentrarse en Nicholas. Retirándose un mechón de pelo del rostro, dijo:

—¿Y qué eres tú exactamente?

Tratando todavía de determinar cómo abordar el interrogatorio, Nicholas se sorprendió por la pregunta.

—¿Eres muy directa, verdad? No estamos aquí para hablar de mí...

—Perdona, pero ésa es precisamente la razón por la que estamos aquí. Para empezar, ¿cómo lograste escapar de Carpenter? ¿Por qué está él aquí? ¿Qué...?

Nicholas la acalló con un gesto de la mano.

—No. Ahora estáis en mi territorio. Yo haré las preguntas.

—No —atajó ella, una sonrisa amplia dibujándose en sus labios, aunque no correspondida en su mirada—, éste no será un pacto unilateral. Sé que no pretendes aniquilarnos sin más, pero estoy harta de ser un hongo.

—¿Un hongo? —se preguntó el chico negro, mirándola confuso.

—A oscuras y alimentado con un montón de basura —murmuró ella en respuesta. Continuó hablando a Nicholas—. De modo que ¿qué te parece? Tú juegas limpio con nosotros y nosotros haremos lo mismo contigo.

La momia podía percibir su honestidad y compromiso, así como la fiera lealtad de Jake. *Qué pareja tan peculiar.* Se preguntó si estarían *unidos* en el sentido físico de la palabra. No se lo parecía, pero había conocido a parejas aún más singulares. Quizá no fuera la mejor pregunta que formular en el presente instante.

—No tengo tiempo para negociar, así que, por el momento, diré que estoy de acuerdo. Pero sólo responderé en cuanto a aquellos temas que considero nos han reunido a todos aquí. No divulgaré los detalles que tengan que ver con lo que estoy involucrado; por lo tanto, no me sorprenderé si os guardáis algunos secretos.

—Muy bien, empecemos por ahí. ¿Por qué crees que estamos todos aquí?

Conocía muy bien las razones de Carpenter, pero Nicholas no estaba preocupado por él ahora mismo. Sus siguientes palabras decidirían por quién tendría que hacerlo más adelante.

—Por el Corazón de Osiris.

Percibió una ligera confusión; una decepción genuina e intensa perfectamente evidente en los rostros de sus invitados durante una fracción de segundo. La confusión de Jake dio paso al consuelo y la de Thea al furor. *No saben lo que es.*

Siendo apenas capaz de retener un suspiro de alivio, negó con un rápido gesto hacia Ibrahim.

—Osiris, ¿eh? —Una sonrisa de revelación nació en los labios de Jake—. No dejaba de preguntarme de quién sería ese corazón.

—Perdona —interrumpió Thea—, pero la última vez que vi esa cosa fue cuando la arrojé por una ventana.

Nicholas rió incrédulo.

—¿Así que fuiste tú? Tiene cojo... ¿Sabes qué infierno me has hecho pasar por hacer eso?

—Estábamos a punto de ser la cena de unos vam... de unas personas malvadas. Discúlpame si no muero de pena por haberte metido en tantos problemas. —Su ira era palpable. Se inclinó apuntando a Nicholas con un dedo acusador—. Para empezar, yo sabía que ese Corazón era tuyo y puedes estar seguro de que me arrepentiré toda la vida por haberlo cogido. ¡Pero no olvidemos que un puñado de tus matones mataron a dos de mis amigos cuando trataron de recuperarlo!

—No tenías derecho a llevártelo —respondió Nicholas. Su yo antiguo irradiaba furia—. Lo que ha ocurrido como consecuencia de ello descansará sobre tus hombros.

—Y una mierda. Si tus chicos se hubieran tomado la molestia de hablar con nosotros como tú lo estás haciendo ahora, en lugar de entrar pegando tiros, tendrías tu jodido y precioso canope, y nuestros amigos seguirían vivos. Pero no; aquello tenía que ser una exposición de armamento y testosterona, ¡qué nos jodió la vida a todos!

—No eres la única que ha perdido a seres queridos —argumentó Nicholas, tratando de recuperar su templanza—. Si no estabas interesada en el Corazón, ¿por qué lo cogiste?

Thea maldijo perturbada. La mujer contaba con el mismo vocabulario que un camionero, pero lo cierto es que era muy efectivo. Una mirada de amonestación y las palabras susurradas de Jake consiguieron calmarla un poco. Finalmente levantó las manos con un gesto de incompreensión y se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo sólo... —Calló, parecía perpleja—. Uhm. De verdad que *no* lo sé. Su poder me embargó, pude percibir su energía como un ente físico abrazándome. Y después de que Romeo... después de todo lo que había ocurrido, sencillamente me vi *atraída* hacia él. Pero cuando nos fuimos... ¿lo recuerdas, Jake? Todo parece confuso, al menos hasta lo de la Torre Sears.

Nicholas comprendió que, de alguna manera, Thea había sintonizado con la longitud de onda del Corazón, y lo había hecho de una forma más próxima a lo que cualquier otro sentido sobrenatural hubiera podido hacer. Sentía curiosidad por lo que aquello podría significar. ¿Acaso había algo inusitado en su herencia? Sabía que algunos de los sectarios descendían de los sacerdotes del antiguo Egipto y, por ello, demostraban tener aptitudes especiales para desarrollar el Hechizo de la Vida y otras tareas. De modo que existía un precedente. Por supuesto cabía la posibilidad de que

fuera por otros motivos. En cualquier caso, no contaba con el tiempo necesario para dedicarse a investigar. *Un misterio que tendré que resolver en otro momento*, pensó.

—Creo que ha quedado claro que nuestro contacto con el Corazón de Osiris fue puramente casual —aventuró Jake—, algo como de proporciones cósmicas. No podremos ayudarte con eso más de lo que ya hemos hecho. Como Thea ha dicho, la última vez que lo vimos fue en Chicago hace ya unas semanas.

—Lo sé —respondió Nicholas—. Ésa fue también la última vez que yo lo vi. Justo antes de que Carpenter lo robara.

—¿También estuvo allí? Joder. Escucha, sé que lo que pasó en el templo fue descabellado, pero nosotros no sabíamos que Carpenter atacaría y te secuestraría.

—Hablando de lo cual —interrumpió Thea, liberada completamente del estado contemplativo que le provocaba recordar el Corazón—, ¿te secuestró, no es cierto? ¿Por qué lo hizo? ¿Cómo conseguiste escapar?

—Eso es irrelevante en la presente situación —concluyó Nicholas.

—Venga, hombre...

—Thea, ¿quieres remover la mierda de un asunto pasado o prefieres saber dónde está Carpenter en este momento?

—Si sabes dónde se encuentra ese capullo, olvidaré el resto de las preguntas. Sólo dímelo y dejaré de tomarte el pelo. O, mejor dicho, dejaré de tomarte lo que te quedó de él.

Nicholas acarició las oscuras cerdas de su cabellera y sonrió.

—Así que habéis venido hasta aquí para cobraros una antigua deuda. Lo lamento, pero no puedo deciros dónde está.

—Oye, tío petardo, acabas de decir...

—Que no sé dónde está. No obstante, gracias a esto... —palmeó el delgado brazalete brújula que llevaba en la muñeca— podremos llegar hasta él.

—¿Y qué hay de nuestros visados? —inquirió Jake—. Y se suponía que nos íbamos a encontrar con alguien, un contacto local. Podría sernos de gran ayuda.

—Eso es cosa vuestra —dijo Nicholas, encogiéndose de hombros—. Nuestro horario es estricto y debemos partir de inmediato. Si queréis pasear como turistas legales y tomar algo con los amigos, por mí bien. Os dejaremos en Maidan el-Tahrir. Pero después, nos marcharemos. Estaréis solos y no tendréis la ocasión de encontrar a Carpenter antes de que nosotros lleguemos hasta él. En caso de que queráis meteros en esto con nosotros, debéis decirlo ahora y no habrá vuelta atrás.

La mirada de Thea relampagueó.

—Oh, sin duda estamos metidos en esto.

Carpenter descubrió que no le resultaría sencillo emerger del fondo de Port Said estando atrapado debajo de un inmenso fragmento del carguero. A pesar de su tremenda fuerza de no muerto, no consiguió mover el casco de acero. El lecho del mar fue más benévolo. Esforzándose consiguió acercar una mano a uno de sus bolsillos y trató de sacar la navaja. Fue inútil; la presión del petrolero era demasiado grande. No podría abrirse camino cortando el metal. Lo que le dejaba con dos posibilidades; darse por vencido o arrastrarse bajo un casco de mil toneladas. Con sus músculos no muertos en tensión por el esfuerzo, Carpenter comenzó a tirar de sí a lo largo de la áspera superficie del petrolero.

Le llevó unas cuantas horas liberarse. El esfuerzo, ya difícil por la constante presión del casco sobre él, se agravaba por la bolsa de traje que arrastraba tras de sí por la porquería. Habría cortado la cincha que la abrazaba a su cuerpo, pero no tenía espacio para maniobrar. Y para colmo estaba el duro bulto del Corazón que se le clavaba en el estómago. Considerando la cantidad de huesos y órganos lesionados que tenía después de que el barco hubiera naufragado sobre él, sintió cierta sorpresa al descubrir que el Corazón estaba entero. Como tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre la materia mientras sudaba tinta para salir del atolladero, decidió que, después de todo, no era tan extraordinario. El Corazón debía estar protegido por un importante hechizo; estas reliquias eran difíciles de estropear. Aún así, no podía dejar de pensar en ello. El Corazón era evidentemente poderoso y duradero, ¿pero durante cuánto tiempo lo sería? ¿Acaso era indestructible? Lo dudaba. Carpenter había vivido las experiencias suficientes como para saber que todo tenía una debilidad. Meditó sobre cuál podría ser la del Corazón, pero aún no contaba con la suficiente información como para alcanzar una conclusión. Al cabo de un rato, su mano extendida dejó de estar atrapada entre el barro mojado del fondo del puerto y el inquebrantable metal del casco del barco. Animado por la idea de verse libre, Carpenter palmeó la curva del casco del petrolero. Finalmente salió.

A pesar de no estar ya bajo el barco, el zombi no tenía idea de dónde se encontraba. Tenía la sospecha de que debía estar sumergido a unos treinta metros a lo largo de la costa egipcia. No podía ver nada a través de la oscuridad y el sedimento de las aguas, y su sentido espiritual no captaba nada. Pasó un buen rato merodeando bajo la superficie de Port Said, a veces nadando, otras dando traspiés, hasta que alcanzó un pilón por el que pudo escalar.

Emergió en uno de los muelles a casi un kilómetro de distancia del lugar donde habían estallado los petroleros. El exterior estaba oscuro y podía ver a los bomberos en los embarcaderos y sobre barcazas bañando con agua algunas llamaradas diseminadas. El lugar estaba cubierto de madera carbonizada y metal chamuscado.

Un grueso residuo cubría el agua y los escombros estaban dispersos por todas partes. Carpenter no tenía ni idea de cuánto tiempo había estado arrapado bajo el carguero. Por la manta de estrellas y la frescura del ambiente, supuso que la noche estaría ya avanzada. Quizá le habría llevado unas seis horas arrastrarse por debajo del petrolero. *Increíble*, pensó. Miró hacia el resplandor del fuego. Si no hubiera sido impulsado por la borda tras una de las primeras explosiones que prorrumpieron de la bandolera, formaría parte de las cenizas que ensuciaban el puerto.

Su piel crepitó bajo las prendas manchadas. Ni siquiera podría cambiarse porque todo en su bolsa de viaje estaba tan impregnado de agua como lo estaba él. La incomodidad de saberse sucio estaba empezando a ser su preocupación principal, y sólo con un supremo esfuerzo de voluntad consiguió ponerse en marcha y buscar por las calles un atuendo decente. Encontró una cañería y se lavó tan bien como pudo, lo que lo liberó de la mayor parte de la porquería. Aprovechó el momento para desanudarse el Corazón de la cintura y guardarlo en uno de los bolsillos. Se sentía incapaz de seguir soportando su calidez antinatural y sus latidos psíquicos.

Nunca antes había viajado a un país extranjero (no tenía en cuenta las escapadas a Canadá en busca de alcohol durante la Prohibición; los canadienses no pretendían otra cosa que hacerse pasar por americanos). Vagabundó por los muelles durante largo rato, sintiéndose fuera de lugar, como pez fuera del agua. Teniendo en cuenta su aspecto, estaba seguro de que nadie se detendría a hablar con él, y posiblemente tampoco lo comprendieran, porque sólo hablaba inglés. Aunque no sabía hacia dónde dirigirse, tampoco le parecía recomendable andar merodeando por allí. No tenía forma de averiguar si la momia que lo había estado persiguiendo, tendría a algunos amigos peinando la zona. De hecho...

Se ocultó tras unos cajones de embalaje cuando un par de individuos con toallas enrolladas en la cabeza se aproximaron. Caminaban con el paso cauteloso y alerta de las personas que buscan algo. Lo habían visto pero, al parecer, no habían identificado de quién se trataba. Ambos se deslizaron hasta su escondite, susurrándose el uno al otro y llamando en voz baja. Carpenter se sorprendió al descubrir que había entendido una de las palabras: «Amenti». ¿Dónde lo había oído? *Sforza. Dijo que era eso, justo antes de morir*. El zombi tenía razón; las jodidas momias *tenían* a gente buscándolo por el área. Había sido una suerte encontrarse con ellos.

Se preparó para atacar, pero se detuvo en seco cuando la inspiración germinó en su mente. Su visión de la muerte confirmaba que se trataba sólo de un par de mortales. No existía la posibilidad de que fueran más poderosos que él. Aún mejor, trabajaban para las momias. Debían saber algo sobre la dichosa ceremonia. Desde luego, cruzarse en su camino había sido producto de la buena suerte; un par de rehenes lo llevarían a donde tenía que ir.

Perdió su querida Colt en la explosión, de forma que tendría que hacer esto muy cerca. Se deshizo de la bolsa de viaje, siéndole ya inútil, y salió del escondite. Carpenter estaba sobre ellos antes de que pudieran percatarse de que no era el Amenti

al que estaban buscando. Agarró al de la derecha por el cuello y lo levantó unos centímetros del suelo. Señaló con su perjudicada mano izquierda al otro, una mujer robusta, y dijo:

—Emite cualquier sonido y le aplastaré la cabeza como si se tratara de una jodida uva. —Carpenter seguía estando de suerte. Al parecer la mujer hablaba inglés. Ella asintió, observando con los ojos muy abiertos cómo su compañero se debatía contra la férrea mano que lo tenía apresado. Había algo en ella... se inclinó, intentando captar una imagen más fidedigna de la figura iluminada por las farolas dispuestas a lo largo del muelle—. ¿Viniste al barco con el grandote hijo de puta, verdad? ¿Cómo cojones has sobrevivido?

La mujer negó con la cabeza, más por temor que por la negativa.

—Yo no... no estar allí —dijo, y señaló al otro—. Enviarme a conductor. Por ayuda.

—¿Conductor, eh? ¿Así que tenéis un transporte en algún lugar?

La suerte le seguía sonriendo.

—¡Tú... no escapar! Ayuda venir hacia aquí. ¡A ti cogerán!

La robusta fémina trataba de sentirse ofendida, pero se aproximaba peligrosamente al estado de pánico.

—¿De modo que aún no han llegado? Es bueno saberlo. —Zarandeo al hombre que estaba casi inconsciente—. ¿También tú hablas inglés? Fantástico. Haréis lo que os diga y viviréis para contarles a vuestros cientos de nietos negritos lo que os ocurrió. Iremos a donde quiera que hagáis vuestro abracadabra. Ya sabéis: «Amenti», ¿entendéis?

Incluso en la luz tenue y con su visión atrofiada, Carpenter pudo ver que la mujer empalidecía.

—No —dijo, su voz siendo poco más que un chillido.

—Oh, sí —respondió el zombi. La navaja apareció en su mano izquierda como por arte de magia. A pesar de que había perdido dos dedos, el arma descansaba cómodamente en su mano. La hoja centelleó; un brillo antinatural recorrió el metal cuando Carpenter la apuntó directamente hacia la mujer—. ¿Ves esto? Sé que puedes percibirlo. ¿Sabes cómo te sentirías si llegara a cortarte con esta pequeña belleza? Tendrás oportunidad de descubrirlo, si no juegas limpio.

Alguien gritó desde un lugar próximo. Un individuo, vestido con uniforme blanco, los apuntaba con un arma. Esto suponía un pequeño contratiempo en su racha de buena suerte. Carpenter dejó caer al hombre que había estado estrangulando. El sectario se desplomó en el suelo, dando arcadas mientras trataba de retener el oxígeno en su cuerpo. La mujer gritó algo en árabe, al tiempo que se arrodillaba para auxiliar a su amigo. El policía aulló una respuesta y disparó cuando Carpenter se giró para enfrentarse con él. La bala alcanzó al zombi en el muslo, haciéndole perder el equilibrio. Se tambaleó hacia delante cuando el policía volvió a disparar, la segunda bala ni lo rozó. Carpenter acertó la distancia antes de que el agente pudiera disparar

por tercera vez y le arrebató la automática de las manos. No se había percatado de que su mano izquierda se había movido hasta que un chorro carmesí lo duchó. El rostro del policía, congelado por la agonía de ese instante de destrucción espiritual propinada por la herida de la navaja, rodó hacia atrás y siguió rodando. La hoja de la navaja había cortado limpiamente a través del cuello del hombre. La columna, como un hilo grueso, mantenía la cabeza sujeta al tronco. Con el rojo de la sangre empapándole el uniforme, el policía cayó al suelo con un golpe húmedo.

Carpenter sintió el anhelo de la navaja como una vibración que le recorría el brazo.

—Tú, pequeña cabrona —dijo, mientras observaba cómo el metal absorbía la sangre de la hoja—, estabas esperando poder hacer algo así, ¿eh? Voy a tener que tenerte muy vigilada.

Tendría que moverse con rapidez; incluso su débil audición era capaz de apreciar los sonidos de los gritos aproximándose, llamando en respuesta a los disparos. Le supuso un gran esfuerzo, pero por fin consiguió cerrar la navaja y guardarla en uno de los bolsillos. Después de acomodarse el arma del policía en el cinturón, de coger sus esposas y la llave de éstas, regresó a donde se encontraban los sectarios. La mujer ayudaba a su compañero a moverse en busca de un lugar seguro; el zombi los alcanzó antes de que hubieran podido alejarse unos cuantos metros.

—¿Por qué os molestáis en intentarlo? Ya habéis visto qué ocurre cuando jugáis a joderme. Llevadme ahora a vuestro coche y salgamos de aquí de una puta vez.

Obligar a sus rehenes a que lo llevaran a una tienda de ropa era arriesgado, pero Carpenter perdería la cabeza si tenía que seguir vistiendo esas ropas manchadas por la sangre y el barro. Al parecer ninguno de los cautivos conocía bien la ciudad, de modo que estuvieron conduciendo por ella durante una hora larga hasta que encontraron una tienda en la que se vendían trajes. Por supuesto estaba cerrada, pero eso sólo hacía las cosas más fáciles. Carpenter entró a la fuerza y maniató a sus rehenes a una cañería, utilizando unas corbatas para amordazarlos. Existía un apartamento encima de la tienda; el zombi se deslizó por las escaleras y se encontró con el dueño de la tienda y su familia. Por precaución los ató a todos y aprovechó la ocasión para darse una larga ducha. La navaja le susurró que la familia supondría un cabo suelto en su andadura, pero Carpenter no vio ninguna razón por la que tuviera que matarlos. Se lo repitió a sí mismo hasta que regresó a la tienda. Con la distancia, la navaja parecía haber olvidado a la familia que se encontraba en el piso superior; el canto de sirena desfalleció hasta convertirse en un murmullo. El zombi echó una ojeada al catálogo y quedó sorprendido por la variedad de la oferta. El edificio podría ser cochambroso y el apartamento del segundo piso poco más que una casucha, pero la tienda contaba con una selección de prendas muy decente. Escogió un bonito traje de verano con un corte moderno. El único problema eran los zapatos. Después de quitarles la porquería, se dejó puestas las botas que había vestido con el mono. No pegaban con el traje, pero quizá fueran el mejor calzado para desplazarse por el desierto.

Se marcharon cuando el sol teñía de rosa el cielo en el este. Una capa de humo oleoso se ceñía sobre el puerto, oculta en la noche pero perfectamente visible durante el día. Carpenter recordó que la mujer había dicho que sus amigos acudirían al puerto. Esperó que, si conocían su existencia, creyeran que había pasado a formar parte del naufragio. Tenía un plan y no quería que todo se fuera a la mierda antes de ponerlo en práctica.

Carpenter se recostó en el asiento trasero del Ford Expedition de los sectarios y miró el desierto bañado por la temprana luz del amanecer. Estaba asombrado de que tuvieran unos coches tan equipados en el país. Era más proclive a pensar que estas personas conducirían vehículos de alguna marca desconocida del este de Europa, algún kart canijo que cupiera en el maletero de este gigante de las cuatro ruedas. O camellos; al salir de Port Said había visto algunas personas montadas encima de los jodidos *camellos*.

Las directrices a los sectarios habían sido sencillas: que lo llevaran a su templo, cámara ceremonial o como quiera que lo llamaran, y tenían su palabra de que los dejaría con vida. Carpenter sabía que no tenían razones para creer que estuviera diciéndoles la verdad, pero había conocido a multitud de personas que rápidamente ponían de manifiesto sus auténticos propósitos. Cabía la posibilidad de que estuviera diciendo la verdad o de que tuvieran la oportunidad de escapar, ¿quién lo sabía? El futuro estaba aún por escribirse. Carpenter tenía una idea más o menos aproximada de lo que el destino les tenía reservados a esos dos, pero le pareció oportuno que mantuvieran viva la esperanza. Cualquier cosa que los hiciera más fácilmente manejables sería buena.

Con todo, imaginó que sus cautivos tratarían de jugársela antes o después. Consideró la opción de imponer su voluntad sobre el conductor; ya lo había hecho para asegurarse de que conocían una ceremonia que podría conferirle la inmortalidad. Estaba tentado de obligarle a que los llevara a donde fuera que desarrollaran la ceremonia de marras. Mas su poder no le permitía ejercer un dominio completo sobre la mente. Era eficaz cuando se dictaban órdenes simples, directas, y lo que era más importante, de corta duración. Carpenter había averiguado que los mandatos específicos y de larga duración como «estate callado durante una hora» u «olvida que alguna vez me viste» tenían efectos secundarios sobre el sujeto. No le preocupaba infligir daños cerebrales a las personas. Su inquietud estribaba en que luego eran más difíciles de manipular. Impredecibles, como si se les cruzaran los cables en la cabeza. Había ocurrido en Chicago con aquella chica... Lupe no sé qué. Había planeado utilizarla en su ardid contra Sforza, pero la había sometido a demasiada presión. La mayor parte del tiempo estaba bien, pero cualquier cosa que tuviera que ver con «Maxwell Carpenter» la arrastraba a una espiral de ira frustrada. Era imposible manipularla así, de modo que se había acercado a Thea y sus amiguitos. Había puesto en práctica su astucia en lugar de servirse de sus poderes sobrenaturales. *Vive y aprende, pensó. Bueno... de todas formas, aprende.*

Así que, en lugar de imponer su voluntad, Carpenter permaneció cómodamente sentado en el asiento trasero, la pistola del policía (una Sig-Sauer, lo que quiera que fuera eso) apuntando a través del asiento hacia la columna vertebral del conductor. Asimismo, los mantenía esposados el uno al otro, lo que le garantizaba cierto divertimento cuando el hombre tenía que tirar de la mujer hacia sí para girar el volante con las dos manos. El sectario condujo el Ford por una carretera principal paralela al Canal de Suez. Carpenter lo sabía gracias a las señales esporádicas que estaban inscritas con los garabatos árabes y subtítulos en inglés. El que la zona contara con carreteras le supuso una sorpresa agradable. No tenía idea de dónde se encontraba; sus conocimientos sobre la geografía egipcia equivalían a imaginar un desierto inmenso con un par de pirámides abandonadas en el centro. Siempre que condujeran por calles principales, Carpenter podría estar seguro de que el tipo no estaba tratando de jugársela.

Repostaron en la ciudad de Ismailia, aproximadamente a una hora al sur de Port Said, y echaron gasolina al Expedition. El zombi vigiló de cerca a sus dos rehenes, Ahmir y Sherin eran sus nombres, pero se comportaron bastante bien. Tras abandonar la gasolinera, transitaron por una serie de callejuelas laberínticas hasta que Carpenter se percató de que Ahmir estaba haciendo tiempo. Se sintió enojado consigo mismo por no haberse dado cuenta de ello antes. Había asumido con excesiva celeridad que el caos de callejuelas laberínticas, que carecían de los elementos más básicos de control de tráfico, era típico de la ciudad. Una rápida imposición de su voluntad le reveló que, efectivamente, el conductor estaba intentando dar un rodeo.

—¿Dónde está vuestro escondite? —exigió Carpenter, sus ojos llameando con una plomiza luz verde.

—Desierto... Está oculto... Ruinas —respondió el sectario, las gotas de sudor resbalándole por el rostro como si hubiera estado debajo de un grifo.

—¿Y te parece que esto semeja un puto desierto? —inquirió el zombi en un tono más locuaz. Lo cierto era que el vecindario en el que se encontraban tenía un aspecto seco y azotado por el viento, pero incluso a pesar del pobre manejo que tenía del inglés, quedó claro que Ahmir asimilaba el sarcasmo de la pregunta—. ¿Cómo de lejos está, chico listo?

Ahmir balbució y negó con un gesto de la cabeza, lanzándole una mirada de pánico a la mujer. Ambos parecían estar lo bastante asustados como para no engañarle. Carpenter no perdería tiempo tratando de controlarlos. Apuntó la pistola hacia Sherin, que estaba ligeramente más tranquila que su amigo.

—Tú. ¿A cuántas millas está?

—Muchas millas —afirmó ella, asintiendo.

—Hay que joderse. ¿Cuántas? ¿Eh? ¿A cuánto está?

—¿Millas? No saber millas. Muchos kilómetros. Eh... ¡cientos! ¿Sí?

Absurdo. Aquello no le estaba llevando a nada.

—Vale, genial. Vuelve a la jodida carretera antes de que me enfurezcaís de

verdad. Y no vuelvas a intentar este jueguito de mierda.

El conductor, cuyo sudor nervioso siguió goteando de su frente durante la siguiente media hora, tomó una carretera secundaria que se dirigía hacia el sur y los condujo a la ciudad de Suez un par de horas más tarde. Sintiendo curioso, Carpenter los obligó a llevarlo hasta el Golfo de Suez y quedó maravillado por la asombrosa obra de ingeniería que era el canal. Estaba satisfecho con sus progresos; de forma que aprovechó para hacer un poco de turismo. ¿Quién podría haber imaginado que el mocoso macarra del South Side de Chicago estaría algún día mirando el Canal de Suez? Habría sido algo digno de contar a la pandilla... si acaso alguno de ellos hubiera seguido vivo. Pero no tenía importancia. Una vez convertido en inmortal, Carpenter tendría el tiempo suficiente para buscar una nueva pandilla. Rió animado y saltó al asiento trasero del Ford.

—Así que, ¿cómo es que me encontrasteis con tanta rapidez? —preguntó pasado un rato, más para romper la monotonía del viaje que por curiosidad—. Venga, ¿qué hay de malo en que charlemos un rato?

Finalmente, la mujer dijo:

—No te buscábamos a ti.

—No me buscabais... ¿Cómo? ¿Estabais esperando a otra persona? —Aquello lo confundió. Había pasado mucho tiempo a bordo del carguero y no se había encontrado con nadie a parte de los miembros de la tripulación y las ratas—. ¿A quién? ¿A ese vampiro, Beckett?

Ella se giró sorprendida, la repugnancia se adueñó rápidamente de sus rasgos.

—¿Un ghul? Tú ya eres suficiente ofensa.

—Eh, no me insultes. Así que... espera. Si no me estabais esperando a mí... ¿Ni siquiera estabais buscando el Corazón?

Los dos sectarios se miraron el uno al otro confusos, pero Carpenter no vio que cayeran en la cuenta en algún momento. *Qué extraño. Parecía ser realmente importante para Sforza y sus compañeros.* Desdoblando un pañuelo, uno nuevo que había adquirido junto con el resto de su vestimenta, extrajo el Corazón del bolsillo. Al sostenerlo sobre su mano, se percató de que pesaba más que antes. Aquello lo sorprendió; parecía pesar lo mismo cuando estaba guardado en el bolsillo de su chaqueta. Lo miró más de cerca. Su textura, antes porosa y desigual como la piedra, era ahora suave y semejante al mármol. De hecho, le pareció que tampoco tenía la misma forma. No podía asegurarlo; intentó evocar los recuerdos del pasado, tratando de recordar si la forma que había tenido en el barco era la misma que la primera vez que lo había visto en Chicago. Quizá sólo fueran cambios sutiles, alteraciones que hubiera pasado por alto debido a la debilidad de su visión. Pero sí, casi podía asegurar que había sufrido algunas mutaciones.

Aparte de las diferencias físicas, los latidos psíquicos del Corazón seguían siendo muy parecidos a los anteriores. Aunque el ritmo quedaba reducido a un hormigueo tenue cuando portaba la reliquia en el bolsillo, los latidos se hacían más constantes y

seguidos cuando lo sostenía en su mano. Carpenter tenía la sospecha de que los latidos no acontecían como consecuencia de que él sostuviera el Corazón en la mano. Lo más probable es que fueran constantes todo el tiempo; simplemente no era capaz de percibirlos hasta no estar en contacto directo con la reliquia. La sensación era, a la vez, calmante e intranquilizadora. Como si estuviera tocando un cable del que manara un poder tremendo, pero que podría propinarle un impacto devastador en cualquier instante.

Procuró contener la repugnancia que le suscitaba la reliquia y se inclinó hacia delante para que sus compañeros de viaje pudieran mirarla.

—¿Me estáis diciendo que nunca habéis oído hablar de esto? ¿Qué hay de Nicholas Sforza, lo conocéis? Él y su cuadrilla de jinetes de camellos, como vosotros, estaban bastante entusiasmados con esta cosa.

Su confusión pareció aumentar cuando echaron una ojeada al Corazón, pero la mención de Sforza los sobrecogió.

—¿Amenti? ¿Nicholas Sforza-Ankhotep? —ladró el hombre.

—Sí, eso es. Amenti. Como ese grandullón amigo vuestro, Simbad. Entonces sabéis de quién os estoy hablando.

La mujer le farfulló algo a su compañero en árabe. Pronto comenzaron a escupirse palabras incomprensibles el uno al otro, emocionándose más y más con cada segundo que pasaba. Al parecer habían caído en la cuenta de lo que Carpenter les estaba contando. No obstante, no se sentía desplazado de la conversación. Se guardó el Corazón en el bolsillo y llamó su atención. Lo intentó un par de veces, e incluso zarandé la pistola entre ambos hasta que por fin logró acallarlos.

—¿A qué venía toda esa cháchara? Parece que he dado en el blanco, ¿eh? Oh, ¿y es ahora cuando calláis?

Los miró alternativamente. Ambos tenían el ceño fruncido y miraban con pretendida atención la carretera que se extendía frente a sus ojos. Habían adoptado una actitud de coraje, pero Carpenter seguía percibiendo lo ultrajados y temerosos que estaban. Bebiendo de sus emociones con avidez, el zombi optó por dejar la cuestión a un lado. Al recordar el impacto que la mención de Sforza les había causado, se hizo una idea aproximada de por qué los dos sectarios se habían enzarzado en una discusión tan acalorada. *Esperad a que yo sea uno de esos «Amenti». Eso os dará algo de lo que hablar.*

El desierto infinito que los rodeaba por los cuatro costados quedaba brevemente olvidado cuando la carretera giraba hacia la costa y les permitía entrever el Golfo de Suez. Carpenter supuso que uno podría esconder cualquier cosa en una extensión tan enorme de vacío. Quiso obligarles a señalar la ubicación exacta del escondite en un mapa, por si acaso trataban de escapar o tenía que deshacerse de ellos, pero casualmente no tenían ningún mapa en el coche. Llegaron a la siguiente ciudad bien

avanzada la tarde. *Esta gente no es siquiera capaz de escribir correctamente*, pensó cuando pasaron junto a una señal en la que estaba escrito que la ciudad se llamaba «Ain Sukhna».

Era un emplazamiento turístico cercano a la playa. La gasolinera hasta la que condujeron no habría estado fuera de lugar en América. Pese a que Carpenter no veía otro cartel que no fuera el de «GASOLINA», vio una pequeña tienda en la que deberían tener mapas y cosas por el estilo. Un vendedor ambulante pregonaba los alimentos que tenía para vender. La mujer sugirió que compraran algo para comer. El zombi meditó y finalmente decidió que no. No quería arriesgarse a que dieran el aviso de su situación en árabe, mientras fingían estar regateando su porción de falafel o lo que fuera que comieran en este jodido país. Los dos podrían sobrevivir sin alimentarse durante un par de días, de hecho, estar débiles los haría más manejables. Carpenter compró agua para ellos cuando pagó la gasolina y el mapa.

Empleó el dinero que les había robado a sus cautivos y al tendero de Port Said. Sumido en su frustración, había abandonado casi todo el dinero que había traído consigo en la puñetera bolsa de los trajes. Eran dólares americanos, pero estaba seguro de que los jinetes de camellos no se lo habrían pensado dos veces a la hora de aceptarlos. En cualquier caso, ya no le quedaba otra posibilidad que la de robar a sus víctimas cautivas. *Esto es una jodida broma de mal gusto*.

El mapa tenía trazado todo Egipto en uno de los lados y el valle del Nilo en el otro. Carpenter desplegó el mapa de Egipto sobre el capó del Expedition. Le resultó sencillo encontrar dónde se hallaban, justo en el punto en el que el Golfo de Suez se curvaba en un último arco antes de alcanzar el canal. Quedaba aún mucho país por recorrer, todo ello coloreado de un suave color gris, excepto por el fino hilo verde en el centro que señalaba el curso del río Nilo. Era evidente que existían multitud de lugares en ese desierto donde poder esconder un templo. Presintiendo una súbita y deliciosa ráfaga de terror, Carpenter miró al interior del Expedition, donde Ahmir y Sherin estaban esposados al volante. Lo estaban mirando... no, observaban el mapa y el hombre hablaba con celeridad. A pesar de que el zombi disfrutaba bebiendo de su pánico renovado, no le gustó lo que vio. Tenían el aspecto de las personas a las que se las descubre con las manos en la masa.

Carpenter recogió el mapa en una de sus manos, arrugándolo y se acercó airado hacia la puerta del conductor. Zarandó el papel impreso frente al rostro de Ahmir y aulló:

—Enséñame dónde está vuestro puto templo, cabronazo.

El hombre estaba muy nervioso, mirando hacia todas partes menos a Carpenter y farfullando incongruencias. El zombi había tenido ya más que suficiente. Agarró al sectario por la mandíbula y le torció la cara, obligándolo a mirarlo directamente a los ojos. Lo embistió con su voluntad y le ordenó que se calmara. Ahmir se hundió en el asiento como si le hubieran inyectado una dosis generosa de morfina.

—Eso está mejor —dijo, manteniendo el contacto visual—. Ahora *muéstrame*

dónde está vuestro templo en el mapa.

Ahmir gruñó pero, con su mano libre, extendió el mapa sobre el volante y arrastró los dedos temblorosos y convulsos a lo largo del mismo. La ira de Carpenter no era nada en comparación con la gélida furia que lo poseyó cuando vio dónde se había detenido el dedo. El sectario estaba señalando una ubicación... un lugar específico hacia el noreste, alejado del rumbo que habían estado siguiendo.

—¿Qué? ¿El Cairo? —El Cairo era una ciudad enorme. Pero en la última imposición de su voluntad, aquel tipo había dicho que el templo estaba oculto en el desierto. Así que debía de estar en las proximidades de la ciudad—. ¿Dónde exactamente? ¿Cómo se llama el lugar?

El sectario negó con la cabeza, mas no pudo resistirse al mandato.

—Saqqara. Pirámide... Sanakht Nebka.

Carpenter se dio cuenta entonces. Había una estrella roja en el mapa que señalaba el emplazamiento de unas ruinas. Muy bien, Saqqara. No había nombres de pirámides, ¿pero acaso le sería complicado encontrar una pirámide? De modo que...

—¿Hacia dónde me estabais llevando? ¿Eh? ¡Dímelo!

Los músculos en tensión se relajaron; Ahmir no tenía problemas para revelar el destino.

—A los Imkhu. Horas, los antiguos... ellos harían polvo tus huesos. ¡Diseminan tus restos por los cuatro confines del planeta!

—Eso ya lo he vivido, chico. Y no funcionó. —Carpenter no requería los detalles; había comprendido lo principal. Luchó por mantener la calma. Aún necesitaba a los rehenes, necesitaba lo que sabían acerca del Hechizo de la Vida. Pero estaba harto de ser benévolo—. Muy bien, tuvisteis vuestra oportunidad y no la aprovechasteis. *Me llevarás a la pirámide de Sanakht Nebka ahora.*

El zombi lo ordenó con toda la fortaleza de su voluntad. Golpeó al sectario como lo habría hecho un ataque físico, lanzándolo hacia atrás con tanta violencia que su cráneo se aplastó contra el reposacabezas. La expresión se desvaneció de su rostro; la boca abierta y los ojos nublados. La esposada mano derecha buscó el contacto del Ford, mientras que la izquierda movía el volante hacia la posición de las diez. Carpenter observó que la preocupación de la mujer metamorfoseaba en pavor. Llamó a Ahmir por su nombre y trató de sacarlo de su ensimismamiento zarandeándolo por el hombro.

—Déjalo estar —mandó con brusquedad.

Cogió el mapa, casi haciéndolo jirones porque Ahmir lo tenía apresado entre su mano y el volante. Después de subir al asiento de atrás, extendió la mano con las llaves al conductor. El sectario, moviéndose con determinación y torpeza, como un autómatas ebrio, encendió el motor y salió a la carretera. Cuando giraron con rumbo norte, Carpenter advirtió que un puñado de clientes de la gasolinera observaban confusos su partida. Sonrió y se despidió de ellos con un gesto de la mano.

Tomaron una salida a unos nueve kilómetros al norte de Ain Sukhna; al poco

estaban conduciendo por una angosta carretera de dos sentidos, en dirección al sol poniente. Carpenter se tranquilizó y meditó sobre si haber impuesto la orden había sido o no un movimiento inteligente. A su manera era bastante preciso, pero tardaría horas en cumplirse. El viejo y furtivo Ahmir estaría sometido a su voluntad hasta que lo condujera a la puerta de ese templo escondido en el desierto. Cabía la posibilidad de que su cerebro quedara frito como consecuencia de la orden y, por lo general, al zombi no le hubiera supuesto mayores problemas. Pero ¿y si necesitaba al tipo para realizar ese ritual de la inmortalidad? Ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Tenía la esperanza de que la mujer pudiera hacerlo todo ella sola.

¿Y si no podía? Había llegado tan lejos... Pensaría en algo. Siempre lo hacía.

La oscuridad los cubrió como un manto mientras conducían; el sol se ocultó tras el horizonte pese a los esfuerzos que habían hecho por aventajarlo. Las ráfagas de viento golpearon el Ford en un par de ocasiones. Poco después, la tormenta de arena arreció sobre ellos. Una montaña de negrura, que Carpenter creía que no era otra cosa que la noche ciñéndose, barrió el horizonte como un mazo que presagiara el fin del mundo. La visibilidad se desvaneció en un latido. El todoterreno se mecía sobre su férrea suspensión, al tiempo que las ráfagas de viento lo sacudían con violencia por ambos costados. Toneladas de arena, salidas de ninguna parte, cayeron sobre ellos y desaparecieron un instante después. La arena arañaba furiosa el acabado del Ford y golpeaba las ventanas como lo harían millones de puños diminutos tratando de abrirse camino hacia el interior.

Con la tormenta de arena rugiendo y encrespándose a su alrededor, Carpenter sintió un creciente desasosiego. Recordaba, de los días en que estuvo vivo, la estación de los tornados en el Medio Oeste, la violencia que podía descender del vacío y marchar con rapidez, dejando tras su despertar una destrucción masiva. Y durante las interminables décadas que pasó en el Inframundo, las tormentas espirituales que surgían de la nada. Vientos de caos y olvido que harían jirones a un fantasma en un instante. Él era un no muerto, pero si se metía de lleno en una catástrofe así y sus dos cautivos terminaban pereciendo, tendría graves problemas para convertirse en un inmortal.

—Es temprano para las khamsin —comentó la mujer de repente.

—¿Qué?

—Khamsin... Eh, ¿tormenta de arena, sí? —El terror a la tormenta la hacía extrañamente comunicativa—. Vientos... Vienen desde el desierto y se prolongan durante muchas horas. A veces días. Pero no siempre son tan grandes y tan tempranos. Tan tempranos en el año.

¿Horas, quizá días, así? Mierda. Sólo los desequilibrados o suicidas continuarían el viaje en esas condiciones. Trató de que Ahmir se detuviera, pero el sectario estaba sumido en el cumplimiento de la orden anterior. Carpenter podría haber intentado imponer un nuevo mandato, pero habría dañado lo que fuera que restara en la jodida mente del conductor.

Ahmir y la tormenta decidieron por él. La carretera giraba en una curva, pero con sólo quince centímetros de visibilidad, no lo supieron hasta que el Ford comenzó a descender por una pendiente como un trueno. El sectario estaba lo suficientemente atento y había activado la tracción a las cuatro ruedas cuando se inició la tormenta de arena. El Ford transitó tan bien como pudo por la superficie irregular y avanzó un buen trecho antes de toparse con una duna demasiado empinada como para subir por ella. Carpenter se golpeó contra el respaldo del asiento del conductor y cayó de costado sobre el suelo, Ahmir aporreó con todo su cuerpo el volante y la violencia del impacto lo despidió nuevamente hacia su asiento, mientras que la mujer, Sherin, se hizo una brecha contra el salpicadero.

El zombi se sentía avergonzado, pero no estaba herido. Sus rehenes estaban aturcidos, y aunque la mujer logró sobreponerse después de unos minutos, el conductor cayó inconsciente. Carpenter supuso que así era mejor. Se inclinó hacia delante, dejó la palanca de cambios en punto muerto y apagó el motor y las luces para ahorrar batería. La oscuridad los engulló, espirales grises de arena se movían a su alrededor en la noche y los únicos sonidos audibles eran los que emitía el viento aullador. Una vez recuperado el control de sí misma, Sherin comprobó el estado en el que se encontraba su amigo y le lanzó una mirada a Carpenter. Él no podía ver su rostro con la suficiente claridad como para apreciar su expresión y sólo dijo:

—Esperaremos.

El zombi se preguntó si la tormenta de arena era una señal. Estaban a mitad de camino de Saqqara y tenían medio desierto encima de sus cabezas. Al meditar sobre ello, se dio cuenta de que, desde que llegara al país, había sufrido un revés tras otro. No todos de igual importancia, claro, el asunto del petrolero había sido algo más problemático que un sectario llevándolo de turismo por Ismailia. Pero si Carpenter hubiera sido supersticioso, habría terminado pensando que todo aquello ocurría por alguna razón diferente a la mera coincidencia.

En cualquier caso, la tormenta no haría otra cosa que retrasar sus propósitos. La tormenta se prolongó unas cuantas horas. Después de esposar a los cautivos al volante, Carpenter aprovechó el momento para sumirse en un estado de sopor. Había pasado algún tiempo desde que pudiera descansar; e incluso los más perversos necesitaban un instante para relajarse. Colocó el martillo en el pliegue de su brazo como una parodia macabra de un animal de peluche infantil y se deslizó en el estado catatónico carente de sueños que los no muertos dormían. Cuando despertó, seis horas después, la noche estaba clara y la tormenta había cesado. Ahmir y Sherin estaban dormidos, aunque el hombre no parecía haberse despertado desde que chocaran contra la duna.

Carpenter vio que el Ford estaba medio enterrado en la arena. Salió y subió hasta la cima de la duna que habían embestido. Se elevaba unos tres metros por encima del

vehículo y desde ella tenía una panorámica bastante decente del área. Las estrellas relucían con brillante claridad sobre el desierto. No corría siquiera la más suave de las brisas; aparte de la oscura forma del Expedition sobresaliendo del costado de la duna, Carpenter jamás hubiera sospechado que por allí pasó una tormenta de arena. No podía ver la carretera, pero no debía estar lejos. Después de deslizarse otra vez hacia abajo, echó una ojeada atenta al Ford. Estaba bastante atascado, pero no quería dejarlo allí sin más. La alternativa era hacer autostop y tenía la sospecha de que eso le acarrearía problemas. *No creo que sea buena idea ir caminando por la carretera acompañado de un par de jinetes de camellos esposados el uno al otro.*

Miró una vez más al todoterreno. La arena había coronado el lado del conductor y el morro estaba hundido hasta un tercio del capó en la duna. Podría sacarlo, pero primero tendría que cavar. Una ojeada hacia el interior le informó de que sus rehenes aún no habían despertado. Tampoco creía que le fueran a ser de mucha ayuda estando débiles por causa de la falta de alimentos y del accidente. No había problema. Estaba acostumbrado a hacer las cosas él solo.

Se quitó la chaqueta y la camisa, quedándose sólo con la camiseta y los pantalones, y pasó unas cuantas horas apartando la arena. Fue mucho más rápido cuando arrancó la tapa del compartimiento de las cintas de música, dispuesto entre los dos asientos delanteros, y la empleó a modo de pala. Aún estaba oscuro, estando el alba a una hora más o menos, cuando creyó que ya estaban listos para partir. Arrojó la tapa del compartimiento lejos de sí y captó movimiento por el rabillo del ojo. La reacción se antepuso a sus pensamientos; la experiencia de la anticipación y la frustración se liberaron en un instante. Carpenter sacó la pistola y disparó mucho antes de saber siquiera cuál era el objetivo.

Las balas de la Sig-Sauer hicieron jirones la pequeña forma, arrancando carne y materia gris con una efectividad letal. Caminó con dificultad hasta el lugar donde yacía el blanco. Su visión de la muerte tenía tantas dificultades para averiguar de qué se trataba como las habría tenido su visión normal. Cuando vio a la víctima no pudo evitar echarse a reír. Había aniquilado a un bebé zombi.

Era el cadáver de un niño de unos diez años. Las heridas de bala eran las lesiones más recientes que el cuerpo putrefacto había sufrido. La carne estaba desgarrada y gris, reseca casi hasta el hueso. Momificada por el calor, aunque no de la manera en la que Carpenter estaba interesado. Comprendió que el zombi no podría haber sido muy poderoso. Para empezar, apenas había captado su presencia, y cuatro ráfagas de la automática habían bastado para destruirlo. Aún así, no pudo evitar meditar sobre ello.

Ese pequeño zombi debía haberse visto atraído hacia él como ocurrió con los muertos andantes con los que se había topado en Chicago. Tenía sentido. Había estado en movimiento desde que llegara a Egipto, lo que hacía que los cuerpos animados le perdieran la pista. Pero había estado aquí lo bastante como para que uno de ellos captara su esencia. Pensó en los zombis que había reunido para que lo

ayudaran en los Estados Unidos, primero para deshacerse de los débiles en el grupo de los cazadores y luego para que lo ayudaran a robar el Corazón. Entonces se había aprovechado de la casualidad que había supuesto que esas criaturas se arremolinaran en torno a él cuando había necesitado un apoyo adicional.

¿Y si no era coincidencia? Quizá su subconsciente estaba aprendiendo una nueva manera de utilizar su obligación mental, pero centrada en sus iguales muertos andantes. Se encogió de hombros. Podría discutir la teoría consigo mismo más adelante. Por el momento se contentaba con saber que tenía acceso a otros recursos. De hecho...

Mientras caminaba de vuelta hacia el Ford, concentró sus pensamientos, elevando la voz de su mente tan alto como pudo. Había sido capaz de mandar sobre los muertos andantes con poco más que estrictas órdenes mentales. Quizá también fuera capaz de atraerlos en masa haciendo lo mismo. No esperaba que surgieran de la tierra, pero tenía la esperanza de que algunos aparecieran cuando los necesitara.

Carpenter se sentía más animado cuando llegó junto al coche. Abrió la puerta del conductor y las esposas con la llave, y arrastró a Ahmir sin cuidado hacia la bandeja trasera del todoterreno. Por gestos le indicó a Sherin que se sentara también en el asiento de atrás y la esposó al tobillo de Ahmir. No parecía estar muy cómoda, pero el zombi tenía otras preocupaciones. Había tenido la esperanza de mantener limpias de arena su chaqueta y camisa, pero parecía que la arena lo impregnaba todo en aquel país. Tenía la sospecha de que su carne muerta estaría irritándose y repleta de ella en recovecos innumerales, mas al carecer casi por completo del sentido del tacto, aquello sólo le suponía una incomodidad mental.

Hizo rechinar los frenos, rascó las marchas y maldijo, pero Carpenter logró poner el Ford en movimiento. Pese a que había limpiado el capó y la mayor parte de la arena que se apilaba en el costado, existía aún cierta resistencia cuando echó marcha atrás. Mantuvo esta misma marcha toda la pendiente, luego giró en redondo en un área relativamente nivelada y condujo hacia el noreste. No estaba seguro en qué lugar había girado la carretera durante la tormenta, pero si no la encontraban yendo a campo traviesa, acabarían topándose con el Nilo antes o después. La suerte volvió a ponerse de su lado cuando las ruedas pisaron el asfalto cubierto de arena unos minutos más tarde.

El desierto cobró una tonalidad verde al cabo de una hora. Conduciendo sobre una elevación, Carpenter vio cómo el Nilo se extendía frente a sus ojos. Había visto el magnífico Misisipí, pero tenía que admitir que el Nilo era sublime. Era una cinta ancha, calma y marrón que se prolongaba más allá del horizonte por el norte y el sur, tan impresionante en su callada grandeza como las cataratas del Niágara lo eran en su ronca turbulencia. El Nilo perdió parte de su magnificencia cuando se acercaron y vieron el panorama oscurecido por el terreno y la carretera que corría paralela al río. Carpenter echó una ojeada al mapa rajado mientras conducía y vio que Saqqara debía estar al otro lado del río, a unos cuantos kilómetros hacia el norte. *Ya casi he llegado,*

pensó.

Saqqara estaba en una meseta que se elevaba sobre el desierto circundante. Carpenter condujo el Expedition fuera de la carretera principal y se dirigió hacia una cabina de billetes situada al pie de la meseta. Pensó que era una estupidez pagar por una visita guiada cuando podías caminar y llegar hasta allí por el desierto, pero en fin. Continuó y pronto llegó a las ruinas. Quedó sorprendido por la extensión que tenían. Una inmensa pirámide escalonada era el punto focal, rodeada por una cerca y flanqueada por otros edificios desenterrados. Había otras estructuras achaparradas a ambos lados del complejo principal, más numerosas que los otros edificios pero mucho más bajas que la pirámide escalonada. Un sinnúmero de edificaciones bajas, de diversas alturas, cubrían una gran distancia hacia el norte. La pirámide escalonada de Zoser dominaba sin igual el lugar. Inmensa y antigua, sus antaño afilados niveles habían sido pasto de la erosión del tiempo, procurándole la apariencia de una tarta de varios pisos derretida. Aún así, la imagen era abrumadora, especialmente cuando Carpenter avistó las grandes pirámides de Gizeh hacia el norte. No estaba seguro de si podía confiar en su débil visión, pero Sherin le confirmó que las arcanas maravillas se encontraban, efectivamente, a unos dieciocho kilómetros de distancia. *Quizá pueda dedicarme a hacer turismo cuando todo esto haya terminado.*

Carpenter puso el Ford en marcha y adelantó al primer autobús turístico de la mañana, del que descendía un pequeño grupo de hombres y mujeres ancianos. Interrogando a Sherin, el único rehén consciente, el zombi había averiguado que la pirámide de Sanakht Nebka yacía al oeste del complejo de Zoser. Formaba parte de una nueva excavación. Conduciendo por el área, levantando una nube de polvo a su paso, Carpenter vio una planicie contigua con algunas señales que indicaban la presencia de excavaciones arqueológicas. No distinguió ninguna pirámide, sólo un montón de arena y un par de edificios a medio desenterrar. Al acercarse, el zombi se percató de que su visión de la muerte estaba advirtiendo la presencia de un latido fantasmal en la zona, una vibración espiritual que comenzaba a interferir en su visión.

Un guardia armado estaba de pie junto al sendero y gesticuló para que se detuvieran. Carpenter bajó la ventanilla y sonrió mientras el hombre se aproximaba. Estaba demasiado cerca del triunfo como para perder el tiempo con aquel idiota. Cuando el guardia iba a abrir la boca, el zombi dijo:

—Olvida que estuvimos aquí.

E impuso la orden con toda la fuerza de su voluntad. El hombre pestañeó con violencia un par de veces, abriendo y cerrando la boca como un pez jadeante en busca de oxígeno. Arrancó y vio por el retrovisor que el guardia seguía allí de pie, mirando en rededor, ligeramente confuso. *Otra lobotomía que sumar a la lista,* pensó. Al sentir un leve mareo, Carpenter se dio cuenta de que emplear su habilidad de una manera tan enérgica le estaba empezando a pasar factura. Invocó el poder del martillo

para liberarse del letargo que amenazaba con conquistar sus huesos.

El sendero se hacía más pronunciado en una depresión que separaba el complejo de Zoser de una nueva excavación y que finalizaba en un área de aparcamiento. El lugar estaba cerca de unos cuantos edificios bajos que, aparentemente, habían sido desenterrados hacía poco. La meseta ascendía en pendiente a partir de ese punto. Otros dos vehículos estaban aparcados allí; Carpenter aparcó junto a un BMW de unos veinte años de antigüedad y apagó el motor. Miró hacia la parte trasera; la mujer tenía la mirada de aquellos que cometen una grave traición y que aguardan mortificados su juicio. No pudo ver al hombre, pero supuso que aún debía de estar en coma. Quería formularle otras preguntas sobre el lugar a Sherin, aunque primero tenía la intención de echar una ojeada.

La oportunidad no se presentó. Cuando aún estaba mirando alrededor desde la comodidad que le brindaba el asiento del conductor del Expedition, advirtió un movimiento por el retrovisor. Una mujer asiática delgada había emergido de uno de los edificios parcialmente desenterrados y se acercaba hacia el vehículo. No estaba preocupado; para empezar, siendo éste el coche de los sectarios, era lógico que se acercara a hablar con ellos. Al mirar hacia atrás por el parabrisas trasero, su mirada de la muerte le reveló la presencia del espíritu vibrante de una momia.

—Hija de puta.

La sectaria sentada en el asiento de atrás se volvió también y empezó a gritar tan pronto como vio a la mujer asiática. Carpenter trató de acallarla, pero como no le estaba mirando, su fuerza de voluntad era inútil. La momia escuchó los gritos y se detuvo, extendiendo la mano para coger la mochila que llevaba colgada sobre uno de los hombros. Si tenía cualquier cosa como lo que el capullo de Simbad le había arrojado, Carpenter lo pasaría muy mal. Tenía que hacerse con la situación antes de que se le fuera de las manos.

Abrió la puerta y corrió hacia la momia. La cabeza de la mujer giró en redondo al escuchar el sonido y sus ojos se le abrieron como platos. Aulló algo el chino cuya terminación le recordaba sospechosamente a su nombre.

—¡Detente! —gritó él, imponiéndole su voluntad como el golpe de una maza y teniendo la esperanza de que ella le hubiera entendido.

El mandato surtió efecto sólo durante un instante, pero eso era todo lo que él necesitaba. La embistió propinándole un derechazo que la hizo crujir la mandíbula y la tiró al suelo. Carpenter miró rápidamente en rededor. Los turistas estaban a casi un kilómetro de distancia pero, si estaban prestando atención, era muy posible que hubieran visto algo. Deseó que estuvieran demasiado ocupados maravillándose con las ruinas como para haberse percatado de lo sucedido. Comprobó que la mujer estaba inconsciente antes de arrebatarse la mochila y tirarla tan lejos como pudo. Luego quitó las esposas que vinculaban a Sherin y Ahmir, y arrastró a la primera.

—Ayúdala a incorporarse —ordenó, empujándolas a las dos hacia el edificio por el que acababa de salir la mujer asiática.

Con la navaja en una mano y la Sig-Sauer en la otra, el Corazón de Osiris palpitando silencioso en su bolsillo, Maxwell Carpenter entró en la pirámide perdida de Sanakht Nebka.

Nicholas entrechocó las palmas de sus manos a modo de aplauso una sola vez.

—Pronto tendrás la oportunidad de arreglar viejas deudas con Carpenter, Thea. Pero primero esperaremos a que Faruq regrese con vuestras cosas...

—¡Eh! —exclamaron Thea y Jake al unísono.

—Tenía la certeza de que os mostraríais anhelantes por partir de inmediato, una vez supierais lo que os ofrezco. De modo que envié a Faruq a por vuestras pertenencias para ahorrar tiempo —continuó Nicholas, con disimulo.

Jake pareció creerlo y, a pesar de que Thea no, tampoco estaba de humor para indagar más.

—Vale; si tú lo dices. ¿Y qué es lo «segundo»?

—Lo segundo puede ser lo primero puesto que estamos esperando. Quiero asegurarme de que entendéis la gravedad del asunto. Quizá haga cosas que, a primera vista, no tengan mucho sentido o que incluso parezcan una amenaza explícita. Especialmente desde vuestra perspectiva actual, que sospecho será bastante paranoica a estas alturas. Es comprensible. Estáis completamente fuera de vuestro elemento aquí y trataréis con fuerzas cuyos propósitos son un enigma para vosotros. Quiero estar seguro de que os sentís enteramente cómodos con la situación antes de que nos pongamos en marcha. Aunque apenas tenemos tiempo para ello. De modo que os voy a pedir que confiéis en que no os vamos a traicionar cuando las cosas se pongan peligrosas y, de la misma forma, nosotros confiaremos en vosotros.

Thea movió la cabeza hacia un lado.

—¿Te das cuenta de que, por lo que acabas de decir, me haces sentir aún más recelosa?

—¡Oh, vaya! —rió entre dientes—. Mira, os digo esto ahora porque no quiero tener que parar en la mitad de algo importante para aseguraros que no pretendo aniquilaros.

—A propósito —intervino Jake, de pronto—, ¿existe un pájaro nativo de Egipto con una larga y delgada cola, parecido a una lagartija?

—¿Cómo? —Nicholas miró a Jake confundido—. Desde luego que no.

—Ah. Entonces estará de migración. —Señaló hacia el cielo azul brillante, protegiéndose los ojos con la mano libre—. Es eso o algo realmente inusitado sobrevolando nuestras cabezas.

Miraron hacia las alturas. Nicholas emitió un grito de excitación y levantó el brazo en un ángulo recto con el puño hacia arriba. Thea y Jake observaban estupefactos cuando una lagartija delgada como un látigo, con lustrosas plumas en sus alas, bajó volando veloz y se posó sobre el brazo de la momia.

—¿Qué demonios es eso?

—Éste es Xian —respondió Nicholas, sonriéndole al pequeño dragón que se le aferraba con energía a la muñeca y que enrollaba su larguísima cola por el antebrazo—. Le pertenece a una amiga. Hace tiempo que no te veía, chico. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está Lu Wen?

Xian anduvo con pasos menudos a lo largo del brazo de Nicholas, sus garras como agujas clavándosele en la piel. La momia ignoró la molestia tanto como pudo. El dragón estaba agitado, lo que implicaba que algo le había ocurrido a su creadora. A pesar de lo inteligente que era la criatura, no podía hablar, de modo que Nicholas la interrogó con sencillas preguntas de «sí» o «no».

—¿Está Lu Wen bien? —La criatura se alteró aún más; Nicholas entendió que aquella reacción implicaba que ella estaba en peligro, pero Xian no sabía cuánto—. ¿Está en la pirámide perdida?

El dragón asintió con determinación. La momia no necesitó formularle más preguntas. El entendimiento lo golpeó de sopetón. Comprobó el escarabajo brújula. No sabía con seguridad a qué distancia se encontraba el Corazón, pero estaba claro que señalaba casi directamente hacia el sur. Rumbo a Saqqara y a la pirámide de Sanakht Nebka.

En la actualidad Saqqara no era más que uno de los muchos lugares en los que las ruinas desenterradas se erigían como las evidencias de la majestad del antiguo Egipto. Como Edfú, era también una ubicación de gran poder espiritual, uno de los territorios escogidos en el Oriente Próximo y Medio que albergaban una fuente de fuerza sobrenatural. Quizá una docena de zonas en la vastedad egipcia contarán con un poder similar. Estos lugares habían cobrado cierta importancia después del despertar del grandioso Osiris. Cuando otorgó a sus fieles los conocimientos necesarios para ejecutar el Hechizo de la Vida, les dijo que era necesario llevarlo a cabo en una de estas áreas de influencia. La intensa energía era uno de los componentes claves para la ceremonia; sin ella, el espíritu nunca quedaría vinculado al cadáver elegido.

Nicholas había convencido a Carpenter de que el Corazón era la llave para la resurrección, no esos lugares especiales. Así que, ¿cómo se había enterado Maxwell Carpenter de ello? Los sectarios, por supuesto. El zombi debía haber utilizado la habilidad de control mental para interrogarlos en Port Said. ¿Y luego voló los petroleros para enterrar su rastro? No tenía forma de saberlo. Lo importante era que Carpenter estaba allí ahora y que había llegado el momento de que alguien le diera una merecida patada en el culo.

Carpenter se percató de que la disonancia espiritual aumentaba según avanzaban por un túnel excavado por debajo del desierto. La barrera que separaba los reinos de los vivos y de los muertos era muy delgada aquí. Pensó que podría tender la mano, apartar la tela de la realidad y cruzar el umbral de las tierras de penumbra. Percibió la vibración de la navaja que parecía invitarlo a poner en práctica sus pensamientos.

Pero estaba aquí para llevar a cabo lo contrario. Venía en busca de la inmortalidad, de forma que nunca más tuviera que enfrentarse con el terrorífico Inframundo.

La sectaria caminaba penosamente por delante de él, medio cargando sobre sí o medio arrastrando a la momia. El túnel descendía en un ángulo estable unos sesenta metros más o menos. Las luces dispuestas en él y separadas por distancias parejas, ofrecían una iluminación adecuada. Finalmente giraron; el túnel se abrió formando una larga antecámara. Dos tipos, uno con la toalla enrollada en la cabeza y otro blanco, cepillaban la suciedad acumulada en un mural en la pared. La consternación y la sorpresa se adueñaron por igual de sus gestos cuando vieron entrar a Carpenter con sus rehenes.

—Eh vosotros, pequeños hijos de puta —espetó, sonriendo de oreja a oreja—, ¿os apetece practicar un poco de vuestro abracadabra?

Se oyeron gritos y siguieron débiles esfuerzos de resistencia. Otros dos sectarios entraron en la antecámara por una puerta opuesta a la pared del mural. No obstante, el número de personas no suponía una gran diferencia. Carpenter contaba con la ventaja física que le brindaba su poder y con la psicológica de haber sometido a su compañera momia. Con la dulzura asiática como rehén, obligó a los cinco sectarios a retroceder hasta el umbral de la puerta y entrar en lo que parecía ser algún tipo de cámara de enterramiento.

Comprendió que se encontraba en el interior de la llamada pirámide de Sanakht Nebka, enterrado bajo una cantidad ingente de arena. Aquella parecía ser la cámara principal del lugar. Era bastante espaciosa, de unos nueve metros de largo por cinco de ancho, con el techo a unos cuatro metros de altura. Tenía una serie de pequeños nichos intercalados en ambos laterales, decorados seis de ellos con una estatua. Un sarcófago de alabastro dominaba en el centro de la cámara. A la habitación se podía acceder por dos entradas; la puerta por la que acababan de entrar y un hueco central que conducía directamente hacia el exterior. Por la apariencia del hueco daba la sensación de que la pirámide no estaba enterrada por completo. Por un rectángulo, a unos noventa metros por encima de su cabeza, pudo ver el brillante azul del cielo.

Viendo algunas cajas de herramientas en un lateral, Carpenter se rió. Agarró un rollo de cinta adhesiva y ordenó a un par de sectarios que ataran a la momia con ella. De sus lloriqueos pudo averiguar que su nombre era Lu Wen Ku... algo. Incluso siendo tan fuerte como él, tendría problemas para liberarse de la cinta adhesiva si tenía los brazos fuertemente atados contra el pecho y las piernas. Y con una tira de cinta a modo de mordaza, se aseguraría de que no empezara a estorbar el proceso con sus gritos y mandatos.

Quizá la momia pudiera ayudar en la ceremonia, pero Carpenter no quería arriesgarse. Estos inmortales tenían mucho poder; sería más fácil manipular a los simples humanos si ella quedaba completamente fuera de juego. Había considerado matar a Lu Wen, pero podría volver a la vida en algún punto crítico y fastidiarlo todo. Además, quizá necesitara averiguar algún detalle que los sectarios no supieran y lo

tendría muy difícil si ella estaba muerta.

Estaba volviendo en sí cuando la arrastró a una esquina junto a la entrada de la cámara de enterramientos. Sonrió y la palmeó en la cabeza, luego avanzó hasta quedarse detrás del sarcófago, junto a la salida. Los sectarios estaban apiñados en el extremo opuesto de la cámara. Sherin había estado hablando con ellos en árabe mientras ataban a la momia. Al parecer les había informado de lo perverso que era Carpenter porque estaban visiblemente acobardados. Aparte de observarlo con atención a él y a Lu Wen, todo lo que hacían era quedarse allí de pie, quietos, y temblar.

—¿Cuántos de vosotros habláis inglés? —preguntó Carpenter. Sherin, claro; sólo el tipo blanco levantó la mano. Por las miradas de incompreensión con las que los demás lo miraron, el zombi se sintió seguro de que no le estaban mintiendo. A la mujer y al hombre blanco les dijo—: Cooperad y os dejaré salir andando de aquí. ¿Lo habéis entendido?

Estaba diciendo la verdad; nada le importaban aquellas personas siempre y cuando le dieran lo que quería. Daba igual, por sus miradas comprendió que no se creían ni una sola de sus palabras. No había problema; si no podía convencerlos para que hablaran, los coaccionaría. Por lo menos, al principio, había intentado hacerlo por las buenas. Metió la mano en el bolsillo y arrojó un objeto sobre el centro del sarcófago.

—¿Sabéis lo que es eso? —inquirió, retirando a un lado la tela que lo cubría. Expuesto a las luces halógenas que colgaban en la cámara de enterramientos, el Corazón de Osiris era un objeto con una forma parecida a la de una pera y con un matiz rojo tan intenso que parecía casi negro. Lo miró y vio que su apariencia era diferente a la vez anterior. Carpenter se sobrepuso a un estremecimiento y palmeó la tapa del sarcófago cerca del Corazón—. ¿Lo veis? ¿Eh? Miradlo bien.

Todos contuvieron el aliento. Sí, era muy probable que Sherin los hubiera informado ya. El zombi lanzó una mirada hacia la momia. Lo miraba alternativamente a él y a la reliquia; su rostro una mezcla de emociones.

El hombre blanco se adelantó, maldiciendo a Carpenter y tratando de coger el Corazón. El zombi lo golpeó con el revés de la mano, lanzándolo por el aire hasta que chocó contra uno de los nichos de la pared y fracturándole la mandíbula.

—No me jodas —espetó—. Es hora de ponernos manos a la obra. De forma que, ¿vais a decirme cómo puede esta cosa hacerme inmortal?

Sherin pareció haberse olvidado súbitamente de que sabía hablar inglés. Claro; ahora que estaba de vuelta entre sus amigos, había reencontrado el pilar que la hacía fuerte. Empezó donde se había quedado el tipo blanco, maldiciéndolo en árabe y contagiando su irritación a los demás.

Carpenter golpeó con la palma de la mano el sarcófago, que emitió un golpe seco, y los acalló a todos. Señalando con un dedo a la mujer, el zombi concentró su voluntad y exigió:

—¿Puedes decirme cómo se lleva a cabo la ceremonia que hace a la gente inmortal?

Ella gorgoteó y finalmente escupió una afirmación. Una luz verde llameó en los ojos del no muerto.

—Muy bien. ¿Cuál es el primer paso?

Thea no estaba contenta con la manera en la que evolucionaba la situación. Sforza les tomaba el pelo con la posibilidad de rastrear a Carpenter pero se negaba a informarles de cualquier detalle significativo sobre lo que era él o qué estaba ocurriendo realmente. Y ahora iban a ir en pos de un zombi hijo de la grandísima puta, pero Nicholas no estaba dispuesto a proporcionarles armas. No estaba especializada en ellas y, sin embargo, se sentía desnuda yendo de caza sin contar al menos con una pistola. Jake y ella no habían traído consigo sus armas desde los Estados Unidos. Pensó que Rafiq podría conseguirles alguna, pero no parecía probable que fueran a encontrarse con él hasta que todo hubiera pasado. *Suponiendo que salgamos vivos de esto.*

—Pensé que estábamos del mismo lado —dijo, probando suerte una última vez—. ¿Acaso no tienes una simple 38 Especial guardada en algún cajón? ¿Es que se supone que vamos a tener que depender de nuestra astucia y las rápidas patadas a la cabeza?

—Estoy de acuerdo en que tenemos un interés común, pero aún no estoy seguro de que estemos del mismo lado. —Trasladó la extraña lagartija voladora a su hombro y le murmuró algo a Ibrahim, que regresó a toda prisa al interior del mausoleo.

—Thea, a mí no me importa no tener un arma —admitió Jake.

Lo fulminó con la mirada. No estás siendo de mucha ayuda.

—Perfecto. Teniendo su comentario en cuenta, ¿qué era lo que estabas diciéndome acerca de la confianza? Esto nos ayudaría mucho a calmar nuestras sospechas sobre vosotros, chicos.

Su sexto sentido confirmaba que podía confiar en que lo que Nicholas Sforza les había contado era verdad. Los hilos de la probabilidad parecían favorables en lo referente a él. A pesar de ello, eso no significaba que fuera a obedecerle a pies juntillas.

Nicholas lo reflexionó y asintió.

—Ése es un buen punto. Entiendo lo que yo estaría pensando si estuviera en vuestra situación. Muy bien, venid.

Los condujo al interior de la tumba y pasaron junto a un sarcófago muy ornado. Un estrecho panel, situado en una de las paredes, se abrió para dar paso a la escalera por la que habían descendido con los ojos vendados poco antes. Thea había tenido la sospecha de que cruzaron por algunas cámaras subterráneas, pero quedó estupefacta por lo que vio. La cámara en la que entraron era enorme; había luces eléctricas

dispuestas en los soportes para las antorchas que iluminaban con claridad los murales de colores vivos pintados sobre las paredes al estilo del antiguo Egipto. Un sinnúmero de umbrales daban paso a otras estancias. Estaba claro que ésta era sólo una pequeña parte del extenso complejo.

Nicholas los guió por un túnel que desembocaba en una habitación más pequeña que parecía ser un almacén. Los dejó esperando en el pasillo, de modo que Thea sólo pudo entrever las pilas de cajas sin etiquetar y armarios entreabiertos de los que colgaban diversas prendas. La momia regresó junto a ellos llevando consigo una escopeta y una pistola automática.

—Esto es todo lo que tenemos, además, claro, del rifle que utiliza Ibrahim.

—Genial, gracias. —Thea cogió la pistola, una Glock 9mm—. ¿Tienes más cargadores?

—Sólo uno. —Extrajo un cargador del bolsillo y tendió la escopeta hacia Jake.

—Es un poco pesada —comentó Jake, mirando la Spas-12 con recelo.

Thea le palmeó en el hombro.

—Las chicas se pirran por los tíos con grandes armas. Ahora en serio, Jake, ¿prefieres no poder contar con ella en caso de necesidad?

Jake aceptó el arma con un sonoro suspiro, aunque la sostuvo con cuidado y con los dedos bien alejados del gatillo.

—¿Amenti? —La voz de Ibrahim resonó en las profundidades del túnel—. ¡Faruq está de regreso!

—Bien. Si ya estamos satisfechos en esta cuestión, ¿no os parece que va siendo hora de que nos pongamos en marcha?

—Tú primero —respondió Thea, comprobando que había activado el seguro del arma antes de guardarla en un bolsillo lateral de sus pantalones cargo.

—Déjame que te pregunte algo —comenzó Nicholas mientras se apresuraban por el pasadizo—, ¿cómo te viste metida en todo esto?

—¿Te refieres a Carpenter, los monstruos y las enigmáticas reliquias?

—Sí.

—Añádelo a tu lista de casos crónicos sin resolver. —Le dedicó una sonrisa traviesa—. Tú nunca respondiste a mi pregunta, ¿recuerdas?

—¿Y cuál era esa pregunta?

—¿Qué eres? Tus... empleados o lo que sean, te llamaron «Amenti». Nosotros, bueno, creemos que significa «momia».

Nicholas rió.

—¿Sí? Eso es gracioso. ¿Y qué creéis que es una momia?

—Ahí está la clave, ¿no te parece?

—No soy ni vagamente parecido a Carpenter, si eso es lo que te preocupa. Soy una persona viva y que respira.

Thea había advertido que Nicholas Sforza respiraba, se movía y reaccionaba de manera semejante a la de cualquier otro ser humano. Por el contrario, a pesar de que

Carpenter pudiera parecer un ser vivo a simple vista, una mirada más atenta sería capaz de descubrir que había algo que no encajaba, *algo que no estaba en su lugar*. De forma que el argumento de Nicholas no era nada nuevo.

Percibió un destello pícaro en sus ojos. Por lo visto, si ella jugaba a ser tímida, él lo pretendería también. *A mi no me importa, chico duro. Averiguaré lo que quiero saber antes o después.*

Carpenter percibió la presencia del primer zombi justo cuando comenzó a sonsacarle los detalles de la ceremonia de resurrección a la mujer sectaria. Se giró para mirar el umbral de entrada y vio a un horror animado, sus dedos huesudos arañando las paredes pétreas mientras arrastraba los pies hacia el interior del recinto. Cuando lo miró, el cadáver pareció entusiasmarse y emitió leves gruñidos de su garganta casi podrida.

Carpenter sintió náuseas en su estómago atrofiado incluso a pesar de que una sonrisa se le dibujó en los labios. La criatura se detuvo a unos pocos metros y realizó un esfuerzo patoso tratando de juntar los talones, a la vez que extendía rigurosamente un brazo frente a él. Mirándolo más de cerca, Maxwell vio que el zombi vestía los harapos restantes de lo que había sido un uniforme de militar alemán. *¿Un jodido zombi nazi? ¿Qué cojones hace un alemán muerto en Egipto?* Él ya había muerto cuando estalló la Segunda Guerra Mundial y se encontró con algunos espíritus sin descanso en el Inframundo que habían muerto durante la batalla. Le llevó unos cuantos segundos, pero finalmente recordó que hubo un frente en el norte de África. Carpenter no estaba seguro de si quería que un nazi lo ayudara en esto, vivo o muerto. Aún así, no tenía mucho donde elegir.

El zombi estaba en muy buenas condiciones teniendo en cuenta el tiempo que llevaba muerto. Pese a no estar tan entero como él, el soldado estaba descarnado y no completamente putrefacto. Carpenter se había topado con unos cuantos zombis que estaban muy cerca de ser tan conscientes y de estar tan físicamente enteros como lo estaba él. La mayoría no era otra cosa que cáscaras en avanzado estado de descomposición, todos secos hasta los tendones y con la carne restante putrefacta. El soldado estaba en un punto medio; era evidente que su cuerpo estaba hecho un asco, pero aún no había quedado reducido a un autómatas. Recordó que los zombis que se habían visto atraídos hacia él en el pasado estaban en unos estados lamentables.

¿Tenía que ver acaso con la superioridad de su condición? ¿Percibían su poder? ¿Buscaban que les mostrara la forma para estar tan enteros?

—¿Es eso, Fritz? —preguntó—. ¿Tienes la esperanza de que te enseñe cómo llegue a estar así? No es mucho mejor de como estás tú, créeme. ¿Por qué si no iba a estar en este maldito país?

El soldado muerto se esforzó por mover la mandíbula y gruñó confuso.

—Buen punto —respondió Carpenter. *No trates de mantener discusiones*

filosóficas con los cadáveres, se reprendió. *Hay demasiado moho en sus cabezas—*. Muy bien, Fritz. ¿Por qué no esperas junto a la entrada del túnel y vigilas? Asegúrate de que nadie nos interrumpa. Ah, y apaga todas las luces del túnel cuando te marches.

El zombi se marchó arrastrando los pies después de realizar otro saludo. Carpenter acababa de volver al arduo proceso de extraer información a Sherin sin lesionarle el cerebro cuando aparecieron otros dos cadáveres. Cada uno de ellos estaba tan putrefacto que era imposible determinar qué habían sido en vida. No importaba; su presencia implicaba mayor fuerza y ayudarían a los sectarios en el proceso cuando él estuviera ocupado en otras tareas. Una vez los dispuso en las posiciones deseadas, uno de ellos junto a Lu Wen y el otro en línea con los sectarios, se percató de que no era necesario que pronunciara en voz alta sus órdenes; bastaba con pensar y concentrarse un poco. Tenía que pensar algo más para captar la atención de los cadáveres, pero no le resultaba complicado en exceso. De su experiencia personal sabía que los fantasmas no tenían problemas para entenderse los unos con los otros. El idioma de la muerte era universal. De alguna forma debía estar en sintonía con ese idioma y, por ello, podía comunicarse con sus homólogos muertos andantes.

Con todo, no tenía la menor idea de por qué los zombis se veían atraídos hacia él. Tampoco sabía si el convocarlos mentalmente era eficaz. En cualquier caso estaba bastante satisfecho con los resultados. No había forma de saber cuántos cadáveres andantes acudirían a él si se quedaba allí el tiempo suficiente. De momento, tres eran suficientes.

Nicholas aferró la manija de la puerta mientras Ibrahim conducía el Audi con una temeridad impropia incluso para los conductores cairinos. Faruq se había quedado para contactar con cualquier otro grupo disponible. En caso de que Nicholas fallara y no pudiera recuperar el Corazón, otras fuerzas convergerían en Saqqara al anochecer. Los Amenti recuperarían la reliquia de una forma u otra.

Thea y Jake compartían el asiento de atrás con una neverita repleta de agua embotellada que los azotaba cada vez que se deslizaba de un lado a otro por causa de los súbitos giros que daba el coche. Estudiando la posición del escarabajo brújula, Nicholas determinó que el Corazón no se había movido durante algún tiempo. Lo más probable es que Carpenter continuara en Saqqara para cuando ellos hubieran llegado allí. Las ruinas estaban sólo a unos veintiocho kilómetros al sur de la ciudad y, por la velocidad a la que conducía Ibrahim, llegarían a su destino en otros tantos minutos... si el Audi no se estropeaba por el camino.

A pesar de los esfuerzos del aire acondicionado, el coche era una sauna. Nicholas estaba feliz por haberse pintado aquella mañana símbolos con henna que lo protegían del calor agobiante. El encantamiento era provisional, sus efectos sólo se prolongarían durante una semana, pero sería suficiente para evitar que se desmayara

por causa de la incidencia de los rayos del sol o la deshidratación. Nicholas miró de soslayo hacia Ibrahim, que conducía con un alocado ensimismamiento. Los amuletos que llevaba, los últimos que quedaban en la maleta de Nicholas y que él le había regalado, desprendían pequeños destellos cuando la luz del sol se reflejaba sobre ellos. Los encantamientos brindarían a Ibrahim cierta protección contra el peligro y mejorarían sus reflejos. Asimismo, Nicholas le había advertido que no desempeñara el papel de héroe; pero tenía la sospecha de que sus palabras habían caído en saco roto. Sólo podía esperar que los amuletos fueran suficientes para mantener con vida a su amigo mortal en el conflicto que estaba por acontecer.

Thea y Jake no contaban con protección sobrenatural. Nicholas había considerado prestarles alguna, pero tenía un cupo limitado de amuletos e Ibrahim y él eran prioritarios. Parecían familiarizados con los riesgos implícitos en la aventura y él no podría malgastar el tiempo asegurándose de que estuvieran bien. Lo fundamental era recuperar el Corazón, todo lo demás sería una mera distracción.

La conducción se relajó cuando hubieron emergido de la caótica afluencia del tráfico de la ciudad. El Audi se desvió hacia el sur por una carretera que los llevó más allá de las grandes pirámides de Gizeh. Saqqara estaba sólo a unos minutos de distancia.

—¿Qué es lo que hace tan especial a este lugar? —preguntó Jake, una vez seguro de que no acabarían pereciendo en un terrible accidente de tráfico.

—¿Saqqara? Allí fue donde se engendró el concepto de pirámide. ¿Has oído hablar de la pirámide escalonada de Zoser? Fue diseñada por el arquitecto Imhotep. Fue el precursor de esas bellezas. —Nicholas señaló los amenazantes y hercúleos polígonos que se alzaban a su derecha—. Los cimientos de Saqqara se asentaron hace casi cinco mil años. ¿Sabéis? La civilización entonces no era tan avanzada. Y este hombre, Imhotep, contaba con la visión y el talento necesarios para crear cosas con las que sus contemporáneos ni siquiera habían soñado.

—¿Y qué es la «pirámide perdida»? —inquirió Thea. Apoyó uno de los brazos contra el reposacabezas del asiento del conductor y le dirigió a Nicholas una mirada de franca curiosidad.

Cohibido por la cercanía de sus intensos ojos verdes, Nicholas se giró para mirar las pirámides.

—Muy bien, hemos pasado de puntillas sobre el tema de lo sobrenatural, pero es evidente que estamos hablando de poderes arcanos. Existen diversos lugares de poderío espiritual por toda la región y hacia el Oriente Medio. Saqqara es uno de ellos. Supongo que es muy probable que esta fuerza, este poder, tuviera mucho que ver con que los faraones de las primeras dinastías decidieran construir sus tumbas aquí. Entre ellos estaba el faraón de la Tercera Dinastía, Sanakht Nebka. Reinó después del breve mandato de seis años de Sekhemkhet, sucesor de Zoser. Este último era, entre otras cosas, mecenas de Imhotep. El arquitecto era el auténtico modelo de hombre del Renacimiento; además de arquitecto era escriba, físico,

sacerdote y vidente. Tenía un intelecto sin igual. En cualquier caso, diseñó la pirámide escalonada de Zoser y la tumba de Sekhemkhet, pero quedó incompleta debido a la repentina muerte del faraón. Aunque Imhotep era un anciano entonces, se dedicó a preparar el complejo funerario para Nebka, modificando los diseños que habían sido concebidos primeramente para Sekhemkhet. Murió antes de haberlo terminado, de forma que sus discípulos sólo pudieron completar la pirámide escalonada y el templo principal. Lo normal es que el recinto contara además con otras estructuras de apoyo. El resultado final de la tumba de Nebka era una versión más grandiosa de la pirámide escalonada de Zoser, una maravilla de su época.

Thea frunció los labios en un gesto de disgusto.

—¿Y cómo es que nadie ha oído hablar de ella? Quiero decir, todos sabemos algo acerca de las pirámides de Gizeh y Zoser. ¿Pero de Nebka?

—Sí, bueno, desafortunadamente para su papel en la historia, Nebka no escogió su lugar de enterramiento tan bien como Zoser. Hizo construir la pirámide sobre una planicie a un kilómetro de las de sus predecesores. Esto le permitía dominar el horizonte sobre el oeste, lo cual era importante para los antiguos egipcios. El sol poniente, que seguía el carro de Ra hacia la vida después de la muerte, tenía mucho que ver en ello. El problema estribaba en que, debido a una peculiaridad en la geografía, la pirámide sucumbió a la violencia del clima. En el transcurso de los siglos, la arena terminó por cubrir la pirámide escalonada. En las últimas dinastías, alguien recordaba algo sobre una pirámide dedicada a Nebka, pero nadie sabía cuál era su ubicación.

—Muy bien, chico listo. ¿Y cómo fue que la encontraste?

—No fui yo. Pero si te refieres a los arqueólogos, ocurrió porque se tropezaron con ella. Saqqara había sido durante tres mil años el lugar escogido para la construcción de múltiples tumbas; entre otras, las que ya conocemos. Sólo era cuestión de tiempo que la encontraran.

Aquello no era del todo cierto. La verdad era que algunos Imkhu recordaban la largamente perdida pirámide de Sanakht Nebka y enviaron a una secta del Culto de Isis, haciéndose pasar por arqueólogos experimentados, para que dieran con ella. Nicholas no había estado allí, pero Lu Wen le había contado que habían excavado un túnel desde una mastaba próxima y se habían encontrado con el pináculo de la pirámide. Estaban restaurando el interior de la misma, al menos lo estaban haciendo antes de que Carpenter apareciera. Nicholas tenía la sospecha de que la pirámide necesitaría grandes reparaciones una vez hubiera finalizado el día.

Carpenter sabía que las cosas se torcerían antes o después. El tipo con la mandíbula fracturada gruñó algo en árabe a sus compañeros mientras él andaba ocupado sonsacándole más información a Sherin. Poco después, todos ellos sacaron unos cuchillos y atacaron. Carpenter se percató, casi de forma inmediata, de que la

agresión era una maniobra de despiste. A la vez que tres de los sectarios lo rodeaban a él y a sus zombis, el cuarto hirió mortalmente con su espada a la mujer sectaria y luego se degolló a sí mismo. El zombi que estaba de pie detrás de ellos, no reaccionó a tiempo y sólo pudo ver cómo se desangraban hasta morir.

Carpenter le quitó el cuchillo a su rival, rompiéndole el antebrazo en el proceso. Su mano empuñaba la navaja un instante después, pero logró resistirse a su influencia. Necesitaba a aquellas personas vivas. En lugar de asestarle una puñalada con el arma, agarró con violencia el brazo sano del sectario y lo apretó tan fuerte que le fracturó el hueso, arrojando después al hombre a un lado.

Aulló a sus zombis para que se contuvieran, sin embargo, ya era demasiado tarde. El otro sectario de habla inglesa trató de esquivar a uno de los zombis para rescatar a la momia, que luchaba por liberarse de sus ataduras en la esquina. El zombi no estaba por la labor de permitir que aquello sucediera. La criatura extendió la mano derecha, apresando la muñeca del sectario y retorciéndola, mientras que con la izquierda rompía el cuello del hombre con un golpe seco. El sectario se desplomó sobre el suelo como una cometa rota.

El último sectario había rescatado el Corazón e intentaba alcanzar la salida. Carpenter y su séquito de zombis habían estado lo suficientemente ocupados con sus oponentes, como para que el pequeño bastardo pudiera escapar de la cámara de enterramientos. Carpenter corrió tras él, enviando sus pensamientos a la cosa que guardaba el otro extremo del túnel. A pesar de su valor, aquel hombre no tuvo la oportunidad de completar sus objetivos. Fritz le cortó la retirada antes de que hubiera alcanzado la mitad del túnel. El zombi propinó al sectario un sólido revés, lanzándolo por los aires y haciéndolo chocar contra la pared. Cayó pesadamente sobre el suelo; el Corazón resbalándosele entre los dedos, hasta yacer en la mugre.

Carpenter cogió el Corazón y arrastró al hombre aturdido de vuelta a la cámara de enterramiento. El ataque de los sectarios suponía una sorpresa y un error bastante embarazoso. Había estado tan seguro de sí que no se había molestado en registrarlos. Pero era la mirada decidida de los sectarios lo que le había cautivado. ¿Matar a un amigo y luego degollarse uno mismo? Había que tener un par de huevos para hacerlo. Unos enormes, unos que arrastraran por el suelo.

—Menudo puñado de idiotas comprometidos —dijo, sus palabras contagiadas de una mezcla entre el disgusto y el respeto.

Tal vez hubiera sido una maniobra fútil, pero había sido jodidamente eficaz. Sólo permanecían con vida dos de los sectarios y ninguno hablaba inglés. Carpenter no conseguiría sonsacarles nada. No podría obligarles a hacer nada, si no sabían qué les estaba diciendo. Pudo advertir su preocupación cuando estaba interrogando a su compañera. De hecho, los muy cabrones no sabían qué era lo que estaba haciendo hasta que el tipo blanco recobró el sentido y se lo dijo.

Después de arrojar al hombre sobre el suelo arenoso, Carpenter se había dado cuenta de que la navaja había saltado a su mano de nuevo. En el pasado, se habría

sentido incómodo porque aquella cosa tuviera una voluntad propia, pero ahora nació una sonrisa en sus labios. Levantando el Corazón, se giró hacia Lu Wen, aún atada y amordazada en una esquina.

—Sé que tú me entiendes —dijo, canalizando su voluntad—, al parecer no voy a enterarme de los pasos esenciales en este proceso del Hechizo de la Vida. ¿Pueden llevarlo a cabo sólo dos?

Obligada por el mandato mental, Lu Wen asintió con un gruñido.

—Muy bien, puesto que no puedo ordenarles a ellos hacerlo, voy a probar un viejo método de persuasión.

Carpenter depositó el Corazón sobre el sarcófago. Después de sacar la hoja de la navaja, arrastró el filo brillante por la superficie de la reliquia. Se elevaron unas volutas de humo cuando el metal antinatural arañó la superficie del Corazón y unas densas gotas de un líquido dorado brotaron de la fisura. Al mismo tiempo, un temblor sacudió la habitación; una lluvia tenue de gravilla cayó desde el techo. Los sectarios hiparon consternados y se abrazaron el uno al otro, mientras que la momia Lu Wen gritaba a través de su mordaza y se tensaba contra la cinta adhesiva que la mantenía apresada. Carpenter la miró.

—Ha sido sólo un arañazo. Te sugiero que les ordenes a estos tipos que colaboren conmigo, a menos que quieras comprobar qué sucede si lo corto en pedazos.

Una ira palpable llameaba en los ojos de Lu Wen, su intensa mirada se detuvo en el Corazón herido. Asintió, moviendo la cabeza sólo un poco.

Thea había concentrado su sexto sentido desde que viera a Nicholas Sforza fuera del hotel aquella mañana. Lo había mantenido en funcionamiento desde entonces y empezaba a sentir el cansancio mental que derivaba del intento de canalizar su percepción. Cuando el Audi tomó rumbo oeste para dirigirse hacia la meseta, Thea pudo avistar las ruinas de Saqqara. La conmoción dejó fuera de combate su estado de hiperpercepción.

—Oh, vaya —dijo, con voz entrecortada.

Jake miró en rededor.

—¿Qué?

—Vi esa luz brillante descendiendo en un arco —explicó Thea. La había visto sólo durante un instante, pero había quedado grabada al fuego en su memoria. A pesar de su leve daltonismo, los matices y colores le habían robado el aliento. No era exactamente un arco iris, sino algo más parecido a una grandiosa arcada de auroras boreales elevándose hacia las alturas del cielo de medio día—, relucía y fluctuaba, ¿es ésa la palabra? Y ascendía hasta muy arriba... Era *preciosa*. —Thea advirtió que Nicholas Sforza y su amigo egipcio la miraban de forma extraña. *No saben nada acerca de nuestro sexto sentido*—. Eh, a veces puedo ver cosas —reveló con una sonrisa tímida.

Nicholas había mencionado algo sobre que el lugar era una ubicación de gran poder espiritual; ¿habría podido ver aquello con su vista natural? Thea quería volver a mirar, pero decidió esperar hasta haberse recuperado un poco de su incipiente dolor de cabeza.

—Bien —respondió Nicholas. Parecía estar a punto de decir algo, pero negó con un gesto de la cabeza—, a pesar de lo mucho que me gustaría poder hablar sobre tus alucinaciones, tenemos que planear de qué manera entraremos. Mirad allí, ¿veis aquello que está pasado las ruinas de Zoser? ¿Un par de coches y algunas excavaciones? Allí está la entrada del túnel a la tumba de Nebka. Puedo aseguraros que el Corazón está entre unos sesenta o noventa metros al norte, lo que lo sitúa en el interior de la pirámide.

—¿Hay alguna otra entrada? —indagó Jake.

—Un canal de ventilación que desciende directamente hasta la cámara de enterramientos.

—¿Qué extensión tiene?

—Unos noventa metros.

—Muy bien. Así qué, prácticamente, sólo contamos con una entrada.

—A menos que necesitemos entrar rápidamente —intervino Nicholas. No parecía estar bromeando acerca de saltar por el canal de ventilación—. Yo puedo bajar por el canal, pero arrastraré conmigo un puñado de mugre y arena en el descenso. Lo que, obviamente, delataría mi presencia.

—De modo que... —Thea calló cuando advirtió la presencia de un guardia que los observaba acercándose al lugar de la excavación. Había algo extraño en él—. Mirad a ese tío. Cualquiera diría que está colgado.

Nicholas y Jake se inclinaron hacia el costado del conductor para poderlo ver bien. El guardia los miraba directamente, para ser más exactos, tenía la vista perdida a medio metro por encima del Audi, pero era evidente que no veía nada. Sus ojos estaban muy abiertos y cubiertos por una película neblinosa. Rastros salados de lágrimas secas se abrían camino por sus mejillas, y abría y cerraba la boca como si no supiera qué decir.

—Dios Santo —empezó Jake—, parece que no hubiera pestañeado desde hace horas. ¿Veis sus ojos?

Thea asintió, tenía la boca seca. Aquel era un buen ejemplo de la clase de cosas retorcidas que Carpenter gustaba de practicar. Haciendo una mueca por el dolor que palpitaba en su cráneo, invocó su sexto sentido. Débiles tentáculos de posibilidad se marchitaban en torno al guardia como hojas secadas por el sol. La oportunidad de hacer otras cosas en la vida le había sido arrebatada; ahora era poco más que una cáscara hueca. *Muy pronto, Carpenter, prometió. Me aseguraré de darte tu merecido muy pronto, hijo de puta.*

Carpenter miró hacia Lu Wen.

—¿Te importaría repetirlo?

A pesar de lo atada que se encontraba, la momia procuraba sentarse lo más erguida posible. Carpenter había retirado la cinta que le tapaba la boca para que pudiera hablar con los dos sectarios restantes. En lugar de ello, había iniciado un intento descabellado por convencer al zombi de que se rindiera. Estaba tan perplejo que no podía hacer otra cosa que escudriñarla.

—Deten esto ahora —dijo ella—. No puedes creer que realmente tendrás éxito. Incluso aunque te informes sobre cómo llevar a cabo el Hechizo de la Vida, tu alma no sobrevivirá al juicio. Tu espíritu será destruido por los Jueces de Ma'at y tu existencia terminará ahí. Sólo nos importa el Corazón. No lo corrompas más y abandona este lugar inmediatamente. Aún podrás seguir viviendo durante algún tiempo, aunque sólo sea esa parodia de vida que sufres.

—¿Tienes idea de qué he tenido que aguantar para llegar hasta aquí, bonita? De verdad que no sería capaz de empezar siquiera a narrarte la mierda con la que me he encontrado. ¿Y se supone que debo dejarlo todo de lado y largarme sólo porque lo dices tú? Desde luego, debo reconocer que tienes valor. Pero si no cortas el rollo y pones a éstos dos a trabajar, le diré a Fritz que empiece a trocear vuestro preciado Corazón para tomarlo de comer.

Carpenter había ordenado al cadáver nazi que estuviera dentro de la cámara porque era el más consciente de sus tareas. Guardar la entrada no era algo que requiriera una gran inteligencia, de modo que uno de los zombis decrepitos se encargaba de eso ahora. Carpenter estaba seguro de que Fritz podría acatar las órdenes sin quedarse en blanco en un momento crítico. Lo único que le incomodaba era dejarle la navaja. Pese a lo cansado que estaba por la influencia que aquella cosa trataba de imponerle, se sentía desnudo sin ella. De hecho, creyó que el arma no permitiría cambiar de manos; no obstante, para su sorpresa, se había acomodado con desenvoltura en la palma de la mano del soldado. El zombi estaba ahora de pie junto al sarcófago; sostenía la navaja directamente sobre el Corazón. Carpenter le había ordenado que cortara la reliquia en cuanto él estuviera en peligro. Había pronunciado en voz alta la orden, a pesar de que era el pensamiento lo que importaba. Por la expresión que tenía Lu Wen, estaba claro que no tenía dudas de que el cadáver acataría las órdenes. Pese a ello, continuó desafiando a Carpenter.

—No harás más que asegurar tu destrucción —contestó ella.

Carpenter sintió cómo la llama de la ira comenzaba a dominarlo.

—¿Sí? Quizá deba pedirle a Fritz que practique un poco contigo antes. ¿Crees que así cambiarías la cantinela?

—Tal vez el problema sea que no entiendes lo que significa ser inmortal. Las amenazas como la tuya no significan nada para alguien para quien la muerte no tiene

ningún significado.

—Tengo miles de ideas sobre cómo asesinar a alguien. Me encantaría probarlas todas contigo. —Su labio se arrugó a causa de la rabia apenas contenida—. ¿De verdad crees que la muerte no tiene significado? Eso es porque no has pasado suficiente tiempo conmigo.

—¿Qué puedes hacer? No eres más que un cadáver demasiado testarudo como para yacer muerto. —Lo miró con frialdad—. No tendrás la menor oportunidad de triunfar en esto. En este momento nuestras fuerzas están convergiendo. Mis hermanos recuperaran el Corazón de Osiris y luego te enviarán a ti y a tus abominables compañeros al reino al que pertenecéis. Cada segundo que permaneces aquí, te acercas un poco más a la destrucción.

—Espero que lo hagas bien, nena. Porque si no es así, puedes estar jodidamente segura de que no descansaré hasta acabar contigo.

—Te lo he advertido —dijo.

Luego, después de tomar aliento, Lu Wen ladró algo en una lengua arcana. Otro temblor de menor intensidad sacudió la habitación. Los débiles ojos de Carpenter por poco no se percataron del movimiento súbito a tiempo de esquivar a una de las estatuas que había saltado desde su nicho y pretendía golpearlo con su bastón. Lo cierto era que las seis estatuas habían cobrado vida, aunque su visión de la muerte no lo registraba. *¿Qué cojones son estas cosas?* No tenía tiempo para preocuparse de ello. Ordenó a Fritz y al otro zombi que atacaran mientras él volvía junto a la momia.

Mas ella ya estaba liberándose; otra de las estatuas cortaba la cinta adhesiva que la había mantenido apresada. Carpenter buscó la pistola para reducirla con rapidez, cuando algo pasó como un rayo junto a él. Era la cabeza de uno de los zombis. Dos de las efigies lo habían troceado en cuestión de escasos segundos. Echó un vistazo en rededor y vio que Fritz se defendía bastante bien gracias a la ayuda de la navaja demoníaca. Advirtió que la última estatua avanzaba en dirección al Corazón, al tiempo que su compatriota apaleaba al soldado y lo hacía recular en dirección a uno de los nichos.

¡Todo se está yendo a la mierda otra vez! Sus planes habían fallado cuando había estado próximo a cumplir sus objetivos. Con la velocidad del rayo, agarró el Corazón y corrió hacia la puerta.

Nicholas miró la entrada del túnel con una mueca de frustración. Habían aparcado el Audi tan cerca de él como habían podido. Estaban sentados dentro con las ventanillas bajadas, pero como no corría ni una brisa ligera, hacía un calor asfixiante.

—Muy bien, Thea. Entiendo que no te parezca muy buena idea entrar a la carga sin haber madurado un plan de ataque, pero ¿por qué estamos aquí sentados sin hacer nada? ¿A qué estamos esperando? ¿Quieres asegurarte de que Carpenter está aquí? Estoy convencido de que lo está y de que aún tiene el Corazón en su poder. Es más, te

prometo que está en la cámara de enterramientos.

—¿Recuerdas cuando nos encontramos con el demonio Carpenter en Chicago? —preguntó Ibrahim—. ¿Junto al edificio?

—¿La Torre Sears? Joder, es verdad. —Miró hacia atrás, a Thea y Jake—. Allí fue donde Carpenter nos sorprendió y robó el Corazón. Contaba con un apoyo de cuatro o cinco cadáveres.

—De forma que quizá cuente con algunos aquí también —aventuró Jake.

—No lo sé, es muy posible que el muy cerdo tenga a una docena de muertos andantes escondidos y esperando a que nosotros aparezcamos.

Thea negó con la cabeza.

—No percibo ningún peligro en el entorno. Todo mana del interior de tu pirámide.

Nicholas enarcó una ceja.

—¿Que no percibes peligro? Vale, pero aún así no veo otra alternativa que...

En ese instante una figura negra pasó como un rayo por el vano abierto de la ventana del pasajero. Xian corrió por los regazos de Nicholas e Ibrahim, emitiendo extraños graznidos y batiendo las alas.

—¿Dónde ha estado esa cosa? —se preguntó Thea.

—Ha debido estar vigilando a Lu Wen desde el canal de ventilación. —El inmediato y altísimo graznido que profirió Xian pareció indicar que Nicholas estaba en lo cierto—. Teniendo en cuenta su forma de actuar, creo poder asegurarnos que algo marcha mal ahí abajo. Eso significa que ha llegado el momento de dejar de planear y ponernos en marcha.

La mano de Thea apresó su hombro con sorprendente fortaleza.

—¡Espera! Tienes razón; hay algo... Y parece que las variables hayan cambiado.

—¡No tenemos tiempo para mierdas ininteligibles, mujer!

—¡Escúchame! Creo que... Sí, si puedes, baja por ese jodido canal ahora mismo. Nosotros iremos por delante.

Había algo en su tono que le daba ganas de marcharse a toda prisa. Como no tenía tiempo de discutir, decidió hacer lo que ella sugería. Salieron del Audi y se encaminaron hacia el túnel. Xian ganó velocidad en el aire y describió un pronunciado arco por delante de ellos. Nicholas extrajo algo de su bolsillo mientras corría y lo arrojó un poco más adelante. Canalizó la poderosa energía de su espíritu y murmuró una orden. La figurilla se hinchó y cobró forma. Sherlock se sentó frente a ellos. El perro encantado, tan negro como el carbón, había permanecido demasiado tiempo en la calidez del bolsillo y ahora miraba alrededor con ojos expectantes.

—Llevaos a Sherlock con vosotros. ¡Tened cuidado de no ponerlos en su camino! —advirtió Nicholas, mientras corría a toda velocidad hacia la cúspide de la pirámide.

Carpenter podía sentir cómo el Corazón latía en sus manos y rezumaba aquella

sustancia peculiar y brillante. Lu Wen estaba en el quicio de la puerta; murmuraba algo mientras cogía un amuleto encantado de su collar.

La furia se adueñó del zombi. Su medida era infinita, su duración sería eterna. *¿Esta puta cree que puede detenerme? Que la jodan.* Carpenter sacó el martillo e invocó toda la fuerza a su disposición. Fuerzas oscuras anegaron su alma, hinchándolo como a una garrapata. Su espíritu chilló por la necesidad de desquitarse con la criatura que se erigía frente a él, y con todos aquellos que osaran ponerse en su camino. ¡Nadie podría negarle el triunfo cuando estaba tan cerca de obtenerlo! Había tenido la inmortalidad al alcance de la mano y aún podría obtenerla. Envió la energía hacia el exterior, buscando a cualquiera, lo que fuera que pudiera ayudarlo a alcanzar la victoria.

El amuleto hechizado en la mano de Lu Wen había aumentado hasta convertirse en una katana centelleante.

—Tu existencia ha llegado a su fin —dijo ella, surcando el aire con un par de movimientos mortíferos del arma.

Percibió cómo las otras cuatro estatuas se movían para atacarlo también.

—Aún no —respondió él, justo antes de que las paredes que contenían los nichos estallaran hacia el interior y un torrente de no muertos inundara la cámara.

Thea y Jake quedaron levemente conmocionados cuando un gigantesco perro negro apareció de la nada. No obstante, aquella fue una distracción momentánea comparada con la que los aguardaba en el túnel. Las únicas opciones viables requerían que entrara en el túnel, pero era precisamente allí donde percibía un peligro como nunca había conocido. No había otra posibilidad más que la de aspirar hondo y entrar.

Se precipitó a gran velocidad, el mastín corrió junto a ella y Jake e Ibrahim cerrando la retaguardia. Un zombi surgió de la oscuridad y se abalanzó sobre ellos. Thea se detuvo en seco y se preparó para asestarle, con un giro, una patada alta. Sin embargo, de pronto ya no tenía ningún objetivo frente a sí. El perrazo había saltado hacia delante y había apresado entre sus mandíbulas el muslo del zombi. Continuó corriendo, balanceando la cabeza de un costado a otro y estrellando el cadáver del muerto andante repetidamente contra las paredes del túnel. El zombi se partió en pedazos después de unos cuantos golpes y yació convulso en el suelo durante un momento cuando el perro lo soltó.

—Vaya... No está mal —alabó Thea, al tiempo que Jake e Ibrahim se apresuraban para ponerse a su altura. *Quizá esto no sea tan difícil después de todo.*

Entonces se movió la tierra y docenas de esqueletos comenzaron a brotar de la arena del desierto.

Nicholas alcanzó la cúpula de la pirámide, desenterrada y apartada a un lado para

dejar sitio al espacio rectangular que hacía las veces de canal de ventilación. Hasta él ascendía un coro inhumano de chillidos. Podía ver destellos intermitentes cuando las figuras se movían frente a las luces abajo. Aquella parecía ser una línea directa hacia el infierno.

Xian descendió volando por el canal y regresó unos segundos después graznando salvajemente. Nicholas tomó aquella reacción como que las cosas marchaban muy mal allí abajo. Gracias al amuleto de Selket contaba con la agilidad de un escorpión. Aspiró profundamente y saltó hacia la abertura, manteniendo las piernas rectas y los brazos pegados a los costados de su cuerpo y deslizándose a una velocidad de vértigo.

Carpenter no estaba seguro de qué era lo que había hecho, sin embargo, estaba muy satisfecho con el resultado. Las criaturas que brotaban de la tierra eran muertos vivientes y sabía que debía haberlos invocado de alguna manera, pero el cómo seguía siendo un misterio. Ni siquiera podría llamarlos zombis. Podía ver la fuerza de vida apagada que llameaba en su interior, apenas suficiente para animar sus largamente muertos cuerpos. No obstante, había algo familiar en esa energía...

Se dio cuenta entonces de que era *él*. Estaba vertiendo su poder a aquellas cosas. Carpenter podía sentir cómo la energía recorría libremente su espíritu; se asemejaba a una membrana que se extendía más y más cada segundo que pasaba, prendiendo con su chispa de vitalidad todos los cadáveres que encontraba. Y, a pesar del terrible poder requerido, se sentía rebosante de energía, de vida. Fue en ese momento cuando se percató de lo fundamental. Quizá estuviera canalizando esa energía, pero ésta provenía del Corazón.

Carpenter miró hacia la cosa que latía en sus manos; una capa de fluido dorado bañaba sus dedos. Percibía las dilatadas profundidades de poder que tenía al alcance, un océano de energía que podría emplear para cualquier propósito que pudiera imaginar. Intuía que el secreto para controlarlo pendía de la punta de su lengua. Podía saborearlo, estaba tan cerca de...

El golpe le fracturó el brazo izquierdo, así como la mayoría de las costillas. El martillo cayó entre la masa de cadáveres andantes cuando se estrelló contra la pared. Mientras invocaba el poder del Corazón para curar sus heridas, le llovieron otros golpes, lo bastante violentos como para pulverizar piedra. Carpenter no podía reaccionar, sus sentidos estaban demasiado dispersos y su atención completamente dedicada al Corazón. Llorando por causa de la frustración y la agonía, arrojó lejos de sí la reliquia. Al instante recuperó su percepción. Nicholas Sforza estaba erguido por encima de él, observando cómo el Corazón de Osiris se desvanecía en medio de una horda de muertos vivientes. Carpenter aprovechó ese momento de distracción para continuar corriendo hacia la salida.

A pesar de haber roto la conexión con el poder del Corazón, podía percibir aún cómo la energía fluía en las criaturas que había convocado. Las criaturas se

arremolinaban en torno a Sforza, la otra momia y las estatuas, y luchaban con furiosa dedicación. El poder estaba decreciendo con celeridad pero, si se apresuraba, quizá pudiera aprovechar la distracción y alcanzar la libertad. Corrió por el túnel, abriéndose camino entre las decenas de cadáveres vivientes. Por el camino, Carpenter se dio cuenta de que, de alguna manera, la navaja había regresado a su recientemente curada mano izquierda. Estando tan débil como se sentía, no creía ser capaz de resistirse por más tiempo a la melodía embriagadora del arma. Empero la alternativa era la destrucción. *Primero sal de aquí; ocúpate luego de las consecuencias.*

Carpenter irrumpió de golpe en el desierto; la navaja le bombeaba la energía necesaria para correr hasta el Océano Atlántico sin detenerse. Cientos de no muertos se arremolinaban a su alrededor en la meseta, aunque pudo percibir que, los que estaban más lejos, vacilaban y caían inertes. Tenía que irse, alejarse ya. Pero entonces alguien se plantó frente a él, una mujer vestida con un pantalón caqui y con el rostro manchado de sangre. La intensa luz que manaba de ciertas partes de su cuerpo cegó su visión de la muerte.

—Tú, hijo de puta —comenzó Thea Ghandour—, ¿qué cojones has hecho ahora?

Nicholas vio a Maxwell Carpenter de pie sosteniendo el Corazón de Osiris en su mano, mientras que decenas de cadáveres atacaban a Lu Wen, un par de sectarios desventurados y a algunas estatuas guardianas. Embargado por la neblina carmesí de la venganza, su espíritu ka se enrolló a su alrededor como lo haría una capa protectora y se dejó caer desde el canal de ventilación para cargar contra Carpenter. Invocando la total fortaleza de sus amuletos, Nicholas estrelló al zombi contra el suelo. Varios muertos vivientes lo sujetaron entonces, pero él se deshizo de ellos arrojándolos a un lado. Manos muertas apresaban sus brazos y piernas, haciéndole jirones la ropa y tirando de él. Su ka retorció los hilos del destino lo suficiente para que él pudiera deslizarse entre sus mórbidos atacantes y caer justo encima de Carpenter.

Una punzada en el brazo le llamó la atención vagamente. Una zona débil de su conciencia le advirtió que el escarabajo brújula había registrado un movimiento súbito del Corazón. *Carpenter ya no lo tenía... ¿Dónde?*

Siguiendo los temblores del amuleto, Nicholas se abrió paso a la fuerza entre una masa de muertos andantes que atacaban furiosos a un par de sectarios. Una de las criaturas, con más sustancia que el resto y vistiendo algún tipo de uniforme militar, cogió el Corazón. Sforza se abalanzó contra él antes de que pudiera dar un paso. Azotó a la cosa hasta hacerla retroceder a la pared; los puños lo golpeaban con tanta violencia que atravesaban la carne y rompían en dos partes los huesos hasta que la criatura se desplomó junto a la tumba. Una docena más de cuerpos saltaron sobre él, su determinación y número sobrepasaba la sutil aura de protección con la que le proveía su espíritu a Nicholas. Agarró el Corazón fuertemente contra su pecho, al

tiempo que se debatía contra los no muertos. La adrenalina corría por sus venas mientras se esforzaba por desembarazarse de todos sus atacantes. Cuando hubo arrojado a un lado al último de los cadáveres, Nicholas se sintió embargado por la sorpresa al comprobar que, de pronto, la paz reinaba en la cámara. Al otro extremo de la habitación, Lu Wen estaba cubierta de sangre y miraba confusa en rededor los montones de cuerpos inertes.

Nicholas se quitó la rota y sangrienta camisa, y encontró un pedazo relativamente limpio en el que envolver el Corazón de Osiris. Caminó hasta la abertura del canal de ventilación; el sol de medio día descendía en un haz de luz e iluminaba la reliquia. Al mismo tiempo que miraba el ab-Asar, una sonrisa se dibujaba en sus labios. *Por fin, pensó. Por fin en casa, sanos y salvos.*

Thea estaba tranquila, extrañamente ajena a lo que la rodeaba. Carpenter se erguía frente a ella, visiblemente aliviado. Podía ver todas las heridas que él había sufrido como si siguieran un patrón; comprendió cuál era la gravedad de cada una y cuánto daño podría infligirle si le golpeaba de una manera determinada. Sin embargo, mientras lo examinaba, sus opciones comenzaron a decrecer a velocidad constante; él muy cerdo estaba curándose. Tenía que actuar antes de que él pudiera regenerarse por completo.

—Al parecer alguien ha intentado apagar una hoguera con tu cara —dijo, moviéndose hacia la izquierda y alejándose de la navaja que él empuñaba.

—¿Eh, por qué tienes que ser así? —respondió él, dedicándole una sonrisa que era sorprendentemente cálida y encantadora, a pesar del estado penoso de su rostro.

—No lo hagas más difícil, Carpenter. Has causado demasiado dolor, arruinado demasiadas vidas, para que esto termine de alguna otra forma. Tú suerte está echada.

—Qué curioso. Estaba a punto de decirte que no perdieras la vida intentando alguna maniobra inútil.

Thea podía oír el estruendo de la escopeta de Jake y el staccato del rifle de asalto de Ibrahim, así como algún que otro gruñido y bufido del extraño mastín encantado. Los muertos vivientes hormigueaban por todas partes pero, por algún motivo, los dejaban a ellos dos en paz. Eso estaba bien. Había vaciado ya toda la munición de la Glock en esas cosas y Carpenter requería toda su atención. Lo observó como lo haría un halcón; sopesando todas las variables que se extendían frente a sus ojos.

Su mano izquierda, un resplandeciente cometa de luz, embistió y se estrelló contra el costado de la cabeza del zombi. Vio el amago de reacción y el objetivo auténtico de su contraataque y supo que podría girarse y cogerlo desprevenido desde el lateral. Pero, al mismo tiempo que se giraba, advirtió el destello aceitoso y entendió que no se había movido con la suficiente velocidad. Un fuego frío le ardió en el costado del rostro; un dolor tan horrible que no tenía igual. La hoja de la navaja desgarró su ojo izquierdo, atravesó su mejilla y la zona lateral de la mandíbula. Pese a

lo increíblemente penoso que era el dolor, el daño más terrible lo sufría en el centro de su espíritu. Las palabras no podrían describirlo, las comparaciones no harían justicia al grado de agonía que sacudía su cuerpo y su alma.

Como estando a oscuras en un túnel, entrevió la gélida sonrisa de Carpenter, deforme allí donde su puñetazo había aplastado el costado de su cara. La sangre manaba a borbotones y se deslizaba cálida por su rostro y cuerpo. Vio el parpadeante arco iris negro de la hoja que se preparaba para asestar otro golpe.

La ira, ardiendo tan furiosa como frío era el dolor que padecía, la dominó. Desafiando lo inevitable, ignorando la agonía que sufría, Thea se abalanzó al mismo tiempo que la navaja describía un movimiento arqueado hacia abajo. Su mano derecha, natural y no adornada con algún símbolo místico, apresó la muñeca de Carpenter y la retorció. Gritando a partes iguales por el tormento y la victoria, Thea tiró con brusquedad de la mano que había capturado. La dirigió para que la hoja cortara profunda y limpiamente el cuello de Maxwell Carpenter, separándole así la cabeza del tronco.

—Vete al infierno —susurró, mientras se desplomaba a su lado.

EPÍLOGO

Beckett ascendió por el glaciar con dificultad, la fiebre del descubrimiento ardía en él. Se decía que, hacía siglos, un vampiro antiguo había escondido algunos libros en una cueva en los fiordos noruegos. Existían diversas hipótesis acerca de lo que estos volúmenes contenían; ¿serían acaso los diarios de sus contemporáneos de la época de la caída de Cartago? ¿Una traducción del precursor del Libro de Nod? ¿O sólo las costumbres de apareamiento de los lapones? Beckett tenía la sospecha de que se trataban de informes acerca del poder de la sangre, un tratado que podría indagar en la procedencia de las habilidades vampíricas y que, tal vez, explicara de qué eran capaces los Cainitas.

Había dedicado el último mes a vagar por los lugares más remotos e inhóspitos del país, refugiado durante el día bajo el hielo que cubría la tierra y explorando durante la noche cada grieta que encontraba a su paso. Dejándose guiar tan sólo por su instinto, sentía bastante seguridad de que aquella pequeña abertura hacia la que se encaminaba era la guarida que había estado buscando.

Hacía siglos que Beckett no necesitaba demostrar nada a nadie, ni siquiera a sí mismo. Habían transcurrido décadas desde la última vez que dudara de sí, de su intelecto, su habilidad o su poder. Pero su estancia en Chicago había sembrado en él la semilla de una duda; una que amenazaba con arraigarse y transformarse en pánico.

A pesar de que sentía que era dueño de sí mismo, que nadie ejercía influencia sobre él, no podía estar completamente *seguro* de ello. Creía haber escapado al engaño del poder de Menelao y las decisiones que había tomado eran sólo suyas. No obstante, no podría asegurar qué hubiera ocurrido si hubiera decidido ir tras el Corazón de Osiris. Aunque gustaba de pensar que lo hubiera ocultado para siempre, una parte de sí temía que lo hubiera llevado de regreso a su nuevo señor y maestro.

Pese a que habían transcurrido varias semanas desde que el brazalete que le hiciera Nola Spier quedara inerte y que no sentía ninguna necesidad de ir en busca del Corazón, Beckett estaba tan preocupado que continuó meditando sobre ello. Finalmente se desperezó y libró de su letargo, y prosiguió con su búsqueda. Ascendiendo con esfuerzo por uno de los costados del glaciar, azotado por los vientos de media noche que le herían con sus finas agujas heladas, sintió un júbilo largamente olvidado. En lugar de temer el cúmulo de duda que habitaba en su interior, lo abrazó. Gozó con la sensación de vulnerabilidad que aguzaba sus sentidos y otorgaba sentido a sus investigaciones. Se sentía próximo al renacimiento.

Beckett continuó su ascensión, enseñándole los dientes a una violenta ráfaga de viento.

Nicholas Sforza-Ankhotep vigilaba, erguido sobre un montículo que delimitaba con el grupo de mastabas, a los confusos trabajadores que miraban la pirámide de Sanakht Nebka. La pirámide perdida ya no estaba perdida; el mundo conocía su existencia. Los centenares de antiguos cadáveres egipcios sembrados por el área estaban casi olvidados porque no podían competir con la sorpresa y maravilla que implicaba un descubrimiento como aquel. La explicación en boga había sido que un terremoto localizado había liberado los cuerpos de sus retenes, posiblemente mastabas en muy deficiente estado de conservación, y revelado la entrada a la tumba de Nebka.

Los Amenti mantendrían el control sobre el lugar por el momento pero, puesto que el lugar ya no pasaba inadvertido, no podría seguir siendo empleado como un emplazamiento para la resurrección. Desafortunado, sin duda, pero no catastrófico. Existían otros lugares y en ellos renacerían nuevas momias. El enemigo aún estaba ahí fuera y los Amenti no descansarían hasta haber restablecido el equilibrio.

Al escuchar el crujido de los neumáticos sobre la arena, Nicholas se giró para ver cómo se aproximaba el Audi descalabrado y cubierto de polvo.

—¿Qué hay de nuevo, Ibrahim?

—Todavía nada, Nicholas —respondió el sectario, mientras se acercaba hacia él.

Caminaba con la seguridad recuperada tras la batalla contra un enemigo que los superaba en número y fuerza. A pesar de que casi había perecido en el conflicto, Ibrahim estaba más que satisfecho con su actuación. No obstante, si aquellas criaturas no hubieran caído inertes cuando la energía que les daba vida se disipó...

Nicholas relegó al fondo de su memoria aquel pensamiento. Ya estaba bien de pesimismo. Debería sentirse orgulloso y optimista. La victoria contra Carpenter los acercaba un paso a la obtención de sus objetivos. El Corazón de Osiris estaba cómodamente instalado en el complejo de Horus en Edfú. Los Eset-a se habían ganado el respeto de otros Amenti, aunque éstos siguieran sin aprobar los métodos del culto. Por fin se habían vengado de Maxwell Carpenter por todas las atrocidades que había cometido contra la familia Sforza y muchos otros. La navaja maldita que había empleado había sido llevada al refugio secreto de los Eset-a, donde Nicholas y Lu Wen la examinarían con el fin de determinar cuál sería la mejor manera de destruirla sin que se produjeran efectos secundarios adversos. Todo aquello era razón más que suficiente para sentirse satisfecho, pero se sentiría más aliviado cuando hubieran encontrado la última pieza del rompecabezas.

—¿Están seguros?

—Han registrado dos veces la cámara de enterramientos y ahora están haciéndolo por el laberinto que precede a la antecámara. Si el martillo está ahí, lo encontrarán.

—¿Crees que estoy siendo paranoico, Ibrahim?

El sectario se encogió de hombros.

—Lo vi caer. Aunque sea un no muerto, no entiendo cómo podría regresar

habiendo sido decapitado. Pero si tú crees que lo mejor es que recuperemos su ancla, ¿quién soy yo para poner en duda tus razones?

—¿Te estás burlando de mí? ¿De la sabia y omnisciente momia?

Con el rostro forzosamente inexpresivo, Ibrahim miró a Nicholas.

—No tengo idea de a qué te refieres.

—Todo tiene que ver con eso, ¿sabes? —continuó Nicholas, cuando volvieron a mirar los progresos del trabajo alrededor de la pirámide.

—¿Amenti?

—Poder estar aquí de pie con un amigo, perdiendo la tarde observando el descubrimiento de la década, bueno, quizá sólo del año. Ser capaz de disfrutar de la vida sin estar sometido al pánico. Vivir la vida, en lugar de simplemente existir. — Nicholas echó a reír a carcajadas cuando vio la expresión en el rostro de Ibrahim—. ¿Te estás sonrojando?

El egipcio, desde luego, se había puesto colorado como un tomate. Después de unas cuantas bromas, finalmente admitió:

—Me sorprendió, eso es todo.

—¿Sorprendido, por qué?

—Bueno, dijiste: estar aquí de pie con un amigo...

Nicholas volvió a echarse a reír, pero se moderó cuando advirtió la mirada herida de Ibrahim.

—Perdóname, no me estaba riendo de ti. Mira, Ibrahim, esta situación no es fácil de aceptar. Haber sido elegido para librar esta batalla que podría continuar... ¿quién sabe durante cuánto tiempo? Y la mayoría de la gente que me rodea... ¿Todos mueren, verdad? De forma que es más fácil para los que son como yo que mantengamos nuestros sentimientos a cierta distancia. Cuando empiezas a conocer bien a un mortal... en fin. Y ahora me siento como un cabronazo por recordarte que morirás algún día. Pero escucha, a pesar de lo formal que eres conmigo y de que aún pongo en duda que seas capaz de dejar de tratarme así, pese a que tú mismo participaras pateando culos en este conflicto... estoy orgulloso de que seas mi amigo, Ibrahim.

Callaron. Sintiéndose ligeramente incómodos y desacostumbrados a compartir sus pensamientos más íntimos.

—Lo eres, ¿sabes? —apuntó Ibrahim, después de un rato.

—¿Que soy qué?

—Un cabronazo por recordarme que moriré algún día.

—Bueeenooo. Yo ya he estado allí y no es para tanto.

—¿Amenti?

—¿Sí, Ibrahim?

—¿Cómo se dice «qué te jodan» en el idioma de los antiguos?

Thea Ghandour subió los escalones que conducían a la entrada del imponente edificio de apartamentos y llamó al 909. Un sonido hosco, acompañado de un chasquido, zumbó desde la puerta. Thea la empujó y caminó por los brillantes azulejos blancos y negros que precedían a las escaleras. El ascensor estaba a un lado del vestíbulo pero, desde su estancia en Casa Ismailia, prefería las escaleras.

Los acontecimientos del pasado año y medio la habían mantenido en buena forma, así que subir hasta el piso noveno apenas la dejó sin aliento. Pasó junto a diversas puertas hasta llegar a la 909, donde golpeó con los nudillos sobre la gruesa madera de la que pendían los números de latón colgados con clavos. Una tenue voz la invitó a pasar, de forma que hizo girar el tirador y pasó al interior.

El apartamento era espacioso. Una decoración sencilla afianzaba la impresión de amplitud, aunque el piso entero no debía ser mayor de cien metros cuadrados. Un sofá con sillones a juego yacía frente a una librería de madera de encina en la que descansaban los típicos aparatos de entretenimiento modernos. Unas mesillas, coronadas con una lamparita a cada extremo del sofá, brindaban una luz cálida a la estancia. La pared de su derecha se abría para dar paso a un balcón desde el que se avistaba la ciudad de Chicago; cientos de lucecillas parpadeaban en la noche. La pared opuesta era un mostrador que separaba la sala de estar de la cocina. Margie Wolesski estaba frotando algo en el fregadero.

—¡Hola, Thea! —exclamó con alegría, su atención centrada aún en el fregadero—. Estoy tan contenta de que pudieras venir a visitarme... Lamento no haber podido responder a tus llamadas antes. Sencillamente encontré trabajo en un gabinete de estrategia y le he estado dedicando muchas horas. ¡Hace sólo unos minutos que llegué a casa!

—No tiene importancia —respondió Thea, comprobando el resto de la sala de estar. Unas cuantas macetas con plantas en una esquina, unos bonitos grabados colgados de las paredes y enmarcados con carísimos marcos de paspartú—. El apartamento es precioso; mejor que el antiguo cuchitril, ¿eh?

—Sí, ¿verdad? ¿Quién habría pensado que todo aquello me iba a beneficiar? Cuando toda mi vida se había ido al garete, conocí a nuevas personas y conseguí un buen trabajo, encontré este apartamento y, bueno... ¡aquí estoy! —Agitó las manos para hacer hincapié en ese último comentario. Señalando la manga de su blusa, que estaba empapada, explicó—: Estuve comiendo un yogur antes de que llegaras y derramé un poco. Y, para variar, la blusa es nueva —Margie entró en la sala de estar, aplicándose una toalla seca en la manga húmeda—. Bueno, acomódate y toma... ¡Thea! ¿Qué le ha sucedido a tu cara!?

Thea señaló el parche aterciopelado.

—¿Crearías que me lo hice afeitándome?

—Esa cicatriz... ¡te recorre toda la cara! ¿Te duele? Quiero decir...

—No, ya estoy mejor. —En realidad, aún le dolía con aquella fiera frialdad. Procuraba tomárselo con calma. Después de todo, si no hubiera sido por Nicholas Sforza y los extraños vendajes con los que le envolvió el rostro, estaría muerta. Lo peor eran las pesadillas, esas imágenes de acero gélido y ojos aún más fríos y el tacto de carne muerta que la hacía despertar gritando todas las noches. No obstante, era un precio pequeño a pagar si con ello Maxwell Carpenter no regresaba jamás. Empezó a abstraerse en sus pensamientos, recordando a Nicholas y todas las cosas increíbles que había aprendido de él y de sus iguales. Se obligó a regresar a la realidad—. En cualquier caso, forma parte de lo que quería contarte. Pero creo que será mejor que empiece por el principio.

Margie asintió; al parecer tenía dificultades para apartar los ojos del rostro de Thea. Todavía agitando el brazo para secarse la manga, se sentó en el sofá e invitó a su amiga a sentarse en uno de los sillones.

—Bueno, cuéntamelo todo con detalle. Oh, eh, ¿cómo está ese chico, Jake? ¿Acabasteis juntos?

—No, muchas gracias —respondió Thea, sonrojándose—. Tengo entendido que está bien. Lo último que supe de él es que se dirigía al sur para encontrarse con ciertas personas que había conocido por la red. Supongo que mantendremos algún contacto.

Margie asintió.

—Eso está bien. Parecía un buen chico.

Thea jugó con sus dedos y se aclaró la garganta.

—Escucha, Margie, antes de que me meta de lleno en la historia... eh, quería disculparme de nuevo por haberte hecho pasar por todo aquello.

—¡Oh, no te preocupes! ¡Estoy bien, de verdad! De hecho, creo que es lo mejor que podría haberme sucedido.

Thea se sintió desconcertada por la respuesta gentil de su amiga.

—Margie, pensé... bueno, por mi culpa tuviste que vivir unos acontecimientos terribles.

—Sí, supongo que en eso tienes razón. Pero fue todo una locura. ¿Sabes? Me cuesta creer que sucediera realmente. —Se miró la manga y frotó la mancha. Al cabo de unos segundos, volvió a mirar a Thea—. En cualquier caso, creo que me gustará saber cómo terminó todo. De veras; significaría mucho para mí.

Thea frunció el ceño, estaba preocupada por la conducta maniática de su amiga. Quizá no se hubiera recuperado tan bien como hubiera deseado.

—Está bien.

Una puerta se abrió detrás de Thea y alguien se acercó desde uno de los dormitorios. Se dio la vuelta para ver una delgada joven, con el cabello liso color caramelo cayéndole sobre los hombros. Mientras se acercaba caminando, la mujer se apartó un mechón de cabello de la cara con la mano izquierda. La piel de su mano tenía la tonalidad rojo intenso de la carne quemada.

El rostro de Margie se iluminó.

—¡Eh, esto es genial! Sylvia, Thea está a punto de contarnos todas sus aventuras. Thea, ¿recuerdas a Sylvia, verdad?

El caos reinaba en aquel lugar. Las tormentas de vacío molían las cenizas de sueño, enardeciéndose en un paisaje de demencia y tormento. El espíritu quedaba atrapado y vapuleado entre aquellos vientos de locura. El alma no era más que una chispa distraída de pensamiento en aquel vacío devastador de olvido. Y, sin embargo, este destello se aferraba a su identidad con una tenacidad que no podría derrotar siquiera el vendaval fantasma más enérgico.

En el núcleo de la furia del infierno, en las profundidades del quebrado Inframundo, un alma solitaria se burlaba de la ilimitada extensión del más allá. Carpenter arañó la barrera que dividía el alma de la carne, la pesadilla de la realidad. Sus dedos, erizados como garras, apenas encontraban un asidero; las escasas muescas que iba trazando en la muralla de la realidad, sanaban al mismo tiempo que él las escindía. Pero Carpenter no se detuvo, su ritmo no flaqueó ni un instante. Su espíritu no sucumbió a la fatiga porque se alimentaba de la pasión que le quemaba con una furia cegadora, porque sentía la necesidad imperiosa de escapar a su maldición. No descansaría hasta que la vida, el plano físico, fuera suyo de nuevo.

No cejaría nunca en su intento, aunque se prolongara una eternidad.